



Mi



Sex coach

Enrique Gómez Medina

Mi
**Sex
coach**



Enrique Gómez Medina

© Enrique Gómez Medina, 2017

© Diseño de portada: Nerea Pérez Expósito, www.imagina-designs.com

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

*A mis maestros.
Y maestras...*

PRÓLOGO

Le encanta el olor de la cebolla cuando empieza a dorarse. Termina de cortar las patatas, en cuadraditos, como a ella le gustan. Remueve otro poco aspirando el aroma y las echa en la sartén.

Por encima del chisporroteo del aceite escucha la llave girar en la cerradura. No se vuelve, solo aguarda. Contiene la respiración, intentando captar el sonido de unos pasos. Pero, antes de eso, siente el abrazo que le rodea la cintura y los labios que se posan en su cuello.

–Mmmm... qué bien huele.

–¿Mi cuello?

–También.

Él se da la vuelta descolocándose el delantal, porque ella no se ha soltado de su abrazo. Le besa en los labios. Un beso muy húmedo.

–Así da gusto hacer de mayordomo. ¿Cómo ha ido? –dice él cuando se separan, tan solo unos centímetros, y justo antes de volver a enredar su lengua en la de ella.

–No ha estado mal –contesta ella al fin, con una sonrisa maliciosa–, aunque un tanto inexperto.

Mientras lo dice, baja su mano hacia el bulto que forma el delantal. Lo acaricia lentamente.

–Tú le habrás enseñado bien, sin duda –consigue pronunciar él.

–He hecho lo que he podido. Pero, cuando estáis demasiado ansiosos, es difícil.

Esta vez él es el que sonrío. Lanza una mirada fugaz al lugar donde ella posa su mano.

–Yo no estoy demasiado ansioso. No te dejes engañar.

Desciende sus manos por la espalda de ella, hasta su culo. Lo sostiene, lo aprieta. Sus dedos se aproximan al rincón más cálido. Ella separa un poco los muslos, permitiéndole llegar más lejos. Él jadea.

Entonces, lentamente y con esa sonrisa maliciosa de nuevo en sus labios, ella se separa.

–Primero, una ducha –dice, mientras se aleja sin separar sus ojos de los de él.

Con el corazón galopando en su pecho, se queda mirando el marco de

la puerta por donde ella ha desaparecido. Un ligero olor a quemado le hace volver de golpe a la realidad. Abre el armario, coge el plato más grande y, con el arte que da la experiencia, le da la vuelta a la tortilla sin derramar ni una gota. Solo se ha quemado un poco, nada grave.

Escucha el ruido de la mampara al cerrarse y la caldera ponerse en marcha. Imagina el cuerpo desnudo de ella, esos senos erguidos que otro ha estado saboreando hace un rato, y su pene se inflama aún más. Piensa en acercarse a darle una sorpresa, pero mira la tortilla ya un poco quemada y sacude la cabeza. Luego se desquitará.

La caldera se mantiene encendida un buen rato, a ella le gusta sentir el agua caliente corriendo por su piel. Casi puede verla moviéndose despacio bajo la ducha para que el chorro se deslice por cada rincón de su cuerpo. Acariciándose.

Él mira la tortilla. Ya está algo cuajada. Y, al fin y al cabo, el otro lado se ha quemado. Hay que compensar.

–Ya está, suficiente –dice para sí, mientras retira la sartén del fuego y se desata el delantal.

Entonces, para su decepción, la caldera se apaga. Escucha de nuevo la mampara de la ducha. Ella estará alcanzando la toalla y, rodeada de vapor, se estará envolviendo en ella. La oye trastear en el armario bajo el lavabo. Le llega su voz apagada.

–¿Cuándo vas a arreglar el secador?

Él levanta las cejas. Hace tiempo que el cable hace cosas raras. Ella cree que él puede arreglarlo todo, pero en realidad lo único que hará será llevarla al chapucillas de la tienda al lado del metro.

Escucha como introduce la clavija en el enchufe de la pared. Con fuerza. “Cualquier día romperá el tabique”, piensa él.

Pasa un segundo, lo justo para que ella pulse el interruptor del secador. De pronto, las luces de la cocina parpadean. Un zumbido que nunca ha oído antes hace que se yerga alerta, asustado. Su voz le suena ajena cuando grita.

–¡¿¿ELENA??!

7 años después

TÚ

Miras a la ventana. Por alguna razón, te atrae. La abres, apoyas los codos en el marco y te asomas. El vértigo, el vacío que se abre a tus pies te resulta extrañamente agradable. La brisa de la tarde te alivia del bochorno inmóvil del interior. Miras a las golondrinas que vuelan a tu altura, chillando mientras hacen quiebros en el aire.

Ojalá pudieras volar.

Sería tan fácil. Y todo terminaría. Te asomas un poco más, hasta que dejas de sentir tu peso sobre los pies. No miras el suelo, solo el aire... flotando... el aire...

–¡Ruth! ¿Qué haces?

La voz de Mark te devuelve a la realidad.

–Mirar por la ventana –dices mientras te apartas demasiado bruscamente de ella.

–Ya te veo. ¿No ibas a darle un repaso al salón? –dice señalando con la mirada las migas sembradas por la alfombra.

Te sientes culpable. Un poco más.

–Ahora mismo. He llegado hecha polvo del curro.

Mark te mira. Él perdió el suyo hace meses y parece reprocharte el que te quejes del trabajo. O quizá esté calculando si le estás echando la bronca por no haber limpiado él el salón después de haber pasado todo el día en casa. Quizá deberías hacerlo.

Pero no quieres pelea. Otra no.

¡Pi! Empieza el día. Todo lo que has hecho hasta este momento (despertarte de un susto con el despertador, arrastrarte ciega hasta el baño, arreglarte con los ojos cerrados, engullir un café soluble, agarrar las llaves del coche y conducir hasta el trabajo sin saber cómo) no ha sido más que el prelude. El pitido del reloj de fichada marca el comienzo de verdad. Te esperan ocho (¡ja!) horas sola en la sabana, rodeada de hienas dispuestas a zamparte a la mínima muestra de debilidad. Docenas de tareas rutinarias, aburridas y sin embargo repletas de trampas ocultas, que te estallan en las manos cuando menos te lo esperas, seguidas de correos electrónicos airados

con copia a todos los jefes de la planta. Y los compañeros que te consuelan mientras se ríen de ti en silencio y agradecen el que les acerques un poco más a su ascenso.

Te faltan las fuerzas.

Respiras hondo y das un paso. No puedes dar el siguiente. No quieres entrar en la oficina. No quieres luchar. Solo deseas volver a algún sitio en el que estés a salvo.

En el que te quieran.

Piensas en Mark. Tumbado en la cama, apenas se dio la vuelta cuando te levantaste aún a oscuras. ¿Cuándo fue la última vez que te acompañó a desayunar? ¿Cuándo la última que te abrazó sentados juntos en el sillón, viendo una película romántica?

Demasiado.

¡Pi! El pitido del reloj te hace volver en ti. Más gente llega a la oficina. ¿Pensarán todos lo mismo que tú? Lo disimulan bien, tan llenos de energía y con esa sonrisa tan amplia al decirte, casi gritando:

—¡Buenos días!

Entras, empujada por la marea humana. Algunos van hacia el ascensor, tú no lo necesitas. Tu puesto está en la planta baja. Cerca del taller, del ruido de las máquinas. Lejos del sol.

HiFly. Te ríes por dentro. El nombre de la empresa es un juego de palabras entre el apellido del dueño, Hidalgo, y las palabras “Vuela alto” en inglés. Un centro de mantenimiento de aviones de negocios, donde los ricachones dejan sus aparatos para que los mimes como les gusta ser mimados a ellos. Hay tanta gente en Comercial como en todo el resto de la empresa junta. Hacen falta para hacerles la pelota.

Allá van las chicas de ese departamento, junto con las de Económico-Financiera, las de Recursos Humanos, las de Marketing. Parlotean animadamente mientras se escanean unas a otras, desde los tacones hasta el tono de las mechas que adornan su cabello.

Las envidias. Tú trabajas en la oficina del Almacén, eres la chica para todo: compras, documentación, aduanas... Te pasas el día en el taller, de hangar en hangar. Hace tiempo que no te pones una falda, porque queda fatal con los horribles zapatos de seguridad que tú debes llevar. ¿Y pintarte? Para qué.

“Vuela alto”.

Lo único que deseas es que el tiempo pase cuanto antes.

Vas a desviarte hacia el ala derecha del edificio, esquivando la marabunta que se apresura al ver que las puertas se van a cerrar, cuando él entra en el recibidor.

Es alto, sus espaldas anchas destacan más aún la perfecta hechura de su traje. Guapo, sin duda. Una ligera barba asoma sobre su rostro, enmarcando unos labios gruesos, carnosos. Su pelo es castaño oscuro, como sus ojos. Sus ojos. Sin ellos ya estaría bien, pero su mirada... su mirada te atrae como un agujero negro. Serena. Tranquila, y a la vez poderosa. Triste, a veces.

Sin darte cuenta, te quedas contemplándole. Y entonces, por un segundo, vuestras miradas se cruzan. Un chispazo salta y te encoge el estómago. Bajas la vista, avergonzada. Te desvías hacia tu oficina pero, unos metros más allá, no puedes evitar girarte.

Víctor ya no está.

“... ella, excitada como nunca pensó que pudiera llegar a estar, alargó la mano hasta rozar su pene, y después lo agarró firmemente. Él soltó un gruñido de placer, y separó un poco más las piernas de Grace. A esas alturas, su sexo era como un río caliente. Los dedos de él se deslizaron sin dificultad en su interior, primero uno, después dos. Las caderas de Grace empezaron a moverse arriba y abajo, rítmicamente...”

–¡Jajaja, “un río caliente”!

–¡Qué asco!

–Joder, sería más elegante decir “su coño chapoteaba como un calamar”...

–¡Cerda!

Estáis alrededor del ordenador de Nina, una de tus compañeras de oficina. Os muestra un fragmento de una novela erótica que se ha bajado. A ti te parece de mal gusto. Además, no te apetece que te pille el jefe haciendo el idiota en horas de trabajo.

Sonríes mientras te alejas prudentemente. Las demás hacen lo mismo. Nina minimiza la pantalla.

–Ahora os la paso. Es un cachondeo. ¿Nos tomamos un café? – propone.

Dudas un instante. Por un lado, no quieres ser la aislada del departamento, ni darles a esa manada de pécoras la oportunidad de que hablen de ti. Por otro, no te apetece nada compartir charla con ellas. Hoy no te sientes con fuerzas.

–Aún no, Nina. Acabo de desayunar. Me apunto al siguiente ¿vale?

–¡Claro! Como quieras. Yo también me tengo que quitar algún café, que luego me pongo muy nerviosa, jajaja...

Nina y el resto de las chicas se van por el pasillo, hablando en voz baja para no llamar demasiado la atención. Miras el correo. “Vaya, ya la ha enviado. Sí que se ha dado prisa”.

Sin saber muy bien por qué, abres el archivo.

“... Las caderas de Grace empezaron a moverse arriba y abajo, rítmicamente. Jay sabía exactamente el punto en el que debía tocar para volverla loca, como si tuviera un interruptor del placer en su interior. Pero Grace quería más. Necesitaba más. Mirándole a los ojos, guio su miembro hasta la entrada de su sexo. Sintió su dureza abriéndose paso entre sus labios...”

–Señorita.

Esta vez das un bote en la silla. La voz que te llama no es de ninguna de tus compañeras. Es un hombre, y su sonido hace que un escalofrío recorra tu espalda. Minimizas la pantalla a toda velocidad, pero sabes que te ha pillado.

–Buenos días, señor Mejías –respondes con una voz lo más natural que puedes. El señor Mejías es el director de Calidad. Uno de los mandamases de la planta. Y tú leyendo novelas eróticas– ¿Qué desea?

–Supongo que ya sabes que estos días estamos pasando la auditoría de Daegon –dice resoplando. Se gira para mostrarte a dos hombres de gesto malhumorado y una mujer tiesa como un palo. Les sonrío pero, al mirarte a ti de nuevo, la sonrisa se congela en su rostro y un brillo amenazante destella en sus ojos–. Son nuestros mejores clientes. No podemos cagarla. Necesitan el certificado de su *Phenom*. Ya.

Su mirada es fría como el hielo. Mejías tiene fama de trepa y despiadado. Un inútil que vende los triunfos de su departamento como si fueran suyos y, cuando hay problemas, se escuda en sus subalternos. Ya ha hecho que despidan a varios de ellos.

Tragas saliva antes de responder.

–Es que yo no llevo esa cuenta. Si pudieran esperar cinco minutos...

Una sonrisa empieza a curvar sus labios. Pero, en lugar de tranquilizarte, tú te echas a temblar. Sus ojos se vuelven crueles. Te imaginas que así deben ser los de un sádico viendo llorar a su víctima segundos antes de descuartizarla. Su voz se vuelve un susurro.

–No me ha entendido, señorita. He dicho “ya”.

Miras a la mesa de Nina. Ves una carpeta de cartón con un letrero que dice “Daegon”. Te levantas y la coges. La abres con un gesto nervioso y observas la primera página: “Phenom”. Y las firmas están en regla. Das un repaso rápido para comprobar que no falta ningún apartado del dossier. Todo bien.

–Aquí está, pero...

Pero Mejías no te escucha ya. Coge la carpeta, se gira sin dar siquiera las gracias y se dirige con una sonrisa triunfal hacia los auditores. Te quedas observándoles mientras caminan hacia una sala de reuniones, donde les espera una bandeja con café y bollos. Cruzas los dedos para que todo esté correcto. En cuanto llegue Nina debes ponerla al corriente.

No llegas ni a sentarte cuando suena tu teléfono.

–¿Ruth? Alfredo, de Entregas. Acaba de estar aquí el Jefe de Programa y pregunta todo cabreado que por qué no se ha ido ya el *Citation* de los asiáticos. Le faltan los papeles de salida, guapa.

–¿Pero no se iba mañana?

–Qué va, los chinos se pusieron a gritar y lo acabaron cagando leches en el turno de noche.

–Mierda. Ahora mismo lo llevo.

¡Pues sí que empieza bien el día! Animadito. A toda prisa, buscas el documento y sales pitando hacia el hangar de entrega. Vas repasándolo por el camino, aparentemente todo está bien. Alfredo te saluda con una sonrisa guasona al ver lo agobiada que estás ya a esas horas.

–¿Qué, ya te hemos tocado mucho las narices esta mañana?

–Pues bastante, sí. Espero que me dejéis en paz durante el resto de la semana.

–Si tuvieras las cosas a tiempo...

Dudas un instante si soltarle una lindeza. Pero una pelea, aunque sea dialéctica, exige demasiado esfuerzo.

Vuelves a la oficina intentando relajar el paso, recuperar el ritmo

normal. Si sigues a doscientos, a media mañana estarás agotada. Al final del día, reventada. Y al final del mes, en el hospital. Últimamente has tenido más dolores de cabeza de la cuenta. Migrañas. Y de las fuertes. Te tumban en cama durante horas. Sabes que son señales de tu cuerpo para que pares, así que vas a intentar parar tú antes de que te llegue el desagradable aviso.

Pero, en cuanto entras en la oficina, sabes que algo va mal. Nina sale del despacho de vuestro jefe y su mirada de rencor te lo dice todo. Se dirige a ti con paso decidido.

–Muchas gracias –te escope a la cara–. Eso pasa por intentar apropiarse del trabajo ajeno.

–¿Qué...?

–No te hagas la tonta, guapa. Has querido marcarte un punto con el de Calidad y te ha salido el tiro por la culata. Pues ahora lo arreglas tú.

Y se marcha por el pasillo haciendo temblar el suelo.

Miras alrededor sin saber de qué va el asunto. El resto de las chicas de la oficina te retira la mirada y parece seguir a lo suyo, aunque sabes que te observan con el rabillo del ojo.

Abres el correo electrónico. Entonces comprendes todo. Un mensaje de hace apenas cinco minutos. De Mejías. Con copia a tu jefe, a Nina, al jefe de Programa y al director de Producción. No se ha dejado a nadie.

“Acabamos de hacer el ridículo ante Daegon. Si ya estaban dudando en seguir confiándonos las reparaciones de sus aviones, esto les ha terminado de convencer del desastre que somos. Hemos documentado su *Phenom 300* como un *Phenom 100*. Toda la configuración está mal. Yo ya he dado la cara delante de ellos, pero esto es indefendible. ¿Hasta cuándo vamos a seguir tolerando la dejadez de nuestros trabajadores? Por llamarles de alguna forma. Espero se tomen medidas de forma inmediata.”

Cierras los ojos.

–Hijo de puta –murmuras, moviendo la cabeza de un lado a otro, intentando disipar los pensamientos que se agolpan en tu mente.

Te pones en pie al instante, tienes que explicárselo a tu jefe. Y a Nina.

Pero la puerta del despacho está cerrada. Teleconferencia. Y Nina se ha ido.

Vuelves despacio a tu mesa. Un fuerte dolor en la sien casi te hace caer al suelo. Te sientas apoyándote en la silla y rebuscas en el bolso hasta que encuentras un analgésico. Mientras te lo tragas con el agua sabor a

plástico del día anterior, una frase toma forma en tu cabeza. La escuchas con tu propia voz, alta y clara:

–Ojalá hoy no me hubiera levantado. Ojalá mañana no me levante.

Llegas a casa. Aparcas el coche como puedes. Cuando te dan migrañas se crea una zona ciega en tu campo visual y los ojos te hacen chiribitas. Por no hablar del brazo dormido. Y las náuseas. Y, cuando se pase todo eso, llegará el dolor. Un dolor de cabeza como nadie conoce. Sabes lo que necesitas: tumbarte en la cama con la luz apagada durante unas horas, cuantas más mejor.

Cierras los ojos, la luz del ascensor se te hace insoportable. Metes la llave en la cerradura casi a tientas. Al abrir la puerta, te recibe *Metallica* a todo trapo. Corres hacia el equipo de música y lo apagas de un manotazo, con las sienas latiéndote.

Aparece Mark.

–¿Por qué lo apagas?

–Migraña –consigues pronunciar a duras penas.

La cara de fastidio de Mark lo dice todo.

–Pero cariño, habíamos quedado con estos.

–¿Tú crees –dices tú con los párpados casi cerrados e intentando contener tu mala leche– que estoy para quedar con nadie?

Mark se te queda mirando mientras te diriges a la habitación, quitándote la ropa a tirones.

–Desde luego –dice despacio– eres especialista en joderle la alegría a la gente.

Te detienes ante la puerta del dormitorio. Esto es demasiado.

Abres los ojos un poco, lo justo para lanzarle una mirada asesina a través de las rendijas de tus párpados.

Cierras de un portazo. Bajas la persiana y te echas en la cama. Se agolpan pensamientos en tu frente, todos agobiantes, todos urgentes. No puedes detenerlos. Se arremolinan en tu cabeza, como aves carroñeras revoloteando y esperando un descuido para lanzarse sobre ti y picotearte el cerebro.

Dormir, necesitas dormir.

Pero duele. Das vueltas, semiinconsciente, intentando encontrar una

postura que te libre del dolor. Te enredas en las sábanas, las tiras al suelo. Tienes visiones extrañas, Nina, Mejías,... Te miran enfadados. Están desnudos, hacen el amor. Te miran. Te golpean. Te escupen. Te acarician.

No sabes si has conseguido dormir de verdad, o cuánto tiempo ha pasado, cuando escuchas un portazo a lo lejos. Te vuelves a sumir en un torbellino de pensamientos ilógicos y obsesivos.

Cuando despiertas, es de noche. De la migraña solo queda un dolor de cabeza sordo, constante, del que sabes que no te librarás en un par de días. Te quedas tumbada boca arriba, con los brazos extendidos. Estás sudando. Es la tercera o cuarta ola de calor del mes. Solo llevas las bragas y una camiseta de tirantes, pero aún es demasiado. Te quitas la camiseta de un tirón y vuelves a desplomarte.

Escuchas.

Solo hay silencio. ¿Mark estará viendo la tele con los cascos, para no molestarte? Pero tampoco se ve ninguna luz.

–Mark.

No hay respuesta.

–¡Mark!

Silencio.

Maldices. No te apetece levantarte, sabes que en cuanto cambie la presión sanguínea vas a sentir como si te dieran un mazazo en la cabeza.

–¡Mark!

Nada.

Entonces oyes la puerta de la calle. Unos pasos por el pasillo. Alguien golpea la pared, como si hubiera chocado con el hombro. Se abre la puerta de la habitación.

–Mark –sonríes a duras penas.

–Hola –su voz suena pastosa, y ves sus ojos posándose libidinosamente en tus senos desnudos. Se dirige a ti sin separar la vista de ellos.

–Mark, vaya mierda de día... ¿Dónde has estado?

El olor a alcohol de su aliento te responde antes que él. Te besa con demasiada fuerza. Sientes sus manos agarrándote los pechos, apretándolos.

–Mark, no...

Él no hace caso. Su boca desciende hasta alcanzar un pezón, y lo

chupa con desenfreno. Te hace daño.

–Mark, ahora no, joder –dices apartándole con la fuerza de tus piernas. Tu cabeza parece estallar con el esfuerzo– Ay...

Mark se queda de pie. Su mirada va cambiando entre el desconcierto, el deseo y el rencor. Va a decir algo, pero finalmente sacude la cabeza y sale de la habitación.

–¡Mark!

Escuchas sus pasos alejándose por el pasillo. Y de nuevo la puerta de la calle da un portazo.

Te quedas mirando al techo. Ojalá pudieras borrar aquel día. Aquella semana. Aquel...

Tu mirada se dirige a la ventana. Gracias a Dios, la persiana está echada.

EQUIPO DE TRABAJO

–¿Ruth Mayo?

–¿Qué? –respondes con voz de fastidio. Estás en tu descanso, los únicos minutos del día que tienes para tomar un café y un bollo de la máquina.

Pero cuando levantas la mirada tu expresión cambia de golpe: es Víctor. Nunca le habías visto tan de cerca. No lleva chaqueta y, sin poder evitarlo, te fijas en la silueta de sus músculos bajo la camisa. Tiene un cuerpo esbelto y fuerte a un tiempo. Su barba incipiente se marca más que cuando le ves de lejos; te preguntas fugazmente qué edad tendrá...

De pronto eres consciente de que las pécoras de tus compañeras no te quitan ojo. Así se debe sentir un actor en mitad del escenario con el único foco apuntándole.

Miras a Víctor a la cara y ves que te observa con gesto apaciguador.

–Perdona –empiezas–, es que estaba muy concentrada y...

–No, perdona tú que te haya interrumpido. No sé si me conoces, soy Víctor Foguer, trabajo en Mejora de procesos. Me ha llegado un correo de Hidalgo –te lanza una mirada significativa, Hidalgo es el director general y dueño de la empresa familiar–; me ha pedido que revise el proceso de certificación y entrega, parece que estamos teniendo algunos problemas. He hablado con tu jefe y me ha redirigido a ti.

–Para un momento –quizá muestras demasiada confianza con él, al fin y al cabo es un jefe, pero sus palabras te han dolido. Continúas en voz baja–. ¿Qué pasa, que se me culpa de lo del otro día? El error no fue mío...

–Tranquila. Es justo al revés. Si te han nombrado es porque eres la más experta. Y colaboradora. Es buena señal que te escojan para esto –cambia la expresión–. Y, si no, nos da igual. Es una oportunidad para ti. Aprovéchala.

Se detiene un momento mientras observa tus gestos. Tú, no sabes por qué, sientes algo de decepción al saber que no ha sido él el que te ha elegido. Esperas que no se te note, a veces eres demasiado transparente. Cuando comprueba que te has calmado, continúa:

–Es mi trabajo. Os iba a tocar antes o después: “Todo proceso se puede mejorar”. ¿Qué quieres, mandarme al paro?

Sus palabras, o quizá el tono de su voz, te tranquilizan. Por alguna razón, confías en él.

–Vale. ¿Qué hay que hacer?

–¿Me acompañas? –dice, haciendo un gesto con la cabeza.

Te levantas, y percibes las miradas envidiosas de tus compañeras mientras te diriges a él. La de Nina casi quema.

Víctor te aguarda. Aunque sus ojos no se mueven, sientes que te observan de arriba abajo. ¿Te queda el pantalón demasiado estrecho? ¿Se habrá movido el pañuelo que te tapa el escote? Pero Víctor sigue mirándote a los ojos. Eso te perturba aún más.

Le sigues hasta el ascensor. Está abierto, así que no tenéis que esperar. Cuando se cierra la puerta, Víctor empieza a hablar. Tú sientes algo de nerviosismo al estar a solas con él en un espacio tan íntimo, aunque sea un momento.

–Hay un trabajo que necesito que hagas.

Te mira más fijamente todavía. Sus ojos parecen taladrarte el alma. Y, a una distancia tan corta, te llega su olor. Un olor suave, sin estridencias. Como si no fuese colonia, como si fuera su propio cuerpo el que huele a limpio, y a... algo masculino, muy sensual.

–Dígame –te recompones.

Víctor arruga el entrecejo.

–¿Por qué me llamas de usted? Me hace sentir viejo.

Es verdad. Víctor no parece el tipo de jefe envarado que quiere marcar la distancia. De hecho, está demasiado cerca... ¿O es solo cosa tuya? Sacudes la idea de tu cabeza.

–Es cierto, perdona. No sé por qué se me ha escapado. Dime.

–Lo primero para mejorar cualquier proceso –dice mientras se abren las puertas del ascensor–, es conocerlo al dedillo.

Sientes una punzada de orgullo. Por eso te han escogido.

–Pero no como lo conoces tú.

Te desinflas. Era lógico. Te han escogido porque eres la peor.

–¿Qué quieres decir?

–Que, de tanto hacerlo y de tanto sabértelo, lo has automatizado. El cerebro es un vago. Quiere convertir los actos en automáticos, porque ahorra energía, consume menos azúcar. Esto le venía estupendo cuando vivíamos en las cavernas y era complicado obtenerla pero, ahora que nos sobra, es malo

para nuestra labor. Y para muchas cosas en la vida.

Hace una pausa y tú aguzas el oído. Pero Víctor retoma la cuestión de los procesos.

–Quiero que vuelvas a hacer conscientes tus conocimientos.

Habéis llegado a su despacho. Tú nunca habías estado allí. Sus paredes están cubiertas de diagramas de flujo, de todos los tamaños, con colores y anotaciones a rotulador. Tapan totalmente los cristales. Si se cerrara la puerta, nadie podría verlos desde fuera. De pronto sientes otra inexplicable oleada de calor.

–Esto es lo que quiero que hagas –dice, mostrándotelos.

–¿Un diagrama de flujo? –respondes con la lengua un poco trabada.

–Sí, del proceso tal y como lo hacéis ahora, con tareas claras y responsables.

–Vale, lo consultaré con el resto...

–No. Quiero que lo hagas tú. Sola. Y quiero que esté mañana sobre mi mesa. Tienes permiso de tu jefe para dejar todo por hoy.

–¿Cómo dices? –su tono autoritario te irrita aunque, por otro lado, te halaga el que te confíen esa labor y te permitan alejarte por un rato de tus obligaciones diarias.

Víctor alarga la mano hasta tu hombro. Tú te pones en guardia. Pero él te guía suavemente hacia los diagramas. Quiere que los observes de cerca. Se sitúa justo detrás de ti. Su olor te envuelve de nuevo. Sientes el calor de su mano en tu hombro, y lo echas de menos cuando la retira.

–Quiero que utilices este mismo formato. Y que tengas en cuenta todos los casos. Detalla hasta el infinito: cliente, modelo, color de los ojos del comercial... ¡Todo! Si te pones a consultarlo con tus compañeras, no lo tendremos en semanas. Además, no quiero que sientas que eres una mera secretaria de lo que otros te digan. Tú mandas.

Ladea su cuerpo para mirarte a los ojos desde tu espalda. Tú giras la cabeza y te los encuentras. Demasiado cerca. Os quedáis unos segundos así, mirándoos, hasta que vuelve a hablar.

–Solo tú puedes hacer esto. Pero cualquier duda que tengas, llámame. Estaré contigo al instante.

Ese poder te hace sentir pletórica. Dispones de él a un chasquido de tus dedos. Desarrugas el entrecejo, que habías ido frunciendo a lo largo de la explicación. Víctor había tocado tu orgullo, para darte finalmente una

palmadita en la espalda. Sin duda, sabe dirigir.

–No te preocupes, Víctor. Mañana lo tendrás. Pásame el formato electrónico, por favor.

–Ahora mismo. Por cierto, bonito colgante.

Bajas la mirada hacia tu escote. ¿Cómo ha podido verlo, si está tapado por el pañuelo? Lo apartas un poco y lo tomas en la mano. Es un *yin-yang* de plata.

–Lo compré en un mercadillo en la playa. Me gustó.

–“Todo forma parte de un todo. Todo cambia, todo fluye. En lo oscuro está lo claro y en lo claro está lo oscuro...” –recita–. Tiene tantas interpretaciones que se podría escribir un libro entero sobre ese símbolo.

Lo vuelves a observar, esta vez con otros ojos. Tú que solo lo habías comprado porque te pegaba con unos pendientes. Lo tapas de nuevo con el pañuelo.

–Nunca te acostarás sin saber una cosa más –dices.

Te despidas brevemente y bajas a tu planta. A pie. Necesitas despejarte un poco. Te encuentras bien, sientes una corriente de energía que no recordabas desde hace tiempo. Por otro lado, no te entiendes a ti misma. Llevas una feliz... una satisfactoria vida de pareja y, sin embargo, te has sentido por momentos como una gata en celo. Sin poderlo controlar.

¿Qué tiene ese Víctor?

Aparte de su físico, siempre le has considerado algo misterioso. Como que guardara algún secreto. Tiene la misma edad que Mejías. Por lo que dice Nina, fueron compañeros en la universidad, en Ingeniería. Víctor llevaba una carrera fulgurante, pero algo ocurrió y perdió el tren. Mejías le adelantó por la derecha. Ahora él era director y Víctor no tenía a nadie a su cargo. Un caballo perdedor. Después se puso a estudiar psicología o algo así. ¿Tiene familia? No recuerdas haber visto ninguna foto en su despacho.

Notas las miradas de las arpías de tus compañeras mientras vuelves a sentarte a tu mesa. No dices nada, si quieren enterarse tendrán que rebajarse a preguntarte. Tomas un papel A3 y empiezas a hacer garabatos. Los tachas. No tienes claro dónde empieza el proceso. Lo intentas durante unos minutos y empiezas a desesperarte. Vas a coger el teléfono cuando el simbolito de “mensaje nuevo” se ilumina en tu pantalla. Tu pulso se acelera.

“Víctor Foguer”, lees. Una nueva oleada de calor te recorre desde tu estómago. ¿O es desde más abajo?

“Céntrate, es solo un correo de trabajo”.

A pesar de todo lo abres y lo lees con avidez. Además del adjunto, solo contiene dos frases. La primera: “Si no sabes por dónde empezar, recuerda que los procesos casi siempre comienzan por una petición de alguien, una necesidad”. Y la segunda: “Sé que no me vas a defraudar, Ruth”.

Imaginas tu nombre pronunciado por los labios de Víctor, y el calor sube hasta tu rostro. Tienes que resoplar.

–No te defraudaré –murmuras.

Te pones manos a la obra. Al principio pensaste que sería sencillo, tan dominado tienes el proceso, pero pronto te das cuenta de que hay casos y subcasos, según los clientes y los productos, según los destinos, el idioma de los proveedores... “¡Mierda!”

Cuando quedan unos minutos para la hora de salida, llamas a Mark.

–¿Hola?

–Hola, Mark. Soy yo. Que salgo un poco más tarde, mi jefe me ha encargado una tarea para mañana y no la he terminado aún.

–¿Y por qué no la hace ese capullo y deja vivir a los demás?

Suspiras.

–Primero, porque no sabe. Segundo, porque si lo hiciera todo él, sobraría yo. Tercero, porque tendrá otras muchas tareas.

–Sí, mucha gente a la que putear. Eso da curro. Bueno, te espero en casa. Estaba viendo la serie esa que odias, así me podré ver dos o tres capítulos más.

–Bueno, habría que hacer la compra. Puedes ir tú, está todo anotado en la pizarra.

Resoplido.

–Tú también sabes putear a la gente, ¿eh?

De un manotazo te roba toda la energía que tenías. Es injusto. Tú llevas currando desde las siete de la mañana mientras él está viendo la tele. Aunque tampoco puede hacer mucho más. Desde que perdió el trabajo unos meses atrás, tiene demasiado tiempo libre.

Pero hay otra razón para no contestarle: te sientes culpable. ¿Por qué, por haber sentido algo de deseo por tu jefe en el ascensor? ¿Por estar dispuesta a sacrificar una tarde con Mark para no defraudar a Víctor?

–No me jodas, anda. Espérame y vamos juntos. No creo que tarde mucho. Un beso.

–Muack.

Mark cuelga antes que tú. ¿Te estás convirtiendo en una tirana? ¿En una tía insufrible?

Suspiras. Debes concentrarte para terminar cuanto antes.

–Hasta mañana, Ruth, ¿te quedas? –te lanza una de las secuaces de Nina con aire exageradamente sorprendido, mientras se cuelga el bolso.

–Foguer me ha puesto deberes, tengo que entregarlos mañana.

–¡Ay, pobre! Si quieres, a primera hora te echamos una mano –dice lanzando una mirada al resto de vuestras compañeras, que asienten, deseosas de saber de qué se trata el trabajo y por qué Víctor no ha contado con ellas. Nina está de espaldas, haciendo como que recoge la mesa.

–A ver si puedo terminarlo esta tarde, no me queda mucho. Pero gracias, chicas.

Se despiden poniendo cara de lástima. Falsas.

Tú vuelves a ponerte a la tarea. ¿Cómo puede ser tan complicado lo que haces todos los días sin pensar?

Al fin, a las siete y media de la tarde, crees haber terminado. Repasas el diagrama una vez más, para comprobar que no se te ha olvidado ningún caso, y lo envías por correo.

–Que vea que lo he hecho antes de tiempo –murmuras para ti, satisfecha.

Recoges los papeles que tienes sobre la mesa y vas a tirar la botella de agua vacía. Cuando vuelves, ves otra vez el simbolito de “mensaje nuevo”. Sí que es rápido contestando.

Sin sentarte, dudas si abrirlo en ese momento o dejarlo para el día siguiente, no vaya a tratarse de un marrón del tipo “Corrígeme tal cliente, que está incorrecto”, o “Demasiado escueto”, o...

El caso es que, sintiendo de nuevo esa especie de revoltijo entre el pecho y el vientre, lo abres. El mensaje de Víctor es aún más breve que el anterior: “Sube a mi despacho, por favor”.

Las piernas te flaquean. Te apoyas en la mesa para no caer. ¿Qué pretende? ¿Y qué se cree, que tienes todo el día para él? Por otro lado, quizá solo quiere darte las gracias por tu buen trabajo...

Nerviosa, enfilas el pasillo de la oficina. Se encuentra totalmente vacía. Las luces están apagadas y a esas horas aparece sumida en la penumbra. Te diriges al ascensor pero, antes de pulsar el botón, te lo piensas

mejor y subes andando. Demasiadas películas de terror.

Subes las cuatro plantas jadeando. Te recompones un instante, te miras (“¿por qué?”) en el espejo del descansillo y, echando el aire, te diriges al despacho de Víctor.

La puerta está cerrada. Dudas si llamar pero, al fin y al cabo, él acaba de decirte que subas.

–¡Buenas tardes! –dices mientras llamas con los nudillos.

–¡Pasa, Ruth! –escuchas la voz amortiguada de Víctor desde el interior. Solo oír tu nombre pronunciado por esa voz te vuelve a provocar mareo. ¿Qué está pasando?

Abres la puerta. Víctor está de pie, revisando un papel A3 que tú enseguida reconoces.

–Ah, ¿ya lo has visto?

–Si alguien hace el esfuerzo de quedarse para entregarme un trabajo que yo le he encargado, lo menos que puedo hacer es corresponderle ¿no?

–Sí, bueno... Otros no lo harían.

Víctor sonríe. Una sonrisa algo triste, dirías.

–Yo no soy “otros”. Explícame esto, anda –dice reponiéndose y señalando la zona más enrevesada del diagrama.

Te acercas y te sitúas a su lado, hombro con hombro. Os rozáis ligeramente. Desde esa posición te llega perfectamente su aroma embriagador.

–¿El qué, esto? –tu voz te suena ligeramente ronca.

–Ajá... –dice Víctor, asintiendo y mirándote directamente a los ojos. Se diría que también le ha costado pronunciar.

Te quedas un momento sin habla. Estáis totalmente solos en la oficina. Habéis roto la distancia de seguridad, le estás rozando.

Tu fantasía se dispara.

Te imaginas que se gira y lleva una mano a tu barbilla para guiar tu boca hacia la suya. Esa boca carnosa, sensual. Casi sientes el sabor de su lengua mientras roza la tuya. Casi sientes el calor de su aliento mientras desliza sus labios por tu cuello, deteniéndose en el hueco que forma tu clavícula. Besándolo suavemente mientras, muy despacio, retira el pañuelo que cubre tu escote. Casi escuchas tu propio gemido mientras sus labios descienden por tu pecho y se hunden en el canal entre tus senos. Ahora estáis de frente, sientes la presión de su miembro, duro como una barra de hierro,

mientras sus manos se deslizan por tu cintura para encontrarse de nuevo por detrás. Separan suavemente tus nalgas, haciendo que te curves, ofreciéndote, deseosa de más, dispuesta a recibirle...

Despiertas de tu ensoñación erótica cuando notas que te está mirando.

–¡Ah, eso! –intentas retomar el hilo– Es solo un bucle. Cuando hay algún error en la documentación, tiene que volver a pasar por el ciclo de aprobación.

Víctor asiente. Sigue mirándote a los ojos. Respira hondo y también parece despertar de un sueño.

–¿Otro bucle? ¿Cada cambio tiene que ser revisado por vuestro supervisor? Lo que no entiendo es cómo sale un maldito avión de aquí.

–Ya. Es como si no se fiaran de lo que hacemos.

–Bien. Es hora de que eso cambie. Y va a ser gracias a ti.

–¿Gracias a mí?

–Eso es. Y ya has empezado a conseguirlo –dice sosteniendo en alto el diagrama.

Sonríes. Reconforta el que alguien reconozca tu trabajo. Te sientes tan agradecida que con gusto le habrías dado un beso, esta vez más casto.

–Será mejor que me vaya –dices casi en un susurro.

A Víctor le cambia el semblante por un segundo. ¿Desilusión?

–Sí –mira el reloj–. Es muy tarde.

Parece que va a añadir algo más, pero al final no lo hace. Cuando te separas de él, algo parece romperse. Víctor aspira profundamente, como si quisiera retener algo de ti. De ese instante.

–Hasta mañana –dices mirándole brevemente a los ojos.

–Hasta mañana –responde él unos segundos después.

Algo te dice que no separa la mirada de tu espalda hasta que doblas la esquina.

CARLA

Sales del súper con prisas, como siempre. ¿Por qué nunca se acaban las tareas? Has cargado la bolsa más de la cuenta y te pesa en el hombro. Y encima abulta, los malditos cereales repletos de fibra de Mark (“tienen que ser Kellogg’s, nada de marcas blancas”) vienen en una caja doble. Te queda un trecho hasta casa, y ya te estás arrepintiendo.

Suena un pitido en tu móvil. Un mensaje de *WhatsApp*. No estás ahora para mirar el *WhatsApp*. Otro pitidito. “Mierda”. Siempre te crea la inquietud de si será algo urgente. Te detienes y sacas el móvil del bolso.

Son tus padres:

–Ya hemos llegado a Tenerife. No hace tanto calor como allí. El hotel está lleno de ingleses. O extranjeros, hablan muy raro.

Contestas:

–Me alegro. Pasadlo muy bien.

–¿Estás bien?

Dudas un momento antes de teclear. No demasiado tiempo, o lo notarán.

–¡Muy bien! De compras.

–No gastes mucho. Un beso.

–Besos.

Vuelves a guardar el móvil. Resoplas y coges la bolsa del suelo. Pero, al enderezarte, te detienes a mitad de camino, alucinada.

Estás delante de un quiosco de prensa. Miras la portada del *Hola*. Te frotas los ojos. Vuelves a mirarla. La coges para acercártela más aún.

¡Es ella!

Sin duda. Con más años, pero tan guapa como siempre. Más, si cabe. Lees el titular: “Carla Feijoo nos muestra su casa en Menorca”. ¡Carla! Tu amiga del instituto.

–¿Pero cómo...?

Hurgas rápidamente en el bolso para sacar un billete y se lo das al quiosquero, sin separar la mirada de la revista. Echas a andar mientras la abres precipitadamente. Lees sin parar todo el camino. Un coche te pita cuando cruzas sin mirar, y a punto estás de romperte la crisma al tropezar con el escalón de la acera.

Cuando llegas a casa arrojas la bolsa de la compra a la cocina sin preocuparte de los artículos de nevera.

–No me lo puedo creer...

“Carla Feijoo, la exitosa empresaria madrileña, recién casada con Josh Naaktgeboren, el millonario holandés...”

–Pero... ¿¿¿Carla???

Te preguntas cómo narices ha llegado ahí. La conoces de siempre. Demasiado, incluso. Te sonrojas al recordar vuestras conversaciones en su cuarto, cuando empezabais a hablar de chicos. Y de placer femenino. Sobre todo aquella tarde que la dejaron sola en casa...

Apartas el pensamiento de tu mente. Te estás acalorando. Vuelves a repasar las fotografías. En ellas Carla posa satisfecha en su preciosa villa. Admiras la labor de su decorador: ha conseguido mantener la atmósfera de una vieja casa de campo, aunque con el toque chic inequívoco que da el lujo. Te detienes sobre todo en la magnífica piscina con apariencia de alberca encalada que se abre sobre el mar. Te imaginas bañándote en ella al atardecer, mientras el sol tiñe de dorado las paredes blancas y las hojas de los olivos...

¿Cuándo la viste por última vez? Parece que no hace tanto pero... echas la cuenta, tres años... quizá cuatro. ¡Santo Dios! Cómo pasa el tiempo.

Enciendes el móvil, abres Facebook. Tu aparato ya tiene una edad y le cuesta unos segundos.

–Vamos, maldito trasto...

Por fin se abre la aplicación. Rápidamente pulsas la lupa y empiezas a escribir: “Carla... Feijoo”. Aparecen unas cuantas, y tienes que observar detenidamente las pequeñas fotos. Abres algunas, pero ninguna de ellas es tu amiga. Entonces se te ocurre una idea.

Vuelves a pulsar la lupa y escribes: “Carla Mermelada”. Aguardas con impaciencia hasta que aparece una sola foto ¡Bingo! Es ella. Debe ser una cuenta muy personal, no muchas personas conocen ese apodo. Y menos aún de dónde proviene. Otra vez vuelve a tu recuerdo aquella tarde en su casa...

–Joder –dices mientras te llevas la mano al pantalón. Notas una ligera humedad en tus bragas.

Dudas un instante, con tu dedo pulgar planeando sobre la pantalla, y finalmente pulsas el botón de “Solicitud de amistad”.

Te diriges a la bolsa de la compra, vas a dejar el móvil sobre la mesa cuando una campanilla te advierte de que tienes una notificación. Tu solicitud ha sido aceptada.

—¿Tan rápido?

A la mierda la compra. Abres el *Messenger* para mandarle un mensaje directo, pero antes de que empieces a teclear recibes tú el primero:

—*Ruth, ¿eres tú?*

Se te pone una sonrisa de oreja a oreja.

—¿*Mermelada?*

—*Jajajjja... Dulce y sabrosa.*

—*Y que lo digas... Tía ¿cuánto tiempo hace que no hablábamos?*

—*Ni idea. Demasiado. ¿Qué es de tu vida?*

Pausa.

—*Poca cosa. Pero me da que aquí la que tiene que contar eres tú ¿no? Te acabo de ver en el quiosco. Es el primer Hola que compro en mi vida.*

—*Jajajajajjja. Ya ves. Oye, estoy en Madrid. En vez de teclear tanto, ¿por qué no nos vemos?*

Miras la bolsa de la compra. Echas un vistazo a tu alrededor. La casa está hecha un desastre. Tienes un montón de cosas que hacer. Mark llegará de un momento a otro...

—*Vale. ¿Dónde?*

—*¿En el barrio?*

—*Mejor no, lo tengo demasiado visto.*

—*¿Por qué no vienes a mi casa?*

Sin saber por qué, el estómago se te contrae. ¿Cómo será su casa? La curiosidad te puede. Y algo más. Vuelves a llevarte la mano al pantalón.

—*¿Dónde está?*

—*En Pozuelo, no me he ido muy lejos.*

Pausa.

—*¡Venga!*

Observas el móvil mientras Carla te indica la dirección. Como suponías, es una urbanización de lujo, de esas que aparecen en las revistas cuando hablan de una nueva estrella de fútbol que se ha instalado en la capital. Piensas en la cara que pondrán los guardas cuando vean tu Opel Corsa, que necesita un lavado urgente.

—Bueno, creerán que soy la asistenta.

Metes las cosas en la nevera a toda prisa. Vas a dejar el resto en la bolsa para que lo coloque Mark, pero te arrepientes. Rápidamente lo repartes por los armarios de la cocina. Especialmente los cereales de Mark. En primera fila.

Te vas desabrochando la camisa mientras te diriges a la ducha. Luego va el pantalón, que cuelgas con cuidado detrás de la puerta. Vas a quitarte el sujetador, pero te detienes un momento a observarte en el espejo. Te giras. Tu silueta no está mal. El ritmo de vida y las tardes que sales a correr para no volverte loca no han dejado que la celulitis tome posesión aún de tus muslos.

Tu mirada se detiene en tu ropa interior: de color visón, funcional. Perfecta para ir al trabajo. De repente te estorba. Te quitas el sujetador y las bragas como si quemaran y vuelves a mirarte. Mejor. Te giras. Te inclinas y arqueas un poco la espalda, de forma que destaquen a la vez tu culo y tu pecho.

¿Qué estás haciendo? Solo vas a ver a Carla. Pero al pensar en ella sientes un calor interno que te recorre hasta el rostro.

Te metes en la ducha. Abres el grifo del agua fría, necesitas refrescarte. Te echas jabón en la mano y te frotas lo más fuerte que puedes. Intentas alejar todo pensamiento calenturiento de tu mente. Pero cuando llegas a tu sexo la caricia se hace más suave. Te desconcentras y, sin saber cómo, te encuentras pensando en Carla. Aquella tarde. Tendríais doce o trece años. En cuanto sus padres salieron por la puerta, tu amiga te enseñó unas fotocopias que le había pasado una compañera más mayor. En ellas hablaba de algo llamado “clítoris”, que supuestamente teníais todas las chicas, “más o menos por donde se hace pis”. Y que, al acariciarlo –eso le había asegurado la chica más mayor–, daba un terrible placer.

–¿Lo probamos? –te preguntó, con los ojos muy abiertos por la emoción.

Tú sentías una gran curiosidad, pero también mucha vergüenza. Tus padres te habían educado para que solo mostraras tus zonas íntimas a tu médico, e incluso eso te daba apuro. Pero Carla parecía muy dispuesta. Ella era decidida, aventurera. Una de las chicas más populares de la clase. Te sentías orgullosa de ser su mejor amiga.

Y no querías decepcionarla.

Recuerdas como si fuera ayer el momento en que asentiste. Una llama parece encenderse en tu interior. Fuisteis a su cuarto y ella se tendió sobre su

edredón con estampados de *South Park*. Gracias a Dios, fue ella la que empezó. Se quitó las braguitas con gesto decidido y, abriéndose de piernas, te mostró su sexo. Comprobaste con alivio que su pubis estaba cubierto por un vello suave, como el tuyo.

–¿Lo ves? –preguntó.

–No estoy segura. ¿Debe ser como una bolita? –dijiste tú, señalando el tosco dibujo que aparecía en las fotocopias.

–No sé. Quítate las bragas, quiero verlo yo.

Te sonrojaste hasta las orejas. Pero no te negaste. Te quitaste las braguitas y las dejaste colgando del respaldo de una silla, a mano por si había que recuperarlas rápidamente. Después te tumbaste en su cama. Carla se puso de rodillas frente a ti. Tenía la mirada curiosa de una científica.

–Ábrete más. No veo nada –dijo ayudándote un poco con las manos.

Lo hiciste. Te abriste de piernas para ella.

–Sigo sin ver más que una rajita. Espera.

Con dedos torpes, tanteó la zona en la que debía estar el famoso botón.

–Cuidado, más suave –te quejaste.

Carla te hizo caso. Su contacto se hizo más leve, una caricia. Así era mucho más agradable. Mucho, mucho más agradable.

–Oye –dijo Carla–. ¿Te estás haciendo pis? ¿O es sudor? Esto se está poniendo húmedo.

–No lo sé –le respondiste, mirándola a los ojos. Estaban como enfebrecidos, y Carla sonrió con entusiasmo.

–¿Mola?

–S... sí... Mola mucho.

–¡Eh, ya lo veo! Se ha hinchado un poco, y la rajita se ha abierto más. Es como un bultito. Ahora está muy suave.

Carla siguió acariciándolo, observando la cara de placer que tú ponías.

–Me toca –dijo, deteniéndose de pronto.

Tú la miraste a los ojos, implorante. No querías que parase. Nunca habías sentido un placer como aquel. E intuías que aquello no era todo, tenía que haber algo mucho más grande, algo que te saciase.

Con la respiración entrecortada, te arrodillaste ante ella. Carla separó las piernas. Los labios que bordeaban su sexo estaban más hinchados que

antes. Y su mirada también era distinta. Le brillaban los ojos.

Tú, que ya tenías una idea de lo sensible que era aquel botoncito, te llevaste el dedo a la boca antes de empezar a acariciarlo. Al primer toque, Carla soltó el aire.

Sus ojos sonrieron antes de cerrarse, abandonándose a ti. Su respiración se hizo más fuerte. Estaba húmeda, muy húmeda, y tu dedo se deslizaba con suavidad por aquel bultito, arriba y abajo, y en círculos. Te tumbaste a su lado para estar más cómoda. Observaste su rostro de cerca mientras seguías acariciándola. Escuchabas su aliento. Tenía la boca un poco abierta, y jadeaba. Al poco, empezó a mover la cadera. Apenas tenías que hacer nada. Ella misma se apretaba contra tu dedo. Tú la acompañaste en sus movimientos, presionaste más fuerte, en círculos, parecía que era lo que te estaba pidiendo tu amiga.

Sus movimientos se hicieron cada vez más rápidos, más y más, hasta que sus jadeos se convirtieron en gemidos desesperados, y sus movimientos en espasmos. Tú te asustaste y fuiste a retirar tu mano, pero ella la sujetó.

–¡No pares! –te pidió con ojos suplicantes.

Seguiste acariciándola hasta que pareció derrumbarse. Respiraba muy hondo. Entonces, agotada, miró con agradecimiento tu rostro pegado al suyo y te besó. Fue un beso rápido, de amigas. Apenas un piquito. Pero al recordarlo te vuelves a estremecer.

–Esto es la leche. Ahora te toca a ti –dijo incorporándose, pero se detuvo un instante– ¿Sabes? Dicen que los mayores lo hacen con la lengua.

Tú pusiste cara de asco.

–Ya –continuó Carla.

Entonces tuvo una idea.

–¿Te gusta la mermelada?

VISITAS A CARLA

–¡VOY A CASA DE CARLA FEIJOO! –dices al interfono, asomando la cabeza por la ventanilla y gritando demasiado.

–Un momento –responde una voz metálica.

Una pausa, que se te hace interminable. Un coche se detiene detrás de ti. Es un Audi deportivo, color negro.

–Adelante –dice la voz metálica, y a la vez se eleva la barrera blanca y roja. El Audi pasa simplemente haciendo un gesto con la mano.

Avanzas despacio por una bonita avenida flanqueada por árboles, intentando leer los carteles de las calles que se abren a un lado y a otro. Te adelanta un todoterreno gigante con los cristales tintados. ¡Así no hay forma de reconocer a ningún famoso! Además, no hay nadie caminando por la calle. ¿Ni siquiera pasean al perro? Para qué, si sus fincas serán tan grandes como el parque de tu barrio.

“Anapurna”, “Everest”, “Mont Blanc”...

–¡Ajá! Kilimanjaro.

Giras para embocar la calle. Una nueva barrera te cierra el paso, mientras una cámara te apunta directamente a los ojos. Buscas el interfono, pero esta vez la barrera se abre sola cuando te aproximas.

La calle secundaria es más estrecha, aunque más coqueta aún si cabe. “Se respira... tranquilidad, intimidad... No. Exclusividad”. Grandes vallas de piedra y enormes puertas metálicas anuncian lujosas mansiones en el interior. Te sientes decepcionada: apenas se puede entrever ninguna. Tú que esperabas poder cotillear un poco.

–Número 4... número 4... ¿Dónde narices están los números? ¡Ah! Esta es.

Empiezas a alucinar. La entrada para coches es más amplia que tu calle entera. Te preguntas si tendrás que llamar a Carla a gritos, cuando vislumbras un cuadro elevado sobre un pivote metálico. Contiene un botón rojo, un teclado y una gran pantalla. Pulsas el botón. Nada parece ocurrir. Aguardas un rato, cada vez más inquieta, hasta que al fin se enciende la pantalla. Tu rostro se ilumina cuando ves en ella a tu amiga, que sonrío de oreja a oreja.

–¡Ruth! Qué alegría. Pasa hasta el fondo y deja el coche con las llaves

puestas. Voy a por ti.

La enorme puerta metálica comienza a deslizarse hacia un lado. ¡Qué pasada! Por allí cabría el tráiler de los Rolling Stones. Empiezas a preguntarte si no habrá pasado alguna vez por allí el tráiler de los Rolling Stones...

Conduces por un camino de gravilla blanca que cruje de forma deliciosa bajo las ruedas de tu cochecito. Está tan limpia que te recuerda a un spa. Traza unas curvas suaves a izquierda y derecha entre la vegetación, y aún no se ve la casa. De pronto se acaban los árboles y ahí está. Blanca, recta, extendiéndose sobre una enorme pradera de brillante césped y, sin embargo, sin invadirla. Conjuntándose con ella. Su figura y la elegante combinación de piedra y cristal te comunican a un tiempo solidez y armonía. Y algo más: audacia.

El camino de gravilla termina en un ensanche rectangular. Siguiendo las instrucciones de Carla, aparcas ahí el coche y dejas la llaves puestas. Te aproximas a la casa, sin saber muy bien dónde está la entrada principal. Desde allí te das cuenta de que una gran parte de las paredes son transparentes. Se ven algunos fragmentos del interior de la casa. Al momento aparece tu amiga por una de las gigantescas puertas de cristal. No sabes muy bien cómo actuar, hace años que no os veis, y en ese entorno parece imposible que sea la misma chica que tú conocías. Lleva un vestidito blanco, sencillo pero con un corte elegante y a todas luces carísimo. Lo mismo puedes decir de sus zapatos, ¿de verdad lleva tacones para andar por casa? Tú bajas la vista un instante para observar tus mejores galas: un vestido de Desigual que en rebajas ya te pareció excesivo y unas sandalias que te compraste en Fuencarral y eran lo más... Y que ahora te parecen lo más... vulgar del planeta.

Pero todas tus dudas se disipan cuando ella corre hacia ti y te abraza con entusiasmo.

—¡Ruth! Cuánto tiempo. Qué guapa estás, somos como los buenos vinos ¿eh?

Tú te unes a su abrazo. La fuerza con la que te aprieta, casi despachurrándote, sí parece la de la Carla de siempre. Ella sí que está guapa. Tu cara muestra signos de cansancio, a su lado pareces pálida y ojerosa.

—¡Pero Carla! —dices por fin, abarcando con un gesto todo lo que os rodea— ¿Qué ha pasado aquí?

—¡Jajajaja! —ríe ella, mientras te toma del brazo y te lleva hacia la

casa– Vaya choza ¿eh? ¿A que mola?

–Molar es poco. Estoy alucinando.

–Con pasta todo es sencillo: –cambia a una voz nasal y monótona, como hastiada– “Ponme con el mejor arquitecto de España. ¿Cómo que está ocupado? Ponme con el mejor arquitecto del mundo”.

Tus ojos siguen sin volver a sus órbitas.

–Pero... pero... ¿de dónde has sacado tanta pasta? ¿Has inventado una máquina de hacer billetes?

–Noooo, demasiado complicado. Ahora te cuento. Pero antes vamos a ponernos cómodas.

Al oír esas palabras vuelves a sentir un escalofrío. Sabes que Carla no se ha olvidado de vuestros encuentros, pero ignoras lo que ha ocurrido desde la última vez que os visteis. Seguramente ha tenido muchas más experiencias y para ella aquello está superado.

Para ti no.

“Mantente serena, mantente serena”, te repites.

Entráis a lo que crees que es el salón de la casa. Una gran estancia, luminosa, con sillones blancos a un lado y una mesita baja. Un lugar que invita a las reuniones. De las paredes cuelgan cuadros sobrios pero alegres. Algunos te suenan demasiado. ¿Serán originales? Apuestas a que sí. Cada uno de ellos costará más de lo que tú vas a ganar en toda tu vida.

Carla sigue hablando, con naturalidad. Y con el mismo entusiasmo de siempre.

–¿Sigues viendo a la gente del insti? –pregunta.

–A algunos. A Mark entre ellos.

Carla sonrío, pícara, y te da un codazo.

–¿Sigues con él? Era un bombón, nos tenía a todas locas.

Tú sonrías, con menos entusiasmo del que querías. Aquello era cierto.

–Desde la reunión de antiguos alumnos –continúas– he retomado contacto con bastante gente. Con Mario, Chus, Marta, Virginia...

–¿Virginia? –dice Carla torciendo el gesto– Si era una gilipollas.

–Ya. Y lo sigue siendo. E igual de zorra.

Carla te da una palmada fuerte en el brazo y se ríe. Tomáis un pasillo que tiene una de las paredes transparente, desde la que ves algo que vuelve a dejarte alucinada: la piscina. Un enorme rectángulo blanco y azul claro, roto

por uno de los lados para enrasar la superficie del agua con el horizonte. Se ve tan lisa que las nubecillas blancas del cielo se reflejan en ella como en un espejo.

–Ahí no pega tirarse a bomba –se te escapa.

–Pues yo lo hago –ríe Carla.

Llegáis a otra estancia de paredes de piedra blanca, donde la luz se refleja a raudales. Una gran cristalera se abre sobre la piscina, y cerca de ella el suelo cambia a listones de madera del color más claro que has visto nunca. Tiene un espejo de cuerpo entero y varias puertas de la misma madera clara, en forma de persiana. Las paredes están cubiertas de perchas y estantes llenos de albornoces, bikinis y chanclas.

–¡Hay más que en Zara! –exclamas.

–¡Jajajaja, no te pases! Elige el que quieras –dice Carla señalando los bikinis y observando tu contorno con detenimiento– ¿Seguimos teniendo la misma talla?

Tú te alegras de no haber engordado en estos años. Ella está estupenda, sus piernas torneadas por el ejercicio y la piel bronceada por el sol, sin una sola arruga.

–Creo.

–Pues estarás entre la S y la M, según el modelo. Este es muy chulo – dice tomando uno de color blanco, pero enseguida lo deja–. Mejor en rojo.

–Sí, con el blanco voy a parecer un fantasma –ríes.

–Cámbiate ahí, si quieres –dice señalando las puertas de persiana–. Deja tu ropa dentro. Por cierto, ese vestido mola un montón.

–Pues a mí me mola el tuyo.

–¡Jajajaja, pues hacemos como siempre, nos los cambiamos!

Os recorréis mutuamente con la mirada. Crees detectar algo de libidinosidad en la de Carla. Entonces avanza hacia ti y tú retrocedes sin querer.

Te tiende el bikini.

Lo tomas, con un ligero temblor en la mano. Una sonrisa tensa y te metes en uno de los cambiadores. Cuando estás fuera de su vista resoplas. Tu corazón va a mil por hora. No, aquello no está superado para nada.

Te desabrochas el vestido y lo dejas caer al suelo. Te observas en el espejo del interior. Creías que no estabas mal, pero al lado de Carla te ves como una momia.

–¿Te está bien? –oyes su voz amortiguada desde el otro cambiador.

–¡Aún no me lo he probado! –gritas mientras te desabrochas el sostén.

–¡Tortuga!

Escuchas el ligero chirrido de la puerta de su cambiador. Tú te apresuras. Oyes el rumor de sus movimientos. Está al otro lado de tu puerta. Ves sus pies por debajo. Te quitas las bragas.

Sus pies se detienen un momento. Parecen dudar. Se alejan.

Sales con el bikini puesto. Te está perfecto.

–¡Guau! –exclama Carla– Parece como si Marcelo lo hubiera hecho para ti.

–¿Marcelo?

–Marcelo Ponti, el diseñador. Es un tío majísimo. Me regala los bikinis.

Ahora que la ves de cuerpo entero, te reafirmas en tu opinión. Está perfecta. Firme. Hasta marca ligeramente la tableta de chocolate.

–¿Te has hecho monitora de Zumba o algo así? –preguntas.

–¡Nooo, jajajaja! Esto es cosa de Nacho, mi entrenador personal. Me machaca todo lo que quiere –sonrisa intencionada–, pero al final merece la pena. Luego te lo presento, si quieres.

Intentas adivinar sus intenciones pero, con su eterna sonrisa, es difícil saber si bromea. Te coge del brazo y te empuja hacia la piscina. Por el camino agarra un par de toallas.

Sientes el tacto de la madera bajo tus pies descalzos. Resulta cálido, tranquilizador. Carla te guía hacia las tumbonas, arroja allí las toallas y tira de tu mano. Se dirige al borde de la piscina.

–¡Vamos! –dice, y se lanza de cabeza. Apenas altera la superficie del agua. Grácil y enérgica a un tiempo, te recuerda a las aves acuáticas que se sumergen en picado para pescar. Asoma el rostro tras una larga zambullida – ¡Venga, caguica!

No te queda más remedio.

–¡Al ataque! –gritas en plan cómico, por si tu salto no queda tan bien como el suyo.

Te arrojas de cabeza al agua. Está deliciosamente fresca. Y las paredes blancas la hacen tan clara y cristalina...

–¡Aaahhh, qué gusto! –exclamas al salir. Carla te observa flotando a unos metros de ti.

De pronto se vuelve a sumergir. Ves como se dirige bajo el agua hacia ti. Emerge justo a tu lado. Tan cerca que podrías contar las gotas sobre su cara. Sus piernas te rozan al moverse. Resulta extraño, en una piscina tan grande. Pero tú no te apartas.

–Hacía mucho que no nos bañábamos juntas, ¿eh?

–Sí, desde... –las palabras se te atascan. Acabas de recordar el baño nocturno que os disteis en el Mar Menor aquel verano. Ella estaba pasando unos días contigo, en casa de tus padres, y aquella era la última noche. No os ibais a ver en mucho tiempo...

–Ruth...

Apoya una mano en tu cintura.

<<< >>>

Tú eliges:

- **Opción 1:** Te sientes atraída, pero al mismo tiempo incómoda. Ha pasado demasiado tiempo. Además, ahora tú tienes novio. Te separas un poco de ella mientras te disculpas. **Ve a [QUE CORRA EL AIRE](#).**
- **Opción 2:** Sientes una extraña familiaridad hacia Carla. Te encuentras excitada por la situación y quieres llegar hasta el final. Aceptas su contacto. **Ve a [UN BAÑO CALIENTE](#).**

QUE CORRA EL AIRE

Intentando que no se note demasiado, echas un brazo atrás y te alejas flotando. Carla capta el mensaje.

–¡Carrera! –grita. Y se pone a nadar en perfecto *crawl* hacia el otro lado.

–¡Eh, tramposa! –respondes, mientras la persigues tratando de imitarla.

Cuando llega al extremo de la piscina da una voltereta en plan profesional, se impulsa contra la pared y vuelve. Tú haces trampa y te das la vuelta a mitad de camino. A pesar de ello y de esforzarte al máximo, cuando llegáis al otro extremo, donde la piscina hace una suave pendiente imitando una playa, Carla te ha sacado aún más ventaja. Te espera tumbada sobre el fondo, medio sumergida y recibiendo las pequeñas olitas que produces al nadar. Tú llegas jadeando, y te arrastras por el suelo hasta tenderte a su lado.

–¡Joder con el tal Nacho! –protestas derrumbándote–. Antes te ganaba siempre.

–¡Ah! Todos podemos ir mejorando día a día. Aunque yo no te veo nada mal –dice recorriéndote descaradamente el cuerpo con la mirada.

–¿Tú no estás recién casada? –le sueltas. “Más vale una vez colorada que ciento amarilla”.

–¡Ja, ja, ja! Sí, pero no te preocupes por Josh. Sabe lo que hay. Solo nos hemos casado para que suban nuestras acciones.

–Pues yo... –dudas un instante– Carla, ahora tengo novio. Y no estoy acostumbrada a ponerle los cuernos, aunque sea con mi mejor amiga.

–Siempre hay una primera vez. Además, yo te vi antes –responde ella, y te pone una mano en la cadera, con los dedos casi en tu culo.

Tú te apartas, te pones en pie y te diriges a las tumbonas, donde te espera tu mullida toalla.

Pasa a [CARLA TE DA UN NÚMERO DE TELÉFONO.](#)

UN BAÑO CALIENTE

Sientes un nudo en la garganta. Tardas un instante en contestar, y ella se te adelanta.

–Ruth, he soñado muchas veces con esto desde entonces.

Se acerca y te besa. Tú no te mueves. Saboreas sus labios húmedos y frescos. De pronto comprendes que a ti te ha ocurrido lo mismo.

La besas con más fuerza. Con desesperación.

Llevas la mano a su nuca y abres más la boca. Sientes cómo entra en ella su lengua. Es dulce. Juegas con ella. Dejas que se entrelace con la tuya. Que entre y que salga, que se persigan ambas como en un juego infantil. Pero el juego se acelera. Cada vez más rápido, cada vez más fuerte.

Notas la ansiedad de Carla. Quiere más.

Y tú también.

Se separa un instante, mientras os miráis a los ojos febriles. Miras alrededor. No se ve un alma, pero estáis al aire libre. La seguridad de Carla te tranquiliza: probablemente no es la primera vez que lo hace allí. Al fin y al cabo, ella es la que tiene que cuidarse de los *paparazzi*. Sin embargo tú te sientes muy expuesta.

Carla parece entenderte sin palabras. Nada hacia el borde y pulsa un botón. Entonces ocurre algo que te deja patidifusa: ¡dos de las paredes de la piscina se vuelven transparentes! Ves los árboles a través del agua y del cristal. Te sientes como si estuvieras en un gigantesco acuario, más observada aún que antes. Vaya con Carla, el tiempo la ha vuelto todavía más morbosa.

–¡Sorpresa! –dice, mientras vuelve nadando hacia ti con su sonrisa traviesa en la boca.

Cuando llega a tu lado se inclina y te muerde los labios. Mientras estás distraída con su boca, se desata la parte de arriba del bikini. Sus preciosos senos quedan al descubierto. El frescor del agua le ha puesto los pezones duros como piedras. Carla, lejos de cortarse, curva la espalda para que asomen sobre la superficie. Brillantes, apetitosos.

Te detienes un momento. Sin duda estás enferma. Pero no puedes detenerte, te dejas arrastrar. Atrapas uno entre tus labios y succionas y lames como una posesa. Después vas a por el otro. Carla echa la cabeza atrás, entregándose a ti. Intenta alcanzar con la mano tus zonas íntimas pero,

pataleando para manteneros a flote, se hace complicado.

Te vuelve a mirar con ojos de deseo y tira de tu mano mientras nada hacia la zona menos profunda, que termina en pendiente, como una playa. Allí, en la zona seca, te obliga a tenderte boca arriba y vuelve a besarte. Ella se recuesta a tu lado, saca la lengua y te lame los labios, y sigue lamiendo las gotas de agua que hay sobre tu cuello, sobre tus hombros. Desciende hacia tus pechos. Chupa tus pezones a través de la tela del bikini. Te lo levanta y sigue chupándolos. Toma tus senos entre las manos y los lame por debajo, en el pliegue donde aún están calientes. El contraste entre el frío del agua y el calor de su lengua te está volviendo loca.

Sigue avanzando con la lengua por tu vientre, hasta que se encuentra de nuevo con la tela del bikini. Se separa un instante para mirarte con ojos lujuriosos. Tú los tienes entrecerrados, pero los abres para ella. Esa mirada os provoca un escalofrío de placer aún mayor que su contacto. Tu respiración se vuelve un jadeo y tus caderas se mueven arriba y abajo por sí solas.

“Sigue, por favor”.

Carla recibe la invitación y, conteniendo la ansiedad, lleva sus manos a las finas tiras que sujetan el bikini a tus caderas. Te lo baja poco a poco. Mientras va quedando al descubierto, su mirada se dirige a tu pubis, para después volver a ascender hasta tus ojos. Deseo.

Cierras los ojos. Notas como la braguita sigue su lento recorrido por tus muslos, tus rodillas, tus pantorrillas, tus empeines... hasta desaparecer.

Vuelves a abrir los párpados. Quieres ver el rostro de tu amiga mientras te separa las piernas con cariño y deseo a un tiempo, besándote los muslos, cada vez más cerca... más cerca...

A pesar del frescor del agua sientes un intenso calor. Y sabes que la humedad de tu sexo no es producto del baño.

Entonces llega. Una caricia tierna y húmeda. Se posa sobre la zona más sensible de tu cuerpo y vuelve a retirarse. Ansiedad. Tus caderas se levantan del suelo. Miras suplicante a tu amiga, ves sus labios sonreír antes de ocultarse de nuevo entre tus piernas. La caricia reaparece, y esta vez se mantiene. Rodea tu clítoris en círculos cada vez más estrechos. Lo roza. Se marcha de nuevo.

–Cabrona –murmuras, mientras llevas las manos a su nuca. Quieres más.

Carla introduce la lengua entre los labios de tu vagina, separándolos,

saboreándote. Vuelve a tu clítoris. Lo succiona suavemente. Regresa a los labios. Está jugando contigo.

De pronto se separa de ti. Otea alrededor. Tú la miras sin comprender, hasta que ves que se incorpora y se aleja unos pasos para alcanzar una de las grandes toallas blancas. Sonríes.

Vuelve caminando hacia ti mientras dobla la toalla. Tú aprovechas para ponerte de rodillas y, suavemente, bajarle las bragas del bikini. Besas su pubis. Está totalmente depilado. Parece aún más infantil que el que tenía cuando erais crías.

Exprimes sus bragas empapadas y dejas que el agua te chorree entre los senos. Carla te lanza una mirada llena de lujuria. Tú arrojas sus bragas lejos, hasta el centro de la piscina. Va a tener que esforzarse si quiere recuperarlas. Carla entrecierra los ojos: va a vengarse de ti.

Apoya la mano en tu frente y te empuja hacia atrás, en plan mujer fatal. Quiere tenerte despatarrada para ella. Tú te dejas hacer. Carla ha doblado la toalla varias veces hasta formar un rulo grueso. A una señal, levantas las caderas y ella lo sitúa debajo. Tu sexo queda ahora a una altura perfecta, mucho más expuesto.

Se detiene un momento. Se deleita observando tu cuerpo desde arriba.

–¿Voy a por mermelada? –pregunta.

–No hará falta –respondes con la voz cargada de deseo.

Carla da media vuelta. Se pone a cuatro patas y acerca su sexo a tu cara. Lo ves terso, húmedo, sonrosado. Te mira una última vez por encima del hombro con esa sonrisa lujuriosa. Agacha la cabeza. Sientes su lengua de nuevo sobre tu clítoris. Tú no te resistes. Ya no hay marcha atrás. Separas las piernas más aún, quieres que llegue a todos los rincones de tu fantasía.

Y tú no vas a ser menos. Agarras su culo con ambas manos. Está realmente duro. Separas sus nalgas con delicadeza e introduces la lengua en su vagina, que se abre para ti. Sientes cómo tu amiga se estremece. Sacas la lengua y recorres con la punta los labios menores. Vuelves a introducirla, esta vez más profunda. Carla aprieta su sexo contra tu cara, para retirarlo al instante. Lo mueve sobre tu rostro, poniendo su clítoris a tu alcance.

Pero ella te ha hecho sufrir antes. Ahora es tu turno.

Evitas el clítoris, y vuelves a recorrer sus labios hacia atrás, hasta llegar al ano. Lo lames suavemente, lo rodeas y vuelves a la vagina. Introduces de nuevo tu lengua en ella, con firmeza. Carla vuelve a apretar su

sexo contra tu rostro. Quiere que llegues más profundo. Lo retira de nuevo y acerca otra vez el clítoris a tu lengua.

Esta vez lo aceptas. Lo lames suavemente, y ella mueve la cadera en círculos. Tú aumentas la firmeza de la caricia y ella acelera sus movimientos, que cada vez son más frenéticos. Más y más rápidos. Desesperados.

Carla gime. De pronto una serie de espasmos te dicen que ha llegado al orgasmo. Y que es fuerte. Muy fuerte. Gime más alto. Acaricias sus labios con los dedos mientras sigues lamiendo su clítoris, hasta que los espasmos se hacen más espaciados. Por fin, con un gemido más prolongado, Carla se derrumba. Apoya su peso en ti unos instantes, para volver a ponerse a cuatro patas. Te mira entre sus pechos, que cuelgan con los pezones rozando tu ombligo. Está agotada.

–Hija de puta –te dice.

–No te has hecho mucho de rogar...

Ella te da un azote en las nalgas.

–Te vas a enterar.

Y vuelve a la carga. Sientes su lengua atacar tus zonas más íntimas sin compasión. Tú la agarras por la cintura. No quieres que se separe. Ahora no.

Sigue lamiéndote mientras tú mueves las caderas para guiarla. Entonces notas sus dedos. Están acariciando la humedad de tu vagina desde detrás de tus muslos. Concentras tus movimientos en ellos, deseas desesperadamente que se introduzcan en ti, pero no quieres que te hagan daño. Sientes como se van abriendo paso, poco a poco, con firmeza y suavidad a un tiempo. Buscando el camino. Son varios. Lo sabes por la estrechez con que entran y salen, a pesar de lo lubricada que estás. Cuando los sientes bien dentro, tus movimientos se aceleran. Empiezan a escapar a tu control. Entonces Carla cambia la forma en que ataca tu clítoris. Ahora está lo suficientemente hinchado para que entre en su boca, y tu amiga lo succiona y masajea entre sus labios y su lengua. Te enloquece.

Empiezas a gemir. Te gustaría decirle “Sigue así, no se te ocurra parar” pero, de pronto, una imagen se forma en tu cerebro: es Mark. Te mira con ojos de reprobación. “Guarra”. Se da la vuelta. Se aleja.

–No puedo –dices separando a tu amiga, que te mira con sorpresa.

–¿Qué pasa? –pregunta mientras se retrepa en el suelo, hasta tenderse a tu lado– ¿Ya no te gusta?

Tú sonrías. Una sonrisa triste.

–Me encanta. ¿No me has visto? Pero no puedo... Tengo a Mark.

–¿Y? No se va a enterar.

Bajas la mirada, avergonzada. Esperas que tu amiga lo entienda.

–Me siento... mal, culpable.

Carla te observa, en silencio. Lleva una mano a tu pelo y lo acaricia. Miras las nubes, leves como gasas, flotando en el cielo de verano. Se emborronan. Cierras los ojos.

CARLA TE DA UN NÚMERO DE TELÉFONO

Ahora sabes que la estancia que viste al entrar no era el salón. Ni de lejos. El auténtico parece un campo de fútbol, o una pista de nieve, ya que todo, incluido el ramo de flores que adorna el centro de la mesa, es blanco. Tu vestido destaca como un papagayo en una fábrica de papel.

Estáis recostadas en un sofá en el que cabría toda la clase del instituto. Has perdido un poco las ganas de hablar. Carla, sin embargo, actúa como si no hubiera ocurrido nada. Agradeces que no haya dejado que se cree ninguno de esos silencios incómodos que marcan la diferencia entre los amigos y los meros conocidos. “Silencios de ascensor”.

Una mujer entra al cabo de unos instantes. Es atractiva, y lleva una ropa casi tan elegante como la de Carla, aunque mucho más ceñida. Solo la identificas como parte del servicio porque trae una bandeja con zumos. Son de un tono verde eléctrico. Por fin algo de color.

–Buenas tardes –saluda mientras deja la bandeja en la mesa. Sus ojos son cálidos. Y sensuales. Miras de reojo a Carla. Aunque la mujer solo ha pronunciado dos palabras, has captado algo más que el trato correcto y distante entre jefa y empleada.

–Hola –respondes con un gesto de cabeza, sin saber muy bien si te tienes que levantar a darle dos besos. Carla te saca del apuro.

–Gracias, Mía. Por favor, que no se nos interrumpa. Yo avisaré si hace falta.

–Perfecto. Que paséis una buena tarde.

Sonríe manteniéndote la mirada un instante más de lo necesario, antes de darse la vuelta y alejarse. El vestido se pega a ella como una segunda piel. Estás segura de que no lleva bragas. No puedes separar los ojos de ella hasta que desaparece por la puerta.

–¿Es tu...?

–Ayudante, sí. La última habitante de la casa, junto con Nacho, la cocinera y el jardinero.

Una nota de rubor acude a tus mejillas. Creías que estabais solas. ¿Os habrán visto en la piscina? Sorbes la pajita y decides cambiar radicalmente de

tema.

–¿Cómo narices lo has hecho? –dices abarcando con un gesto todo lo que os rodea–. Cuando perdimos el contacto trabajabas de ayudante en el despacho de un abogado. Por lo que me decías, eras como una secretaria ¿no? Un trabajo normalito, aburrido...

–Aburrido, no ¡Un coñazo! Fotocopias para acá, fotocopias para allá, preparar el dossier del caso Fulanito, hacer un informe del caso Menganito, presentaciones del bufete, reuniones con tal cliente... Todo para lucimiento del señor Ferreira, de “Ferreira y Pons abogados, dígame”. Reconocimiento, cero. Realización, cero. Resumiendo: un trabajo de mierda con un horario de mierda y un sueldo de supermierda.

Carla sacude la cabeza al recordar aquellos tiempos, no tan lejanos. Resopla, luego mira alrededor y sonrío, feliz de haberse librado de ello.

–Me recuerda mucho a uno que yo me sé –dices tú, sin sonreír lo más mínimo.

Carla se recompone. Te observa, duda, pero al final asiente con la cabeza. Parece haber tomado una decisión.

–Aquel trabajo tenía algunas cosas buenas; pude conocer a gente influyente, que... Da igual. Lo importante no es lo que hice, sino de dónde saqué la fuerza para hacerlo.

Vuelve a detenerse. Tú la animas con la mirada. Carla suspira.

–¿Cómo es tu vida sexual? –lanza a bocajarro.

–¿Cómo que...? ¿Qué tiene que ver eso?

–Todo –contesta ella muy seria–. El sexo es expresión de muchas cosas. Sé que suena increíble, pero hazme caso, por favor. Tú has sido la que ha preguntado.

Te detienes, en guardia. ¿Por qué te molesta la pregunta? Estás segura de que la pesquisa de tu amiga tiene que ver con el episodio de la piscina. ¿Quiere volver a la carga? O bien es puro cotilleo.

–Mi vida sexual es... –“perfecta”, “plena”, “satisfactoria”, “espontánea”, “creativa”, “alocada”– Es... normal.

Carla te mira. Tú vuelves a sorber la pajita para tener una excusa y apartar los ojos. Pero cuando por fin los levantas, te encuentras con los de Carla clavados en ti. El zumo te sabe amargo.

Tu garganta se hace un nudo.

–Hace años que no tengo un orgasmo con Mark –escuchas tu voz

como si hubiera sido otra la que hubiera pronunciado esas palabras.

Carla calla, pero su mirada cambia.

Te abraza. Un abrazo de amiga. El nudo de tu garganta se hace más doloroso. Notas las lágrimas rodar por tus mejillas hasta su hombro. Te abraza más fuerte.

–Ruth, Ruth... No has cambiado nada. Sigues siendo la chiquilla que conocía.

De pronto la ves más mayor. Su cuerpo parece haber rejuvenecido, pero su voz tiene el tono de la experiencia, como si su mente hubiera crecido decenas de años.

“¿Cómo lo ha hecho?”

Se separa de ti unos centímetros. Lo justo para mirarte a la cara y secarte la mejilla con el dorso de la mano. Tú también la miras, esperanzada.

–¿Qué coño estoy haciendo con mi vida? –consigues pronunciar.

–Lo que todo el mundo, cariño... Dejarse llevar.

–¿No te parece a veces que... –sorbes ruidosamente– vas a contracorriente, que nada encaja?

Te estrecha por los hombros y te mira con un inmenso... amor.

–Llegará un día en que parezca que las cosas fluyen en la dirección adecuada, en que el destino se alinee contigo. Ya lo verás.

Suavemente, te retira y se pone en pie. Se dirige a una pequeña cómoda y vuelve con un bloc y un bolígrafo. Anota algo. Arranca la hoja y alarga la mano, ofreciéndotela.

Es un número de teléfono.

La miras, interrogante.

–Me has preguntado cómo lo hice –dice ella–. Llamando a este número.

Dudas un instante antes de alargar la mano.

–Gracias –contestas, sorbiendo un poco la nariz. Doblas el papel y lo guardas con cuidado en el bolso.

–¡Bueno! –exclama Carla, dispuesta a romper el tono triste que se ha instalado entre vosotras– Ahora elige: partido de pádel, sesión de yoga, aperitivo o masaje con Nacho...

Te despides de Carla con un abrazo, intentando que no sobrepase

ningún límite equívoco. Todavía te sientes confusa, y algo avergonzada. No quieres añadir más ingredientes al caldero que hierve efervescente en tu cerebro. Ella parece aceptarlo.

Subes a tu coche. Está limpio como una patena, y por dentro huele a nuevo. Alguien lo ha lavado mientras pasabas el rato con tu amiga. Elevas el pulgar como signo de agradecimiento y enfilas el camino de gravilla.

Cuando se abre la puerta metálica y sales a la calle, parece como si despertaras de un sueño. Aunque no termina de disiparse hasta que superas la garita y sales a la general.

Sacudes la cabeza. ¿De verdad ha pasado lo que ha pasado? Conduces como en trance, alucinando todavía. Aparcas en automático y coges el ascensor. Tienes que contárselo a Mark: la urbanización, la casa, la piscina... solo lo bonita que es, sin entrar en más detalles.

Sacas la llave y la metes en la cerradura. No entra. Mark ha dejado la suya por dentro. ¡Qué rabia te da cuando hace eso! Llamas al timbre. Se oyen unos pasos retumbar por el pasillo. No es muy sigiloso, no.

–Hola –saluda en cuanto la puerta se abre, y te da un piquito en la boca. Tiene cara de culpable. Ha roto algo o ha estado viendo porno. Bueno, si ha roto algo te enterarás.

–Hola. Ya sabes que no me gusta que dejes la llave en la puerta.

–Ahí va, perdona. Se me olvida.

–Ya, ya. ¿A que no sabes dónde he estado?

Se retira unos pasos. Te observa.

–No llevas bolsas, así que de compras no. Tú nunca fallas en eso, siempre cae algo. Llevas tu vestido nuevo. Tienes el pelo ligeramente húmedo. Hueles a... ¿crema?

–Aceite.

–¿Mmmm...?

–Me he estado dando un masaje.

Mark te mira, evaluando si debe ponerse celoso. Tú le devuelves la mirada, triunfante. Sacas la revista del bolso y le muestras la portada. Al principio Mark no entiende nada. De pronto, su cara de asombro te dice que ha reconocido a la mujer que posa sonriente en su villa de verano.

–¿¿¿Esta es tu amiga??? ¿La rarita?

–¡Eh! No te pases ni esto. Me río yo de los tuyos.

Mark sonrío malicioso. Él sigue quedando con ellos cuando hay un

partido de fútbol importante. Se diría que no ha avanzado mucho desde entonces. “O que él ha sabido mantener sus amistades”, resuena una vocecita dentro de ti.

–¿Has estado con ella? ¿Dándote un masaje?

–En su casa –asientes.

–¿Habéis llamado a un masajista? –pregunta Mark con extrañeza–
¿En vez de a Telepizza?

–No ha hecho falta llamarle. Vive en su casa.

–¿Su marido?

Ha llegado el momento de devolverle lo de la peli porno que ha estado viendo sin ti, seguramente masturbándose.

–¿Marido? Carla no está casada. Tiene en casa un preparador personal, que además es masajista y le hace los encargos.

Mark entrecierra los ojos.

–¿Encargos?

–Claro –tú disfrutas con la situación–. De todo tipo.

–¿Está cachas?

–MUY cachas.

Ves como Mark empieza a cabrearse. Aunque quizá le da morbo el tema, o es que no le ha dado tiempo a terminar de masturbarse. En lugar de contestarte, te besa con posesión. Su lengua recorre tu boca con ansia.

Tú te dejas. Hace tiempo que no te besa así. Sus manos se aferran a tu culo, apretándote contra su pene en erección. Normalmente no necesitas más pero, por alguna razón, esta vez no te excitas. Va demasiado rápido. O es que tu mente está muy confusa...

Te separas un poco, sonriendo.

–Eh, machote, que te embalas.

–Qué quieres, mi chica me pone cachondo –contesta, volviendo a agarrarte del culo y frotándose contra ti.

Vuelve a besarte. Vas a rechazarle, pero piensas que resultará sospechoso. O quizá te sientes culpable. Abres la boca. Recibes su lengua con la tuya. “Me excitaré por el camino”, piensas.

Mark baja la cremallera de tu vestido y este cae a tus pies. Lo recoges para que no se arrugue. Lo dejas en el respaldo de una silla y Mark aprovecha para arrimar su pene enhiesto a tu culo. Te abraza por detrás y sus manos ascienden hasta tus pechos. Te los aprieta, va a cargarse tu sujetador favorito.

Haces el gesto de desabrochártelo, y él lo toma como una invitación. En cuanto tus senos quedan al descubierto los amasa, los soba, los pellizca. Te hace daño.

“Esto no va bien”, piensas. Pero ahora no puedes parar.

Mark deja tus pechos por un instante, solo para agarrar tus bragas y bajártelas de un tirón. Un crujido advierte de que se ha roto una costura. “Mierda”, piensas con cara de fastidio, aprovechando que estás de espaldas y Mark no la puede ver. Sus manos atacan tu monte de Venus y tu culo a la vez. Sus dedos son demasiado rudos. Intentas pensar en algo excitante. Te viene a la cabeza la imagen de Carla, en bikini, muy cerca de ti. “Da igual, él no lo sabe”. Al principio funciona, empiezas a excitarte, pero los dedos de Mark son demasiado torpes. Te molesta.

De pronto notas una presión distinta cerca de tu culo. Mark se ha bajado los calzoncillos.

Intenta penetrarte. Te asustas. No estás nada lubricada, te va a hacer daño. Sonriendo, te das la vuelta y te agachas. Él asiente complacido. Sujeta tu cabeza con las manos y te la empuja hacia su pene. Tú casi te lo tragas hasta la garganta. Te da una arcada. Disimulas. Usas tu lengua y tus labios para empaparla bien con saliva. Al menos que uno de los dos esté húmedo.

Mark sigue presionando tu cabeza. Te duele el cuello de hacer fuerza hacia atrás. Penetra tu boca una y otra vez, demasiado fuerte. Sin duda te está confundiendo con la actriz porno que acaba de ver en internet.

Tú te acaricias. Intentas que tu cuerpo reaccione un poco. Él lo ve y se pone aún más cachondo. No puede aguantar más, tira de tu cabeza hacia arriba hasta ponerte en pie y te da la vuelta de nuevo contra el respaldo de la silla. Tú te abres un poco de piernas, no muy convencida. Su pene hurga en los alrededores de tu sexo. Lo agarras con una mano, tanto para guiarlo como para frenarlo si es necesario.

Te lo introduces un poco. Mark empuja de golpe. Duele.

—¡Ah!

Mark sonríe. Empuja más fuerte todavía.

—¡Ah! ¡Ah!

Cierras los ojos. “Relájate y disfruta, relájate y disfruta...”. Pero es difícil.

Mark sigue dando empujones. Las patas de la silla golpean contra el suelo, con cada empujón se levantan y vuelven a caer.

–¡Córrete, córrete...! –dice Mark. Ya no aguanta más.

–Córrete tú... tranquilo –respondes mirando un poco hacia atrás y sonriendo a duras penas.

Te agarra los hombros clavándote las uñas y gruñe como un jabalí. Ha llegado al final. Se queda un instante quieto, jadeando. Retira su pene. Notas el calor húmedo de su semen, que chorrea por tu pierna.

–Me debes uno –le dices sonriendo, mientras te apartas con la excusa de ir al baño a limpiarte. Por alguna razón, no te apetece estar pegada a él.

Al pasar coges el bolso. Vas a enjuagar el bikini que Carla te ha regalado. Cuando estás sola en el baño lo sacas y te lo llevas al rostro. Huele a piscina. Está frío y húmedo, sin embargo a ti te hace sentir calor. Lo echas al bidé. Coges un buen trozo de papel higiénico y, mientras te limpias la pierna, te miras al espejo.

Es entonces cuando ves el papel de bloc asomando del bolso.

<<< >>>

Tú eliges:

- **Opción 1:** Aún no estás preparada. Guardas de nuevo el papel con el número de teléfono que te ha dado Carla. **Ve a [NO LLAMAS AL TELÉFONO MISTERIOSO](#).**
- **Opción 2:** Definitivamente, algo falla en tu vida. ¿Tendrá solución? Decides llamar al número de teléfono que te ha dado Carla. **Ve a [LLAMAS AL TELÉFONO MISTERIOSO](#).**

NO LLAMAS AL TELÉFONO MISTERIOSO

Vuelves a meter el papel en el bolso, con cuidado.

Algo va mal, lo sabes; lo que sientes en ese momento no se parece en nada a la felicidad. Más bien al asco, al hastío. A la desesperación. Y últimamente es la tónica habitual. Pero el misterioso teléfono de Carla no es la solución. “No hay remedios milagrosos”.

El problema está en tu interior.

Una vez fuiste al psicólogo. Estabas en otra mala racha y tus padres te obligaron a acudir. El caso es que te ayudó. “Quizá ha llegado el momento de retomarlo. Solo unas sesiones”.

Decides no contarle nada a Mark hasta que sea un hecho consumado. Si no, te convencerá de que no te hace falta, de que es una tontería, de que esto se arregla con un par de cervezas y de polvos. Te robará la poca energía que te queda.

“¿Por qué me dejo llevar por todo el mundo? Tengo muy poca personalidad”.

Al día siguiente llamas desde el trabajo. Esa misma tarde empiezas. La psicóloga te ha hecho un hueco, sabe de sobra que si lo retrasa te dará tiempo a arrepentirte. Seguro que en la carrera tienen una asignatura de marketing y ventas.

La primera sesión es un tanto decepcionante. Te presentas, cuentas tu caso (bastante vagamente) y la psicóloga te sonrío y te pasa un test para que lo hagas en casa. Junto con la minuta. 50 euros.

“Mark se va a cabrear cuando sepa lo que me he gastado”.

Pero tienes que decírselo. De todas formas lo notará en seguida, revisa a menudo la cuenta del banco. “Por si nos manga algún hacker”, dice.

Cuando llegas a casa está echando la siesta. Te tumbas a su lado, a ti también te vendrá bien descansar. Apoyas el brazo en su costado y él se revuelve.

–Grññ... –dice, quitándoselo de encima.

Te giras hasta quedar boca arriba. Observas el techo de la habitación. Te asaltan pensamientos inconexos, que no sabes de dónde surgen: Carla,

Nina, Mejías, Víctor... Víctor. Notas como cambia tu estado de ánimo. A mejor. Como si fuera una medicina, un elixir milagroso. Y gratis. Pero de pronto aparece la imagen de Mark, y con él la culpa. Otra vez frunces el ceño y tu estómago se cierra. Te das la vuelta, de espaldas a él.

Suena un móvil. Es el de Mark. Se levanta dando tumbos, como un zombi. Tú te haces la dormida. Escuchas su voz desde el salón.

—¿Diga?... Hola, papá... ¿Que estáis dónde?... ¿En el hospital? ¿Qué ha pasado?... No jodas. ¿Hace falta que vaya?... Vale, ¿estáis en Urgencias?... Venga, voy para allá. Hasta ahora.

Sus pasos retumban en el pasillo, de vuelta a la habitación. Giras sobre ti misma y le miras interrogante.

—¿Qué pasa?

—Mi madre —dice mientras abre el armario y rebusca los vaqueros—. Se le ha quedado la cara torcida. Así, de pronto. Han ido al ambulatorio y les han mandado pitando al hospital. Tiene la tensión por las nubes. ¿Me dejas el coche? No sé a qué hora volveré.

—Claro. ¿Pero es grave?

—No lo sé.

Su rostro muestra preocupación. Sientes una inexplicable punzada de celos.

—Que no sea nada —dices—. Llámame en cuanto sepas algo ¿vale?

—Sí.

Vuelves a escuchar sus pasos alejándose. Revolver de llaves y, finalmente, la puerta. No te ha dicho adiós.

Lo último que te apetece es entrar a la oficina. El aire allí huele a odio. Odio hacia ti. Nina no te ha vuelto a hablar desde el incidente con Daegon. Las demás prefieren no enfrentarse a ella, le siguen la corriente. Y a ti te dan la espalda.

Solo hay una cosa que te da un rayo de esperanza, algo que puede salvar el día: ver a Víctor.

Mark ha pasado la noche en el hospital. Lo de su madre no parece grave, han descartado que sea un ictus, pero de momento no han conseguido que le baje la tensión. Así que allí sigue. Mark tiene tu coche, has tenido que ir al trabajo en autobús, levantándote media hora antes.

Al final no le pudiste contar lo de la psicóloga. Aprovechaste la tarde a solas en casa para rellenar el test. No tienes ni idea de lo que habrá salido. Una sesión más que se asegura, la tía. O quizá dos. Te agobia el dinero que te vas a gastar. Pero parece que estás mejor. Ojalá merezca la pena.

Entras en la oficina. Suspiras de alivio: Nina no está. Te acercas a tu mesa sigilosamente, con un “Buenos días” más que discreto. Enciendes el ordenador y guardas el bolso en el cajón.

En ese momento entra Nina con un papel en la mano y cara de no poder contener un secreto. Al instante atrae la atención de todas en el departamento. Algunas se levantan. Tú solo miras.

Nina espera un poco más en silencio, hasta que se asegura de que todas estáis escuchando. Jurarías que te ha lanzado una mirada directa.

–¡Ascensos! –dice agitando el papel en el aire.

“¿Ya han publicado los ascensos? ¿No era la semana que viene?”, piensas mientras, a tu pesar, te pones en pie. Tú eres una de las “ascendibles”. Nina también.

“Esto es como la gala de los Oscars. Pase lo que pase, cara de póker”. Pero los nervios pueden contigo. Las manos te tiemblan. Intentas sonreír, una sonrisa tranquila que indique “a mí me da igual, yo paso de eso”. Pero solo te sale una mueca.

Una de las chicas le quita el papel de las manos y empieza a leer en alto:

–Oliver Sánchez... Penélope Ortiz –gesto de “¿en serio?”–... Mario Vergara... Nuria Fernández... ¡Eh, eh, eh! ¡Carolina Fuentes!

Nina se pone a dar botes de alegría. Sus secuaces la abrazan, aunque sabes que por dentro están pensando “ojalá te picara una víbora”. Continúa la lectura de la lista.

–María Lerma... María José Espinar... José Mendieta... Fernando Guzmán... Alejandro Muñoz... Manuel Cifuentes.

Te quedas parada un momento, para asegurarte de que ha terminado de leer y de que no os está gastando una broma. Pero levanta la vista apretando la boca y haciendo un gesto negativo. Son todos.

El alma se te cae a los pies. Y debe pesar más de veintiún gramos, porque te cuesta moverlos como si llevaras botas de buzo cuando te diriges a Nina.

–Enhorabuena –dices–. Te lo mereces.

–Gracias –dice ella con ojos gélidos, y te da la espalda.

La compañera que ha leído la lista te habla. Apenas la escuchas.

–Tú también te lo merecías. Habla con Felipe, porque yo creo que en nuestro departamento estaba más que justificado que nos dieran dos ascensos. Puede que la lista no sea definitiva.

La lista es más que definitiva. Lo sabes. Igual de definitiva que las losas de piedra que adornan las iglesias de los pueblos con los nombres de los caídos en la guerra.

Hablarás con Felipe, claro. Pero más tarde, cuando se vayan todas a tomar café. Vuelves a tu sitio, a tu rutina, ahora más gris todavía. Miras a la pantalla, pero no la ves. No sientes rabia, solo una especie de tristeza sorda que te roba las fuerzas. Te encoges en la silla. No quieres hablar con nadie, no quieres mirar a nadie.

Al rato Nina anuncia que invita a café por la buena noticia. Tú te excusas simulando una súbita urgencia en terminar tu tarea. Pero en cuanto salen te diriges al despacho de tu jefe.

–Hola, Felipe.

Él evita tu mirada.

–Hola, dime.

–Quería hablar contigo de los ascensos.

–Vale. Siéntate.

Le haces caso y te sientas en una de las sillas que hay alrededor de una mesa pequeña de reuniones. Él se levanta y se sienta en la silla de enfrente.

–Ya sabes cómo va esto –comienza–. Cada jefe lleva sus candidatos y la comisión decide. Yo llevaba dos candidatas: Nina y tú. Os defendí a las dos, pero la comisión se decantó por Nina. Y como intentan repartir los ascensos por todas las áreas para que todo el mundo esté contento, pues ya no hubo más.

“Se lava las manos”.

–¿Quién está en la comisión?

–Todos los jefes de departamento.

–¿Y por qué se decantaron por Nina? ¿Dieron alguna razón?

–Bueno... –duda– Hubo alguien que habló en tu contra.

Te tiembla la voz.

–¿Quién?

–Mejías. Ya sabes, por lo del otro día.

“Hijo de puta”.

–Tú sabes que el error no fue mío. Bueno, el dárselo sin chequearlo tú, sí. Pero...

–Lo dije. Les dije que no había sido culpa tuya, que haces bien tu trabajo... Todo. Pero ya sabes lo orgulloso que es. Él había quedado mal delante de los auditores, y tú tenías que pagar. Hidalgo le apoyó. Le gusta dar lecciones. “Así no le volverá a pasar”, dijo. Y no se habló más.

Te quedas en silencio. Él también.

–Lo siento –dice por fin–. La próxima vez será.

–Ya.

Felipe aprieta los labios, te da una palmadita en la espalda y se levanta. La conversación ha terminado.

Cuando sales, las otras ya han vuelto. No levantas la vista aunque notas sus miradas clavadas en ti mientras avanzas entre las mesas. Casi sientes el placer sádico de Nina al verte humillada.

Coges la primera carpeta que encuentras sobre tu mesa y sales hacia el taller. Recorres la nave con paso rápido y mirando al frente, como si tuvieras un destino definido. Y lo tienes. Llegas al baño de las chicas y te encierras en él. Quisieras llamar a Mark y desahogarte pero, después de pasar la noche en el hospital, estará dormido. Así que bajas la tapa del váter y te sientas. Cierras los ojos.

Lloras en silencio.

La psicóloga cierra la puerta detrás de ti. Gracias a Dios, aceptó recibirme hoy también. Necesitabas hablar con alguien, y Mark sigue en el hospital. Pensaste en Carla pero, después de ver cómo vivía ahora, no te apetecía contarle tus penas de obrera. Te parecían demasiado insignificantes para ella. Todavía te queda algo de orgullo.

La sesión te ha servido al menos para desahogarte. La psicóloga te ha escuchado pacientemente, solo asintiendo con la cabeza. Y después te ha contado algunas pautas, aunque te han sonado conocidas. De esas de “fácil de decir y difícil de hacer”.

Pero lo vas a intentar. Los cincuenta euros bien lo merecen.

Llegas a casa. Ves las llaves de Mark. “¡Bien!”. Las lágrimas acuden

a tus ojos. Entrás al salón y allí está, sentado frente al ordenador. Te diriges a él para arrojarte en sus brazos. Pero su mirada gélida te detiene.

–¿Qué son estos 100 euros de “Gabinete de Psicología”?

Las palabras se te atragantan en el nudo de la garganta.

–Te lo iba a contar ayer, pero...

–Pero no.

–Te llamó tu padre, estabas preocupado...

–Y solo me falta esto. ¿Sabes cuánto dinero tenemos en la cuenta?

–No...

–No hay ni para pagar la letra.

Una regañina era lo último que necesitabas. Sabes que es injusto. Que deberías enfadarte con él por recibirte así, por usar el plural cuando la única que hace que entre dinero a casa eres tú, por no darse cuenta de que le necesitas... Pero no puedes. No te sale. Y tampoco las lágrimas. Parece que se han secado.

Caminas en silencio hacia la habitación. Te quitas la ropa despacio, con la mirada perdida. Mark no viene.

A tu lado está tu bolso, al soltarlo se ha desparramado su contenido por la cama. Ves una nota amarilla. En ella, con la alegre letra de Carla, hay un número de teléfono.

<<< >>>

Tú eliges:

- **Opción 1:** Ese número de teléfono es tu última esperanza. Te decides a llamar. **Ve a [LLAMAS AL TELÉFONO MISTERIOSO](#).**
- **Opción 2:** No te quedan fuerzas para más intentos. Ya no confías en nadie. Solo hay una solución. **Ve a [SOLO HAY UNA SOLUCIÓN](#).**

SOLO HAY UNA SOLUCIÓN

Miras a la ventana. Fuera empieza a anochecer. Hace calor. Giras el picaporte y abres la gran hoja. Del todo. Te asomas. Bochorno. El aire de la calle asciende desde el asfalto recalentado, irrespirable. Sientes aún más agobio.

Echas una última mirada atrás. Estás sola.

Sola.

Miras el suelo, varias plantas más abajo. Lejano, pero dispuesto a abrazarte, a recibirte. Después miras al cielo. Se va tornando violeta. Las golondrinas cruzan veloces ante tus ojos. “Ven con nosotras”.

Tú también sonríes. Subes un pie al alféizar. Sientes el delicioso vértigo. Escuchas a las golondrinas, que chillan cada vez más fuerte: “Ven con nosotras. ¡Vuela!”.

Vuelas.

FIN

Vuelve a [“NO LLAMAS AL TELÉFONO MISTERIOSO”](#) o a [“SEXÓLOGA EN LA ONDA”](#) (de donde hayas venido).

LLAMAS AL TELÉFONO MISTERIOSO

Ahí estás. En tu coche, ahogándote de calor, con el móvil en la mano. Hoy has pedido permiso para llegar un poco más tarde al trabajo. Has estado en el banco, firmando unos papeles de la hipoteca. Tocaba revisión de cuotas. Cuando el director de la sucursal te ha mostrado lo que vas a tener que pagar cada mes hasta que seas abuela, casi te echas a llorar. Es más de la mitad de tu sueldo. Y con el resto tienes que pagar la luz, el agua, la comunidad, el IBI, el seguro del coche... Se acabaron los caprichitos, se acabó el salir los fines de semana. Se acabó la vida. “Y todo por un piso enano en un barrio de mierda”. Sin quererlo, tus pensamientos han volado a la casa de Carla. Solo en el vestidor de la piscina cabría la tuya entera.

Carla. La misteriosa Carla. Observas su letra en el papelito que sujetas en la mano. ¿De quién será ese teléfono? ¿De algún mafioso que te va a proponer un negocio sucio? Tiene que ser ilegal para conseguir tanto dinero y tan rápido. Y para no querer contártelo. ¿Drogas? ¿Armas? ¿O quizá sexo? Eso explicaría la pregunta de Carla.

Puede que se haya convertido en prostituta de lujo.

Niegas con la cabeza: eso no puede dar tanta pasta. Pero ¿y si regenta una red de prostitutas de lujo?

¿Estás dispuesta a eso?

Arrojas el móvil y el papel al asiento del copiloto. Arrancas el coche con un gesto brusco.

Tu vida no está tan mal. Es solo una mala racha. Tienes un empleo bastante fijo, pagas las letras. Tienes novio. Pronto os casaréis y podréis formar un hogar.

Giras la cabeza para dar marcha atrás. Ves el Hola en el asiento trasero. Carla te observa sonriente desde su lujosa villa en Menorca.

Paras el coche. Resoplas. Sabes la verdadera razón para no llamar. Es más simple que todo eso: tienes miedo. “¿Cuántas cosas me he perdido por miedo?”, te preguntas, enfadada contigo misma. Desde aquel chico del insti que te quitó en las narices la cerda de Virginia porque ella se atrevió a pedirselo primero, hasta ese puesto en la delegación de Sevilla, al que no optaste con la excusa de que no querías vivir tan lejos de tus padres, por si te necesitaban.

–Gilipollas y además cobarde.

Vuelves a coger el móvil y el papel. Marcas, apretando la pantalla con fuerza.

Lo peor que te puede pasar es que no te guste el plan y rehúses, antes de meterte en algo raro. Carla estaba muy tranquila, no parecía tener nada que ocultar.

–Entonces ¿por qué no terminaste de contarme la historia, cabrona? Ahora sabría a lo que atenerme.

Suena un tono. Dos. Tres. Llevas el dedo al círculo rojo. Vas a cortar la llamada, cuando se escucha una voz al otro lado. Un hombre. Habla en susurros.

–¿Diga?

Te aclaras la garganta.

–Hola, me ha dado su número una amiga...

–¿Qué amiga? Este teléfono es privado.

Dudas un instante. Carla ahora tiene una reputación, está a punto de casarse. No quieres meterla en un lío. Pero, al fin y al cabo, ha sido ella la que te ha dado ese número. ¿Puede pasar algo?

–Carla. Carla Feijoo.

Casi ves cómo el hombre al otro lado asiente. Quizá sonrío.

–Carla. Sí. Un buen caso.

¿Un buen caso? ¿De qué está hablando?

–Y –continúa hablando– ¿no le ha dicho Carla que estoy retirado?

“Mierda... mierda... Con lo que me ha costado decidirme.”

–No... no me lo dijo, claro. Creí que... Lo siento. Que pase un buen día.

–Un momento. Antes de colgar –parece dudar un instante– dígame, ¿qué desea usted?

No sabes qué decir.

–Yo... yo...

Miras alrededor. Miras el interior de tu coche, sucio de nuevo. La uña que te has roto sacando una grapa. Tus ojeras en el retrovisor.

Sueltas el aire.

–Quiero... algo más.

Silencio.

–¿Oiga?

–Esa es la respuesta exacta –dice por fin la voz del hombre.

Suspiras con alivio.

–Esta tarde –continúa–. A las siete. Frente al teatro Arlequín hay una librería que vende ejemplares de segunda mano. Entre y ojee algunos. Yo la buscaré.

–¿Hoy... hoy mismo?

Otra vez adivinas al hombre sonriendo al otro lado de la línea.

–¿Cuándo quiere ese “algo más”? –dice. Y tú te sientes ridícula.

–De acuerdo. Esta tarde, a las siete.

–No se retrase. Vaya en metro.

Y cuelga. Tú te quedas como una tonta, con el teléfono pegado a la oreja. Como si todavía pudieras decir “¡No, espere!”.

Al fin bajas el brazo. ¿Qué acabas de hacer?

–Has quedado con un desconocido, seguramente un delincuente, para que te proponga meterte en algún rollo ilegal y al que vas a tener que decir “no” a la cara, con el riesgo de que se cabree, te mate para que no le denuncies y te deje tirada en algún portal.

Santo Dios. Dicho así no parece muy buena idea. Miras el móvil. ¿Volver a llamar y anularlo? Quedarías como una tonta. Además, ya tiene tu número. Podría localizarlo, buscarte...

–Gilipollas y además, cobarde.

Tiras el móvil al asiento de al lado y arrancas el coche.

Conduces hasta el trabajo con la cabeza hecha un torbellino. Casi te saltas un stop. Te pitan dos veces. Pero, por alguna clase de milagro, llegas sana y salva. Por supuesto, a esas horas no hay un maldito sitio en el parking. Das vueltas y vueltas, y al final decides dejarlo en uno de los espacios asignados a las visitas. Si estorba ya te llamarán los de seguridad.

En la oficina, de nuevo ese ambiente gélido. En cuanto atraviesas la puerta todas las conversaciones se callan de golpe.

Para tu sorpresa, Nina se levanta y se aproxima a ti. Lleva un escote desmesurado y uno de esos sostenes *push-up*. Artillería pesada. ¿Por qué?

–Buenos días –remarca el saludo para indicarte que toma nota de que has llegado tarde– ¿Has tenido algún problema?

–No, nada, tenía que resolver unos temas en el banco. ¿Ha habido algo?

–No. Bueno, ha estado Mejías y me ha pedido que repase este

expediente.

Sin perder ojo de tu reacción, te muestra una carpeta marrón con el nombre de un cliente ¡tuyo! Ese expediente lo has hecho tú.

–¿Y eso?

–Yo qué sé. Ha dicho algo de “doble chequeo” o no sé qué. No se debe fiar mucho de ti.

Sientes un dolor agudo en la garganta. No, llorar no. Eso sería lo último.

–¿Doble chequeo? –consigues pronunciar–. Según Foguer, eso es de una ineficiencia total.

Nina desvía la mirada hacia la puerta.

–Mira, hablando del rey de Roma...

Ahí está. Víctor. Lleva un traje negro impecable, que estiliza aún más su figura. Lanza un “Buenos días” general con una sonrisa, que parece posarse en ti. Nina se dirige a él a toda velocidad. Tú la miras boquiabierto.

–¡Hola! Eres Víctor ¿no?

Se estira tanto que casi le da con los pechos en la cara.

–Sí –responde él echando la espalda atrás–. Víctor Foguer.

–Mira, quería hacerte una pregunta –parpadea tanto mientras le mira que te dan ganas de decirle si se le ha metido algo en el ojo–. El señor Mejías me ha dicho que chequee este expediente que ha hecho Ruth. Eso es doble chequeo ¿no? Como estáis revisando los procesos del departamento, no sé si es que va a ser así a partir de ahora.

Nina te señala con la vista situándote bajo el foco en mitad de la oficina. Tú te pones colorada. Sientes que la respiración se te acelera. Te dan ganas de ir hasta allí y darle un guantazo.

Víctor te mira también. Responde con voz tranquila.

–Hablaré con él y con vuestro jefe. Si quiere que realicéis un doble chequeo cruzado de todo lo que hacéis, os va a faltar gente. Yo no creo que sea necesario –te dirige una ligera sonrisa–, y menos en el caso de Ruth.

Nina se queda sin habla. Le ha salido el tiro por la culata. “¡Toma ya! Cómete esa, so zorra”.

–Vale –dice Nina recomponiéndose–. Pues espero vuestras indicaciones, entonces.

–Perfecto. Buenos días.

Víctor se da la vuelta y se aleja de nuevo por el pasillo. Pero, justo

antes de salir, se gira un poco y te mira. Te guiña un ojo.

Son las siete menos cuarto. Es la primera vez en años que llegas a una cita antes de tiempo. Pero es que querías otear el terreno. Caminas por la calle como paseando, localizas el teatro y miras el local de enfrente. Efectivamente, hay una tienda de compra y venta de libros de segunda mano. Tomas esa acera. Pasas por delante del escaparate como curioseando, echas un vistazo al interior y sigues sin detenerte. Solo has visto a dos personas dentro. Una de ellas es el dependiente. La otra es una mujer con gafas y con el pelo sucio, que lee desesperadamente un libro. ¿Será una novela romántica? ¿O la vida y milagros de alguna santa? Al final es lo que todos buscamos ¿no? Alguien que se parezca a nosotros, para reforzarnos o tomarlo como ejemplo, o alguien totalmente distinto, que nos permita evadirnos de nuestra aburrida vida por un rato al ponernos en su piel.

El caso es que ninguno de los dos encaja con el hombre del teléfono. Aún no ha llegado.

–Mierda.

Tenías la esperanza de localizarle tú a él primero y tener la oportunidad de salir corriendo si no te gustaba lo que veías.

“Salir corriendo”. Otra vez.

Respiras hondo, das media vuelta y entras en la tienda. Una campanilla anuncia tu llegada. El dependiente levanta la vista, te sonrío y vuelve a bajarla. Te deja en libertad. Tanto mejor.

Con el corazón a mil por hora, recorres los estantes con los dedos, sin leer uno solo de los títulos en los que se posan. En realidad estás buscando un lugar desde donde observar la puerta sin ser vista.

No hay muchas posibilidades. Decides pararte al final del primer estante. Desde allí puedes ver la puerta y tienes una oportunidad de retirarte por detrás si no te gusta lo que ves.

Coges un libro al azar. *Mujercitas*. Te sorprende; quizá sea el primer libro largo que leíste. Te lo regaló tu tía en la Feria del Libro cuando tenías diez u once años, porque a ella le había encantado de pequeña. Lo abres y compruebas con satisfacción que es una edición peor que la tuya. Lo estás devolviendo al estante cuando suena la campanilla. Tu corazón da un vuelco.

Entra un hombre calvo y con una barba larga y poblada, al estilo de

moda. Lleva varios piercings en la oreja y un tatuaje que le cubre todo el antebrazo. Tendrá unos cuarenta años, y unos ojos nerviosos que no paran quietos en ninguna parte.

“Mafia rusa”, piensas al verle. “Y cocaína”.

Te retiras discretamente a tu refugio detrás de la estantería. Escuchas sus pasos en el suelo de madera. Maldita sea, se están acercando.

<<< >>>

Tú eliges:

- **Opción 1:** Te sobrepones a tu miedo. Le sales al paso y te presentas. **Ve a [SALES AL PASO DEL HOMBRE DE LA BARBA.](#)**
- **Opción 2:** Esquivas al extraño por los pasillos de estanterías y te diriges a la puerta de salida. **Ve a [ESQUIVAS AL HOMBRE DE LA BARBA Y HUYES.](#)**

SALES AL PASO DEL HOMBRE DE LA BARBA

“¿Otra vez ese maldito miedo? Supéralo, chica”, piensas.

Respiras hondo. Te sitúas en mitad del pasillo, mirando a la esquina por la que va a aparecer el hombre. Preparada para enfrentarte a él.

Escuchas sus pasos. Se acercan.

Ahí está. Observas su mirada nerviosa, que no termina de posarse en ningún sitio, hasta que te ve. Sonríe. Tú sonríes también. Se dirige hacia ti. Tú das un paso hacia él. Dudas si tender la mano o darle dos besos. Tiendes la mano.

Entonces él pasa de largo, y tu mano traza un elegante arco en el aire para taparte la boca mientras toses. Te giras un poco y ves como el hombre de la barba agarra por la cintura a la mujer de las gafas y la besa con tanta pasión que te suben los colores.

O quizá sea por el bochorno que acabas de pasar.

“¡Vaya corte! ¡Y vaya con la mojigata!”.

Escuchas retumbar tu corazón. Demasiada tensión. Echas una última mirada a los libros y te diriges a la salida. Prefieres esperar fuera, al aire libre.

Entonces suena de nuevo la campanilla. Miras hacia la puerta y tu corazón se detiene.

Ve a [EL HOMBRE MISTERIOSO ENTRA EN LA LIBRERÍA.](#)

ESQUIVAS AL HOMBRE DE LA BARBA Y HUYES

Una cosa es hacer algo de dudosa moral y otra muy distinta la mafia rusa. Con eso no se juega. Una vez dentro no se puede salir. Te cortan las piernas, o cosas peores. Aún estás a salvo, al fin y al cabo solo has hecho una llamada. Claro, que era un teléfono secreto...

“¡Carla, Carla, en qué líos me metes!”

Escuchas los pasos que se acercan por el otro lado de la estantería. Solo tienes unos segundos. Esperas a que lleguen al final y ¡zas! doblas la esquina por el extremo opuesto.

¿Te habrá visto? No te detienes a comprobarlo. Aceleras el paso hacia la salida, ya casi estás, cuando la puerta se abre.

Tu corazón se detiene.

Ve a [EL HOMBRE MISTERIOSO ENTRA EN LA LIBRERÍA.](#)

EL HOMBRE MISTERIOSO ENTRA EN LA LIBRERÍA

Te quedas de piedra. El hombre que entra en la tienda también se detiene al verte, con los ojos como platos.

Os conocéis.

Es... ¡Víctor!

Él es el hombre del teléfono. No hay duda, o no se habría comportado así. También él se da cuenta de que lo sabes, porque ni siquiera intenta disimular. Se acerca a ti.

–¡Ruth! Tú... ¿conoces a Carla?

Te cuesta hablar. Sientes que los colores te están subiendo.

–Sí. Es una amiga del instituto.

–Qué casualidad –se detiene. Tampoco él sabe muy bien cómo seguir–. Vaya... Esto complica un poco las cosas.

Os quedáis mirándoos unos instantes. Tus mejillas arden. “Joder, qué vergüenza, no me apetece que todo el mundo se entere de mis asuntos”. Víctor también está incómodo. Pero al fin parece tomar una decisión.

–Creo que no es buena idea seguir adelante –dice–. Pero tengo la tarde libre. Iba a invitar a mi cita misteriosa a una terracita de aquí cerca. Preparan los mejores mojitos de la ciudad, y a estas horas ya da la sombra. ¿Vamos? Podemos charlar un rato.

Hace unos días habrías dado un ojo de la cara por pasar la tarde con Víctor a solas en una terracita y, ahora que el miedo se ha esfumado, darías los dos por saber qué asunto se traen Carla y él entre manos. Pero no quieres parecer desesperada.

–Bueno.

Salís de la tienda acompañados del tintineo de la campanilla. El dependiente os mira y sacude la cabeza. Su librería últimamente parece el punto de encuentro de moda para las parejitas de la ciudad. ¡Solo faltaría que alguien comprara un maldito libro!

Víctor y tú camináis calle abajo, hacia la Gran Vía. Te gusta la sensación de ir a su lado, muy juntos para no perderos entre el bullicio que allí reina.

–Así que eres amiga de Carla –dice Víctor acercándose a tu oreja mientras se dirige al semáforo–. ¿Hablas mucho con ella?

Dudas un instante.

–Hacía años que no hablábamos –respondes al fin.

–¿Entonces?

–La vi en una revista y la busqué por Facebook.

Víctor sonrío y ladea la cabeza.

–¿Por Facebook?

Te sonrojas. ¿Hasta dónde sabe Víctor del origen del sobrenombre de Carla?

–Su vida ha cambiado bastante ¿eh? –continúa.

–Ya te digo.

Cruzáis la calle. Os dirigís a la zona de Chueca. Delante de vosotros van dos chicas agarradas de la cintura. De pronto se detienen y se besan. Con mucha pasión. Con demasiada pasión para ese lugar y esa hora. “Mierda”, maldices mientras notas como los colores vuelven a subir a tu rostro. Ves por el rabillo del ojo que Víctor te observa.

–¿Y tú? –contraatacas– ¿De qué conoces a Carla?

Víctor carraspea.

–Relaciones comerciales.

Tú te quedas aguardando una explicación más explícita, pero él sigue caminando en silencio.

La conversación promete.

Al fin llegáis a una terracita muy mona cerca de la plaza. Un par de sombrillas rojas y varias mesitas apiñadas en un rinconcito que forma la acera, como un remanso de paz en el fluir del gentío.

El camarero sale con una bandeja repleta de mojitos. No puedes evitar fijarte en él: es guapo, tiene unos ojos verdes impresionantes; lleva el pelo muy corto y sus músculos asoman por debajo de la camisa remangada. Sin embargo, no tiene pinta de agresivo. Al ver a Víctor deja la bandeja en una mesa y se dirige a vosotros a grandes zancadas.

–¿Qué haces aquí, cabronazo? –grita.

Tú te asustas un poco, pero te relajas al ver que da a Víctor un abrazo de oso acompañado de una fuerte palmada en la espalda. Víctor saca la lengua, estrujado.

–Esos dos acaban de pedir la cuenta –informa en voz más baja,

señalando a una pareja de hombres de mediana edad y buen aspecto—. En dos minutos tenéis mesa.

El camarero fornido desaparece en el interior del local. Víctor sonrío mientras se frota los brazos. Os acercáis un par de pasos, lo justo para marcar la mesa como vuestro territorio. Víctor te mira. Te has puesto un vestido bonito, pero discreto. Con un estampado de flores pequeñas en tonos marrones, escote mediano y no demasiado corto. Y unas sandalias planas. No sabías a lo que te ibas a enfrentar. Hace un rato creías que ibas a tener que echar a correr.

Ahora te sientes estúpida. Te gustaría haberte puesto algo más sexy.

“¿Pero qué estás pensando?”, te regañas a ti misma. No eres una buscona.

Los dos hombres se levantan y os sonrían amablemente, ofreciendo sus sillas. En cuanto os sentáis el camarero cachas sale como un tifón y se pone a limpiar la mesa con gestos enérgicos.

—Veinte céntimos... Miserables... —dice mientras recoge el plato con la propina— ¿Dos mojitos?

—¿Tú qué crees? —contesta Víctor— Si es lo único que has aprendido a hacer.

El camarero resopla.

—Te voy a enseñar yo lo que sé hacer bien de verdad —dice amenazándole con la bandeja metálica mientras se retira de nuevo al interior.

Víctor se ríe. Te sientes a gusto formando parte de esa complicidad.

“Víctor siempre me hace sentir bien”, observas con sorpresa.

—Bueno, ¿y qué tal en tu departamento? —pregunta él de improviso— ¿Hay buen ambiente?

Parpadeas antes de mirarle al rostro y contestar.

—Bueno... como en todas partes, supongo.

—Ya. Sois siete ¿verdad? Mayoría chicas.

—Sí, seis chicas y un chico. El jefe.

—Jajajaja, pobre de él. ¿Y el trabajo, te resulta interesante?

De pronto te encuentras molesta. Parece un interrogatorio. Estás a punto de contestarle “¿Y el tuyo? ¿Te gusta lo de lamerle el culo al director todos los días en sesiones de mañana y tarde?”.

Pero te contienes. No entiendes por qué te sientes tan irritada.

—Sí, no está mal. Aunque ya son unos cuantos años haciendo lo

mismo.

–Ya, a veces viene bien un cambio.

Se hace un momento de silencio. No es eso de lo que realmente quieres hablar. Y él lo sabe, solo está haciendo tiempo. En ese momento el camarero irrumpe con dos vasos repletos de hielo picado y rodajas de lima y adornados con una ramita de menta fresca.

–Sus mojitos. A ver si les gustan a sus majestades.

Y se marcha sin aguardar respuesta.

Víctor levanta el vaso, tú haces lo propio y lo chocáis en el aire.

–Por el cambio –dice.

–Por algo mejor –contestas tú.

Él te mira más intensamente.

–¿Qué te parece lo que dicen en la revista de la empresa? –continúa, sin entrar al trapo. La revista no es más que un sinfín de recortables autocomplacientes sobre lo bien que va todo y lo felices que sois trabajando allí. De nuevo está intentando hacer tiempo– No tiene mala pinta la nueva filial en China ¿no?

Sorbes tu mojito. Está realmente bueno. Refrescante, dulce pero no demasiado, ácido y con esa nota cálida del ron que casi te hace ver la barrica de madera en la que se crio.

“Relájate. No va a contarte nada. Le conoces demasiado y no puede confesarte los rollos turbios en los que anda metido con Carla. Relájate y disfruta de una tarde de charla superficial con un chico atractivo. ¡Solo espero que Mark no pase por aquí!”.

Das otro sorbo al mojito mientras lanzas una mirada furtiva alrededor. Víctor ha comentado algo más sobre China, pero tú te lo has perdido. De todas formas no está esperando tu respuesta.

–China está demasiado cerca –dices, y te echas a reír. El ron ya se te está subiendo.

Víctor te mira y se ríe a su vez.

–Y el chino es demasiado fácil.

Continuáis hablando de tonterías durante un buen rato, de salas de concierto, de aficiones, del verano, del invierno, de deportes raros que vais a practicar algún día. Víctor es un buen conversador, divertido, ameno, insinuante. Pero, por alguna razón, tú te vas poniendo más triste a medida que habla. Debe ser el ron, a veces te da por partirte de risa como una loca y a

veces te da un bajón que te hunde en la depresión más profunda. Al tercer mojito, estás escuchando a Víctor hablar de la tabla de ejercicios de siete minutos que hace al levantarse, cuando de pronto una lágrima brota de tus ojos.

Víctor se detiene en seco.

–¿Qué pasa, Ruth?

Tú no contestas. Las lágrimas ruedan por tu rostro. Te llevas la mano a la mejilla para detenerlas antes de que caigan a chorro sobre la mesa.

–¿Ruth? –insiste él, y alarga la mano para coger la tuya. Su contacto te reconforta. Te da más calor en el estómago que el ron que no has parado de tomar.

Le miras. Víctor tiene cara de preocupación. Sincera.

–Tabla... de ejercicios... –empiezas. Tu voz suena algo pastosa, pero no paras, necesitas expresarte– Yo, todas las mañanas tengo que agarrarme a una silla para poder levantarme. No tengo fuerzas para enfrentarme al día, a mis tareas, casi ni a prepararme el desayuno. Ni a la gente, ni a mis compañeras, ni a mis jefes. Esquivo a los vecinos para no tener que saludarles. No llamo a mi familia para no tener que explicarles. Para ellos todo va “bien”. Pero no –sorbes por la nariz–. Mi trabajo es una mierda, mi relación es una mierda. Mi vida es una mierda. Y no tengo ninguna expectativa de que vaya a mejorar –levantas la copa y la vuelcas sobre tu boca, apurando el último trago–. A veces... a veces me asomo a la ventana de mi casa y pienso si no sería mejor para todos que yo diera un saltito y acabara con todo. Al menos volaría durante un par de segundos.

Te callas, mirando fijamente el vaso que tienes delante. De pronto notas un apretón muy fuerte en la mano. Se prolonga un buen rato, no te suelta. Entonces levantas la vista.

Víctor te está mirando. Muy intensamente. En sus ojos detectas la preocupación de antes y algo más: determinación.

Respira hondo.

–Te ayudaré. Si tú quieres.

Las lágrimas vuelven a brotar de tus ojos. Con más fuerza que antes.

–Espera –dice Víctor sacudiéndote la mano y sonriendo–. No te emociones antes de tiempo. Seguramente seas tú la que digas que no, cuando te cuente las condiciones.

Te ríes. Con ganas. Y sigues llorando.

–Muy malas tienen que ser –dices.

–No lo sé. Un tanto raras, sí.

Te repones un poco. Víctor está hablando en serio. Te enderezas en el asiento y terminas de enjugarte las lágrimas. Al fin vas a saber de qué trata el asunto.

–Dime.

Víctor se aclara la garganta.

–No sé si sabes que, además de ingeniero, soy psicólogo. Antes de trabajar en la empresa me dedicaba al *coaching* personal.

Le miras, animándole a que continúe.

–Es algo así como el entrenador que tiene Carla –prosigue despacio, el ron también ha hecho mella en él–, pero a nivel mental más que físico. La mente, igual que el cuerpo, debe fortalecerse. Echar músculo –levanta el brazo y hace como que saca bíceps–, y a la vez hacerse flexible y resistente. Coger fondo, y fuerza. Estar más saludable. Lo necesitamos para afrontar desde las proezas más grandes hasta simplemente vivir mejor.

Se detiene un instante para asegurarse de que le sigues. Asientes.

–La gente no lo sabe –hace un gesto de negación con el índice–. Creen que la mente está ahí y que tiene la que le ha tocado en suerte. Pero no. También se puede trabajar, modelar hasta conseguir esos músculos definidos que tanto nos gustan. Igual que se puede conseguir un cuerpazo, se puede conseguir un *mentazo*.

–Dentro de nuestras limitaciones, ¿no? –intervienes–. Por mucho que me ponga, yo no voy a conseguir el tipazo de Gisele Bündchen.

–Es cierto, algunos lo tienen más fácil que otros. Pero, así como en el cuerpo las limitaciones están muy claras (la altura, la anchura de hombros, etcétera), en la mente no lo están tanto. En principio, con suficiente entrenamiento, podrías conseguir una mente como la de un lama.

–¿Así que esos son los *top models*... ¡hip!... Perdón... a los que me tengo que comparar? –dices, con cara de espanto.

Víctor se echa a reír.

–Me temo que sí. Pero lo mejor de mi trabajo –continúa– es que yo no hago nada. El trabajo lo haces tú. Como el entrenador de Carla, yo no hago las flexiones; solo digo cuántas y a qué ritmo debes hacerlas. Si me haces caso, tu mente se fortalece. Se hace más saludable. Si no me haces caso, te quedas con tu mente fofa y blanducha –agradeces su intento de animarte y

sonríes un poco—. Al principio la mejora es espectacular. Los siguientes escalones cuestan un poco más.

Se te queda mirando. Está esperando tu reacción.

—¿Y? ¿Dónde están las desventajas? —preguntas al fin.

Ahora es Víctor el que asiente.

—Hay dos —dice levantando dos dedos—. La primera, el precio. Es un tratamiento caro. En algunos casos —levanta las cejas—, muuuy caro. La buena noticia: no cobro por adelantado. Te doy dos años de plazo. Y entonces te cobraré durante tres años el diez por cien de lo que haya mejorado tu renta. Si no mejoras, no pagas nada.

De nuevo se te queda mirando.

—Me parece justo —respondes tras unos segundos—. ¿Cuál es la segunda desventaja?

Víctor toma aire antes de continuar. “Esta es la gorda”.

—El método. Es un tanto “original”. Lo primero que hay que hacer con esta cabeza —dice tocando tu frente con el índice— es desbloquearla. Sacarla de esos muros que te hemos construido a lo largo de los años. Romperte los esquemas. Y... ¿sabes en qué ámbito tenemos más esclerosis mental, más rigidez, más barreras infranqueables, más tabúes?

Piensas un momento, aunque no estás para darle mucho al cerebro. Casi escuchas los engranajes crujir. “¿La familia? ¿El amor? ¿Las normas sociales?” De pronto se te ilumina una bombilla.

—¿El sexo?

Víctor asiente.

—Exacto. Mi método consiste en desbloquear tu mente, en hacerla más fuerte, a través del sexo.

—Un momento, un momento. ¿Te refieres a ejercicios sexuales? —un torbellino de pensamientos se cruzan en tu cerebro. ¿Ejercicios sexuales? ¿Víctor? Tienes que aclarar esto ya— ¿Con mi novio, entiendo?

Víctor se ríe. A los pocos instantes, te unes tú también. Hasta ese momento habías permanecido tranquila. Va a ser verdad que el sexo es donde tenemos más barreras mentales.

De pronto Víctor se pone serio.

—No. Con tu novio no. Esa es la primera barrera. Vas a serle infiel. Al menos en el sentido tradicional de la palabra, porque yo creo que intentar salvar vuestra relación, por el medio que sea, no se debería llamar infidelidad.

–Joder.

Así que va de eso. Quiere follar contigo. Y encima pagas tú. Nunca habías visto una estrategia tan elaborada. Quizá Víctor sea solo un depravado que intenta aprovecharse de las tías en su momento de bajón. Aunque no lo parece... Su cara de preocupación era sincera ¿no? Y Carla no te haría esto. Además, cuando te ha tocado la mano... “¡Basta!” Entre la llorera y los mojitos no puedes pensar con claridad. No sería prudente darle una respuesta ahora. Y tú siempre has sido una chica prudente.

–Déjame pensarlo ¿vale?

–Por supuesto. Solo te pido una cosa –te coge la mano como sin darse cuenta–. Ambos nos hemos sincerado. Hacía mucho que no hablaba de esto con nadie. Esta conversación debe ser un secreto entre nosotros. Tanto si vamos adelante como si no, ambos mantendremos confidencialidad absoluta. Solo con que alguien se enterara podría ser fatal para los dos. Tenemos mucho que perder.

Asientes.

–¿Puedo comentarlo con Carla?

Víctor sonríe.

–Sí, con Carla no hay problema. Ella conoce el método muy bien.

Asientes de nuevo. Debes parecer atontada, sacudiendo la cabeza todo el rato como esos muñecos de muelle. Echas una ojeada al reloj.

–¡Dios! Son casi las diez.

–¿Qué dirá tu novio?

Saca un par de billetes y los deja debajo de su vaso. Os levantáis de la mesa sin despediros del camarero.

Víctor te acompaña a la boca de metro. El gentío que llenaba el centro hace un rato ha cedido un poco. El calor que ascendía del asfalto, también. Madrid está bonito. Aunque es tarde, no apresuras el paso. Estás un poco mareada, pero es un mareo agradable, y más junto a Víctor, con el que acabas de compartir un trocito de tu vida.

Por cierto, por alguna razón, ya no parece tan fea.

SEXÓLOGA EN LA ONDA

El vagón viene lleno, cómo no. Te apretujas un poco, cuidando de ofrecerle tu culo a una pareja de chicas que van charlando de ligues, en lugar de a un vejete con cara de degenerado que ha rehusado ocupar un asiento que ha quedado libre delante de sus narices.

Tienes muchas cosas en las que pensar. El paseo te ha despejado un poco, aunque aún está todo un tanto confuso.

La oferta de Víctor es, cuando menos, extravagante. “Y excitante...”. De apenas cruzar dos palabras, habéis pasado en unos días a compartir vuestras intimidades. Y a tocaros, aunque solo sea la mano...

Entonces, sin previo aviso, aparece la culpa. Mark. Él no se merece esto. Él te quiere, confía en ti.

Sacudes la cabeza. No ha sucedido nada. Ni Víctor ni tú habéis hecho un solo gesto que pueda considerarse deshonesto. Alguna mirada... Algún roce involuntario... Cuando te ha cogido la mano ha sido en plan de amigos. Porque lo necesitabas.

¿Y si aceptaras? Te enrollarías con él. En serio. Solo de pensarlo te sube la temperatura. Pero ¿y si te pilla Mark? Sería el fin.

Quizá lo mejor sea contárselo a Mark. Eso es. Con eso te quitarás la culpa de encima. ¿Pero contarle qué? ¿Lo que ha ocurrido hasta ahora? ¿La propuesta que te ha hecho Víctor? Ni de coña. Al menos, no mientras tengas dudas.

Sacas el móvil. Estás hecha un lío, quieres desconectar un rato. Pero estás tan apretada que es imposible permanecer mirando la pantalla mucho rato. Tiras de los auriculares, enchufas la radio y vuelves a sujetarte a la barra.

Es la emisora de siempre, pero un programa distinto. Claro, nunca la escuchas a esas horas. Suelen pillarla cuando vas y vienes en coche del trabajo.

“La filosofía budista considera la culpa como una emoción inútil...”.

–¡Coño! –murmuras. Parece que te estaban espiando.

Sigues escuchando con atención. Es un programa de entrevistas, en esta ocasión parece que la protagonista es una psicóloga, algo de relaciones de pareja. Tiene un blog o algo así.

“Incluso la católica, para evitarla, inventó la penitencia. Porque la culpa no sirve más que para joderlos. La cuestión es no hacer daño. Ni a la otra persona ni a ti misma. La pregunta es: mientras follamos con otro, ¿estamos haciendo daño a nuestra pareja?...”

Abres mucho los ojos.

“La respuesta, claramente, es no. No se está enterando, luego no sufre. Si pensamos en nuestro amante acariciándonos para darnos placer, o, más aún, mientras hacemos el amor con nuestra pareja ¿le estamos haciendo daño?”

“La respuesta, nuevamente, es no.”

“Entonces ¿cuál es el problema? El problema somos nosotras mismas. Podríamos vivir una feliz relación de pareja durante toda una vida, incluso tener hijos y formar una familia, mientras tenemos un amante. O veinte.”

–Joder.

“... Si pudiéramos librarnos de la culpa. La culpa nos hace daño, la culpa nos destruye, la culpa impide que seamos felices y que nuestras familias sean felices. Puede romper relaciones, puede arruinar vidas. Si somos capaces de separar los instantes, de vivir el *aquí y el ahora*, de estar cien por cien con nuestro amante cuando estamos con él y cien por cien con nuestra familia cuando estamos con ella, habremos acabado con la culpa. Simplemente, no sirve para nada positivo. Como diría el venerado maestro Yoda: hazlo o no lo hagas, pero no te putees a ti mismo con la culpa”.

“¿Y qué pasa si te enamoras?”

“¡Ah, el enamoramiento! El sobrevalorado y mal llamado “amor”, al que mejor deberíamos dirigirnos por “enfoñamiento”, “atracción sexual” u “obsesión”. El que no nos deja dormir por las noches, el que no nos permite pensar más que en la persona objeto de deseo, el que quita el hambre y nubla el entendimiento, distorsionando la realidad y haciéndonos adictos a unas sensaciones sin las que ya no nos vemos capaces de vivir. La peor de las drogas. La que más sufrimientos y menos felicidades provoca, y que sin embargo el ser humano padecería con gusto una y otra vez. Una trampa de la evolución cuyo único fin es que forniquemos para dar continuidad y sobre todo variedad a la especie, ya que, en el mejor de los casos, apenas dura unos años”.

Abres las orejas al máximo.

“Si te enamoras, estás jodida”.

–A tomar por culo todas las comedias románticas.

“¿Por qué? Simplemente porque es un sentimiento muy fuerte (ya se ha encargado la evolución de ello llenándote el cuerpo de drogas), y te costará infinitamente más separar, vivir el aquí y el ahora. Puede que no seas capaz de conseguirlo. O que sufras mucho más en el intento. Pero bueno, hay gente que lo considera la justa penitencia a sus “pecados”... Mira, básicamente, si no quieres romper tu relación y te enamoras de tu amante, te jodes. Te jodes y te callas. Tu pareja no tiene por qué sufrir por tu inconsciencia”.

“Uuuuuhhhh, muchas gracias, Elena, por tus siempre interesantes opiniones. Estoy segura de que a más de un oyente se le habrán caído los palos del sombrero.”

–Joder, y tanto.

De pronto se escucha la voz de la entrevistadora, pero en un tono neutro muy diferente.

“Esta fue la entrevista que realizamos hace ahora siete años a la famosa psicóloga y sexóloga Elena Frigitt apenas unas semanas antes de su muerte. Todavía sus enseñanzas siguen inspirando a miles de mujeres de todo el mundo”.

Tomas nota mentalmente del nombre (Elena Frigitt, “qué raro, con lo bien que habla español”). Si tienes ocasión curiosarás sobre ella en casa. A la que, por cierto, ya estás llegando. Tu estación es la siguiente.

Caminas hacia el portal todavía más indecisa que antes. Introduces la llave en la cerradura. ¿Qué vas a hacer? ¿Qué es lo correcto?

“Joder, me voy a volver loca. Paso de darle más vueltas, no tengo que contestar a Víctor hoy ¿no?”.

Te tranquilizas un poco. De momento puedes aplazar tu decisión. Pero no quieres que Mark note nada raro. Entonces recuerdas las palabras de la experta: “Aquí y ahora. Separar”. Respiras hondo y estiras los labios en la sonrisa más amplia que tienes disponible. No, mejor mostrar cara de cansancio y fastidio. Es mucho más creíble. Te miras en el espejo del ascensor. Bastante aceptable.

Buscas la llave en el manojito, para ganar tiempo. Preparas una ingeniosa frase de entrada y giras la llave en la cerradura.

–¡Holaaa!

Silencio.

–¡Holaaaaaaaaa?

Silencio. ¿Estará Mark en el baño?

Entonces reparas en la nota que hay en la nevera.

“Tardabas tanto que me he ido a dar una vuelta con Chus y Virginia. Llegaré tarde”.

<<< >>>

Tú eliges:

- **Opción 1:** La nota de Mark te produce tristeza. Le estás perdiendo. Después de toda la energía que le has puesto. Y la propuesta de Víctor es demasiado fuerte, seguro que solo quiere liarse contigo. Todos los hombres son iguales, unos cerdos. Estás cansada de todo. Muy cansada. **Ve a SOLO HAY UNA SOLUCIÓN**.
- **Opción 2:** La nota de Mark te enfada. No entiendes por qué te preocupas por él. Estás harta de su egoísmo, ya es hora de que pienses en ti misma. Llamas a Víctor aceptando su propuesta. **Ve a ACEPTAS LA PROPUESTA**.

ACEPTAS LA PROPUESTA

La nota de la nevera te cabrea. Y mucho. Tú preocupándote por Mark, y él de farra. “¡Con Virginia! Esa zorra...”.

Vale que tú has pasado la tarde con Víctor, pero ha sido por accidente. Y que te ha agarrado la mano, pero solo ha sido para consolarte. Y que te ha hecho una propuesta muy indecente, pero tú no la has aceptado. Aún.

Lanzas las sandalias volando y caminas hacia el cuarto de baño, mientras te quitas los pendientes. Dejas el móvil en la repisa, abres el grifo del agua caliente y empiezas a quitarte la ropa con un gesto brusco. Pero, cuando te quedas en ropa interior, te detienes un instante. Te observas en el espejo. Retiras el mechón que te tapa la cara, y luego te lo vuelves a echar. Con el pelo descolocado te encuentras mucho más sensual. Abres un poco la boca. ¿Le gustaría a Víctor esa imagen?

–Víctor... –susurras su nombre.

Levantas tu mano y la llevas a un pecho. Lo acaricias, intentando separar las sensaciones, imaginando que la mano no es la tuya. Bajas uno de los tirantes del sostén.

–Víctor...

Echas el cerrojo.

Bajas la copa del sujetador, dejando asomar el pezón. Erecto, duro. Y más aún cuando comienzas a acariciarlo. Haces que tu otra mano descienda lentamente por tu costado, poniéndote el vello de punta.

–Víctor...

Cuando llegas a tus bragas jugueteas un poco con el elástico, hasta que, finalmente, metes tus dedos por debajo. Descubres que están húmedas. Eso te pone aún más caliente. Acaricias el vello corto de tu pubis, y sigues bajando. Despliegas los dedos alrededor de los labios y los separas suavemente. Dios, estás completamente empapada. Alargas el dedo corazón y, con un gemido, alcanzas el clítoris. En cuanto lo rozas, notas cómo se hincha. Deslizas el dedo por encima, con toda delicadeza. Como imaginas que lo habría hecho Víctor. Lo rodeas, lo acaricias y, como si fuera un interruptor, tu cadera comienza a moverse adelante y atrás, rítmicamente.

Ya no puedes pensar. Tan solo sientes, sientes. Un intenso placer comienza a asomarse desde algún oscuro rincón de tu ser. Ves el rostro de

Víctor mientras te embiste con fuerza. Tú abres las piernas de par en par, para que te penetre aún más profundamente. Acaricia tu pecho con una mano, mientras con la otra sujeta tu tobillo en alto, dejando tu sexo aún más al descubierto. Su pene y su cadera no paran de presionar todos los puntos imaginables. Un ardor volcánico estalla cerca de tu clítoris y se extiende como una explosión por el resto de tu cuerpo, arrasándolo con violentas convulsiones.

–¿Te pasa algo? –escuchas la voz de Mark desde fuera, junto con unos golpes en la puerta– ¡Te he oído gritar!

–¡No! –a duras penas encuentras aliento para responder– Me he quemado con la ducha.

Agotada, sin fuerzas, acabas de desvestirte y te introduces bajo el agua. Dejas que el chorro corra por tu cara, por tu espalda, por tus piernas, que aún te tiemblan. La imagen de Víctor todavía no se ha desvanecido del todo. Tu enfado, sin embargo, sí.

En cuanto te pones el albornoz te secas las manos y coges el móvil. Abres *WhatsApp*, buscas en tus contactos y seleccionas el teléfono de Víctor.

Solo escribes una palabra.

“Sí”.

Pasas un rato navegando por internet, visitando el blog de Elena Frigitt. Sus artículos te parecen más que interesantes. Si quieres, puedes asomarte a él al final del libro. Después vuelve a esta página. [BLOG DE ELENA FRIGITT: LA FELICIDAD SE ENTRENA.](#)

TRAS EL “SÍ, QUIERO”

No te puedes concentrar. Estás esperando alguna reacción de Víctor. Le has dicho que sí ¡Que sí! A un entrenamiento mental a través del sexo ¡¡¡con él!!! Todavía estás en estado de shock.

Vas a morderte una uña, pero te controlas a tiempo. Hace tiempo que lo dejaste. Si fumaras, te irías al escondite “secreto” donde se reúnen todos los fumadores de la empresa y vaciarías un paquete. Pero tampoco fumas. Te tocas el mechón de pelo que cruza tu rostro, lo enrollas en tu dedo y lo vuelves a desenrollar. Te recolocas una y otra vez en el asiento. Abres una carpeta, la dejas; abres otra, la dejas también.

Pero, a media mañana, su reacción no ha llegado. Ni una llamada, ni un *WhatsApp*, ni un correo electrónico, ni nada. Ni siquiera le has visto en la oficina. Te desinflas. Esto va para largo, está claro que él no tiene tanta urgencia como tú.

Te levantas y vas al baño. Echas una mirada atrás, al teléfono. El maldito sigue callado. Pero ahí está tu amigo Murphy, el infalible: cuando sales del baño el teléfono que hay sobre tu mesa está sonando. Llamada interna. Te abalanzas sobre él (cosa que estás segura que no pasa desapercibida para las pécoras de tu departamento).

–¿Diga?

–Buenos días, Ruth.

La voz de Víctor pronunciando tu nombre hace que te salte el corazón en el pecho, pero adoptas un aire lo más frío posible. Por si acaso, das la espalda a Nina. Es una especie de adivina. O bruja, dirías tú.

–Buenos días.

–Perdona que no te haya llamado antes, el jefe nos ha tenido reunidos hasta ahora. Quería preguntarte algo.

Parecía imposible, pero tu corazón se acelera aún más. Seguro que Nina lo está escuchando desde su mesa.

–Tú dirás.

–¿Es muy tarde para convocar una reunión de todo tu departamento hoy mismo? Va a ser corta, tan solo una presentación de lo que vamos a hacer en las próximas semanas. Unos quince minutos.

Pfffff... ¿Una reunión de departamento? ¿Y qué hay de la gran

decisión de tu vida? Esa por la que has tirado por la borda todas tus convicciones, normas y miedos. Esa que va a poner en peligro todo lo que tienes a cambio de un futuro incierto. Esa por la que esperas deshacerte entre los brazos de Víctor en un torbellino de lujuria y sensualidad...

–Creo que no –contestas fríamente–. Justo hoy tenemos la reunión semanal de departamento, bastará con que te unas. Pero habla con Felipe, por si acaso.

–¡Estupendo! Muchas gracias, Ruth. Te cuento.

“¿Te cuento?” ¿TE CUENTO? ¿Eso es todo?”

–Vale, hasta luego.

–Hasta luego.

Eres tonta. Eso es. Tonta de remate. ¿Qué te esperabas? ¿Que Víctor dejara todo para dedicarse a ti? Por un momento creíste que... eras algo especial para él. Para alguien.

Tus labios se curvan en una sonrisa triste mientras separas el auricular de tu oído. En cuanto cuelgas notas la mirada de Nina, la gallina jefa, en tu espalda. Respiras hondo, cambias la expresión y te levantas. Te diriges a su mesa. El resto aguza el oído.

–El pesado de Procesos quiere acudir a nuestra reunión de hoy – informas con toda la indiferencia que puedes–. No sé qué querrá contarnos. Algún marrón, seguro.

–Seguro. Estos ya sabes, con tal de colgarse la medallita mientras los demás hacen el trabajo... Por cierto, ¿das abasto con lo tuyo y con lo que te manda ese tío? ¿Necesitas ayuda?

Algo se rebela en ti. “Esta cabrona quiere meter la nariz como sea. Pero esto es mío”.

–De momento no, gracias. No hemos hecho gran cosa. Pero no te preocupes, que seguro que habrá mierda para todos.

–¡Sí, eso no lo dudo!

–Voy a contárselo a Felipe.

Sabes que va a ser imposible tener a Nina en tu equipo, pero al menos tienes que intentar no tenerla en contra. Y eso significa hacerla partícipe. Aunque sea un poco.

Caminas sin prisas hacia el despacho de Felipe, tu jefe. Cambias unas breves palabras con él. Ha hablado con Víctor y le ha dicho que no hay problema en que acuda a la reunión de departamento de hoy, “mientras no se

extienda mucho”. Un torpe intento de demostración de poder: “este gallinero sigue siendo mío”.

Antes de volver a sentarte a tu mesa miras a Nina y asientes.

–Viene a la reunión –dices.

Y sigues con tu trabajo como si nada.

Pero, según se acerca la reunión, vuelves a ponerte más y más nerviosa. “Idiota”, te dices.

–Bueno –dice Nina al rato mientras se pone en pie–. Hora de reunirse.

Las demás hacen como que están ocupadísimas acabando tareas urgentes pero, una a una, también se levantan y van hacia la sala de reuniones. Tú te unes, no quieres ser ni la primera ni la última.

Tomáis asiento alrededor de la mesa alargada, mientras Felipe conecta su portátil y enciende el proyector. Cada una tenéis un asiento asignado, aunque nadie lo haya mencionado jamás. Nina se sitúa junto a Felipe, y tú enfrente de ambos.

Víctor aún no ha llegado.

–A ver este –refunfuña Felipe en voz alta–. Como llegue cinco minutos tarde, le digo que vuelva otro día.

Pero al momento aparece por la puerta.

–Buenos días, perdonad el retraso. ¿Está libre este sitio? –pregunta antes de dejar sus cosas al final de la mesa, justo en la posición opuesta a la de Felipe. Desde allí cruza una fugaz mirada contigo, que rápidamente extiende a las demás. Tú notas como tu estómago de pronto desaparece de su sitio para dejar un gran hueco en el que saltan palomitas de maíz.

–Sí, ponte donde quieras –responde Felipe–. Si te parece empieza tú, y así luego podemos tener la reunión habitual.

–De acuerdo. No os voy a robar mucho rato –dice Víctor sin llegar a sentarse.

Se acerca a la pizarra de papel que hay en el extremo opuesto a la pantalla. Pretende descaradamente que apartemos la atención de ella. Toma un rotulador negro.

–Como sabéis, nuestro director –remarca la palabra “director”– impulsó hace unos meses el arranque de un proyecto de mejora de los procesos de la empresa. Comenzamos por los procesos productivos, de taller. Por Electrónica, en concreto. Un gran éxito. Desde ahí se está extendiendo al resto, incluidos los procesos de oficina. Y, de ellos, se ha elegido vuestra

sección como piloto. Pero... ¿qué significa “mejorar un proceso” para Hidalgo? –hace una pausa teatral para recorrer con la vista a todos los presentes, aunque no espera respuesta. Permanece en silencio mientras escribe algo en la pizarra en grandes letras. No habla hasta que termina y cierra el capuchón del rotulador– Mejorar su EFICIENCIA. Es decir, con los mismos medios, obtener más. Más producto, a tiempo y con más calidad.

Deja que digiramos sus palabras. Cruzo una mirada con Felipe y con Nina. También puede querer decir “obtener más con *menos* medios”. Parece que Felipe va a comentar algo, pero Víctor continúa.

–Eso implica muchas cosas: primero, conocer el proceso al dedillo. Segundo, localizar todos los pasos que no añadan valor (duplicidades, firmas que nadie mira, idas y venidas entre departamentos...). Tercero, cambiar lo que sea necesario para atacarlos: eliminar los que sea posible, facilitar los que queden, crear sistemas anti error... Va a ser una tarea apasionante.

Vuelve a recorrer con la vista a los presentes, y de pronto se detiene en ti. Tú te encoges en el asiento.

–Como sabéis, se ha elegido a Ruth como portavoz del equipo. Este rol es necesario para optimizar vuestra dedicación. Ella absorberá la mayor parte del trabajo del proyecto, aunque luego cualquier cambio se ponga en común con todos vosotros antes de su aceptación, por supuesto.

Se dirige a Felipe.

–Necesitaré disponer de Ruth un día de esta semana, para formación. Media jornada. Decidme hoy antes de las tres qué día es el más adecuado y lo organizo –y, dirigiéndose a todos–. Supongo que tendréis un montón de preguntas, pero ahora, tan en caliente, divagaríamos demasiado y nuestro tiempo es un bien muy escaso. Si os parece, dedicadle unos minutos durante vuestra reunión y Felipe me transmitirá vuestras dudas y comentarios. Muchas gracias por vuestra atención.

Mira a Felipe, sonrío, recoge sus cosas y se despide.

Un silencio se apodera de la sala, parecéis sumidos en una especie de trance hasta que Felipe toma la palabra.

–Este es un figura.

Tus compañeras hacen todo tipo de comentarios, desde “¿pero van a quitar a gente de la sección?” hasta “¿se va a analizar quién comete un error?”. Pero tú, que en otras circunstancias estarías muy preocupada, solo te has quedado con una frase de toda la reunión: “necesitaré disponer de Ruth

un día de esta semana”.

Las palomitas de maíz de tu estómago comienzan a saltar enloquecidas y amenazan con asomarte por la boca.

COMIENZA LA FORMACIÓN

Aparcas el coche detrás del hotel Olimpo. Es el lugar que indicaba el correo de Víctor. Mientras caminas hacia la entrada no puedes estar más nerviosa, tu corazón bombea con tanta fuerza que te estás mareando. Te detienes un momento ante la puerta automática. Tomas aire y das un paso decidido. Las puertas se abren ante ti.

Te diriges a la recepción, situada ante un gran mosaico que representa el monte Olimpo y a todos los dioses que habitan en él.

–Buenos días –te saluda la recepcionista, muy atenta.

–Buenos días. Vengo a un curso, se llama *El techo de cristal: superación de barreras mentales*. ¿Podría indicarme en qué sala es?

La recepcionista, al oírte, muestra una sonrisa cómplice. Tú no terminas de comprender.

–Sala Dionisos. Última planta.

–Gracias.

Mientras te diriges al ascensor, miras alrededor. No ves a nadie de tu empresa. Ni siquiera sabes si hay convocada más gente o es un curso particular. Sientes una oleada de calor con solo considerar esa opción. Miras el reloj. Quizá has llegado demasiado pronto. O demasiado tarde. Quedan cinco minutos. Puede que ya estén en la sala.

Entras en el ascensor y pulsas el botón de la última planta. Tu mente traidora se va sin remedio al día en que subiste al ascensor de las oficinas con Víctor. Te miras al espejo y te imaginas con él en aquel lugar cerrado, muy pegados, fuera del alcance de miradas inoportunas aunque siempre con riesgo de que las puertas se abran de golpe y os pillen in fraganti. “Estas situaciones me excitan muchísimo”, piensas sorprendiéndote a ti misma.

Se abren las puertas, te recompones y te asomas al pasillo.

Nadie.

Vuelves a mirar el indicador del ascensor. Sí, estás en la última planta. Por fin sales y caminas por el mármol reluciente, de color claro. Tus pasos resuenan en el vacío. Recorres con la mirada los carteles colgados junto a las distintas puertas. “Adonis”, “Afrodita”, “Hermes”, “Marte”... “Dionisos”.

La puerta está cerrada. Vuelves a mirar alrededor antes de decidirte a

golpear con los nudillos. Aguardas unos instantes y, cuando ya te vas a dar la vuelta, la puerta se abre.

Tu corazón da un salto en tu pecho.

Ante ti está Víctor.

Traje oscuro, camisa blanca y corbata desenfadada. Realmente guapo.

–Buenos días –dice, divertido ante tu sorpresa y apartándose para que puedas entrar.

Pero tú te quedas aún un momento en la puerta. Te asomas al interior y no ves una sala de conferencias, sino el recibidor de una habitación de hotel, aunque excepcionalmente amplia y luminosa. Desde allí distingues un diván rojo de formas hipermodernas.

–¿S... soy la primera?

Víctor se echa a reír. Esa risa infantil que te vuelve loca.

–Sí, sin duda. Y la última.

–¿Y quién es el formador? ¿Tú?

–Llámalo *coach*. Es más chic –vuelve a sonreír– ¿Piensas entrar? Estos cursos cuestan una pasta.

Das un paso hacia el interior. Estás tan excitada que la lengua se te ha hecho un nudo, pero a la vez sientes una extraña vergüenza.

–Puedes dejar el bolso y la chaqueta ahí –dice Víctor, señalando un vestidor semioculto–. Tenemos mucho trabajo.

Entras al vestidor, cada vez más intrigada. Al quitarte la chaqueta te ves en un espejo de cuerpo entero y te arrepientes de no haberte puesto algo más sexy que aquel traje falda formal con zapatos de media altura. Pero es que tampoco sabías muy bien cuál era el plan de Víctor. Afortunadamente tu ropa interior está a tono, por lo que pueda pasar. Negra y con un detalle elegante: un pequeño brillante en el punto donde se unen las copas del sujetador y en tus braguitas. De las dos que tienes a juego al final elegiste el tanga, y ahora te avergüenzas un poco. ¿Qué pensará Víctor si llega a verlo? ¿Que eres una descarada? ¿Que los llevas siempre a trabajar? Sacudes la cabeza. Ya es tarde.

Sales del vestidor y Víctor señala hacia el interior de la habitación.

–¿Necesitaré cuaderno? –preguntas.

–No soy un formador teórico. No voy a contarte cosas –te mira directamente a los ojos–, voy a hacer que las vivas.

–Ah –dices, cada vez más intranquila. Y excitada.

Entras a la habitación. Abres los ojos como platos. Es un solo espacio, muy amplio y con el techo a gran altura. La mitad de este está construida en cristal y muestra el cielo azul sobre vuestras cabezas.

–“El techo de cristal...” –murmuras– ¿Por qué has llamado así al curso?

–Porque se trata de eso. Muchas personas tienen sobre su cabeza un techo, bien construido por otros o (la mayoría de las veces) por ellos mismos. Es invisible, o no quieren verlo; se engañan diciendo que pueden llegar a ser lo que ellos quieran. Pero en el fondo no lo creen. Están limitados. Mi misión es que tú rompas tu techo de cristal.

Asientes. Ojalá pueda tener éxito.

Víctor te invita con un gesto a entrar y recorrerla entera. Aunque no hay muros está tan ingeniosamente distribuida, alternando el negro, el blanco y el rojo, que cada zona parece totalmente independiente de las demás. La primera, la sala de estar, con un diván y dos butacas a juego, y una pequeña chimenea de acero y cristal. Unos pasos más adelante ¡un jacuzzi tan grande como una piscina! Y después, tras un recodo... una cama colosal con sábanas de seda negras y blancas.

No puedes evitar sonrojarte. Te apartas rápidamente de allí.

Entonces, a tu espalda y de frente al diván rojo, reparas en una pizarra blanca, una mesita con papeles y un ordenador portátil, una pantalla gigante y una cámara de video sobre un trípode.

Arrugas el entrecejo.

–¿Qué es esto?

–El material del curso, claro –dice Víctor con un aire profesional–. Si ya estás dispuesta, podemos empezar.

–Un momento, por favor –pides, casi marcando con tus manos la T de “tiempo muerto”–. Necesito saber... ¿Esta sesión forma parte del proyecto de la empresa o... del nuestro?

Víctor sonrío, y el fondo de sus ojos se ilumina con un brillo de inteligencia.

–¿Tú qué piensas? –pregunta, señalando el colgante que pende de tu cuello: el *yin* y el *yang*.

–Yo... –acaricias el círculo de plata– Supongo que todo forma parte de un todo.

–Eso es. Veo que aprendes rápido. Y hoy vas a aprender mucho más.

Toma asiento, por favor –dice señalando el diván rojo. Él se dirige a la mesita y vuelve con una *tablet*–. La primera parte es un test.

Tomas la *tablet*. Tiene abierta una aplicación llamada *Victoryou*.

–¿La has hecho tú? –preguntas; con ese nombre, no puede ser de otra forma.

Víctor asiente con entusiasmo.

–He hecho muchas en los últimos tiempos. Incluso varias para Hifly, aunque nadie les ha hecho caso...Tómate tu tiempo –dice señalando la pantalla–, es sencillo pero importante. Yo voy a bajar a recepción, a arreglar un asuntillo.

Vuelve a repetir el gesto hacia la *tablet* mientras cierra la puerta de la habitación.

Resoplas. Miras alrededor, alucinada. La situación no puede ser más irreal. Estar allí un jueves a las nueve de la mañana, mientras tus compañeras se pelean con documentaciones, sellos, firmas y entregas. Te sientes afortunada. Y nerviosa.

–Bueno –dices para ti misma, recolocando la *tablet* en tu regazo.

Lees la pantalla.

“Bienvenida, Ruth”.

Sin duda Víctor la ha preparado para ti antes de que llegaras, pero leer tu nombre te sobresalta de todas formas.

“Vas a dedicarte un rato a ti misma, a explorarte, a conocerte. ¿Cuánto tiempo llevas sin hacerlo?”.

“No sé si lo he hecho alguna vez”.

“El test consiste en unas cuantas preguntas para las que te sugeriré una serie de respuestas. Selecciona las que más se acomoden a ti, o escribe unas nuevas”.

“Sencillo”.

“Sé sincera, el resultado es solo para ti”.

Asientes, aunque algo dudosa. No estás segura de que te vaya a gustar lo que descubras. Y tampoco te hace gracia que lo conozca Víctor.

“¿Empezamos?”.

–Adelante –murmuras, mientras pulsas el botón.

“¿Cuáles son las prioridades en tu vida? ¿Qué cosas valoras más? ¿Qué es realmente importante para ti?: Familia, Éxito, Salud, Felicidad, Exploración, Desarrollo personal, Amistades, Amor, Verdad, Riqueza,

Seguridad, Integridad, Libertad, Pasión, Equilibrio, Contribución, Conocimiento, Servicio a los demás...

La lista continúa. Es realmente completa, jamás se te habrían ocurrido tantas posibilidades. Eso ayuda.

–Supongo que... Felicidad... Amor, aunque ya lo tengo ¿no?...

Te detienes un instante: esas son las respuestas típicas. No te has metido en este lío para no sacar nada. Relees la lista. Seleccionas “Pasión”. Y “Creatividad”. Y “Autenticidad”.

¿De dónde has sacado esas respuestas? No lo tienes muy claro, pero si han surgido, será por algo.

Pasas a la siguiente pantalla.

“Potenciadores de tu felicidad. ¿Qué experiencias te aportan felicidad y bienestar? ¿Qué te motiva y te llena de energía? ¿Qué cosas te producen serenidad, paz contigo misma y con el mundo?: Jugar con mis hijos, Pasar tiempo con mi familia, Meditación, Dedicar tiempo a mi hobby, Bailar, Expresarme, Tarde con mis amigos, Cita con mi pareja, Leer un libro, Pintar, Tocar música, Escuchar música, Voluntariado, Pasear a mi perro, Hacer deporte, Ir de fiesta, Ayudar a alguien, Hacer el amor, Viajar, Comer en un buen restaurante, Darme un masaje, Ir de compras, Darme un baño...”

–Bufff...

Hace tanto tiempo que no haces la mayoría de ellas, que te sorprende. ¿A qué narices te dedicas? Recorres la lista de arriba abajo.

Marcas la casilla de “Hacer el amor”. Te lo piensas. La desmarcas. No es para tanto.

“Darme un masaje”.

–¿”Una tarde con mis amigos”? –haces una mueca– ¿Qué amigos?

Piensas en Carla. No se puede considerar exactamente “una amiga”. Es algo diferente. Sin embargo, te produjo felicidad la tarde que pasaste con ella. Te gustaría volver a repetirlo. Marcas la casilla.

“Darme un baño. ¿A quién no le gusta darse un buen baño caliente y espumoso?”. Pero, solo pensar en ello, te agobia. No tienes tiempo para perderlo en eso.

“¿Pero por qué? ¿En qué momento dejé de tener tiempo?”.

Piensas un instante. En realidad lo que te haría feliz sería disponer de un hueco dedicado a ti, a lo que te apeteciera.

Lo añades a la lista.

“Hacer deporte”. No es tu pasión, pero la verdad es que te sientes bien una vez que lo has realizado. De eso se trata. Lo marcas.

Puedes añadir más. Recorres la lista con la mirada, y de pronto te detienes en una opción en la que no habías reparado.

–Pintar.

Hubo una época en que pintabas. Todo empezó porque tus padres te apuntaron a una academia de arte. Al principio te pareció un rollo pero, poco a poco, le fuiste cogiendo el gusto. El profesor era muy bueno, y a ti se te daba bien. Recuerdas la agradable sensación de estar enfrascada en tu lienzo, intentando representar lo que tenías en tu cabeza pugnando por salir. Y la satisfacción que sentías cuando conseguías plasmarlo.

–Pintar –repites en voz alta, mientras marcas la opción.

Te sientes satisfecha. Pasas a la siguiente pantalla.

“Relaciones. Gente a la que más quieres. Personas con las que realmente disfrutas pasando tiempo: Mis padres, Mis hermanos, Mi pareja, Mis amigos, Mi maestro...”

“Hombre, a los que más quiero, está claro”. Marcas “Mis padres” y “Mis hermanos”.

–Aunque a veces sean un coñazo.

Marcas “Mi pareja”. Pero te detienes un momento.

“¿Le quiero? Bueno, claro que sí, después de tanto tiempo... ¿Disfruto pasando tiempo con él? Últimamente no, la verdad”.

Tu dedo planea sobre la casilla.

Finalmente la dejas marcada. “Cuando está de buenas es encantador”.

“Personas con las que realmente disfrutas pasando tiempo...”

Repasas mentalmente tu lista de relaciones.

–Joder.

Son pocas. Muy pocas. En el instituto tenías muchos amigos, salíais, lo pasabais bien. ¿Qué ocurrió? ¿Qué fue de ellos? ¿En qué momento perdiste el contacto? Algunos se casaron, otros se fueron a vivir fuera. Otros simplemente desaparecieron. Seguramente están todos ahí, a un toque de teclado. Pero no has sentido la necesidad de tratar con ellos. ¿En qué has estado ocupada?

–Mierda –sueltas en voz alta.

Ha sido una alegría recuperar a Carla. Y no piensas perderla. Marcas

“Mis amigos”.

Y hay alguien más. El que más te hace disfrutar de su compañía en este momento.

“Víctor”.

Estás a punto de escribir su nombre. Pero sabes que lo va a leer. Demasiado directo.

“Con haberlo pensado, ya es suficiente. Se trata de que me analice ¿no?”.

Pasas a la siguiente pantalla.

“Metas. ¿Qué objetivos tienes en tu vida? ¿Qué ideas o sueños marcan tu rumbo día a día?: Tener un cuerpo saludable, Conseguir el éxito, Ganar más dinero, Mejorar mi físico, Alcanzar la sabiduría, Tener más amigos, Formar una familia, Ser feliz, Amor, Vivir más apasionadamente, Hacer felices a los demás...”.

No sabes por qué, ya que es muy lógica, pero la pregunta te pilla por sorpresa.

“¿Qué objetivos tengo en mi vida?”.

Levantas la cabeza. Miras el aire que flota ante ti.

“¿Qué objetivos tengo en mi vida?”.

Por muy raro que parezca, nunca te lo habías planteado. Repasas todas las opciones, por si te dan alguna pista.

“Tener un cuerpo saludable... Conseguir el éxito... Ganar más dinero...”. Todo eso estaría bien.

“Mejorar mi físico... Alcanzar la sabiduría... Tener más amigos... Formar una familia...”. A tu pesar, notas como las lágrimas se agolpan en tus ojos. ¿Por qué sientes lástima?

“Ser feliz... Amor... Hacer felices a los demás... Vivir más apasionadamente...”.

No puedes retener las lágrimas. Ruedan por tus mejillas. Ni siquiera haces el intento de detenerlas antes de llegar a tu barbilla y caer al suelo.

Sientes lástima de ti misma.

Todas esas cosas te parecen inalcanzables. A ti te bastaría con acostarte cada día sin ganas de llorar, o al menos con alguien que te consolara.

Lloras más fuerte aún. Se te entrecorta la respiración. Se forma un nudo doloroso en tu garganta. Aprovechas que estás sola para gemir en voz

baja y que deje de doler.

No sabes cuánto tiempo estás así, quieres detenerte por si llega Víctor, pero no lo consigues. Y a la vez deseas que llegue, que te vea y te abrace. Que te meza entre sus brazos hasta que todo pase.

Las lágrimas brotan como de una fuente.

Víctor no viene.

Vuelves a sentir lástima de ti misma y tu llanto se redobla.

Solo al cabo de un buen rato parece remitir. Los hipidos se espacian en el tiempo. El nudo de tu garganta se afloja. Enjugas tus lágrimas con el dorso de la mano. Debes estar horrible.

–Qué idiota –dices mientras te repones.

Vuelves a mirar a la *tablet*. La secas con el antebrazo, está mojada. Con dedos inseguros tecleas: “Ser un poco más feliz”.

Pulsas el botón de “Siguiente”. Ya estás más calmada y no sabes muy bien cuándo volverá Víctor, así que decides darte prisa. Un nuevo texto aparece en la pantalla:

“Uso de tu tiempo. Escribe las horas que dedicas al día a cada uno de los siguientes apartados, o a los nuevos que tú estimes convenientes: Dormir, Comidas, Transporte, Trabajo rutinario, Trabajo creativo, Deporte, Hobby, Compras, Tareas del hogar, Ver la TV, Redes sociales, Salir a cenar, Formación, Relax, Viajes, Eventos sociales, Charlar con mi pareja, Sexo, Visitar a familiares...”

–Veamos... –murmuras mientras te pasas un dedo por el párpado inferior, que aún tiene manchas de rímel.

Empiezas por lo fácil: todo tu trabajo es rutinario, así que apuntas al lado “8”. Al momento lo borras y escribes “9”. Al fin y al cabo, muchos días acabas saliendo más tarde de tu hora.

“Transporte: normalmente treintaicinco o cuarenta minutos la ida y un poco más la vuelta, que pillo atasco...”. Escribes “1,5”.

“Dormir... Algunos días seis horas, los fines de semana ocho o nueve”. Apuntas “7”.

“Comidas: una hora para comer, quince minutos para desayunar, otros quince a media mañana, media hora para cenar... Pero espera, hay que incluir la preparación... 3 horas”

Ya llevas veinte horas y media. Te quedan tres y media.

–Joder.

“Tareas del hogar”. Nunca se acaban. Cuando no es la lavadora o la plancha (Mark es alérgico a todo lo que tenga que ver con la colada), es vaciar el lavavajillas, o hacer el baño, o la compra: pan, leche, huevos... Llegas con la bolsa repleta y al momento se acaba otra cosa. Anotas “2”.

Te queda una hora y media.

“Compras”. Ya has incluido las compras rutinarias en “Tareas del hogar”, así que, si solo consideras las compras de extras (ropa, un electrodoméstico, un capricho) como mucho te salen quince minutos al día. Lo dejas a cero.

“Ver la TV”. Siempre está puesta. La usas para desconectar de tus preocupaciones del día. A veces aprovechas para charlar algo con Mark, aunque él suele estar tan absorto que resulta complicado. Apuntas “0,5” y otras “0,5” en “Charlar con tu pareja”.

Te queda media hora.

“Redes sociales: 0,5 horas”.

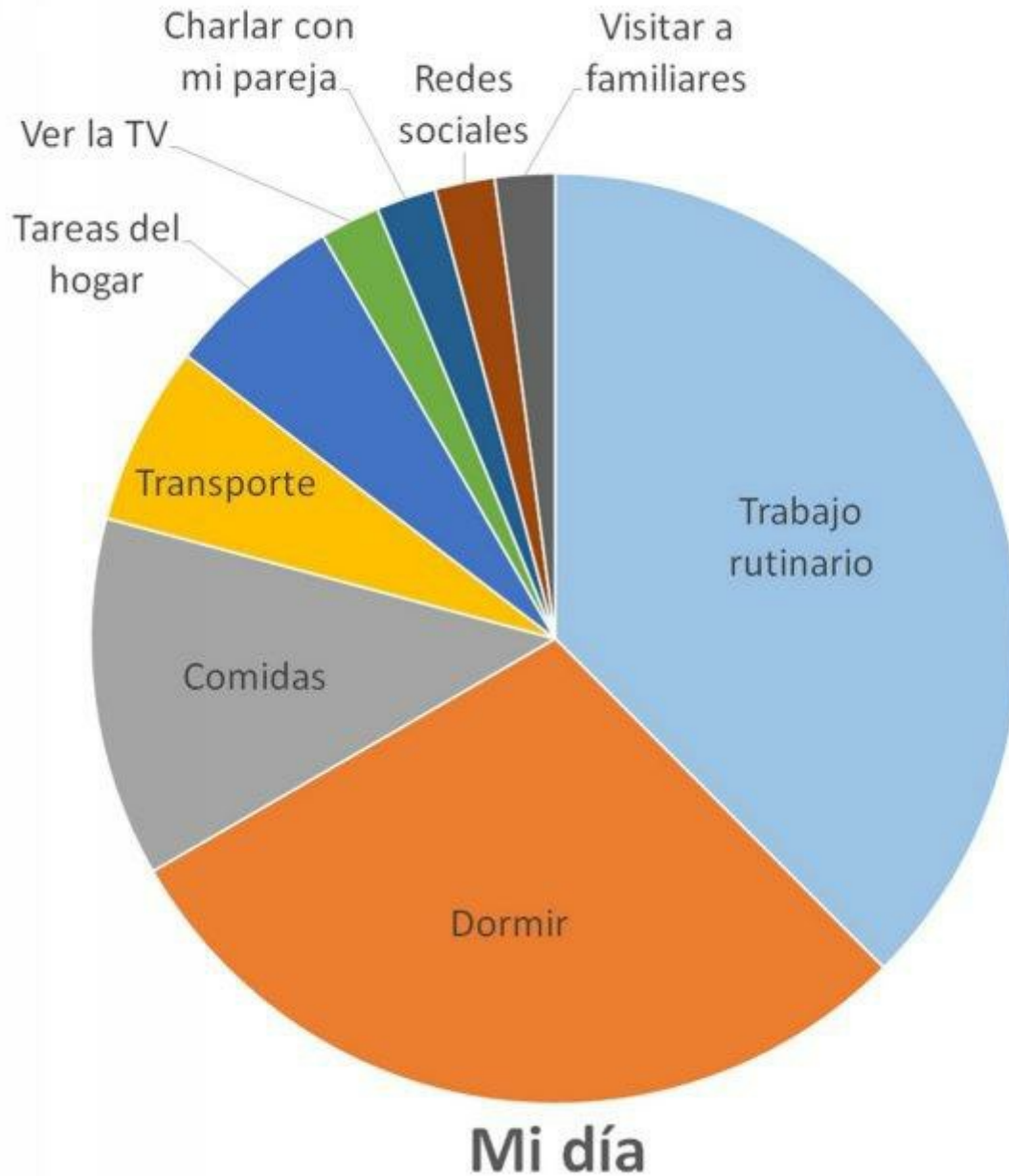
Se acabó.

Repasas la lista.

“Un momento, también suelo pasarme por casa de mis padres”. Quitas media hora de “Tareas del hogar” y se la adjudicas a “Visitar a familiares”.

“Viajes... Deporte... Salir a cenar... *Hobby*... Eventos sociales... Formación... Sexo...”. Al día, prácticamente cero.

Haces unos últimos reajustes y por fin pulsas el botón “Terminado”. En la pantalla aparece un diagrama de queso:



–Joder.

Te quedas un rato mirándolo. No te acabas de creer lo que ves. Pero es cierto, tú misma lo has rellenado. Sacudiendo la cabeza, pulsas el botón para pasar al siguiente test. En lugar de eso, una gran pregunta aparece en la pantalla:

“¿Qué porcentaje del día utilizas para las actividades que anotaste en “Potenciadores de tu felicidad”? Dame un masaje, Una tarde con mis amigos, Hacer lo que me apetezca, Hacer deporte, Pintar”.

–Bufff...

Cero. La respuesta es cero. O casi.

–¿Así cómo queremos ser felices? –murmuras. Un pequeño hipido te recuerda el llanto de hace un rato. No quieres volver a empezar.

Pulsas el botón de “Siguiete”. En la pantalla aparece un reloj como los de los coches, con su aguja en el mínimo y la esfera dividida en sectores rojos, amarillos y verdes en distintas tonalidades, desde el rojo intenso hasta el verde vivo. Un letrero anuncia orgulloso: “Felicímetro”.

Resoplas. Te parece una majadería. Y a la vez te da miedo. ¿Qué va a marcar?

Respiras hondo y pulsas el botón “Empezar”.

“Me quiero y me acepto como soy. Me siento a gusto y orgullosa de mí misma: Totalmente, La mayoría de las veces, A veces, Raramente, Nunca”.

–Maldita sea.

Así que se trata de esto. Un test como los del *SuperPop*. Te preguntas cuántas veces habrás engañado en ellos, sin querer pensar que solo te estabas engañando a ti misma. “Hacer trampas en el solitario”, diría tu padre.

Esta vez tienes que ser sincera.

Marcas “Raramente”.

“Paso una parte importante de mi tiempo haciendo cosas que son importantes para mí”.

Tu dedo sobrevuela la opción “Nunca”, pero al final marcas “Raramente”.

“Dedico atención y tiempo de calidad a las personas realmente importantes en mi vida”.

Marcas “Raramente”.

“Elijo ver lo bueno y positivo incluso en situaciones desfavorables”.

“Hombre, esto lo intento un poco más”. Marcas “A veces”.

“Aprecio mi vida y todo lo que me ofrece. Doy gracias a menudo por ello”.

Marcas “Raramente”.

“Paso página, olvido fácilmente los conflictos, agravios y decepciones”.

Marcas “A veces”.

“Cuido de mí misma y de mi bienestar. Me siento en forma y llena de energía”.

Marcas “Raramente”.

“Disfruto y aprecio el momento presente y los pequeños placeres de todos los días”.

Marcas “A veces”.

“Me siento amada y comparto mi amor con otros todos los días”.

Dudas un instante. Marcas “Raramente”.

“Me llena y me satisface mi trabajo”.

Marcas “Nunca”.

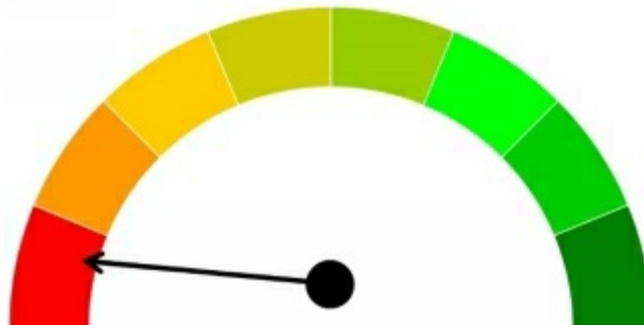
“Tengo metas definidas, motivadoras y llenas de significado para mí, y hago progresos en alcanzarlas”.

Marcas “Nunca”. Si te has parado a pensar en ello por primera vez hace un momento.

“Me siento en equilibrio, relajada y en paz conmigo misma y con el mundo a mi alrededor”.

Marcas “Raramente”.

El *Felicímetro* aparece a pantalla completa. La aguja apenas se ha levantado, marca un rojo sangre que te hace daño a la vista.



–Joder.

Tampoco esperabas otra cosa ¿no? El test tan solo expresa gráficamente lo que tú sientes. Aunque verlo así, tan claramente, te descoloca un poco. ¿Tan mal estás? Sientes como el nudo en tu garganta se vuelve a apretar.

Respiras fuerte, ensanchando las aletas de la nariz. Consigues retener las lágrimas y reponerte, lo justo para estar presentable cuando escuchas el picaporte de la puerta.

Víctor entra y te mira con atención. Te escudriña. Ha debido estar siguiendo los resultados de tu test a distancia.

Tú respiras hondo y levantas la vista. Sabes que tus ojos delatan que has estado llorando.

Ves compasión en su mirada.

Desearías que se acercara a ti y te abrazase. Sientes las lágrimas pugnando por salir.

Por un instante, duda.

–Por eso estás aquí ¿no? Eso solo quiere decir lo mucho que vas a mejorar –dice sin aproximarse.

Tú asientes en silencio. Sabes que se te quebrará la voz si hablas.

–Quiero preguntarte algo –continúa Víctor–. ¿Qué entiendes tú por felicidad?

Tú sorbes por la nariz. Víctor te acerca un pañuelo, pero evita claramente tu contacto. ¿Por qué?

Te suenas intentando no hacer ruido, mientras piensas la respuesta.

–No lo sé. En los anuncios de la tele sale gente sonriendo, relajados, con el sol dándoles en la cara, sin preocupaciones... Como en paz, disfrutando del momento. Algo así. Pero eterno.

Víctor asiente, pero aún no interviene. Quiere que sigas hablando.

–Aunque... yo echo de menos sentir –continúa–. Recuerdo que cuando empecé a salir con Mark..., mi novio, me llamaba y a mí me daba un vuelco el estómago. Un beso era una experiencia única, una sensación casi de éxtasis. No paraba de pensar en él, estaba pendiente de sus mensajes las veinticuatro horas del día. Cuando uno llegaba, saltaba de alegría.

–¿Y si no llegaba? –interviene Víctor.

–Bueno... Si no llegaba lo pasaba mal. Me entraba ansiedad. Empezaba a dudar...

–¿Y si le veías hablando con otra chica?

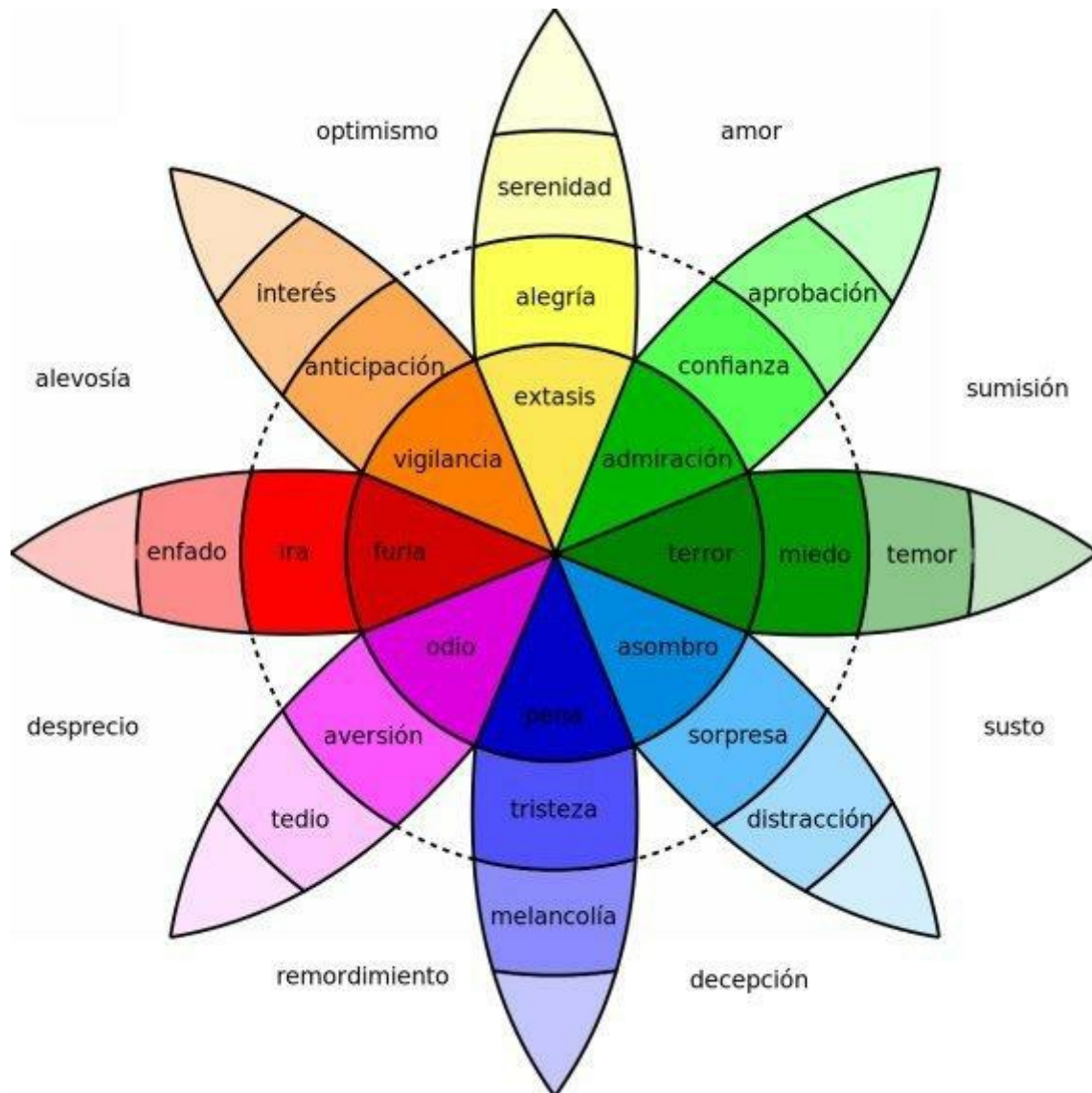
–Fatal. Los celos me consumían. Lloraba. Me enfadaba. Me daba un miedo horrible que me abandonara.

–¿Es eso lo que quieres?

Te detienes. ¿Es eso lo que quieres?

–Bueno... Solo la parte buena, supongo.

Víctor se acerca al portátil y busca en el explorador de archivos. Abre uno de ellos, una imagen. Aparece proyectada en la pantalla gigante.



–Esta es la rueda de las emociones de Robert Plutchik –explica–. Hay muchas teorías sobre este tema, no te vayas a creer que es la Biblia, pero esta bonita flor nos hace pensar en algunas cosas.

Te incorporas un poco en el diván, interesada.

–Cada pétalo es una emoción básica; van aumentando en intensidad hacia el centro de la flor. Según Plutchik habría ocho. No son buenas ni malas, cada una de ellas cumple una función para la supervivencia. Por ejemplo el miedo tiene el propósito de que te protejas, la ira sirve para que destruyas lo que te está amenazando, la confianza para que cultives la afiliación, el pertenecer a un grupo. Piensa en el ser humano como un troglodita. Para la evolución, el periodo que conocemos como historia no es

ni un pestañeo. Seguimos siendo trogloditas a los que han cambiado el escenario de la noche a la mañana. Por eso todo lo que tenía preparada la evolución para nosotros, ahora no sirve –se detiene un momento–. ¿Tú crees que los trogloditas eran infelices?

Te los imaginas: viviendo amontonados en una cueva, presa de enfermedades, la mayoría moriría en la infancia. Y el resto, perseguidos por depredadores y por el hambre, bastante tendría con sobrevivir un día más.

–No creo que tuvieran tiempo –contestas.

–Ahí le has dado.

–Tampoco muy felices.

–¡Ja, ja, ja! No, tampoco.

–Pero ¿qué función tiene la tristeza, por ejemplo?

–Una muy importante: recuperarte después de un suceso doloroso –dice Víctor–. Los trogloditas también lloraban cuando perdían un hijo. No hay que estar siempre alegres, a pesar de lo que diga la tele. El llanto es muy curativo.

Tú no puedes estar más de acuerdo. Lo acabas de probar en tus carnes.

–También la risa ¿no?

–También. Busca “risoterapia” en internet, ya verás la de academias que te aparecen. Y ¿a qué vamos al cine a ver una comedia si no? A sentirnos mejor –hace una pausa hasta que de pronto parece recordar algo–. Bueno, ¿a qué venía todo esto de Plutchik y su girasol de colores? Pues a que la primera razón por la que la gente no consigue la felicidad es porque no sabe lo que es la felicidad.

Tú te quedas en silencio. Te intriga lo que va a decir. Él, al verlo, continúa.

–La felicidad no es estar siempre eufórico, en éxtasis –dice señalando la porción central del pétalo amarillo–. Ni siquiera es estar siempre alegre y contento –señala la porción intermedia–. No es posible mantener las emociones en ese grado de una forma continua, duradera.

Ahora es Víctor el que se queda en silencio. Tú le apremias.

–¿Entonces?

–Cuando hables de “felicidad”, piensa más bien en “serenidad” –dice señalando la porción más externa del pétalo.

Vas a protestar, te parece un objetivo demasiado poco ambicioso.

Pero te detienes. Te imaginas a ti misma en ese estado, en calma, en paz contigo misma y con lo que te rodea. Te ves sentada en un muelle de madera, con el agua transparente a tus pies. Una ligera sonrisa aflora en tus labios.

Asientes.

–¿Estamos de acuerdo? Pues a currar –dice Víctor, riéndose y tendiéndote un pequeño cuadernillo–. También lo tengo en versión *app*, pero quiero que te desintoxiques un poco de tanto electromagnetismo.

–“Agenda de la felicidad” –lees en la portada.

–Un poco hortera el título, ya lo sé.

Sonríes.

Lo abres. En cada página hay un día del mes y varios apartados con huecos para que alguien los rellene. Y un par de pequeños *post-its*.

Marzo
1
Miércoles

He hecho ejercicio físico

He sonreído más de 20 veces (aunque sea a solas)

Momentos en que me he sentido bien (tranquila, querida, alegre, orgullosa de mí misma...):

Cosas que se me han dado bien, logros, me he atrevido a...

Gente que ha mostrado aprecio por mí:

He dedicado 5 minutos a hacer feliz a...

Doy gracias por...

¿Cómo me siento ahora mismo?



¿Por qué? ¿En qué pienso?

¿Hay algo que me preocupa? ¿Qué voy a hacer para arreglarlo?
(Si no puedes hacer nada, escríbelo aquí y destrózalos)

¿Qué he hecho hoy para acercarme a mi meta? ¿Qué voy a hacer mañana?

Frase para mañana:

–Pruébala, ¿vale? –dice Víctor–. Todos los días, antes de dormir. Son cinco minutos.

–A ver... Tengo que rellenar todos los apartados, ¿no?

Muchos de ellos te recuerdan al test que acabas de hacer.

–Sí, hay que ir afianzando estos conceptos en tu cerebro. Ya te he dicho que sigue siendo el de un troglodita, está programado para sobrevivir, para luchar. Quiere que siempre estemos alertas, que recordemos bien todo lo que nos ha hecho daño, que agrandemos los peligros, que tengamos miedo de todo. Él piensa una y otra vez: “¿Y si...?”. Siempre ve más creíble la posibilidad mala, las cosas negativas en seguida dejan huella en él. Sin embargo, para las positivas es impermeable. Casi. Tú ahora tienes la ardua tarea de acostumbrarle a ellas. Tenemos que hacer nuevos surcos en el vinilo de tu cerebro. Y esta agenda es el arado.

Vuelves a ojear el cuadernillo. No parecía algo tan serio.

–¿Y los post-its?

–Muy fácil. El primero es por si tienes en la cabeza algo que te preocupa y sobre lo que no puedes hacer nada, lo escribes ahí y lo rompes, lo pisoteas, lo masticas y lo tiras al váter. Es muy eficaz, te lo aseguro. Dormirás mucho mejor.

–Ajá... –contestas, levantando una ceja– ¿Y el segundo?

–El segundo es para que apuntes una frase que a ti te motive y la pegues en el espejo del cuarto de baño. Será lo primero que te encuentres por la mañana al despertar.

–¿La busco en internet?

–Como quieras, pero casi mejor que te la inventes tú. No tiene que ser tan bonita ni original, solo que a ti te diga algo. Recuerda: lo perfecto es enemigo de lo bueno. Puede ser simplemente “Lo conseguiré”, o “Voy a disfrutar de la gente”... Lo que tú necesites en ese momento.

–¿Y tengo que rellenarlo durante todo un mes?

–Sí. Se trata de crear hábito. Según los listos, con veintiún días basta; con un mes mejor todavía. Los hábitos son una de las herramientas más potentes que tenemos. “Soy lo que repito muchas veces”, decía Aristóteles, que fue el maestro de Alejandro Magno, un chaval que se hizo rey con veinte años y que antes de los treinta había conquistado medio mundo. ¡Eso sí que era un *coach*! –ríe.

EL CURSO SE PONE INTERESANTE

Víctor se dirige al equipo y enciende la cámara de vídeo. De pronto una inquietud surge en tu cerebro.

–No quiero que me grabes –dices. Estás harta de oír casos de gente con su reputación arruinada porque alguien cuelga videos embarazosos en internet.

Víctor te mira.

–Haces muy bien en preocuparte, Ruth. Pero confía en mí, por favor. Te voy a enseñar lo que voy a grabar ¿de acuerdo? –dice, girando el portátil y mostrándote su pantalla.

En ella aparece tu rostro a gran tamaño, cubierto con una tupida red de puntos luminosos que se mueven a la par que él, y que se concentran especialmente en tus ojos.

–Es un software de interpretación de expresión facial. Mira los gráficos que hay debajo: hay uno para cada emoción o mezcla de emociones. Según los movimientos de tu cara, el software interpreta qué emociones estás sintiendo.

–¿También lo has hecho tú?

–Bueno, digamos que lo he mejorado.

Tú afinas los ojos, intrigada. Los puntos luminosos te siguen y los gráficos de los distintos parámetros comienzan a cambiar. Especialmente “Recelo” y “Curiosidad”. De pronto cambia a “Asombro”.

–Hubo un hombre –continúa Víctor, sonriendo–, Paul Ekman, que se pasó media vida recorriendo los rincones más ignotos del planeta con un paquete de fotos en la mano. Eran fotos de rostros humanos, con distintas expresiones. Se los mostró a un montón de gente de diferente raza, educación y condición social. Muchos eran pueblos primitivos que todavía cazaban con arco y flechas. Solo les hacía una pregunta: ¿esta cara de qué es? ¿de alegría, de tristeza, de enfado, de sorpresa, de asco...? Anotó todos los resultados. Y ¿sabes qué conclusiones sacó?

Haces un gesto negativo con la cabeza.

–Dos muy sorprendentes. Primera: las mismas emociones provocan las mismas expresiones faciales en todo el mundo. Son innatas. Biológicas. Hay una conexión directa de tu cerebro con ellas.

–¿Un *watusi* hace el mismo gesto que nosotros para burlarse? –dices tú sacando la lengua.

–Cuidado, expresiones faciales de las automáticas. Hay algunas que son aprendidas. Y esas sí que significan cosas muy diferentes en distintos lugares del mundo. Sacar la lengua puede ser desde una incitación sexual a una amenaza de muerte.

Asientes.

–Comprendido. ¿Y la otra conclusión?

Víctor acentúa su sonrisa.

–Esa te la contaré otro día.

Los gráficos cambian a “Desdén”.

–¡Ja, ja, ja! ¿Has visto qué bien funciona? Así que solo grabaré tu rostro –hace una pausa antes de repetir, casi con dulzura–. Por favor, confía en mí.

Le miras. De nuevo te inunda la calidez que sentiste en la terraza del bar, cuando Víctor te dio la mano.

Los gráficos vuelven a moverse. Aumenta el indicador de “Deseo”. Te sonrojas y, al instante, sube la barra de “Vergüenza”.

–¡Maldita sea! Eso es demasiado indiscreto.

Víctor se ríe con ganas.

–¿A que es una pasada? Prepárate para conocerte a ti misma –vuelve a girar el portátil–. Ponte cómoda, la prueba dura un ratito. Hay una primera parte de calibración de tu rostro, para afinar más los resultados.

Tú te acomodas en el diván. Tu desconfianza inicial ha dado paso a una insana curiosidad. ¿Cómo eres realmente? Desde que eras pequeña te has hartado a hacer estúpidos test de personalidad de los que aparecen en las revistas. Esta vez va en serio. Lo malo es que te va a conocer también Víctor. ¿Y si no le gusta lo que ve?

–¿Preparada?

Respiras hondo y parpadeas fuerte varias veces. *Alea jacta est.*

–Preparada.

–Empezamos. Voy a poner en la pantalla varias imágenes. Tú relájate y deja que tu cuerpo actúe por ti.

Intentas hacerle caso. Aflojas los músculos de la cara y los hombros, cuando la pantalla se enciende y las imágenes empiezan a circular.

Un campo verde con colinas ondulantes. Relajante y vivificador. Un

perro mirando con tristeza a la carretera, esperando que sus amos regresen por donde se fueron. Un guaperas posando mientras un gordito, sin que se dé cuenta, le pone orejas de burro y una cola de caballo con una fregona. Bastante gracioso. Un grafitero pintando algo en una pared que a ti te parece muy bello. Un montón de vísceras con cientos de moscas posadas en él. Repugnante. De repente aparece un monstruo, acompañado de un sonido fuerte. ¡Menudo susto!

Y así durante muchas, muchas diapositivas. Hay algunas muy desagradables: cuerpos mutilados, cadáveres, violencia... Otras son alegres, otras muy bellas, otras sorprendentes. El caso es que son un montón, y tú te estás empezando a cansar.

–Víctor.

–Dime.

–Me estoy hartando.

–Sí, la máquina me lo estaba diciendo.

–¡Menos mal, a mí no me habrías hecho caso!

Víctor sonríe.

–Ella nunca miente –su sonrisa se ensancha más aún–. La calibración está casi terminada. Seis imágenes más y tomamos un descanso ¿de acuerdo? La prueba de verdad todavía no ha empezado.

Respiras hondo y asientes. Las últimas diapositivas pasan lentamente ante tus ojos y, por fin, se apaga la pantalla.

–¡Descanso! –dice Víctor– Lo has hecho muy bien.

Parpadeas. No sabes cuánto rato llevas sin hacerlo. Sin levantarte del diván, te estiras un poco. Estás anquilosada. Miras el reloj.

–¡Guau! Cincuenta minutos.

Víctor te trae una botella de agua. Se sienta a tu lado. Vuelves a ser consciente de que estáis solos en una habitación de hotel.

–Sí, esta parte es un poco agotadora. No te preocupes, dentro de un rato tendrás el recreo.

¿Recreo? Sin poder detenerlo, tu cerebro vuela. Te imaginas a Víctor acercándose poco a poco a ti, desabrochándote la camisa...

Das un respingo. Víctor sonríe.

–¿Te pasa a menudo? –pregunta– Eso de que se te vaya la mente a otro lado.

–Sí, a veces pienso que soy demasiado imaginativa.

Víctor sacude la cabeza.

–“Aquí y ahora” –recita–, “aquí y ahora”. ¿O es que este momento no es suficientemente emocionante?

Te mira fijamente a los ojos. Es más que emocionante. Es intenso, es obnubilador.

Es mágico.

Víctor se levanta.

–¿Quieres ir al baño? Será tu última oportunidad en un buen rato.

Tú parece despertar de un sueño.

–Sí, será mejor.

Entras al baño, tan grandioso como el resto de la *suite*. Te llaman la atención las altas paredes de pizarra negra y blanca, la gran ducha acristalada y el espejo gigante, que aumenta aún más la sensación de espacio. Hay dos juegos de toallas.

–“Aquí y ahora”, “aquí y ahora” –recitas mientras intentas alejar de ti la imagen de Víctor y tú en la ducha, mirándoos en el espejo mientras hacéis apasionadamente el amor.

Te mojas la cara. Tienes calor.

Cuando sales, Víctor está mirando la pantalla del portátil. Esta vez es él el que da un respingo.

–¿Qué, algo interesante? –indagas, curiosa.

–De momento, no. Solo ajustes.

Sabes que miente. ¿Por qué?

–Un momento –dice antes de que te dirijas otra vez al diván–. Se me olvidaba esto.

Muestra un objeto en la mano. Es una pulsera. Al principio crees que está hecha de tela, pero al cogerla descubres que es de un material elástico. Es blanca, con unos bellos signos en colores tenues.

Muy bonita.

–¿Conoces el código de colores de las artes marciales? –pregunta él mientras la deslizas en tu muñeca.

–Sí, de pequeña hice Judo unos años –tu rostro se ilumina cuando caes en la cuenta–. Cinturón blanco...

Víctor asiente.

–Exacto. Irás consiguiendo el resto según vayas avanzando y superando las pruebas. ¿Continuamos?

Tomas asiento de nuevo en el diván. Te fijas un poco más en el curioso mueble. Tiene unas formas tan extrañas que parece un diseño de Dalí. El caso es que no desentona con el resto de la habitación.

–Bueno ¿preparada para seguir? –dice Víctor– Ahora empieza lo bueno.

–Adelante. Estoy impaciente.

Víctor pulsa un botón del portátil y la pantalla se ilumina de nuevo. Se forma una imagen.

Una pareja haciendo el amor. ¿Te va a poner porno? Tú eres bastante sugestionable, lo sabes. Siempre que las escenas sean de buen gusto. De pronto te avergüenzas, todavía está funcionando el software de reconocimiento facial.

El hombre aparece de espaldas. Hay algo familiar en su figura, pero no sabes qué. ¿Alguien famoso? Desde luego tiene un cuerpo muy atractivo, torneado, marcado, con volumen pero sin pasarse. Como un bailarín. Sin querer, tu mirada se va directa a su culo. Perfecto.

La mujer está tendida sobre la cama. Una cama enorme con sábanas blancas y negras. Exactamente igual a la que hay a unos metros de ti. Ella se encuentra boca arriba; no está completamente desnuda, aunque no oculta nada. Una camisa blanca entreabierta deja ver sus pechos. El hombre sujeta una de sus piernas en alto. La otra está muy separada, mostrando su sexo. Lo lleva muy depilado, el corto vello de su pubis forma un pequeño triángulo. Te sonrojas un poco, tú lo llevas exactamente igual.

Está siendo penetrada por el hombre. Su miembro tiene buen tamaño, y una forma perfecta. Se ve brillante y terso como si fuera de mármol. El rostro de ella se mantiene en la penumbra, pero se puede distinguir que tiene los ojos cerrados y la boca un poco abierta. Como jadeando. De placer.

Entonces caes en la cuenta, y casi gritas por la sorpresa. ¡La mujer de la imagen eres tú! Es tu rostro el que aparece en ella. Miras a Víctor, sin comprender.

–Tranquila, es solo un montaje. Durante la primera parte del ejercicio el software ha estado obteniendo parámetros de tu rostro, y ahora los acopla a las fotografías de la segunda parte. Es para que te metas más en el papel.

Asientes, aunque no muy convencida. ¿Cómo puede ser...?

–Relájate y confía en mí –añade Víctor–. Tenemos un acuerdo; nada de esto saldrá de entre nosotros.

Vuelves a recostarte en el diván. Te avergüenzas un poco de que Víctor también la esté viendo, pero hay que reconocer que la imagen es bella. Y excitante. ¿Se estará excitando él también?

Víctor pulsa un botón del portátil. Una nueva imagen se forma en la pantalla.

Vuelve a aparecer la misma pareja, es decir tú con el hombre misterioso, pero esta vez os acompaña una mujer. No se ve su rostro, porque está de espaldas, pero su silueta enseguida te recuerda a Carla. La misma figura atlética y el mismo pelo moreno y rizado. Estáis sobre la cama de sábanas blancas y negras. Ella está a cuatro patas. El hombre la penetra por detrás. La cabeza de ella está agachada, porque te está lamiendo el sexo. Tú la recibes con las piernas muy abiertas.

Sientes celos porque el guaperas le está haciendo el amor a ella, pero pronto el morbo los supera. Te excita el estar viéndoles. Y te excita el que la mujer te dedique su atención mientras está siendo penetrada.

¿Será el software capaz de detectar todo eso?

Nueva imagen. El mismo trío. Ya no estáis en la cama, sino en un diván rojo, idéntico a ese en el que estás sentada. Esta vez eres tú la que está siendo penetrada por el hombre. Estás sentada a horcajadas encima de él, mostrando el culo a la cámara. Él tiene una mano muy cerca de tu ano, dispuesta a acariciarlo. La otra sujeta uno de tus pechos, que se está llevando a la boca.

Mientras, tú no pierdes el tiempo. Tu lengua recorre el sexo de la mujer, que está sentada sobre el respaldo del diván con las piernas muy abiertas. Su pubis está totalmente depilado, y desde allí se distingue la humedad de sus labios. Podría haberte dado asco, pero parece muy limpio, terso, casi apetecible.

Y verla allí, gozando gracias a ti mientras tú llenas tu vagina con ese miembro escultural...

“Maldita sea, me estoy excitando demasiado”. Al moverte notas la humedad en tus bragas. Te sorprendes a ti misma, jamás pensaste que serías capaz de ponerte así en una situación tan extraña. Y la máquina mirando.

Otra imagen. Volvéis a aparecer tú y el hombre en el diván rojo, en la misma postura. Tú sentada encima, él mordiendo tus pechos mientras te penetra. Tú, con los ojos entrecerrados por el placer, miras hacia una de las butacas.

Allí hay alguien más.

Otro hombre os observa. También está desnudo. Se acaricia el pene, totalmente erecto, mientras os mira haciendo el amor. Te fijas en su forma, en sus relieves. Es bello. Lo sujeta solo con tres dedos, como queriendo prolongar su placer. De alguna forma, controla la situación. Como si en lugar de un pene fuese una batuta lo que tuviera en la mano y estuviera dirigiendo.

La escena es morbosa, pero tu mente calenturienta va más allá. Te sientes un poco... ¿desaprovechada? Te imaginas al segundo hombre levantándose de la butaca y penetrándote por detrás...

¿¿¿Pero qué estás pensando??? Si tú no has practicado en tu vida el sexo anal.

Entonces, sin darte tiempo a controlar tus pensamientos, estos parecen hacerse realidad.

Cambia la imagen. El segundo hombre, el de la butaca, ha variado su posición. Ahora está detrás de ti. Es una doble penetración. Tú, con la cabeza girada hacia atrás, le miras, en una mezcla de gozo y dolor. Puedes imaginarte totalmente llena, atrapada entre esos dos hombres tan atractivos y que buscan tu placer. Casi escuchas tus gritos desde allí.

Entonces reconoces al segundo hombre de la imagen. Su rostro se adivina entre las sombras. Su silueta es inconfundible. Sientes un chorro caliente que se derrama entre tus piernas cuando su nombre se dibuja en tu mente: “¡Víctor!”.

Separas tus ojos de la pantalla y le miras. Está de pie, junto al portátil. Sabes que ha visto cómo saltaba el gráfico de “Deseo” cuando le has reconocido. Te mira a los ojos. No necesitas ninguna máquina para saber que él te desea también.

“Y yo te necesito. Ya.”

Se mueve. Le esperas. Te incorporas un poco en el sofá. Separas los labios, dispuesta a recibirle. Se acerca. Lleva la mano al nudo de su corbata. Es lento, deliberadamente lento. Te entran ganas de saltar a su cuello y arrancársela a tirones. De desgarrarle la camisa y besar su pecho. De encaramarte a su cintura abrazándole con tus piernas, sintiendo la dureza de ese miembro de mármol.

Entonces suena la puerta. Alguien llama.

REFRIGERIO CALIENTE

–¡Un momento! –dice Víctor levantando la voz, y a continuación susurra– Es el servicio de habitaciones.

Te echa una mirada antes de girarse hacia la puerta. Tú te levantas y vas al baño. No te apetece que te vea el camarero sola en el diván rojo y con la mirada aún encendida. ¡Qué oportuno!

Echas el pestillo. Te acercas al lavabo y te miras en el espejo. Tienes los ojos febriles. No hace falta ser un lince para saber que estás excitada como una perra en celo. Te mojas de nuevo la cara. No se oyen ruidos fuera. Ya se ha debido ir el camarero.

Cuando sales, ves un carrito con dos termos metálicos y unos bollos. Miras a Víctor y sonrías. No te habías dado cuenta hasta ese momento, pero tienes el estómago vacío.

–Este curso es un auténtico lujo –dices mientras te acercas a él.

Víctor hace un gesto. Te advierte que la puerta sigue abierta. Al instante entra un hombre empujando un segundo carrito. Contiene brochetas de fruta y ¡una fuente de chocolate fundido! Tus ojos se abren como platos.

–Es todo ¿no? –dice el hombre, enderezándose. Es guapo. Llevaba la camisa blanca por fuera, desabotonada hasta el tercer ojal. Pelo muy corto, barba de cuatro días y unos ojos verdes impresionantes. Te recuerda a alguien... Entonces caes: ¡el camarero de los mojitos!

–Todo, todo, no –responde Víctor, superándole y cerrando la puerta tras él–. ¿Te acuerdas de Ismael?

–¿Cómo estás, amor? –te dice el camarero, y se acerca para darte dos besos. Son muy suaves, sensuales. En tu estado, hace que se te erice el vello de todo el cuerpo.

Tú no entiendes lo que ocurre. Retrocedes un paso. Entonces te das cuenta de que todavía está encendida la pantalla. ¡Qué vergüenza! En la imagen apareces tú a tamaño gigante siendo penetrada por dos hombres.

De pronto abres mucho los ojos.

El otro hombre que aparece en la fotografía... El rostro de la imagen aparece en sombras, pero... Miras al camarero. El mismo pelo, el mismo tono de piel, el mismo culo perfecto.

Das otro paso atrás.

–Esto...

Víctor te observa, atento a tus reacciones.

–Ismael es uno de mis colaboradores habituales –dice–. Te ayudará con el siguiente ejercicio. Siempre que tú quieras.

El camarero te mira, sonriente. Y lascivo. Notas su mirada posándose en cada parte de tu cuerpo.

–Eres muy bella –dice.

El calor te ha subido a la cara y estás segura de que te has puesto roja como un tomate. Te sientes avergonzada y, al mismo tiempo, muy... muy... excitada.

–Yo... Yo creí que... –dices dirigiéndote a Víctor.

–Nunca te dije que sería yo el que realizara los ejercicios contigo. Y este trata de que rompas todas tus barreras. Desde el principio.

Le observas. Su mirada de determinación te dice que no va a haber otra posibilidad.

Miras a Ismael, pero al instante bajas la vista. Qué vergüenza.

¿Qué haces ahí?

<<< >>>

Tú eliges:

- **Opción 1:** Ya has dado el paso, ¿cómo vas a irte ahora? Te da una vergüenza terrible decirle a Víctor que no quieres continuar, vas a parecer una niña indecisa. Y, al fin y al cabo, estás aquí para algo. **Ve a [EL CAMARERO](#).**

- **Opción 2:** Sales corriendo. No estás preparada para esto. Tú eres una chica normal que tiene algunos problemas, no una zorra que se acuesta con el primer hombre que se le ofrece. Esto te va a crear graves problemas de conciencia. **Ve a [SALES CORRIENDO](#).**

EL CAMARERO

Miras a la puerta. Tras ella está tu vida. La de siempre. Tu trabajo, tus tardes, tu novio. La ventana de tu habitación.

Se forma en tu cerebro la imagen de Carla, tendiéndote un papelito con un número de teléfono. Tendiéndote la mano. *Lo importante no es lo que hice, sino de dónde saqué la fuerza para hacerlo.*

Fuerza... Fuerza...

“¿Que qué hago aquí? –piensas, recordando la silla en la que necesitas apoyarte para levantarte cada mañana– Lucho por mi vida.”

Levantas la mirada. Clavas tus ojos en los de Víctor. Sin separarlos de ellos, asientes.

Víctor tarda unos instantes, parece dudar, pero al fin también él asiente.

Te hace un gesto. Señala hacia el diván rojo.

Te diriges hacia allí con paso inseguro. Pero, a mitad de camino, una mano te sujeta por el hombro y te detiene. Giras un poco la cabeza. Aspiras el aroma. Una buena colonia, fresca y persistente a la vez. Sugerente.

Pero no es la de Víctor.

Escuchas la respiración de Ismael muy cerca de tu oído.

–No te sientes, por favor –susurra con su voz dulce–. No te vayas a dormir.

Sus labios se posan suavemente en tu cuello. La mano que apoyaba en tu hombro desciende hasta tu cintura, y puedes sentir el calor de sus dedos a través de la fina tela de tu camisa. Un escalofrío recorre tu cuerpo. Él se acerca más aún a ti. Sientes el contacto de su pecho en tu espalda. Con la otra mano toma tu cabello y lo levanta hasta dejar al descubierto tu nuca. Al momento notas sus labios carnosos sobre ella. Una descarga eléctrica recorre tu columna y te llega hasta los pies. Intentas girarte, pero Ismael no te lo permite.

Notas algo duro contra tu culo.

Puedes adivinar su forma. Grande. Potente. Giras un poco la cabeza y ves la imagen de la pantalla. Ese miembro enorme penetrándote, rompiéndote. El miembro de un desconocido.

Miras a la cámara. A Víctor. Levantas los ojos y te encuentras con los

suyos.

Notas unas manos sobre tus senos. Los soban por encima de la tela. Se entretienen en ellos, disfrutando de su tacto firme y de su peso. Los dedos buscan los botones de tu camisa. Los van desabrochando a ciegas, mientras esos labios siguen posándose una y otra vez sobre tu nuca, cada vez más calientes.

El último botón está peligrosamente cerca de tu pubis, una ola cálida llega hasta allí mientras los dedos lo rozan como por casualidad. Tu camisa se desliza por tus hombros y los labios van alcanzando cada nueva zona descubierta: tus hombros, tu espalda, tu cintura. Pronto llegan al borde de tu falda. Se entretienen en él, esperando a los dedos. Estos llegan acariciando tus costados, descienden por tu cadera, tus muslos. Llegan al final de la tela y empiezan a ascender, llevándosela con ellos. Los labios los van siguiendo. Arden. Por un momento piensas si no dejarán una marca sobre la piel.

Mark.

¿Se dará cuenta? ¿Notará que has estado con otro hombre?

La tela descubre tu culo. Los labios lo besan, carnosos, sensuales. Se acercan a la tira del tanga. La recorren muy despacio de arriba abajo. Llegan a tu zona más caliente. Te contraes un poco. Él lo nota y sus labios vuelven a ascender. Cambio de táctica.

Los dedos levantan la tira del tanga, desvelando todos tus secretos. Entonces notas algo más húmedo. Su lengua, descendiendo en breves roces. Sabes que Víctor está mirando, no puedes evitar avergonzarte. Vuelves a contraerte.

La lengua se entretiene en la zona entre tu ano y tu sexo, dándote tiempo. Te obligas a relajarte hasta que, aún tímida, te ofreces. Solo entonces la lengua sigue avanzando. Suavemente, con dulzura. Con paciencia va separando los pétalos que rodean tu intimidad, hasta que entra en ella. La penetra, al principio breve, después más profunda. Es suave y firme a la vez. Entra y sale sin entretenerse, vuelve a los labios. Quiere llegar más abajo, y tú se lo permites. Roza tu punto más sensible y no puedes evitar una descarga de placer. La lengua lo acaricia. Es increíblemente suave. Te mueves para que lo recorra entero.

Giras la cabeza y abres los ojos. Ves a Víctor, que no separa de tu sexo los suyos cargados de deseo, y de pronto eres consciente de que no es él el que te está tocando. Es un hombre al que acabas de conocer.

“Dios, soy una zorra”.

El hombre se yergue, sus besos van ascendiendo de nuevo por tu espalda hasta llegar al sostén. Sus dedos acuden solícitos a eliminar el obstáculo. Lo desabrochan y retiran los tirantes de tus hombros para que caiga al suelo. Las manos vuelven a acariciar tus senos, esta vez con más fuerza. Con lujuria. Sientes la respiración del hombre en tu cuello y la dureza entre tus nalgas.

Las manos sueltan tus pechos por unos instantes, entretenidas en algo. Cuando vuelven, la dureza en tu culo ha cambiado de tacto. Sin querer desvías la mirada hacia la imagen de la pantalla y reconoces ese miembro erecto, aunque ahora lleve preservativo.

Te empuja suavemente hacia el diván, posa las manos en tus hombros para que te inclines hasta apoyar tus manos en él.

“Se me ve entera. Y la cámara grabando. Y...”.

Notas la dureza muy cerca de tu sexo. Busca la entrada, y de pronto te da miedo. ¿Será muy brusco? Miras fugazmente hacia atrás y él lleva una mano tranquilizadora hasta tu hombro. Lo acaricia, roza tu mejilla.

–Relájate. Disfruta. Aquí eres libre.

Asientes. Cierras los ojos e intentas relajarte. Algo duro y grande entra en ti. Lo guías para que tome el ángulo adecuado, uno que no te haga daño.

Piensas en la cámara. “Dios mío, ¿y si llega a verlo Mark?”.

La dureza entra y sale de ti. Lo hace muy bien, con suavidad y firmeza a un tiempo, y te da morbo saber que Víctor te está viendo, pero no logras concentrarte. Las manos vuelven a tus senos. Los aprietan, los soban, pellizcan tus pezones.

“No puedo”.

Aumenta la intensidad de los embates. A cada empujón el diván se desplaza unos centímetros, chirriando sobre el suelo. La pulsera se desliza de tu muñeca y cae al suelo. Escuchas la respiración de él acelerada, respira por la boca, jadea. Tú haces lo mismo.

De pronto suelta un gemido de placer y el ritmo frena de golpe. Se ha corrido.

No suelta aún tus pechos. Notas sus labios en tu espalda, besándote mientras su respiración se relaja. Al cabo de unos instantes sale de ti.

Tú te enderezas y él te abraza. Te besa tiernamente.

–¿Qué tal lo has pasado?

–Bien. Muy bien.

Levantas la mirada y te encuentras con la de Víctor. Sabe que mientes.

Da unos pasos hacia vosotros, e Ismael se retira. Se sitúa frente a ti. Te mira directamente a los ojos.

–Has puesto fuerza de voluntad. Eso es importante para alcanzar metas en la vida. Ya aprenderás el resto. Toma, te la has ganado.

Te coge la mano derecha, un escalofrío parte de ella y te recorre de la cabeza a los pies. Extiende tus dedos y deja algo en tu palma. La pulsera blanca.

–Me voy –dice el camarero, que ya está completamente vestido–. Ha sido un placer. Un verdadero placer.

Te da un beso en la comisura de los labios y sale por la puerta.

Tú te quedas allí, semidesnuda, a solas con Víctor.

–Vístete –dice.

Te giras para que no vea que una lágrima está pugnando por brotar de tus ojos. Recoges tu ropa dándole la espalda, te sientes humillada, avergonzada. ¿Qué has hecho? Tú no eres así. No te acuestas con el primero que te lo propone.

¿Y qué has aprendido? ¿A someterte?

Te vistes deprisa. Quieres marcharte. Víctor también está recogiendo el equipo.

–¿Puedo irme? –preguntas– Se ha hecho muy tarde.

–Claro. Mañana nos vemos en la oficina.

–Claro. Hasta mañana.

–Hasta mañana.

Recorres el pasillo del hotel con un nudo en la garganta. Ni siquiera das tiempo a llegar al ascensor antes de dejar que las lágrimas salgan y corran libres por tu cara.

“¿Qué coño he hecho?”. Te sientes fatal. Has puesto los cuernos a Mark con un tío que no te importa una mierda. Te sientes sucia, casi una furcia. Y ni siquiera has llegado al orgasmo.

“Joder, joder. No me jodas que este es el método de Carla. No quiero saber nada de ella, está como una puta cabra”.

“¿Y Víctor? Mirándome como un viejo salido impotente. Me ha visto

el coño, me ha visto follando, poniéndole los cuernos a mi novio. Y seguro que lo ha grabado”.

“Mierda. ¿Y si lo cuelga en internet? Mark está siempre recibiendo videos guarros. ¿Y si le llega uno de su novia dejándose dar por detrás?”.

Aturdida por tus pensamientos, apenas te das cuenta de que has cogido el coche y casi has llegado a casa. Solo cuando ves las familiares calles de tu barrio te miras al espejo, te enjugas las lágrimas y te recompones.

Aparcas y, mientras caminas hacia tu portal, tomas una decisión.

Te arrancas la pulsera blanca de la muñeca y la tiras a un contenedor de basura abierto. Justo antes de introducir la llave en la cerradura de tu casa, respiras hondo.

–Hola, Mark.

–Hola, cariño. ¿Todo bien en el curro?

Tiene el mando de la *Play* en la mano. Hace movimientos espasmódicos y no separa los ojos de la pantalla, cosa que hoy agradeces.

–Todo bien, pero muy cansada. Con ganas de darme una ducha y tumbarme en la cama.

–Ajá.

Alivio. Estás a salvo. Corres al baño, te quitas la ropa como si estuviera apestada, abres el grifo y dejas que el agua caiga sobre ti largo rato, llevándose todo rastro de lo sucedido a través del desagüe.

Ha sido un mal sueño.

Te pones el albornoz. Es suave y cálido, acogedor; conocido. Vas a tu cuarto y te pones tu ropa de estar en casa: una camiseta de tirantes suelta, unas bragas cómodas y un pantaloncito de algodón. Llevas la ropa sucia a la cocina pero, en lugar de meterla a la lavadora, la tiras a la basura.

–¡Abre la nevera! –oyes la voz de Mark desde el salón– Te he preparado la merienda, ese postre de yogur que a la señorita tanto le gusta...

Hasta lo ha puesto en una copa de postre. Lo sacas con cuidado, coges una cucharita y caminas hacia el salón. Te sientas al lado de Mark, dejas la copa en la mesita y le abrazas. Le das un beso tierno en la oreja.

–¡Quita, que me jodes la partida! –dice riendo por las cosquillas.

Tú le das un cachete en el hombro. Tomas la copa de tu postre favorito y te metes una cucharada en la boca.

–Mmmm...

Te reclinas en el sofá, con tus piernas rozando las de Mark. Miras a la

ventana, tenéis toda la tarde por delante. Podéis ir al parque, a ver una peli, de compras, cenar por ahí.

Quizá si has aprendido algo, al fin y al cabo. Que tu vida no es tan mala.

FIN

Vuelve a [REFRIGERIO CALIENTE](#).

SALES CORRIENDO

Es demasiado. No puedes.

Víctor va a decir algo, pero tú te adelantas. Te zafas de Ismael y corres hacia el vestidor.

–Lo siento –dices sin mirar atrás.

Con el corazón a mil por hora, coges tu bolso y tu chaqueta y sales de la habitación. Arrojas la pulsera al suelo.

–¡Espera! –oyes la voz de Víctor, amortiguada por la distancia.

Pero tú ya estás junto al ascensor. Se abren las puertas y te precipitas dentro. Pulsas varias veces el botón de la planta baja. Mientras las puertas se cierran, ves el rostro de Víctor desaparecer.

“¡Qué vergüenza!”.

Atraviesas la recepción del hotel sin separar la vista del suelo. Escuchas un “¡Hasta luego!” y respondes con un gesto. Entrás en tu coche y echas el seguro. Arrancas.

Giras de nuevo la llave, esta vez hacia atrás. El motor se detiene.

Tu corazón no.

En un acto reflejo bajas el parasol, descubres el espejo de cortesía y te miras. La Ruth que ves no es la misma que la de esa mañana. Sin rímel, con la respiración agitada. Asustada, avergonzada.

“Viva”.

La mujer del espejo mueve los labios, pero la voz que escuchas es la tuya.

–¿Qué has hecho?

SALES A CORRER

“Un, dos, tres, cuatro... Un, dos, tres, cuatro, cinco...”. Te concentras en tu respiración. Inspirar... Espirar... Sientes la fatiga, no en tus músculos sino en tus pulmones. El camino es largo. Solo debes pensar en tu respiración o no llegarás. “Un, dos, tres, cuatro... Un, dos, tres, cuatro, cinco...”.

Pero no hay remedio, los pensamientos son tan fuertes que logran colarse en tu mente. Aunque te estés asfixiando.

Te has ido a correr en cuanto has llegado de trabajar. Temías el momento de ver a Mark, por si te derrumbabas, pero ha resultado sencillo. Él apenas ha separado la mirada del videojuego al que estaba jugando. Le has saludado como de costumbre, te has quitado la ropa, la has echado a la lavadora, te has puesto tus mallas y con un “¡Me bajo a correr!” has salido a la calle.

Necesitas un paréntesis.

“Un, dos, tres, cuatro...”.

Te adelanta un chico musculoso que va escuchando música mientras corre. Al sobrepasarte te lanza una sonrisa que dice unas cuantas cosas: “Disculpa por adelantarte, pero ya sabes, yo soy del sexo fuerte”, “Mira mi culo, que para eso me mato a correr todos los días”, “Si quieres descansamos juntos y ya me das tu teléfono”.

En otro momento le habrías dado vueltas a algo de esto, pero hoy no. Hoy has estado a punto de hacer el amor con otro desconocido, mucho más atractivo que este. La imagen de su cuerpo te asalta. Un cuerpo esculpido. Perfecto. Unos ojos verdes, cálidos, amables. Y sensuales...

Otros ojos. Castaños, profundos.

“¡Víctor!”. Le has decepcionado. Al primer ejercicio te has largado de la sesión. Con lo que le habrá costado preparar todo. Pero tú también te sientes traicionada. Contabas con que practicarías sexo solo con él. Ya habíais superado ciertas barreras. Físicas, verbales. Mentales. Más aún, creías haber detectado su interés por ti.

Y se presenta con otro hombre.

Un completo desconocido. Poner los cuernos a Mark así era demasiado.

Te sentiste sucia.

Te detienes, jadeando. Doblas el cuerpo y agachas la cabeza. Mientras recuperas la respiración, ves la sombra de alguien que se detiene a tu lado. “Como sea el cachas de antes...”.

Levantas la vista con cautela. Pero cuando reconoces a tu acompañante te enderezas como un resorte.

–¡Víctor!

Ahí está. También en ropa de deporte. Sudando. Tiene un cuerpo muy atractivo, más estilizado que el del cachas, pero estás segura que igual de duro. Te asalta la imagen de la pantalla.

–Lo siento –decís los dos a la vez.

–No debí salir así –empiezas tú, pero Víctor levanta la mano, interrumpiéndote.

–No debí dejar que te sintieras incómoda. La culpa ha sido mía.

Os quedáis en silencio, frente a frente. Víctor descuelga la pequeña mochila que lleva a la espalda. De ella extrae un objeto y te lo tiende.

La pulsera blanca.

–Todo sigue adelante –añade–. Si tú quieres.

Respiras. Parece que ha leído tu mente.

–Acepto tus disculpas –respondes tomando la pulsera, aunque sin ponértela–. Espero que Ismael no se haya molestado.

–Molestado no es la palabra –ríe Víctor–. Digamos que se fue con un palmo de más, pero seguro que ya lo habrá superado. ¿Caminamos?

Señala un sendero lateral que se abre ante vosotros y se interna bajo la sombra de los árboles.

–Vale.

Víctor sonríe.

–Menos mal. Me ha costado pillarte.

–Necesitaba soltar los demonios.

–Interesante. Yo lo habría llamado “meditar”.

Le miras. La charla está servida.

–Pues yo pensaba que meditar era sentarse en un lugar a oscuras, junto a una vela de incienso, con musiquita de gongs y diciendo “Ommmm...”.

–¡Ja, ja, ja! Buena imagen. Meditar es más fácil que eso. Es simplemente concentrarse en algo para apagar los pensamientos. Se puede hacer en movimiento también. Como cuando sales a correr y te centras en tu

respiración.

–¿Y por qué hay que apagar los pensamientos?

–Porque son más venenosos que el aceite de palma.

Frunces el ceño.

–¿Cómo va a ser malo algo tan... natural?

–También son naturales las enfermedades, y yo no las quiero.

–¿Y si son pensamientos positivos, “paz y amor” y todo eso?

–Un poco mejor. Pero mejor aún no tenerlos.

–Entonces, ¿diseñamos cohetes espaciales sin pensar?

–¡Justo! Para eso sirve pensar. Para resolver problemas mediante el razonamiento. Pero ¿cuántos cohetes espaciales diseñamos al día?

Guardas silencio un momento, pero contraatacas.

–Si no pensara no me acordaría del cumpleaños de mi madre, ni de pagar el recibo del agua, ni siquiera podría hacerme la cena.

–Venga, pensemos lo justo, pues. ¿Qué porción del día llenaríamos con eso?

–Pues... no sé...

–¿Una hora?

–Algo más...

–¿Dos horas? –levanta una ceja–. Y, sin embargo, nos pasamos el cien por cien del tiempo que estamos despiertos dándole al runrún en la cabeza. Que si “mañana que no se me olvide echar gasolina”, o “qué mala leche no sé quién, lo que me ha dicho”, o “voy a llamar a Pepita, a ver qué hace el finde”...

Te detienes. Has claudicado.

–Bueno, vale. ¿Y qué tendríamos que hacer, entonces?

Te mira. Sonríe. Abre los brazos y cierra los ojos.

–Sentir.

Tú te quedas mirándolo. Él entreabre un ojo.

–¡Vamos! –te anima.

Miras alrededor. No te gusta hacer el ridículo. Pero no se ve a nadie cerca así que, un poco a tu pesar, cierras los ojos.

Al principio solo piensas en la vergüenza que te daría si te viera algún vecino. Pero luego te relajas. Sientes el calor del sol en tu cara. Por momentos se alivia al pasar la sombra de las hojas mecidas por el viento. El viento. Lo notas en tu pelo, en la piel de tus brazos. En los oídos. Escuchas.

Voces de niños. El crujir de la tierra bajo las ruedas de una bicicleta. El ladrido de un perro. Olfateas. El aire huele a primavera. A plantas. A la humedad que aún se conserva en los rincones más sombríos.

Una mano roza la tuya.

Calor, frescor, cosquilleo que se extiende erizándote el vello hasta la coronilla. No lo rehúyes. Giras la mano para aumentar el contacto. Él tampoco lo rehúye.

No abres los ojos. No quieres romper ese momento.

–¿No está mejor? –escuchas.

Asientes despacio con la cabeza.

–¿No te sientes más libre? ¿Más ligera? En el presente no hay preocupaciones, no hay problemas.

Vuelves a asentir. Víctor retira su mano. ¿Por qué ha sido tan breve?

Abres los ojos.

Te está mirando. Está serio. ¿Qué le pasa? Al instante se repone y sonríe.

–¿Mejor? –repite.

Asientes.

–¿Dónde están los demonios? –pregunta.

–Creo que los he mandado a freír espárragos.

–Eso está muy bien. Es su plato favorito. Cuando tengas un momento –continúa–, cierra los ojos y relájate. Entonces imagina tu mente como si fuera una pantalla de cine. Estate atenta: al momento verás pasar los pensamientos. Uno a uno. No los juzgues, solo obsérvalos. Verás cómo nacen, permanecen un rato y después se diluyen. Y obsérvate a ti. Observa cómo te sientes mientras vigilas la pantalla en blanco y cuando surge el pensamiento. Es muy curioso.

Seguís caminando. El ruido de los coches os indica que os estáis acercando al límite del parque pero, para tu satisfacción, Víctor toma otro sendero lateral que os aleja de allí. La charla aún no ha terminado.

–Necesito hacerte una pregunta. ¿Qué es lo que te ha detenido esta mañana? Ismael es un chico muy atractivo.

Tardas un rato en contestar. Desde luego que lo es. Y tú estabas excitada. ¿Entonces?

–Miedo.

“Como siempre”.

–¿A qué?

–A que me hagan algo que no deseo.

–¿A que te fuercen? ¿A que te hagan daño?

Asientes.

–¿Qué más? –pregunta Víctor.

–No sé... Vergüenza.

Víctor hace un gesto para que continúes.

–Miedo a no estar a la altura. Él tiene un cuerpo perfecto, ya lo has visto en las imágenes, y yo... bueno... normalito. Además, él tendrá mucha experiencia, yo nunca he hecho el amor con un desconocido. Y menos delante de otro hombre.

Víctor asiente.

–Más.

Piensas un instante.

–Tampoco me gustan mucho las sorpresas. Yo creí que... vamos, que los ejercicios serían contigo, no con otro. Contigo ya tengo algo de... confianza.

Te sonrojas un poco. Víctor asiente, comprensivo.

–El otro día leí –dice, cambiando aparentemente de tema– que los viejos son más felices que los jóvenes. ¿Sabes por qué?

Niegas con la cabeza, sin comprender aún.

–Pues el artículo concluía que era porque “manejan mejor sus emociones”. Pero a mí eso me parece demasiado ambiguo, no me dice nada. Yo creo que son más felices porque... tienen menos expectativas.

–Un poco triste, ¿no?

Víctor se encoge de hombros.

–Ni triste, ni alegre. Simplemente es. El hacernos expectativas es un medio seguro de ser infeliz. “El que espera, desespera”.

–¿Aunque sean buenas expectativas?

Él asiente.

–Aunque sean buenas. Mientras llega el momento, te hace vivir en el futuro en lugar del presente. Y una vez que llega, según se cumplan las expectativas o no, te provocará alegría o, más probablemente, frustración. ¿Nunca te ha pasado que vas al cine a ver una peli que todo el mundo te dice que es genial y, cuando tú la ves, te parece normalita?

Ahora eres tú la que asiente. Sí, te ha ocurrido unas cuantas veces.

–Por las expectativas que tenía –dices.

–Eso es. Si vas a ver una sin muchas referencias, tienes muchas más posibilidades de que te encante. Ese es el espíritu –responde Víctor–. ¿Algo más?

Dudas. Sí, hay algo más, pero te avergüenza decirlo en voz alta. “Otra vez la vergüenza, no”.

–He tenido la sensación –comienzas sin mirarle– de estar siendo una guarra. Una degenerada, una viciosa. Ruin, despreciable.

Víctor arruga el entrecejo.

–Todo eso es muy negativo. No me extraña que hayas querido parar.

–¿Tú... tú... no habrías pensado lo mismo?

–¿De ti?

Afirmas con la cabeza.

–El universo –contesta Víctor– nos ha dotado de unos órganos capaces de proporcionarnos el placer más profundo, de hacernos olvidar penas y sinsabores, de asomarnos al paraíso por un instante. ¿Por qué va a ser malo usarlos? ¿No es una falta de respeto despreciar el regalo que alguien te hace?

–Puede que tú pienses así, pero reconoce que nuestra sociedad no. ¿Qué pasaría si fuera tu hija la que va practicando sexo con cualquiera?

–¡Ismael no es cualquiera! Está buenísimo –ríe Víctor–. Y, si fuera mi hija, tendría que enseñarle a disfrutar de estos dones respetándose a sí misma. Desde luego, no si se sintiera ruin y despreciable al hacerlo.

–Los hombres lo tenéis más fácil –repones.

–En cuanto a ese miedo, sí. El ideal de macho hace que no nos asuste tanto el que nos llamen promiscuos. Pero tenemos otros, no te creas.

Tú alzas una ceja.

–Por ejemplo –continúa él– la mayoría de los hombres tienen miedo a ser o a parecer homosexuales.

Alzas la otra ceja.

–Sí –continúa–. Por eso nunca aceptarían una estimulación anal, y mucho menos que otro hombre les acariciara. Aunque les dé placer. Y todo por puro miedo. Miedo social.

–Nunca lo había pensado –dices.

–Así que ya ves que, a la hora de meternos en la cama con alguien, todos traemos nuestra mochila, bien cargada de miedos y prejuicios. ¡Es un

milagro que alguien llegue al orgasmo!

Se acerca a ti. Después de todo lo que habéis hablado, deberías retirarte. Pero, por alguna razón, no lo haces. Él baja el tono de voz. Casi te habla en un susurro.

–¿Qué habría sido necesario para que practicaras sexo sin sentir que eras una guarra? –pregunta mientras aparta el mechón rebelde de tu rostro.

Tú tragas saliva. No puedes pensar. Su aroma, su calor, la calidez de sus ojos. La respuesta no viene de tu cerebro, sino de algún otro punto entre tu corazón y tu bajo vientre.

–A... Amor –pronuncias a duras penas.

Víctor asiente. Parece asomarse al interior de tus pupilas. Sientes su mirada clavada en tu alma. Tú humedeces tus labios. Estiras el cuello.

De pronto Víctor se pone serio y se aparta. Tiene que carraspear antes de hablar.

–Ejem... Una última tarea más.

Tú también te recompones. Se ha vuelto a crear una barrera entre vosotros. De pronto eres consciente del ruido del tráfico. Estáis cerca del semáforo donde parece que os vais a separar.

–Es una pregunta –continúa– a la que tienes que dar respuesta antes de la próxima sesión: ¿Quién eres?

–¿Quién soy yo?

Víctor afirma con la cabeza.

–Exacto. Quién eres tú. Fácil, ¿no?

El semáforo se abre. No te apetece que Víctor se vaya, pero él parece tener prisa. Se despide con la mano mientras camina por el paso de cebra.

–¡Hasta mañana! –dice– Me cuentas.

–Hasta mañana.

Te quedas un momento mirándolo mientras se pierde entre el bullicio de la calle. Cuando ya no eres capaz de distinguirlo, te giras y caminas por el mismo sendero, de vuelta. Poco a poco los pensamientos acuden a tu mente, parece que salieras de un trance.

Te apresuras, es tarde. Esperas que nadie te haya visto paseando con Víctor, la gente es muy chismosa. Y tienes que hacer la cena.

Llegas al portal. Vas a sacar las llaves y notas algo, un objeto, en la palma de tu mano. La abres un poco, lo justo para ver la pulsera blanca.

Vas a ponértela, pero te lo piensas. Vuelves a cerrar el puño.

ESA NOCHE, EN CASA

–¡Hola, hija!

–Hola, mamá. ¿Cómo va todo por allí?

–Por aquí, ya sabes; de acá para allá con el autobús, haciendo excursiones. No nos dejan descansar ni un minuto. ¿Y por allí?

Tardas un segundo en contestar. Maldita sea, tienes que reaccionar más rápido, esas cosas no se le escapan a una madre.

–Bien, bien. Mucho curro, pero por lo demás bien.

–¿Y Mark? ¿También bien? ¿Le sale algún trabajillo?

–De momento, no. Ahí sigue, dale que te pego, buscando sin parar. Pero no hay suerte.

Un silencio incómodo se instala entre vosotras. Te apresuras a interrumpirlo.

–¿Y papá? ¿Le está gustando?

–Refunfuña mucho, que si se está mejor en casita, que si su fútbol, su siesta... Pero en el fondo está encantado.

–*Encantado del todo* –se oye una voz de fondo. Es tu padre.

–Ya veo –contestas–. Bueno, os dejo. ¿Ya habéis cenado?

–¡Ya te digo! Aquí nos tienen con horario alemán. Ahora vamos a una fiesta que nos organizan en la discoteca del hotel. Noche polinesia o no sé qué.

–Qué bien os lo montáis.

–Pues claro –pausa–. Sal un poco, hija, no te encierres en casa, que la primavera es peligrosa. Digo preciosa. Aquí está todo en flor.

¿Qué ha querido decir?

–Sí, aquí también. Esta tarde he salido a correr, se estaba muy a gustito –el sol en la cara, el susurro del viento–. Precioso.

–Bueno, me alegro. Mañana también, ¿vale?

–Vale. Y vosotros, disfrutad mucho.

–¡No tengas duda! Hasta mañana, hija. Te queremos mucho.

–Y yo. Hasta mañana.

Cuelgas. Te quedas mirando la pantalla del móvil. Un largo rato. Tu madre, siempre tan animosa. ¿Habrá sido siempre así? Tú llevas sus genes. Entonces se forma en tu mente la pregunta.

“¿Quién soy?”.

Miras a tu alrededor. Tu pequeño dormitorio con muebles de Ikea. Escuchas el televisor encendido en el salón. Allí estará Mark, más atento a lo que cuenten en esa caja de lo que nunca ha estado a lo que le dices tú.

Quitás la tapa al bolígrafo y te dispones a escribir, pero en ese momento suena el móvil. Un mensaje de *WhatsApp*.

Víctor.

Miras instintivamente a la puerta, por si viene Mark. El televisor sigue encendido, todo está en calma. Lees el mensaje.

–Por si te ayuda.

Es una imagen de una diapositiva de texto. La amplías y la lees por encima: “Nombre. Edad. Títulos: *arquitecto, médico...* Rol: *padre, hijo, el menor de tres hermanos, director, empleado...*”.

–Gracias –contestas–. Por cierto, no me mandes guasaps fuera de horario de trabajo, por favor. Me puedes meter en un lío.

–Tienes razón. Perdona. Corto.

–No te preocupes. Gracias otra vez.

Guardas la foto y borras el chat. La abres y la amplías.

“Nombre”.

Empuñas el bolígrafo.

“Ruth Mayo”.

“Edad”.

“Treinta y uno”.

“Títulos: *arquitecto, médico...*”.

“Graduada en Empresariales. Quinto de Inglés en la Escuela de Idiomas. Segundo de Alemán. Cursos de ofimática, documentación...”.

“Rol: *padre, hijo, el menor de tres hermanos, director, empleado...*”.

“Hija de Germán y Candela, hermana de Iván. La mayor de dos hermanos. Novia de Mark. Empleada como administrativa en una fábrica de mantenimiento de aviones de negocios”.

“Posesiones: *coche, casa...*”.

“Coche y casa, cuando termine de pagarla”.

“Manifestaciones emocionales: *tímido, extrovertido, optimista, pesimista, apasionado, frío...*”.

Piensas un momento. Frunces el ceño antes de volver a escribir.

“Tímida. Vergonzosa. Miedosa. Pesimista. Correcta. Insulsa”.

Resoplas. ¿Esa eres tú?

“Manifestaciones psicológicas: ganador, víctima, verdugo...”.

“Víctima. Perdedora”.

“Pertenencia a un grupo racial, social, político, religioso, económico...”.

“Raza blanca, clase media, paso de la política, católica, supongo”.

“Aspecto físico: guapo, feo, alto, bajo, delgado, gordo, atlético, viejo, joven, descripción de datos físicos (altura, peso...)”.

No quieres parecer presuntuosa ni negativa. Debes ser lo más objetiva posible.

“Joven, aunque madura. Altura: 1,64. Peso: 59 kg. Ni alta ni baja. Delgada. ¿Atlética? No estoy musculada, pero tengo las carnes firmes”.

Ladeas la cabeza.

“Guapa, creo”.

“Habilidades: dibujar, coser, jugar al fútbol, al ajedrez, gran memoria, elasticidad...”.

“Se me dan bien los idiomas. Agilidad, resistencia”.

Asientes antes de añadir:

“Pintar, aunque hace siglos que no lo hago”.

“Cosas que no te gustan, te desagradan, te producen pereza, rechazo”.

“Mi trabajo. Madrugar. La gente falsa. Los pelotas. Las injusticias”.

“Cosas que te gustan, te atraen, te apasionan”.

“El deporte, aunque no lo practique con tanta regularidad como quisiera. Quizá no me guste tanto el deporte. La comida extranjera. Me atraen las cosas y las personas extranjeras, aunque nunca he viajado. Pintar”.

Se acabó.

Re lees tus notas. ¿Esa eres tú? Ves cosas que te gustan, otras que no, pero todas te parecen un poco... vacías, sosas.

El rumor del televisor cesa. Dejas el papel a un lado y apagas la luz. Escuchas los pasos de Mark, el interruptor del baño y, al momento, el chorro que cae en el váter.

Te quedas mirando el recuadro dorado que forman las luces de la calle sobre el techo.

“¿Quién soy?”.

AL DÍA SIGUIENTE, EN EL TRABAJO

–¿Qué tal el curso?

Tu compañera te mira con una sonrisa de oreja a oreja, pestañeando con inocencia.

–Bien, muy bien –contestas.

–¿Mucha gente?

Maldita sea, no tenías preparada la versión para la galería. Todas, aunque disimulan, están escuchando expectantes. Sobre todo Nina.

–No, estaba sola –tu compañera asiente y pestaña más todavía. Cada vez está más interesada–. La verdad es que el curso en sí fue un poco coñazo. Ya sabes, que qué es un proceso, que si el cliente, el proveedor... Pero bueno, al menos sales de la fábrica.

–Ya.

Tú no tienes más que añadir. Pero ella sigue aguardando. Qué pécora.

–Me ha puesto deberes –saltas–. ¿Me echas un cable? Yo creo que en un par de horas lo tenemos.

Ella te mira horrorizada. Una cosa es cotillear y otra hacer una sola tarea que no sea suya.

–Ay, hoy no puedo, cariño. Tengo que entregar tres dossieres. Si puede esperar a mañana el señorito Exigente...

–Creo que no. Tiene que ser hoy. Bueno, no te preocupes. A lo mejor no es tanto.

–Bueno, ánimo.

Ella se aleja a toda prisa y tú respiras aliviada. Hablando de curso, tienes que hacer la liquidación para que te paguen el desplazamiento con el coche. Si no lo haces ahora, se te va a olvidar seguro. Buscas el formato, lo rellenas y lo envías para que lo firme Felipe. No esperas que te conteste al instante, así que te pones a revisar el correo.

“Buffff...”, se está acumulando.

Echas un vistazo por encima para detectar posibles paquetes-bomba. A primera vista no hay ninguno, todas son tareas rutinarias y no especialmente urgentes, así que te dispones a empezar por la más antigua. En ese instante entra un correo. Es la respuesta de Felipe. “¡Qué rápido!”

Lo imprimes y te diriges al ascensor. Hay que llevarlo en persona.

“¡Vaya mierda de proceso!”, te sorprendes pensando. Sonríes para ti, al final estás aprendiendo algo. Administración está en la cuarta planta.

“La misma que Víctor, quizá pueda verle...”.

“¿Pero qué dices, idiota?”.

A veces tus diálogos contigo misma pueden durar horas. Esta vez se interrumpen de golpe. Alguien más va a entrar al ascensor y, a tu pesar, tu corazón se desboca.

–Hola, Ruth.

–Hola, Víctor.

–¿A Administración? –pregunta señalando con la cabeza el papel que llevas en la mano.

–Eso es. Antes de que se me olvide.

–A mí se me olvida siempre.

Se abren las puertas del ascensor. Víctor te deja entrar primero. Tú pulsas el botón con el número cuatro y se sitúas junto a la pared del fondo, de cara a la puerta. Él se pone a tu lado, lo más separado que puede. Pero en cuanto se cierran las puertas, se gira hacia ti. Tu corazón amenaza con romperte las costillas.

–¿Cómo te encuentras esta mañana? ¿Hiciste los deberes? –pregunta.

–Lo intenté.

–Como diría el maestro Yoda: “Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes”.

–Bueno... lo hice. Sé cuáles son mis orígenes, lo que he estudiado, a lo que me dedico, cómo es mi carácter...

–Sí...

–Pero aún no tengo ni idea de quién soy.

–Ummm... ¿Tienes un momento?

Miras el reloj. No quieres que Nina tenga ninguna excusa para difamarte.

–Cinco minutos.

–Bastarán. Ven a mi despacho.

Sale como una exhalación del ascensor. Te cuesta seguirle hasta su despacho. En cuanto entra, te toma del hombro y te lleva hasta un plano de la nave que está colgado de una de las paredes.

–¿Ves este plano? –continúa– ¿Ves las máquinas situadas en línea recta y el proceso avanzando desde el principio hasta el final? Pues mira,

antes era así.

Te muestra otro plano que más bien parece un plato de espagueti, repleto de flechas que van y vuelven sobre sí mismas.

–¿Cómo lo hicimos? –pregunta.

Te encoges de hombros.

–Cogimos el plano antiguo y borramos todo. Solo dejamos las paredes y las columnas de la nave. Y nos hicimos esas preguntas: ¿para qué es todo esto? ¿qué es lo que queremos conseguir? Si partiéramos de cero, ¿cómo lo haríamos?

Tú asientes. Te queda muy claro. Pero...

–¿Qué tiene esto que ver con lo que veníamos hablando en el ascensor? –preguntas.

–¡Mucho! Imagínate que vas a un concurso de la tele y te piden que te presentes. ¿Qué contestas tú? Todo lo que no eres.

–¿Cómo?

–Cuentas cómo te llamas, dónde vives, cuál es tu puesto de trabajo, qué título universitario tienes, tu estado civil...

–Soy todo eso ¿no?

–¡No! ¡Todo eso no son más que etiquetas! Etiquetas que se han ido pegando sobre ti a lo largo de tu vida hasta formar una concha, un caparazón exterior. No eres tú.

–Pero esas cosas son ciertas. Y dicen cosas de ti.

–Sí. Por ejemplo, que tus padres decidieron que te llamaras así. Que hiciste cierta carrera porque se apuntaron también tus amigas, o porque tiene buenas salidas profesionales, lo cual viene muy bien en nuestra sociedad. O por un arranque que tuviste un día. ¿Sabes que yo soy ingeniero de *teleco* porque es lo que me salió en una moneda que lancé en la fila de inscripción para la universidad? ¿Y por qué narices tenía que ir a la universidad? Ni me lo planteé, supongo que era lo normal.

Toma aire y continúa hablando, más lento.

–¿Cuáles de esas cosas las has elegido tú, parándote a meditar, desde lo más profundo de tu ser, teniendo en cuenta tus cualidades intrínsecas, tus necesidades, y solo una vez que has tenido clara la respuesta?

–Esto... –te sorprende la conclusión. No puede ser. Estás segura de que tus padres jamás se hicieron esas preguntas. Y son felices... ¿Son felices?– Creo que ninguna.

–Exacto. Nunca nos paramos a mirarnos. Quiero que tú lo hagas. Pero tienes que mirar más adentro. Debajo del caparazón. En la parte blanda.

–¿Pero cómo?

–Busca pistas. Regresa al momento en que aún no se había formado la concha. O usa la técnica del plano en blanco. Imagínate que, por alguna razón, apareces en otro lugar, y con amnesia. No conoces a nadie, no tienes historia. Eres totalmente libre. Libre para elegir. ¿Dónde vivirías? ¿A qué te dedicarías? ¿Estarías sola o acompañada?

Un silencio incómodo se instala entre vosotros.

–Han sido seis minutos –dice Víctor de repente mirando el reloj–. Espero no haberte causado problemas.

–Los recuperaré, no te preocupes –contestas–. Y seguiré pensando.

Víctor asiente.

Sales del despacho. No sabes si te has aclarado o te has liado más aún. Pero ahora estás en el trabajo. En la jungla. No es buen sitio para pensar.

Tienes que sobrevivir.

BUSCANDO RESPUESTAS

La carretera es más estrecha de lo que tú recordabas. Robles y castaños amenazan con invadirla con sus ramas. Imaginas a Ignacio, el chico para todo del ayuntamiento, luchando contra ellas con su sierra de gasoil, como si fueran tentáculos de un invencible monstruo marino.

A pesar de las veces que has pasado por allí, te sorprende lo agreste del paisaje. La huella del hombre apenas se adivina en un viejo cercado de piedras cubiertas de musgo o en un poste de la luz semioculto por la maleza.

Al doblar una curva muy cerrada te topas de pronto con las casas del pueblo. De la misma piedra que la montaña y con tejados en los que crecen las mismas hierbas silvestres, podrían ser accidentes naturales. Lo más fácil sería dejarlas a un lado, desapercibidas, pero tú accionas el intermitente y abandonas la carretera.

El sonido de las ruedas cambia al pasar del asfalto al barro. Recorres despacio la calle principal. Como es fin de semana, está más animada que de costumbre: tres mujeres charlan en la puerta de una casa, con el delantal puesto. Se hacen sombra con la mano y atisban a través de los cristales de tu coche cuando pasas. Intercambiáis un saludo, se quedan mirando y sabes que ya están cuchicheando sobre ti: “¿Quién es?”, “La del Germán y la Cande”, “¿Viene sola?”, “Igual se ha peleado con sus padres”, “¿Pero no está casada?”, “No, creo que el novio la dejó dos semanas antes de la boda”, “Que no, que se mató en un accidente de tráfico”... O cosas así.

La plaza es un ensanche de la calle, rodeada con postes de piedra agujereados para las fiestas, cuando hay vaquillas. Aunque solo hay unas docenas de casas, la mayoría desocupadas, no faltan los dos lugares más emblemáticos: la iglesia y el bar, rivalizando en número de fieles.

Llegas al pilón por donde atravesaba la antigua cañada. Te imaginas los rebaños trashumantes llenando el pueblo de algarabía, de olores, de vida. Ahora las únicas huellas en el suelo son las de algún tractor solitario. Y las tuyas.

En lo alto de la colina está la casa. Su silueta se marca contra el verde de la Sierra Alta, que hace de telón de fondo. Su tejado parece inclinarse más allá de lo que el constructor ideó, pero aguanta con las tejas en su sitio. La rodea una valla de piedra con algún hueco y una puerta de tablones de

madera y clavos de hierro.

Apagas el motor. Rebuscas en la guantera y sacas el manojito de llaves. Su tintineo y el portazo que das al salir del coche resuenan en el silencio del lugar. Unos gatos te observan curiosos.

Ahí está. La casa de tus abuelos. La casa en la que pasaste tantos veranos de niña.

Antes de introducir la gran llave en la cerradura, acaricias la madera. Hace muchos años te pillaste los dedos en esa misma puerta. A los pocos días la uña se te puso morada y al final se cayó. Todo por perseguir a Iván, que no quería enseñarte el gatito que había encontrado. Quizá alguno de los que ahora te vigilan sea descendiente suyo.

Con algo de esfuerzo, la llave gira y la puerta se abre. La casa tiene un patio empedrado, que deja el hueco para lo que una vez fue el huerto de tu abuelo. Ahora el huerto es un zarzal, y entre los resquicios del empedrado nacen hierbas altas como tus rodillas. Tu corazón se encoge un poco al recordar a tu abuela arrancándolas y trajinando en el huerto, cogiendo tomates para el desayuno o un melón para el postre.

Sin poder soltar esa sensación, te diriges a la puerta de la casa. Es de esas que tanto te gustaban de pequeña, partidas al medio, nunca cerradas ni abiertas del todo. Algo se agita en tu pecho cuando empujas la hoja de arriba y te llega de dentro el olor. A humedad. A abandono. Y a algo más. Madera. Leña. Humo. Pimentón. La gran chimenea de la cocina ha guardado su aroma.

Entras. La casa está fría. Te alumbras con el móvil para abrir las contraventanas. La luz entra de nuevo, derramándose sobre tus recuerdos. Todo es como lo guardabas en tu cabeza, pero más pequeño. ¿Cuántos años hace que no venías? ¿Cinco? ¿Diez? Recorres el salón. Los viejos muebles; la gran mesa de madera con sus sillas desvencijadas, el sofá que compró tu padre para poder echar la siesta al fresco del interior. Seguramente sea su huella la que aún guardan los cojines.

Vas recorriendo la casa, abriendo las ventanas y, con ellas, otras se van abriendo en tu corazón. La despensa, que tantas incursiones sufrió en busca de chocolate o de leche condensada. El baño con su botiquín y su bote de Mercromina caducada. La habitación de tus padres. La de tus abuelos. Observas la cama de hierro en la que murió ella. Tú eras pequeña, pero recuerdas aquel verano en que tu abuela dejó de trabajar en el huerto. El que

pasó tendida en aquella cama. Te despediste de ella con el beso de siempre, sin sospechar que era el último.

Entras en el cuarto que compartíais Iván y tú. Todavía conserva los posters que marcaban cuál era tu lado y cuál el suyo. Nunca tuvisteis problemas por dormir juntos, hasta la noche en que le sorprendiste masturbándose bajo las sábanas. Te hiciste la dormida, pero le observabas con detenimiento. Los ojos cerrados, la boca un poco abierta, jadeaba mientras con la mano sacudía su miembro arriba y abajo, cada vez más deprisa.

En los últimos meses su cuerpo había cambiado. De ser un niño regordete y blando había pasado a ser alto y fibroso. Sus músculos se marcaban a través de la piel: bíceps, pectorales, abdominales; se podía estudiar anatomía mirándole en bañador. Tenía las piernas atléticas de tanto jugar al fútbol y, gracias a Dios, no le había asomado el bigotillo que afeaba a muchos de sus compañeros. Si no hubieras sido su hermana, le habrías encontrado atractivo.

¿En qué chica estaría pensando mientras se acariciaba? Sin querer, te sentiste algo celosa. Y excitada. Sin hacer ruido, deslizaste tu mano hasta tus bragas. Te tocaste sobre la tela, pero no fue suficiente. Introdujiste tus dedos bajo el elástico, acariciando tu vello aún incipiente, hasta llegar a la zona más húmeda. Tu dedo corazón describió círculos lentos mientras escuchabas sus jadeos, cada vez más profundos.

Quizá estaba pensando en Marta, una de tus amigas. Era la que te había hecho consciente con sus comentarios de lo guapo que era Iván. Se le insinuaba continuamente y se abalanzaba sobre él cuando jugabais a haceros ahogadillas en el río. Se aferraba a su cuerpo con brazos y piernas, restregando su sexo y sus pechos contra su cuerpo duro a través de la fina tela del bikini.

Los imaginaste separándose del grupo para ir a secarse entre los arbustos. Lo que empezaría con unos cuantos besos, con tan poca ropa se tornaría inevitablemente en contactos más íntimos. Él retiraría la parte de arriba de su bikini, liberando sus pechos, abundantes para su edad. Imaginaste sus pezones enhiestos; su tacto frío entre los labios de Iván. Viste la mano de Marta deslizándose por el vientre de él hasta posarse sobre el bulto que le formaba el bañador.

Marta era la más experta del grupo. Se vanagloriaba de saber cómo

dar placer a un hombre. Algunos decían que había aprendido con sus primos, con los que compartía techo durante largas temporadas. La imaginó aferrando el elástico del bañador de Iván, bajándoselo hasta los muslos, liberando su miembro joven, ansioso. Descendería despacio, mirándole a los ojos, mientras sus pezones iban rozando su piel, el pecho, el abdomen, el pubis, hasta llegar a su pene y a sus testículos. Se lo metería en la boca, voraz, para alimentar más aún su fama; sabía que Iván se lo contaría a los otros en cuestión de minutos. Lo recorrería con la lengua, se lo introduciría lo más profundo que pudiese, sacudiría la cabeza arriba y abajo con fuerza mientras lo empuñaba con la mano y vigilaba las reacciones de Iván. Quizá dejaría que eyaculara en su boca, como había visto en las películas.

Tú aguantaste la respiración mientras te llegaba el orgasmo. Iván se detuvo casi al tiempo, y al momento le escuchaste cogiendo un *Kleenex* de la mesilla. Nunca le hablaste de aquello, pero no fue la única noche que compartisteis imaginaciones eróticas. Quizá él también lo sabía.

Pero tú no has venido a esto. “¿O sí?”. Has venido a buscar pistas. Pistas de quién eres tú. Te diriges al cobertizo. Abres la puerta y aun en la penumbra te asombras, como siempre, de la cantidad de cachivaches que allí se acumulan. Herramientas, repuestos para todas las chapuzas de la casa, desde bombillas a trozos de manguera, sacos de cemento y arena, botes de pintura. Por fin, detrás de una escalera de madera que cruje, encuentras lo que venías buscando.

Una caja de cartón.

No es muy grande. Lo justo para guardar todas esas cosas que no querías tirar ni llevarte a tu piso cuando te trasladaste. Recuerdos. “Por si acaso”. Tonterías.

La sacas al patio para observarla a la luz del día. Te acomodas en el banco de piedra adosado al muro y, con emoción, separas las solapas y te asomas. El Señor Pera te saluda con los brazos abiertos. Él y el Mono Lucas son los únicos peluches que sobrevivieron a la quema. Parecen contentos de volver a verte. Tú también lo estás. Aprovechas que nadie te ve para estrecharlos un momento entre tus brazos antes de posarlos con cuidado en el suelo.

Estaban acomodados entre las telas del tutú de ballet y todos los vestuarios que te hizo tu madre para las funciones anuales de la academia. Te vienen a la cabeza los nervios que pasabas antes de la función, y cómo se

desvanecían en cuanto salías a escena y la música te hacía volar. Tu cuerpo ya no era tuyo, era de ella. Cuando al final te inclinabas para saludar al público parecías salir de un trance. Disfrutabas mucho de la danza. ¿Por qué lo dejaste? La respuesta te viene como un mazazo en la cara. Aquel examen. Eras la mejor de la clase, pero ante el jurado estabas tensa como la cuerda de un violín. Aprobaron las pequeñas, mucho peores pero más graciosas. Y tú suspendiste. No volviste a presentarte. Te pasaste a baile moderno y finalmente lo dejaste. Tenías otras cosas más importantes que hacer.

Sacas una caja de madera con el rostro de un hombre y un “Don Julián” grabados a fuego. Tus abalorios para fabricar pulseras, pendientes y colgantes. Procedentes de todos los rincones de España que ibas recorriendo con tus padres: conchas de Isla Cristina, piedras redondas de Llanes, volcánicas de Lanzarote. Madera de boj, de cerezo, de roble, de endrino y de acebo. Todavía huelen. Cuerdas de mil colores, de algodón encerado y de cuero. Ganchos para pendientes. Docenas. Te recuerdas a ti misma en la terraza de casa, dando barniz a tus adornos de madera tallada. Aquellos trabajos manuales te relajaban. Te mantenían lejos de tus preocupaciones, de exámenes, de peleas y desamores. ¿Por qué lo dejaste? “No tenía tiempo; la carrera, los novios...”.

Los novios.

¿Dónde están ahora? Fran se casó y se fue a vivir a Bilbao. Jesús descubrió que era gay. El imbécil de Chema todavía te manda *WhatsApps* de vez en cuando. Ahora, visto en retrospectiva, sin duda derrochaste demasiada energía en ellos. Pero en aquel momento...

Sin poder evitarlo, la imagen de Mark se cuela en tu cabeza. La apartas con un gesto y vuelves a asomarte a la caja.

Algunas fotos del cole, unos discos de vinilo, unos *cassettes*... ¡Qué buena música había entonces! La de ahora te suena toda igual. Tebeos. Algunos eran heredados, pero te encantaban: “Esther y su mundo”, “Gina”... Buenos ratos leyendo en la cama; eso y librarte de ir al cole hacían que te pusieras enferma más veces de las necesarias.

Ya no queda mucho. Unas cajas de lata. ¿Qué son? Las abres con cautela, temiendo que aparezca algún bicho disecado. Pero no. Están llenas de tubos de acuarela, óleos, acrílicos. Pinceles de todos los tamaños, con el mango manchado de pintura. Dos paletas, igualmente llenas de restos de todos los colores.

Tus pinturas.

¿Cómo las puedes haber olvidado? Las imágenes se agolpan en tu mente. Te levantas como en trance. Entrás al cobertizo. Abres las ventanas. La luz inunda la estancia y los ves. Lienzos. Docenas. Apilados contra la pared, en los estantes, en el altillo. Lienzos. Y, cuando no hay lienzos, tablas. O papeles. Incluso piedras.

Los sacas al exterior. Los pones en fila sobre el suelo. El cielo estrellado, hierbas altas salpicadas de amapolas, el río, el bosque. El viento. El puente, la vieja posada abandonada. El cobertizo. La parada del autobús. El patio de la iglesia.

Y siempre chicos. Y chicas. Siempre están, aunque a veces no se ven. Chicos y chicas bañándose. Desnudos. Ocultos entre las hierbas. En las sombras del puente. Entrando por la ventana de una casa en ruinas. Descubriendo sus secretos bajo las estrellas. Despidiéndose en la parada del autobús hasta el verano siguiente.

¿Cómo has podido olvidarlos?

Eran parte de ti, aunque nunca los mostraste a nadie. O quizá fuera por eso.

Y ahora están ahí, mirándote, exhibiéndose. Si no fueran tuyos dirías que son buenos.

De pronto te invade una sensación de profundo pudor. Apresuradamente los recoges y los vuelves a guardar en el cobertizo. Metes de nuevo todo en la caja de cartón, la dejas en su sitio y corres el cerrojo de un tirón. Cierras la puerta de la casa.

Metes las llaves en la guantera y arrancas.

No saludas al pasar junto a las tres señoras.

Las casas de piedra y hierba apenas duran unos segundos en el retrovisor antes de desvanecerse.

La aguja marca más de lo debido. Las ruedas chirrían al entrar en las curvas. Casi vuelas cuando pisas los bollos que hacen las raíces en el asfalto. Pasas demasiado cerca de la valla de piedra del puente. Pero no puedes frenar. Tienes que alejarte. Solo cuando la carretera se alisa y el tráfico se hace más denso, anunciando la entrada a la ciudad, te tranquilizas. Estás a salvo.

¿De qué huyes?

Hay mucho sitio para aparcar, la gente no aguanta en la ciudad en

cuanto sale el sol. Sacas del maletero tu mochila intacta, repleta de ropa y comida, y entras al portal. Pulsas el botón del ascensor, pero tarda demasiado. Subes las escaleras a grandes zancadas. Llegas a tu rellano jadeando. Mientras rebuscas las llaves en tus bolsillos, piensas en Mark. ¿Qué va a decir cuando te vea llegar tan pronto? Que le echas demasiado de menos, o que estás chiflada.

Abres la puerta.

Mark te mira sorprendido. Virginia también. Se quita de encima de él y se tapa con un cojín. Con tu cojín. Mark se lleva una mano a la cabeza.

—¿No venías mañana? —es lo único que acierta a decir.

VUELVES AL COACHING

Enciendes la luz de la mesilla. Lo primero que ves es la cama vacía. Luego, el silencio. No lo ves, claro. Ni tampoco lo oyes; casi lo puedes tocar. Entonces recuerdas.

Has echado a Mark de casa. Los has echado a los dos prácticamente en pelotas al descansillo.

¿Cómo ha podido hacerte eso? En tu casa.

Te levantas. Vas al baño. Caminas hasta el salón, no quieres meterte en la cama otra vez.

Pero ves el sofá, y al momento te viene a la cabeza la imagen de Virginia sentada a horcajadas sobre Mark. Su pene erecto saliendo apresuradamente de ella. Sus disculpas estúpidas.

Das la espalda al salón. Vuelves al dormitorio.

¿Cuántas veces lo habrán hecho en tu cama? Mirando las fotos que tenéis juntos, en la playa, en la feria, comiendo palomitas, tumbados leyendo juntos en una hamaca...

“Piensas demasiado”.

Es la voz de Víctor. En tu cabeza.

“No pienses; siente”.

Ni que fuera tan fácil.

Cierras los ojos. Escuchas tu respiración. Está menos alterada de lo que cabría esperar. Al principio no consigues centrarte en tus sensaciones, demasiados pensamientos pugnan por ocupar tu cerebro al mismo tiempo. Y hay uno que te martillea una y otra vez. Esa imagen. Ellos dos desnudos en tu sofá.

Aquí viene. La emoción.

Te sorprendes a ti misma. Esperabas sentir dolor, tristeza. Enfado. Miedo.

Pero no. Todo eso está, pero como adormecido, anestesiado. Igual que la plastilina con la que jugabas de pequeña, que al mezclarse se convertía en un sucio color gris, lo que sientes al final es... decepción. Desilusión. Asco. Hacia Mark. Hacia tu vida.

“Pero está Víctor...”.

¿Víctor? No sabes de qué va. No sabes si le importas lo más mínimo o

solo le importan sus teorías, si solo eres un experimento más. Un entretenimiento.

“No te ilusiones, guapa. Es como todos”.

Te quedas sentada en la cama, mirando al vacío. Tu rostro sigue impasible. Tus ojos se desvían hacia la ventana. Está abierta. Las luces de la ciudad transforman el cielo negro en dorado. Un dorado artificial, falso. Te llega el murmullo del tráfico siete pisos más abajo.

Vas a levantarte, cuando tu móvil vibra. Despacio, alargas la mano y lo coges. Mensaje de *WhatsApp*.

Es Víctor.

Le dijiste que no te escribiera, pero no te ha hecho caso.

Abres el mensaje. Miras la pantalla por un largo rato. Sabes que él te está viendo en línea. No te importa.

Miras a la ventana.

Respiras hondo.

Abres el cajón de la mesilla. A un lado, junto a tus bragas cuidadosamente dobladas, hay un objeto. Lo deslizas con cuidado en tu muñeca, le sacas una foto y la envías.

Víctor la recibe al instante. Sonríe, triunfante.

La pulsera blanca luce perfecta sobre tu piel.

REGRESO AL OLIMPO

La habitación del hotel ya te resulta familiar. Entrás al vestidor sin que Víctor te indique nada. Te quitas la chaqueta y te miras en el espejo de cuerpo entero. Esta vez tu ropa es mucho más provocativa: minifalda y medias negras, de esas que se ajustan a los muslos. Y una camisa tan fina que marca el relieve de tus pezones y deja entrever el sostén que hay debajo. Tu ropa interior es artillería pesada: sostén negro semitransparente y tanga a juego. Esta vez vienes preparada para la guerra. Ya no tienes nada que perder.

Víctor te mira al entrar. Lees admiración en sus ojos. Y también algo más... preocupación.

Tu rostro permanece gélido.

–No tienes por qué hacerlo –dice.

–Voy a hacerlo.

Víctor duda un momento, pero finalmente asiente. Saca su móvil del bolsillo de la chaqueta y hace una llamada.

A los pocos segundos unos nudillos golpean la puerta.

Ismael está aún más atractivo que la vez anterior. Su camisa oscura realza el increíble verde de sus ojos. Al entrar te mira de arriba abajo. Con deseo.

–Soñaba con volver a vernos. Esta vez el aperitivo lo pones tú ¿no? – dice acercándose a ti y besando tu cuello– De pronto me ha entrado mucha hambre.

Respiras. Miras a Víctor.

–¿Por dónde íbamos? –dices, dándoles la espalda a ambos. Ismael sonrío. Le gusta el juego.

–Víctor llama a este ejercicio “rompehielos”. Pero no sé si hay mucho hielo por aquí.

Se aproxima a ti y te besa de nuevo en el cuello, mientras sus dedos se posan en tu cintura. Adelanta sus manos hasta tu vientre y se pega más a ti. Notas su erección, potente como la de un semental.

Sabes que Víctor os observa.

Respondes al contacto de Ismael apretando tu culo contra su miembro. Él no necesita más señal. Sus manos ascienden por tu vientre hasta llenarse con tus senos. Los aprieta suavemente, los junta, los levanta. Tú

bajas la barbilla, como intentando besarlos.

–Así, amor, así... abandónate –susurra Ismael.

Sus manos dejan por un momento tus redondeces para acercarse a los botones de la camisa que los oculta. Hábilmente, como un cirujano que hubiese realizado cientos de veces la operación, sus dedos ciegos van liberando uno tras otro hasta llegar al último, muy cerca de tu pubis. Rozan la piel de tu vientre al ascender. Retiran un poco la camisa hacia atrás, dejando tus hombros al desnudo. Al instante reciben sus labios cálidos, sedosos.

El cosquilleo te hace ladear la cabeza. Entonces sientes sus labios en la comisura de la boca. Bajan por tu mejilla, recorren tu cuello hasta llegar a la clavícula. Se entretienen en ese cruce de caminos y vuelven al hombro. Se encuentran con la tira del sostén. La muerden con dulzura.

Tu camisa cae al suelo.

Ismael te gira, de forma que quedas frente a él. Y también frente a Víctor.

Cuando este ve que le miras, cambia de posición. Se sienta en una de las butacas rojas. ¿Se va a acariciar mientras os mira? A tu pesar, eso te excita.

Entras en acción. Agarras las solapas de la camisa de Ismael y se la abres de un tirón. Uno de los botones cae al suelo.

–Eres una gatita caliente –dice sorprendido.

Besa tu cuello con más intensidad. Va descendiendo hacia el canal que forman tus senos. Tu respiración se acelera. Le sujetas por la nuca. Él lleva sus manos a tu espalda y, de un solo gesto, te desabrocha el sostén. Tus pechos redondos y firmes se ofrecen ante él. Y ante Víctor.

Ismael envuelve con sus labios tus pezones, que al instante se yerguen como astas. Te sujeta por la cintura, acercándote a él. Notas su erección en tu vientre. Vuestras respiraciones se convierten en jadeos. Lentamente desliza las manos por debajo de tu falda.

Tú miras a Víctor. Os observa aparentemente impassible, pero notas el bulto debajo de su bragueta.

Sientes un rencor sordo hacia él. ¿Por qué no es Víctor el que está haciendo el amor contigo?

Arrojas la camisa de Ismael al suelo. Recorres con tus manos sus hombros, sus pectorales, su vientre marcado, hasta llegar al cinturón. Lo desabrochas con gestos bruscos y buscas el botón del vaquero. Es de esos que

tienen botones también en la bragueta, así que basta con un tirón para desabrocharlos todos.

Agarras con una mano su violenta erección, mientras con la otra le sujetas la cabeza, apretándole contra tus pechos para que los chupe con más fuerza.

Y para que no vea que estás mirando a Víctor. Él no separa sus ojos, muy abiertos, de los tuyos. No pestañea.

Ismael no se hace de rogar, succiona y mordisquea tus pezones como si fueran el último alimento de la tierra. Pero sus manos no se quedan quietas. No puede permitir que le tomes la delantera. Levanta tu minifalda, mostrando tu culo. Lo acaricia y, de forma inconsciente, empiezas a mover las caderas. Sus dedos avanzan hacia zonas más privadas...

Metes tu mano debajo del calzoncillo. Calor. Recorres el pene de Ismael, desde el glande hasta los testículos. Los acaricias y vuelves a ascender. La tela, aunque es elástica, pronto te estorba. Decides bajarla y liberar esa erección salvaje. Cuando la ves sientes que te humedeces como un caracol. Casi notas los labios de tu vagina desplegándose como los pétalos de una rosa. Desean recibirla.

Miras a Víctor. Sus ojos te taladran. Tú no retiras la mirada.

Ismael sigue tu iniciativa; te baja las bragas hasta los muslos y vuelve a pegarse a ti. Notas su pene contra tu pubis. Él percibe que tus movimientos se aceleran y guía sus dedos hacia tu sexo, desde atrás. Los hace avanzar hasta sentir la humedad y el calor que los invita a entrar. Así lo hacen. Primero el dedo corazón, luego el anular. Los dedos entran y salen sin dificultad, el camino se abre ante ellos como las telas de una cortina. Cada vez más profundos. Salen y vuelven a entrar. Gimes.

Sigues sin separar la mirada de Víctor. Sus manos se aferran a los brazos de la butaca. Están blancas de tanto apretar. Te mira a los ojos. Quiere decirte algo. Parece a punto de levantarse.

Pero no hace nada.

Tu rencor vuelve a aumentar.

Te agachas. Agarras al tiempo los vaqueros y los calzoncillos de Ismael y se los bajas del todo, de un tirón. Tu rostro queda a la altura de su pene perfecto y, por un momento, piensas en metértelo en la boca. Lo rozas con los labios, echando tu aliento sobre él.

Entonces es Ismael el que gime. Víctor emite una especie de gruñido.

Ismael reacciona y, tomándote por la barbilla, hace que te levantes. Te besa en el cuello y te lleva de la mano hasta la cama.

Te tiende en ella y, sin separar sus ojos de los tuyos, desliza despacio las bragas a lo largo de tus piernas. Todavía llevas los zapatos puestos, pero no te los quita. Te toma por los tobillos y, suavemente, los separa. Baja la vista hacia tu sexo. Su mirada arde en deseo.

–Eres muy bella.

Sus manos suben por tus piernas hasta el pliegue tras las rodillas. Las separa un poco más. Sigue devorándote con la mirada.

–Muy bella.

Te besa en la cara interna de los muslos. Sus besos cada vez se acercan más a tus zonas íntimas. Tú te estremeces.

Ladeas la cabeza y ves a Víctor. Solo te mira a los ojos.

De pronto no quieres alargar más la situación. Estiras la mano hasta el mentón de Ismael y haces que se yerga. Parece una estatua, los músculos de su pecho y su abdomen marcados a cincel. Su pene palpita ante tu sexo. Tú elevas las caderas. Quieres recibirlo. Ya.

Él alarga la mano hasta la mesilla, toma un preservativo y se lo pone antes de que te des cuenta. Te mira con esos ojos verdes, tan dulces y seductores, mientras aproxima su miembro hasta la misma entrada de tu vagina. Roza con el glande sus labios húmedos, haciendo pequeños círculos mientras aumenta la presión.

–¿Qué tal va el hielo? –susurra.

–No queda ni una gota –dices levantando la pelvis para apretarte más aún contra él. Notas que tu vagina se abre ante su empuje y, por fin, lo sientes dentro. Llenándote. Presionando cada milímetro cuadrado de sus paredes. Moviéndose. Al principio despacio, después con más ímpetu, respondiendo a tus propios movimientos.

Gimes.

Ismael observa tu rostro, atento a tus reacciones. Controlando la situación. Al fin y al cabo, es tu instructor. Tú eres la alumna, y tu única tarea es disfrutar. Disfrutar al máximo. Y, sin duda, Ismael sabe lo que hace. Utiliza su pene como un instrumento de precisión, atacando los puntos más sensibles sin llegar a saturarlos. Jugando contigo.

Cierras los ojos, pero sabes que Víctor os está mirando, loco de deseo. Pensar eso te excita más aún. Te pone al borde del orgasmo.

Entonces Ismael, como respondiendo a tus pensamientos, cambia de postura. Arrastrándote sobre las sábanas, acerca tu culo al borde de la cama y empieza a meter y sacar su pene con otro ángulo. Más vertical. La presión ahora se concentra en la cara anterior de tu vagina y, al retroceder, su glande aprieta un punto oculto que te hace enloquecer.

Tú abres mucho la boca, jadeando, arqueando la espalda y echando la cabeza atrás. Intentas contenerte, pero el placer crece, crece... No cabe más en ti. Tiene que reventar. Aguantas solo unos instantes más y por fin estalla. Tu cuerpo, tu mente, tu alma se desbordan en un inmenso éxtasis. Tus gemidos aumentan de volumen, y tus manos inconscientes aprietan la cintura de Ismael para que no pare hasta derramar la última gota del elixir del placer.

Un instante después, Ismael cierra los ojos y se dobla sobre sí mismo. También ha llegado al orgasmo. Es su justo premio.

Con cuidado, sale de tu interior. Besa tu vientre y te mira. Sus ojos verdes se ven ahora más vidriosos, más bellos aún si cabe. Se retira.

Escuchas unos pasos. Levantas la cabeza y ves a Víctor. Su rostro refleja algo indefinido ¿Tristeza? Pero pronto cambia, parece controlarlo hasta volver a su serenidad habitual.

Alarga la mano, va a acariciar tu rostro, pero se desvía a mitad de camino. Solo te aparta el mechón de pelo de la cara.

–Lo has hecho muy bien, Ruth. Eres un volcán. ¿Y qué puede hacer el hielo contra la lava de un volcán?

LUZ EN LA OFICINA

Hoy la oficina parece un sitio distinto. La gente está de mejor humor. Tu jefe te ha saludado con una sonrisa. Hidalgo os ha felicitado por el esfuerzo de las últimas semanas. Has ido con tus compañeras a tomar café y te han incluido en los cotilleos sobre el resto de la plantilla. Hasta Nina ha bromeado contigo.

Miras a tu alrededor, buscando qué es lo que ha cambiado. En la calle luce el sol, igual que en las últimas semanas. Tienes el mismo número de correos electrónicos con tareas pendientes. El taller tiene los problemas de siempre. Mejías ha vuelto a la carga con los errores de tu departamento, como si el suyo no los tuviera. Las vacaciones siguen igual de lejos.

Sin embargo, todo parece más luminoso. Se respira tranquilidad y optimismo. ¿Por qué?

Entonces caes en la cuenta: quizá no ha cambiado nada. Quizá la que ha cambiado eres tú.

“¿Por hacer el amor con un desconocido?”

Tu propia respuesta te sorprende: “No, por haber tomado las riendas”.

En ese momento se apaga el aire acondicionado. “¡Qué alivio!”, piensas cuando dejas de escuchar el molesto rumor de las máquinas. Y, sin embargo, antes no te habías dado cuenta de que estaba allí. ¿Será algo así lo que te ha ocurrido?

Te quedas asintiendo al vacío. Abres el cajón de tu mesa. Miras el cuadernillo que permanece ahí guardado desde hace días: “Agenda de la felicidad”. Lo sacas cuidadosamente, coges tu bolígrafo y sales de la oficina. Subes a la planta de arriba para que no te vean y te metes en el baño. Echas el pestillo, te sientas en el váter y lo abres.

Aspiras hondo. Es demasiado temprano para hablar por el día de hoy, decides rellenar el día anterior.

“*He hecho ejercicio físico*”. Ladeas la cabeza, imaginándote en la cama con Ismael. “Sí”. Marcas el tic.

“*He sonreído más de veinte veces*” –echas cuentas–. “No creo”. Dejas el recuadro en blanco.

“*Momentos en que me he sentido bien*”. Piensas un rato. Por fin anotas: “Orgasmo”. Te detienes, sin levantar el bolígrafo del papel. “Caricia

de Víctor”.

Sacudes la cabeza. Eres tonta.

“*Cosas que se me han dado bien, logros*”. “He superado mis temores. He llegado hasta el final”.

“*Gente que ha mostrado aprecio por mí*”. Escribes una “V” y te detienes. ¿Realmente ha mostrado aprecio por ti? En el parque pareció que sí, especialmente al decirte que todo seguía adelante si querías. Y al rozar tu mano. Pero ayer, en el hotel, se mostró distante. Dejas la “V”.

“*He dedicado 5 minutos a hacer feliz a...*”. “Como no sea a Ismael...”. Anotas también a tus padres, fuiste a verlos por la tarde.

“*Doy gracias por...*”. “Haber encontrado valor”. Levantas la vista, tus ojos se pierden en algún punto entre tú y la puerta cerrada. Vuelves a escribir: “El sol. El viento. Mis piernas. Mis padres. Mi hermano. Mi casa. Mi trabajo”.

“*¿Cómo me siento ahora mismo?*”. Tus ojos recorren los emoticonos dibujados. Te sorprendes: en ese instante te sientes bien. Trazas un círculo alrededor de la sonrisa agradecida.

“*¿Por qué? ¿En qué pienso?*”. “Pues en la pregunta anterior. En las cosas por las que estoy agradecida”. Te asombras de lo fácil que es sentirse bien.

“*¿Hay algo que me preocupa?*”. Tu boca dibuja una sonrisa cínica. Resoplas. Escribes en el post-it: “Mi vida. Mi salud mental. Mis relaciones. Mi situación en el trabajo”.

“*¿Qué voy a hacer para arreglarlo?*”. Piensas un instante, después escribes: “El coaching”.

“*¿Qué he hecho hoy para acercarme a mi meta? ¿Qué voy a hacer mañana?*”. Escribes: “No tengo ni idea de cuál es mi meta”.

“*Frase para mañana*”. Te llevas el bolígrafo a los labios. ¿Qué mensaje te vendría bien leer al levantarte al día siguiente? “¡Buenos días, guapa!”. Siempre anima. “Hoy va a lucir el sol”. Bufff... “Hoy puede ser un gran día”. Muy falsa.

Quieres que la frase esté a la altura. Que sea perfecta. “Un momento...”. Te detienes, en guardia. “Lo perfecto es enemigo de lo bueno”. Sacas el bolígrafo de tu boca y miras el papel. Sabes exactamente lo que tienes que escribir. Lo haces con gesto firme.

“*Date una oportunidad*”.

Te quedas mirando el cuadernillo, satisfecha. Escuchas, no hay ruido en el exterior. Sales del baño y vuelves a tu sitio. En total no han pasado más de diez minutos.

Te acabas de sentar cuando se ilumina un indicador en tu pantalla. Tienes un mensaje por el chat interno. Antes de abrirlo, ya sabes de quién es.

–*¿Cómo te sientes hoy?* –pregunta Víctor.

Si hace un mes te hubieran preguntado cómo te sentirías tras pillar a tu novio con otra en la cama, habrías dicho: “creería que era el fin del mundo”, “me tiraría con el coche por un acantilado”.

Sin embargo, no es así.

Si ayer sentías asco por la especie humana, sobre todo por el género masculino, creías que tras hacer el amor con un desconocido sentirías asco también por ti misma. Jamás pensaste que pudieras llegar al orgasmo en una situación como esa. Pero ocurrió algo distinto.

“¿Por qué?”.

Entonces caes en la cuenta de algo, una idea que empieza a formarse, pero que aún no puedes concretar.

–*Extrañamente bien* –contestas.

–*Me alegro.*

Pausa.

–*He hablado con tu jefe para reservarte otro día la semana que viene.*

Ahora eres tú la que se contiene un rato antes de contestar.

–*Bien.*

–*¿Cómo lo tienes esta tarde* –continúa Víctor– *para una sesión light?*

Un paseo por el centro.

Dudas un instante. Te apetece, pero no quieres que piense que estás a su disposición.

–*¿A qué hora sería?*

–*Sobre las ocho. O las nueve. Cuando te venga bien.*

Esperas unos segundos.

–*A las ocho creo que puedo.*

–*¿Te parece que quedemos en la plaza de Santa Ana? Siempre hay algún espectáculo callejero.*

–*¿Crees que voy a llegar tarde y necesitas entretenimiento?*

–*Por si acaso.*

Ahora sí que piensas llegar con retraso.

–Vale. A las ocho en la plaza de Santa Ana.

Cierras el chat.

De pronto te llega la respuesta. Clara como el agua. Como si siempre hubiese estado ahí.

En realidad no hiciste el amor con un desconocido.

Lo hiciste con Víctor.

CLARIVIDENCIA

Te obligas a subir despacio las escaleras del metro. Miras el reloj. Llegas diecisiete minutos tarde. Perfecto. Caminas por la calle mirando al frente. Llevas un moño informal, tus vaqueros favoritos, una camiseta de tirantes que muestra un poco tu cintura y unos botines con tacón interior. Solo un toque de maquillaje.

En cuanto doblas la esquina escuchas la música. Acordeón.

Un tango.

Ves un gran corro de gente arremolinada en el centro de la plaza. En el interior una pareja baila. Se desplazan al son de la música de un extremo al otro del círculo, describiendo elegantes ochos y cruces con los pies. Él dirige, pero ella es la estrella. Alta y delgada, su vestido se abre para mostrar una pierna inacabable, que pisa enérgica sobre sus tacones de aguja. Al principio solo ves sus movimientos, gráciles y poderosos a un tiempo, pero luego te fijas en sus rostros: mirándose a los ojos, provocándose, desafiándose. Sus bocas se pegan, jadeando por el esfuerzo. Él avanza y ella retrocede, sin separarse. De pronto ella parece resbalar, cae hacia atrás. Dobla su espalda en un arco imposible hasta que su coronilla casi roza el suelo. Él la sujeta por la cintura y se agacha hasta volver a pegar sus frentes.

Es un cortejo. Él muestra su hombría; ella, que no será una presa fácil. Ambos son dignos adversarios. Sabes cómo acabará. Los dos saldrán heridos.

Alguien golpea tu hombro.

Te giras. Al principio no le reconoces, acostumbrada a verle con traje. En su lugar hoy lleva unos vaqueros gastados y una camiseta informal, con un roto que deja entrever su pecho. Pero es él. Víctor. Más atractivo aún.

Te habías quedado absorta mirando a los bailarines. Te preparas para responder a su sermón por llegar tarde. Pero este no llega. En su lugar, te mira sonriente y te tiende la mano. No entiendes lo que quiere hasta que ves otras parejas que inundan el círculo y se ponen a bailar.

Tú niegas con la cabeza.

—Ni de coña. Bailo fatal, soy una inútil para estas cosas.

Ahora el que niega con la cabeza es Víctor.

—¿Llevas la pulsera?

—¿Cuál, el cinturón blanco?

–Sí.

Se la muestras. Él estira de la goma elástica y la suelta de golpe. Te hace daño.

–¡Ay! ¿Qué haces?

–Cada vez que digas algo negativo sobre ti, haré lo mismo. Y espero que tú lo hagas cuando no esté yo. ¿No creerías que solo era un adorno?

Otro ejercicio. De pronto recuerdas que esto no es una cita, y que Víctor no es un amigo. Es tu *coach*.

–Yo lo haré más suave.

Víctor señala al resto de parejas que se han animado a bailar.

–¿De verdad crees que lo haríamos peor que ellos?

Te fijas. En comparación con la pareja de bailarines, todos parecen torpes. Pero hay algunos que lo hacen rematadamente mal. No siguen el ritmo, tropiezan entre ellos. Sin embargo, siguen bailando. No les importan los cientos de ojos que los observan. Se ríen.

Cómo te gustaría ser como ellos.

–No estoy segura.

Víctor se te queda mirando. Al final hace un gesto con la cabeza.

–¿Nos vamos?

Asientes. Cuanto más lejos de la posibilidad de salir a bailar, mejor.

–¿Dónde? –preguntas.

–A un sitio donde poder encontrar respuestas.

Camináis por las calles. A esas horas la zona de Huertas comienza a animarse. Las cervecerías están llenas, y los pubs van abriendo sus puertas. Al pasar frente a ellas se asoman notas de jazz, de salsa, de música celta. Un buen batiburrillo. El mundo en una sola manzana.

Atravesáis la calle del León y, al pasar por delante de un local, sin querer piensas en Mark... Ibais en pandilla, pero él se las arregló para separarte de la conversación principal. Estuvisteis charlando los dos durante horas, bebiendo aquel cóctel especialidad de la casa. Al salir os quedasteis un poco atrás y... os disteis vuestro primer beso.

Víctor te está mirando. Has debido frenar el paso sin querer. Tú también le miras, sonrías y echas a andar de nuevo.

Dobláis una esquina, otra. Cuando ya te empiezas a impacientar, se detiene. Señala un muro pintado en azul intenso, roto por un arco mudéjar. Desde el interior te llegan las notas desvaídas de un laúd. Música árabe.

Víctor abre la puerta y te invita a pasar. Al entrar entornas los ojos. El humo llena la sala. Pero no es de tabaco, al menos no del normal. Una sinfonía de olores inunda tus glándulas olfativas. Al principio no distingues a nadie, hasta que te das cuenta de que no están a tu altura, todos están sentados sobre cojines en el suelo, rodeando pequeños artefactos humeantes.

–Un fumadero –dices.

–Sí. De mi amigo Halim.

–¿No tienes demasiados amigos tú?

–Nunca son demasiados.

Víctor busca al músico con la vista. También está sentado sobre un cojín, en un extremo de la sala. Tañe un extraño instrumento sobre sus piernas cruzadas. El músico sonrío al verle, pero no deja de tocar. Señala con la barbilla un rincón vacío a su lado. Víctor te da la mano para guiarte hasta allí sin pisar a nadie.

Os sentáis sobre unos cojines duros. No sabes cómo colocar las piernas, hasta que te fijas en el resto de la gente. Menos mal que te has traído los vaqueros.

Una joven se acerca a vosotros. Es muy morena. Y bella. Viste un top de seda negra con un solo tirante y un pantalón bajo y ancho del mismo tejido, pero rojo. En medio de su vientre brilla un *piercing* de plata. Intrincados tatuajes de *henna* cubren todas las partes visibles de su cuerpo. Y sospechas que las invisibles también.

Sus ojos son de felino. Y parecen afilarse cuando identifican a Víctor. Los de él destellan de sorpresa. Se pone tenso.

–Hola, Víctor –dice, y al instante posa sus ojos en ti. Tú te sientes intimidada–. ¿Qué os trae por aquí?

–La compañía. ¿Qué, si no? –responde él, manteniéndole la mirada.

La mujer sonrío solo con la boca.

–Mientes cada vez peor.

–Esta vez tú sí dices la verdad. Para variar. Creí que estabas viviendo en Londres.

–He vuelto. Echaba algunas cosas de menos.

Ambos se quedan en silencio, contemplándose. La música sube de tono. Ves que Halim no separa los ojos de ellos.

–¿Qué buscáis? –dice ella por fin–. Tenemos mezclas recién llegadas de todos los rincones de oriente. ¿Sensualidad? ¿Desinhibición? ¿Éxtasis?

–Clarividencia –responde Víctor.

La joven no puede disimular su sorpresa.

–Has cambiado mucho.

–Ha pasado mucho tiempo. Todo cambia.

–Y todo permanece. Sobre todo las cicatrices.

Víctor asiente, pensativo. Por fin baja la vista. Cuando la vuelve a alzar, sus ojos muestran ese brillo profundo, como el del agua cristalina en cuyo fondo puedes verlo todo.

–Esas son las que nos hacen cambiar.

Los ojos de la chica se dulcifican por unos instantes. Pero enseguida vuelven a ser acerados. Da media vuelta y camina grácilmente entre la clientela, hasta ocultarse tras unas leves cortinas. Al momento reaparece con dos pequeños cuencos de barro entre las manos.

–La clarividencia es peligrosa –dice mientras os los entrega. Sus manos rozan las de Víctor.

–Cualquier cosa es peligrosa si se pone el alma –responde él.

La joven baja la vista por primera vez desde que entrasteis. Se retira en silencio, tan leve que dudas si ha sido una aparición.

–¿Quién es? –no puedes evitar preguntar.

Víctor, que ya ha tomado uno de los cuencos, el que contiene el tabaco, se detiene y te muestra su antebrazo: lo recorre una cicatriz de varios dedos de largo. Nunca la habías visto, claro; es la primera vez que va en manga corta.

–Una herida. Cerrada –dice.

Víctor encaja el cuenco en la parte superior de la cachimba. Lo cubre con una chapita metálica perforada y, con unas pinzas, toma el contenido del otro cuenco y lo va depositando encima. Es carbón al rojo.

Aguarda unos instantes, toma la boquilla y aspira profundamente. Cierra los ojos. Aguanta la respiración un rato. La suelta, rodeándose de una nube de humo, pero aún tarda unos segundos en abrir los párpados. Cuando lo hace, parece estar despertando de un largo sueño. Se forma en tu mente la visión fugaz de Víctor despertando por la mañana. A tu lado.

Sacudes la cabeza.

–Uuuuhhhh... es fuerte –dice él, ofreciéndote la boquilla. Como ve que dudas, pregunta–. ¿Te da asco?

Te dan ganas de reír. ¿Asco? Has pensado infinidad de veces en

introducir tu lengua en su boca. ¿Asco? Alargas la mano y tomas la boquilla. Inspiras muy hondo. Te da un ataque de tos.

–¡Ja, ja, ja...! Mira que te lo he dicho.

Los ojos te lloran. La garganta te pica. Pero tú vuelves a tomar la boquilla y aspiras. Esta vez consigues aguantar la respiración. Sueltas el aire. Lanzas el humo a la cara de Víctor. Ahora es él el que entrecierra los ojos.

Ríes para tus adentros. Le pasas la boquilla. Un extraño relax comienza a inundarte.

Víctor aspira de nuevo, retiene el humo y lo expulsa lentamente, en pequeñas volutas. Sus ojos también comienzan a empañarse.

–¿Esto es legal? –preguntas tú mientras tomas de nuevo la manguera.

Víctor ríe.

–Algo tan bueno no puede serlo.

–Ya... –contestas, dándole otra calada profunda a la cachimba– Quizá la pregunta sería ¿hay algo legal en este *coaching*? Infidelidad, drogas, uso de la jornada laboral para otros fines...

Víctor te mira desde el fondo de sus ojos vidriosos.

–En el límite está la verdad.

Su voz te llega desde muy lejos. Y resuena en tu cerebro. “En el límite está la verdad...”.

–¿Cuándo comienza la sesión? –preguntas.

–Empezó con el tango. Las monto bien, ¿eh? –sonríe–. En realidad solo quiero que charlemos. La charla distendida y errática es otra herramienta poderosa. Fíjate el partido que le sacó Freud.

“Y más si estamos drogados”, piensas tú.

–Bueno, tenías deberes, ¿no?

–Ajá –no te apetece pronunciar palabras muy largas. El relax se está adueñando de tus miembros.

–¿Y bien? ¿Quién eres tú?

Hace un rato habrías sentido vergüenza, pero ahora no. Te encuentras relajada, todo está bien. Echas mano al bolso, que has dejado sobre tus piernas. Sacas el móvil. Trasteas unos momentos con él y se lo alargas a Víctor. Él lo rehúsa.

–Léelo tú misma –dice–. Si no, te vas a dormir.

–Vale. Me llamo Ruth Mayo Lorente. Tengo treinta y un años. Graduada en Empresariales, quinto de Inglés y segundo de Alemán,

ofimática, etcétera. Soy hija de Germán y Candela, y hermana de Iván. Soy la mayor de los dos hermanos –te detienes un instante–. Soltera y sin compromiso. Trabajo de administrativa en una empresa de mantenimiento de aviones de negocios. Tengo coche y casa.

Lanzas una mirada fugaz a Víctor, que escucha con atención. Tomas aire y lees de carrerilla.

–En cuanto a mis manifestaciones emocionales, soy tímida, vergonzosa, miedosa, pesimista, correcta e insulsa. Manifestaciones psicológicas: víctima y perdedora. No pertenezco de forma marcada a ningún grupo, aunque soy de raza blanca, católica y de clase media. Paso de la política y del fútbol. No soy ni joven ni vieja. Mido 1,64 y peso 59 kilos. Más o menos delgada, aunque podría estarlo más. Carnes firmes –te sonrojas un poco–. Aceptablemente guapa. Se me dan bien los idiomas. En los deportes, soy ágil y resistente. No se me daba mal pintar. Odio mi trabajo y madrugar; la gente falsa, los pelotas y las injusticias. Me gusta el deporte, aunque lo practico poco y mal, la comida extranjera y en general todo lo extranjero, aunque no he viajado. Y disfruto pintando y haciendo manualidades. O al menos lo hacía.

Levantas la vista.

–Eso es todo.

Víctor te mira un largo rato desde el otro lado de la niebla.

–¿Y bien? –insistes.

–Es curioso lo que cada uno ve desde su punto de vista. Y lo que no ve. Por ejemplo, en el test de expresión facial apareció un resultado que ni siquiera has nombrado.

–¿Cuál?

–Tus indicadores de deseo son los más altos que he visto jamás.

Te sonrojas al instante. Sientes vergüenza y, a la vez, algo de... ¿orgullo?

–No lo creo –balbuceas.

–Pues sí. Y eso son datos, no impresiones –dice Víctor, asintiendo levemente–. Aunque las cosas no son permanentes. Vamos a intentar averiguar lo que hace que tú seas tú. Pregunta: ¿eres igual de tímida, miedosa, pesimista, etcétera que cuando eras pequeña?

–Supongo que no, esas cosas cambian. De pequeña era más tímida aún.

–Bien. ¿Eres igual físicamente?

–Obviamente no.

–¿Eres igual físicamente que ayer?

La pregunta te desconcierta un poco.

–Todos los días se cambia algo –respondes–: que si te ha salido un grano, que si te peinas diferente... Pero hay una continuidad ¿no? Algo que, cuando te miras al espejo, te dice que eres tú.

–¿Y si tuvieras un accidente que te desfigurase la cara?

–Seguiría siendo yo. Seguiría teniendo la conciencia de que soy yo. Tengo memoria.

–¿Y si el golpe te produjese una amnesia total? ¿Seguirías siendo tú?

–¡Joder, sí! Aunque yo misma no tuviese conciencia de que soy yo, lo sabrían mis padres, mi hermano, la gente que me conoce.

–¿Y si todos murieran, o tú estuvieras en una tierra extranjera donde nadie te conoce?

–Mi historia estaría ahí.

–Escrita en...

–No sé. En alguna parte.

Empiezas a cabrearte. No sabes dónde va a parar aquello. Primero te hace contestar a un montón de preguntas que no valen para nada, y ahora te hace dudar hasta de tu propia existencia.

–Mira –dices–. Soy yo porque tengo conciencia de que soy yo, no puedo vivir dos vidas. Veo a través de mis ojos, pienso, siento frío, miedo. Soy como el conductor de Mazinger Z, pero más integrado aún.

–O sea, que eres tu cerebro.

–Pues será.

Hasta ahí has llegado. Te cruzas de brazos. Ahora te preguntará que qué pasaría si estuvieras en coma, con el encefalograma plano y las funciones cerebrales al mínimo. Esperas su nuevo juicio de listillo.

Pero no llega. Tampoco se ríe. En cambio, te alarga la boquilla de la cachimba. Le pegas una buena calada. Y otra. Sientes un ligero mareo. Escuchas la voz de Víctor en la lejanía.

–Cuidado con lo que creemos que somos –pronuncia lentamente-. Hay gente que basa su identidad en ser guapa; lo fueron desde pequeños, todo el mundo se lo decía, de adolescentes ligaron cantidad y en las fiestas son el centro de atención. Después se hacen mayores, van saliendo arrugas,

barriguita, calvicie... Los ojos empiezan a irse a otros que no son ellos, más jóvenes y apuestos. Dejan de ser “los guapos”. ¿Y entonces qué? Lo mismo pasa con los inteligentes –sonríe solo con un lado de la boca–; yo me creía la bomba, el no va más, hasta que llegué a la carrera y me junté con todos los no va más de España. Allí era del montón, dejé de ser “el listo”. Y si no soy el listo ¿qué soy? Te quedas sin identidad. Es duro.

Asientes. No tienes fuerzas para mucho más.

–Lo que quiero decir es que realmente no somos “el guapo”, “el inteligente”, “el gracioso”... Esas etiquetas nos dan seguridad, pero nos quitan libertad. ¿No has vivido alguna vez en algún sitio donde no te conocían? A mí me pasó de pequeño en varios campamentos, donde mis padres me enviaban solo. Al principio lo pasaba mal, pero luego era una gozada. No teníamos historia, podíamos ser lo que quisiéramos.

Te mira a los ojos. Habla despacio.

–Puedes ser lo que tú decidas ser.

Te quedas mirándole. Podrías estar así horas. No te cansas de atravesar sus pupilas y sentirte atravesada. Querrías acercarte a él y besarle. Pero el cuerpo te pesa demasiado.

Te quita la boquilla de la mano. Te das cuenta de que la tienes ahí desde hace rato.

–Así que ¿quién eres? –vuelve a preguntar, mientras aspira y exhala una inmensa nube de humo, que asciende en volutas juguetonas y flota sobre vuestras cabezas, hasta fundirse en la eterna niebla del local.

Tú lo observas, lo aspiras, y de pronto empiezas a flotar con él. Te elevas, das volteretas en el aire y te ves ahí abajo, con todos tus miedos, penas y vergüenzas.

Ruth es pesada como el plomo.

Tú eres ligera y luminosa. Libre.

Salís tarde del local. Tú tenías esperanzas de que Víctor se pusiera romántico, pero no es así. De todas formas, estás demasiado mareada como para haberle correspondido de forma adecuada. Esa noche tienes sueños extraños. En ellos aparece una y otra vez la joven del fumadero. Sus ojos se clavan en ti. Te quiere decir algo, tú caminas hacia ella pero se aleja, se aleja... hasta perderse en una maraña de gente y nubes de humo.

<<< >>>

Tú eliges:

- **Opción 1:** Te levantas hecha polvo. Recuerdas vagamente tus sueños y a la chica del fumadero. Tienes la imagen de sus ojos, tan inquietantes. Sacudes la cabeza, te tomas dos tazas de café y decides no volver a fumar mierda. **Ve a [LA MONTAÑA](#).**
- **Opción 2:** Al día siguiente vuelves al fumadero, sola. Quieres hablar con ella. **Ve a [SHEREZADE](#).**

SHEREZADE

El barrio de las Letras siempre te ha parecido encantador. Caminar por sus calles e imaginar que por allí pasearon antes Cervantes, Quevedo, Lope de Vega, Góngora...

Esas cosas te vas diciendo a ti misma mientras deambulas aparentemente sin rumbo hasta que ¡oh, casualidad! apareces en la puerta del fumadero donde estuviste el día anterior con Víctor.

Es temprano, la puerta todavía está cerrada. No hay mucho que hacer por allí, así que recorres la calle arriba y abajo, viendo algún escaparate sin mucho interés y sin quitar ojo del arco mudéjar. Por fin ves aparecer a Halim. Saca un manojito de llaves del bolsillo e introduce una en la cerradura. Pero, antes de abrir, sintiéndose observado, se gira y te ve. Tú disimulas. Examinas los artículos al otro lado del cristal de la tienda naturista que tienes delante como si te fuera la vida en ello: “Pomada de Ajo”, “Gel de Alcachofa”...

De pronto, unos fuertes chillidos estallan a tan solo unos metros de ti. Das un brinco del susto. Entre los coches aparcados, dos gatos están peleando. Intercambian zarpazos a una velocidad tan fulminante que apenas se ven. El enfrentamiento dura apenas unos segundos, pero es cruento: uno de ellos huye con el rabo entre las piernas y una oreja menos.

Halim te mira y levanta una ceja. Por fin abre la puerta y entra al local.

Al cabo de unos minutos, tarde y con prisas, llega la chica. Realmente es bella. Su cintura te recuerda a un reloj de arena y te la imaginas de pie, orgullosa, mirando el mar de dunas mientras el viento del desierto hace su velo revolotear.

Te quedas como clavada al suelo. Ahora que ha llegado el momento, todo te parece muy estúpido. ¿Qué le vas a decir? “Hola, soy la amiga de Víctor, quería preguntarte todo sobre su vida”. O “¿qué coño pasó entre vosotros?”. O “¿Tú crees que está enamorado de mí?”.

Ella pasa como una exhalación y, dándole un empujón a la puerta, entra al local.

“Mierda”.

Das unos pasos dubitativos hacia allí, pero sigues sin decidirte. De pronto la puerta se abre y aparece el rostro de Halim, que te hace gestos para

que entres.

–*Ahlan* –saluda–. Pasa, Nahid se está cambiando. ¿Quieres tomar algo? ¿Un té?

–Gracias. Sí, un té estará bien.

–Siéntate donde quieras –dice mostrando con un gesto todo el local. Con luz natural y sin humo parece distinto, más grande. Y sin encanto.

Tú, todavía algo avergonzada, te sientas en uno de los cojines junto a la pared, en un rincón desde el que controlas tanto la puerta como las cortinas por las que va a aparecer la chica. Nahid.

Cuando lo hace, te encoges como el algodón de azúcar bajo la lluvia. Sus ojos se clavan en ti y no se separan de los tuyos mientras camina descalza entre los cojines y cachimbas diseminadas por el suelo sin tocarlos.

–¿Qué te trae por aquí? –suelta sin más preámbulo.

–Yo... quería hablar contigo. Me pareció...

–Te pareció que conocía a Víctor mejor que tú ¿verdad?

Por toda respuesta, tragas saliva.

–Es cierto. Lo conozco probablemente mejor que nadie en el mundo. Porque no solo conozco su parte luminosa. Conozco su sombra.

Permanece en pie. Tú tienes que levantar mucho la cabeza para mirarle el rostro. No sabes si levantarte, cuando aparece Halim con una bandejita, una tetera y dos pequeñas tazas.

–Siéntate un momento, Nahid, todavía no hay clientes –dice.

Ella gira bruscamente la cabeza hacia él. Halim le sostiene la mirada; finalmente ella respira hondo y se sienta en un solo gesto.

Cuando Halim desaparece tras las cortinas, la chica sirve el té. Sin levantar la mirada de las tazas, vuelve a hablar.

–Te has enamorado de él ¿verdad? Locamente.

Sientes como los colores suben a tus mejillas.

–Es inevitable –continúa Nahid–. A todas nos ha pasado. Tiene algo... *khalab*...

Sus ojos se pierden en el vacío y, por un momento, se dulcifican. Pero al instante se vuelven acerados.

–Todo es mentira.

–¿C... cómo?

–Todo. Sus palabras te enredan como la seda de una araña, hasta que ya no puedes escapar. Y entonces te muerde. Pero su veneno es peor que el

de un escorpión, porque mata lentamente.

Sin darte cuenta vas echando la espalda hacia atrás hasta que topa con la pared.

—¿Te ha llevado alguna vez a su casa? —pregunta Nahid.

Tú niegas con la cabeza.

—¿Te ha hablado de su vida privada? ¿Te ha mostrado alguna fotografía, le has visto en Facebook?

Vuelves a negar, sin querer creer lo que te está insinuando. Por fin, con una sonrisa triunfal empapada en odio, termina:

—Víctor no existe.

Os quedáis en silencio unos segundos hasta que, con voz ronca, consigues pronunciar.

—¿Qué quiere decir eso?

—Tú solo conoces una de sus caras. Pero tiene muchas otras. Personalidad múltiple, lo llaman los psiquiatras.

Sacudes la cabeza, negándote a creer lo que estás escuchando.

—No puede ser...

—¿Por qué? ¿Porque le ves un rato al día? Apenas duerme, tiene tiempo para llevar varias vidas.

—¿Qué vidas?

La sonrisa de Nahid se ensancha.

—Una vida familiar, por ejemplo.

Algo en tu interior se rompe.

—¿E... está casado?

—Desde hace muchos años. Tiene dos hijos, a los que recoge del colegio y dedica su tiempo amorosamente... cuando no tiene reunión en el trabajo. O un congreso de fin de semana. Todas esas ocasiones que ¡sorpresa! coincidirán con tu “*coaching*”.

La miras un instante más, lo justo para descubrir en el fondo de sus ojos algo más allá del odio. Dolor. Entonces descienes la vista hasta que se posa en tu taza de té. Te la llevas lentamente a los labios y tomas un sorbo. Está frío y amargo.

—¿Cómo lo descubriste?

—Hice que le siguieran. Un primo mío fue tras él en su moto hasta un colegio pijo de las afueras. Vio a un niño y una niña muy guapos que se le colgaban del cuello y le llamaban “papá” —suspira—... Bum. Se acabó.

–¿Fue entonces cuando le hiciste aquella cicatriz?

Nahid sonríe solo con los labios, y a ti te da un escalofrío.

–Nunca dejes que se burlen de ti.

Asientes mientras posas la taza suavemente en la bandeja. Está casi llena. Te levantas despacio y Nahid te imita. La miras a los ojos por última vez.

–Gracias.

–Ojalá te hubiera conocido antes.

Te das la vuelta. Se te ha formado un nudo en la garganta y no puedes ni decir adiós.

El sol te hace parpadear cuando sales a la calle. Coges el autobús en lugar del metro; necesitas aire libre para despejarte. Tu cabeza bulle mientras observas abstraída el tráfico de la ciudad. Te parece imposible que lo que te ha dicho Nahid sea cierto pero, por otro lado...

Solo hay una forma de saberlo.

–Coño, se me va a escapar –murmuras mientras te cambias de carril demasiado cerca de una furgoneta de reparto.

Ves el coche de Víctor cada vez más lejos en el mar de automóviles que os rodea. No se ha dirigido hacia las afueras, como te dijo Nahid, sino que se ha internado de lleno en el centro de la ciudad. Y, por lo que se ve, es más hábil que tú conduciendo entre aquel tráfico infernal.

–¡Mierda!

Semáforo rojo. Víctor ha pasado y tú no. Le observas alejarse por la calle repentinamente libre de coches, mientras tú te quedas allí atrapada. Para cuando el semáforo se abre, Víctor ha desaparecido del todo.

–¡Joder!

Nada. Ni hacia delante, ni en las bocacalles que se van abriendo a derecha y a izquierda y que escudriñas desesperada entre las pitadas de los conductores impacientes de alrededor.

Has hecho el idiota. Un buen rato perdido para nada.

“Bueno, ¿y ahora qué?”. Rumbo a casa. Si es que sabes llegar desde allí. Esos barrios del centro son un laberinto. Aprovechas otro semáforo para poner el navegador del móvil.

–“A doscientos metros, gire a la derecha”.

–A doscientos metros, doscientos metros...

Giras como puedes, hay un autobús recogiendo gente en la parada. Le adelantas invadiendo el otro carril y, cuando vuelves al tuyo, estás a punto de atropellar a una pareja que, al ver tu cara de fastidio, caminan (estás segura) más lento todavía por el paso de cebra.

Entonces le ves.

Y él también a ti.

–Noooo, mierda, mierda...

Está entrando en un garaje y te hace señas para que le sigas. Simulas cara de sorpresa y le haces caso. ¿Qué otra cosa puedes hacer?

Mientras descienes tres o cuatro plantas en el subsuelo por huecos entre los que apenas cabe tu cochecito, vas pensando qué le vas a decir. Que ibas de compras, a la FNAC, o mejor a Fuencarral...

–¡Ruth, qué sorpresa! –te dice cuando sales del coche. Has aparcado a su lado.

–¡Ya ves! ¿Qué pasa, que tienes dos plazas?

–Tengo más, me saco un dinerillo alquilándolas. Esta está libre de momento.

–Ah.

Os quedáis en silencio, uno de esos silencios tensos.

–Bueno, ¿dónde ibas?

–De compras. A Fuencarral, ya sabes, a ver trapitos.

–¿Desde el trabajo? ¿Te has atrevido a ir en coche?

–Bueno, pensaba aparcar en algún parking de pago...

–Entonces te ha salido bien la jugada.

De nuevo os quedáis en silencio. Es Víctor el que retoma la conversación.

–Ya que estás aquí... ¿Quieres tomar algo? Mi casa estará hecha una porquería, no esperaba visita.

Tu corazón da un brinco de alegría. ¡Si te ofrece subir es que Nahid te mintió! La muy cabrona.

–C... Como quieras. Vale.

Mientras sigues a Víctor por el garaje en penumbra, sientes de nuevo ese delicioso vértigo. Te pegas a él todo lo que te atreves, no quieres parecer descarada, pero tampoco renunciar a esa embriagadora sensación que te invade con cada pequeño roce. Y luego el ascensor. Os miráis a los ojos en

silencio, que de pronto ha dejado de ser incómodo. No habría tenido más que acercarse un centímetro a ti y habrías sido suya.

Pero en la planta -2 se abren las puertas.

-Hola -saluda un vecino que parece salido de un catálogo *hipster*. Entra al ascensor con un paso decidido y os veis obligados a separaros. Los tres guardáis silencio el resto del viaje.

-Mis vecinos son así -dice Víctor en voz baja cuando salís al descansillo.

Tú te ríes.

-Creía que solo existían en las pasarelas de moda.

Víctor abre la puerta de su casa. Tú tienes una borrachera de hormonas que casi te hace tambalearte. Por fin. Estás a solas con él. En su casa. Esta vez no puede fallar.

Paseas la vista alrededor. Los techos son muy altos. Los muebles forman una encantadora mezcla de moderno y *vintage*. Es agradable y acogedor. Muy luminoso. Y, lo mejor: no hay rastro de mujer ni de niños.

-Me la decoró el vecino -dice Víctor con una sonrisa- ¿Te enseño la casa? Es lo que soléis hacer las chicas.

-Vale.

Te da la mano.

Su contacto provoca otra inyección de esa maravillosa droga por todo tu cuerpo. Seguro que la puede notar palpitar, tu corazón late tan fuerte que parece estar a punto de reventarte alguna vena.

-La cocina.

-Ajá.

Apenas puedes articular palabra. Tienes como un nudo en la garganta. Unos pasos muy pegados más adelante, te muestra el salón con su elevado balcón. Te fijas en el sofá y te imaginas en él, sentada encima de Víctor, besándole apasionadamente. Cuando enfiláis el pasillo, crees que te va a dar algo.

-Los baños. Mi despacho. Y por fin...

Asientes sin separar los ojos de los suyos. Ya solo queda...

-Mi dormitorio.

Te detienes en la puerta, mirando la cama de 1,80 con sus sábanas de color blanco y café, a juego con el resto. Él tira un poco de tu mano. Eso quiere decir...

Pero no te lleva hasta la cama. Se detiene en medio de la habitación y señala las fotografías que, en aparente desorden, llenan la pared. Las observas con detenimiento. Son fotos de Víctor en diferentes lugares. Un faro, un globo aerostático, una montaña nevada...

—¿No crees que he guardado las fotos de los niños? —dice—. ¿O quizá este es mi pisito de soltero, que mi mujer no conoce? El lugar donde traigo a mis víctimas.

Palideces.

—¿C... Cómo? No sé...

—Así que es verdad.

—¿Qué?

—Que fuiste a hablar con Nahid.

Se te para el corazón. ¿Cómo sabe...?

—Me mandó un *Whatsapp*. El primero después de años. Para decirme que me seguirías. Que no te fías de mí. Que estás convencida de que guardo algún oscuro secreto. Que estoy casado, que tengo una familia y una doble vida.

—¡Espera, no es así! Fue ella la que me lo dijo. Que vio a dos niños a la salida del colegio. Que a ella la habías engañado, y por eso te hizo esa herida.

Víctor se queda en silencio.

—Sí, es muy propio de ella.

Respiras, aliviada. Te cree.

—Pero no cambia las cosas —continúa—. Hay que hacer algo. El *coach* resulta demasiado equívoco para ti. Y para mí. No estoy preparado. ¿Por qué te crees que lo dejé con Nahid? Era posesiva, celosa, desconfiada... No quiero más de lo mismo.

Niega con la cabeza, mientras te toma por la cintura y te empuja suavemente hacia la puerta.

—Por favor, sal de mi casa. Es lo mejor para ambos —respira hondo—. El *coach* ha terminado.

FIN

Vuelve a [CLARIVIDENCIA](#).

LA MONTAÑA

–¿Dónde vamos? –preguntas por enésima vez. Un inmenso bosque de coníferas va circulando ante la ventana del tren, que no para de ascender.

Estáis prácticamente solos en el vagón. Es martes (parecía que nunca llegaría la siguiente sesión de formación), y la temporada de esquí terminó hace tiempo. Nadie tiene interés en subir a la montaña en esas fechas.

El tren es antiguo, de esos con asiento corrido de cuero sintético. Estáis muy cerca, vuestras piernas se tocan mientras observáis el paisaje. Ninguno de los dos lo evitáis pero, por alguna razón, sabes que Víctor no va a pasar de ahí.

“Me da igual”.

Él sonríe, misterioso. Le odias cuando hace eso.

–¿Qué crees que da más satisfacción –pregunta, en lugar de responderte–: la naturaleza –dice señalando la ventana–, el matrimonio, ser padre o que te toque la lotería?

–Ya estamos –contestas con fastidio.

–Venga, responde y te diré dónde vamos.

Piensas un instante y dices:

–Que te toque la lotería.

–Acertaste. Es lo que da más satisfacción inmediata. ¿Y con el tiempo?

–Depende de lo que hagas con el dinero.

–Bueno, te voy a decir lo que dicen los estudios. El que te toque la lotería proporciona un pico de satisfacción muy alto, pero luego decae rápidamente, incluso por debajo del que tenías en origen. Supongo que la preocupación de qué hacer con tanto dinero, si lo vas a perder, los familiares que te acosan para que compartas con ellos, etcétera.

–Pues a mí no me importaría probarlo.

–Ni a mí, la verdad. Seguro que lo haríamos mejor –dice Víctor sonriendo–. Al matrimonio (o el emparejamiento) ¡tachán!... Le pasa lo mismo, aunque más suave. Al principio mucha satisfacción, todo es alegría, “qué majo es mi chico”, “me encantan sus rarezas, le dan ese toque especial”... Y al cabo de los años: “solo piensa en sí mismo”, “podía hacer un poco más en casa”, “no soporto sus ronquidos”...

Asientes. Lo comprendes perfectamente, te basta con pensar un momento en Mark.

—¿Y los hijos? Dicen que dan la mayor felicidad del mundo.

—Pues sí, pero parece ser que a ratos. Te dan mucha felicidad, y también muchas preocupaciones. Y mucha dependencia. Está bien porque te descentra de ti mismo, te sale el altruismo de forma natural. Pero como le pase algo a alguno, no hay sufrimiento mayor.

—Ya. O sea, que en la balanza tampoco sale tan clara la cosa.

—Exacto. En cambio la naturaleza da mucho y pide poco. Y, a la chita callando, va escalando posiciones con el tiempo: cuanto más la usas, más la disfrutas. Un paseo por el bosque —dice Víctor señalando el paisaje que asoma al otro lado del cristal—, un rato cogiendo conchas en la playa, una puesta de sol... La naturaleza tiene algo que nos calma y nos colma. Piensa que en realidad somos trogloditas, es nuestro hábitat.

Vuelves a mirar hacia afuera. La sequedad del verano todavía no ha hecho presa allí arriba. Ves un pequeño arroyo que atraviesa una pradera, y de pronto te apetecería estar tumbada en ella, sintiendo el frescor de la hierba en el dorso de tus brazos.

—¿Y si fuera desnuda? —pregunta Víctor de pronto.

Le miras sorprendida.

—¿Cómo narices haces para leerme la mente? Ya, ya lo sé. Soy transparente.

Él se ríe. Cómo le gusta hacer eso.

—Bueno, dijiste que me responderías —continúa—. ¿Dónde vamos?

De pronto el tren disminuye su velocidad. Víctor levanta las cejas.

—Aquí.

Miras al exterior. Reconoces la estación; de pequeña viniste varias veces con tus padres, a jugar a la nieve. Y, un poco más mayor, de acampada con tus amigos. De pronto te apetece mucho bajar del tren.

—Vamos —dice Víctor cogiendo su mochila. Parece bastante pesada.

Aguardáis a que el tren se detenga del todo. La pequeña estación aparece desierta, nada que ver con los días de invierno en que apenas queda sitio en el andén, a rebosar de gente de la ciudad que acude en manada a esquiar.

Una vez fuera, Víctor toma un sendero bien marcado que se aleja de allí y asciende por la ladera de la montaña. Unos cientos de metros más arriba

puedes ver el telesilla de la estación de esquí, ahora cerrada.

–¿Vamos a esquiar sobre piedras? –dices señalando la ladera pelada.

–Más o menos –responde él, y se echa a reír.

Tú caes en la cuenta: la vieja broma que relaciona el gesto de esquiar con el sexo. Te pones tensa.

–¿Qué tipo de sesión va a ser? –preguntas.

Ahora es Víctor el que se pone más serio.

–Aquella que contrataste –responde.

Asientes. Una pregunta se formula en tu mente, pero no llegas a hacerla: “¿Será con Víctor?”. Le miras, y él evita tus ojos.

La respuesta es no.

Vuelves a asentir. Una mirada de determinación asoma a tu rostro. No te vas a echar atrás.

Llegáis a un pequeño edificio de estilo montañés que anuncia en un gran cartel el nombre de la estación de esquí. Está cerrado a cal y canto, con las contraventanas echadas y una gran reja en la puerta principal. De pronto, un hombre aparece rodeándolo.

–¿Servicio especial? –pregunta.

Víctor asiente y le tiende la mano. El hombre se la estrecha.

–Son doscientos por adelantado –dice.

Víctor le entrega unos billetes, el hombre los cuenta, asiente y señala el telesilla con el mentón.

Mientras camináis hacia allí, tú miras a Víctor extrañada.

–No pensarías que íbamos a subir andando, ¿no? –te susurra– Aunque otra gran fuente de satisfacción sea el ejercicio físico, hoy no tenemos tiempo.

El hombre se adelanta hacia una caseta, abre el candado que la cierra y acciona los mandos. El telesilla, con un chirrido metálico, comienza a funcionar.

Víctor te da la mano. Os colocáis en la zona de entrada y esperáis a que llegue el siguiente banco suspendido.

–¡Ale-hop! –dice Víctor posando el trasero en el banco y guiándote a ti para que hagas lo mismo– ¡Le aviso en unas dos horas!

El hombre asiente y hace el gesto del teléfono con la mano.

Vosotros os acomodáis en el telesilla, que rápidamente se aleja del suelo. Da un poco de vértigo. Te das cuenta de que Víctor todavía te sujeta la

mano. Tú no la sueltas.

–En esta época, esta es la zona más vacía de todas –explica–. Solo hay piedras. Pero arriba del todo hay un bosque precioso.

–¿En qué va a consistir el ejercicio?

Víctor te mira un segundo. Te suelta la mano.

–Pronto lo verás. Es la segunda parte del ejercicio del reconocimiento de expresiones faciales. ¿Recuerdas que te dije que Paul Ekman había sacado una segunda conclusión? La primera era que, de forma innata, todos los humanos tendíamos a adoptar los mismos gestos ante las mismas emociones. La segunda, quizá más importante, es esta: también funciona en el sentido contrario. Si adoptamos el gesto, surge la emoción.

–¿Cómo? ¿Si yo frunzo el ceño, me enfado? ¿Y si sonrío, me pongo contenta?

–Pruébalo.

Miras a Víctor con escepticismo. Si fuera tan fácil, todo el mundo iría sonriendo por la vida.

Arrugas el entrecejo. Al principio no notas nada, te parece absurdo estar mirando a Víctor con esa expresión. Pero entonces piensas en la forma en que te ha retirado la mano, su estúpido secretismo, su altanería.

¡Empiezas a sentirte irritada! Una nube oscura parece invadir tu cerebro.

–Mierda –dices asombrada.

–¿Lo ves? Ahora sonrío, por favor.

–No me apetece, la verdad.

–Da igual. Estira los labios como si sonrieras.

Le haces caso. Estiras los labios de oreja a oreja. Tus ojos permanecen impasibles.

–No funciona –dices manteniendo la expresión.

–Espera, dale un tiempo.

De pronto, la situación te parece divertida. Pareces tonta hablando con la boca así. Te echas a reír. Víctor sonrío también, satisfecho.

–¡Joder, funciona! –dices, alucinada.

–¡Claro que funciona! Y además afecta a los que tienes alrededor. ¿Has oído hablar de la sonrisa “boomerang”?

Niegas con la cabeza, pero lo entiendes perfectamente. Quizá sea eso lo que te está ocurriendo en el trabajo estos días.

–Los yoguis lo usan desde siempre: “esta es una postura de apertura, esta de comunicación, esta otra de aceptación, de recogimiento, paciencia, arrojo...”. Las hay para todo –hace una pausa–. Pero no son solo esta panda de esotéricos orientales; en Occidente estamos empezando a corroborarlo como a nosotros nos gusta, con pruebas científicas. Cuando llegues a casa, busca en *Youtube* un video de una tal Amy Cuddy. Resulta que ha comprobado que manteniendo una postura de poder (hombros atrás, cabeza erguida, brazos ocupando una zona lo más amplia posible) durante dos minutos, aumenta el nivel de testosterona en nuestro cuerpo y baja el de cortisol. La testosterona es la hormona de los machos alfa, te da confianza, poder; el cortisol es la hormona del estrés. Así que en ¡dos minutos! te puedes convertir en *Superwoman*. Por un rato.

Tú estás alucinada.

–Pero ¿cómo no nos enseñan esto en el cole?

–Creo que están más interesados en domesticarte y que aprendas a producir. Lo de ser feliz ¡bah! ¿Qué más dará?

–Pero entonces... el que no es feliz, es porque no quiere.

Víctor asiente.

–Bueno, como dicen nuestros amigos budistas, el primer problema es la ignorancia. Una vez que alguien te lo cuenta, sí, al final es más cuestión de voluntad. Si eliges ser feliz, lo serás.

–Entonces ¿estamos perdiendo el tiempo con estas sesiones?

–¿Pierde el tiempo el médico de urgencias que pone una venda para que no se desangre un herido?

Os estáis acercando al final del recorrido del telesilla.

–¿Lista?

Asientes, removiéndote en el asiento. Víctor retira la barra de seguridad y, tomándote de nuevo de la mano, salta.

El telesilla sigue girando durante unos instantes y después se detiene. Víctor hace un gran gesto con el brazo, el responsable de mantenimiento os debe estar observando con unos prismáticos. Todo OK.

Miras a tu alrededor. El terreno en las pistas de la estación de esquí es desolador, sin árboles ni arbustos. Pero desde aquella altura se vislumbra un paisaje increíble. Estáis rodeados de cumbres, en cuyas laderas se alternan bosques y praderas de un verde radiante.

Víctor señala en dirección a un bosquecillo cercano.

–Has visto que esto de la pose funciona –dice mientras camináis– aunque no tengas muchas ganas. Es una de las técnicas básicas de los actores para meterse en el papel.

Se detiene y te mira a los ojos.

–En eso consiste el siguiente ejercicio –continúa–. Tendrás cinco minutos para hacer poses, meterte en el papel... Y luego ¡Acción!

Víctor va a retomar el camino, pero tú le sujetas por la mano.

–¿Cuál es mi papel?

Intentas dominar tu rostro para que no refleje tu inquietud.

–Eres una estrella del porno, la más viciosa del mundo –contesta Víctor–. Los productores se te rifan, porque eres un volcán ante la cámara. Pareces desesperada por conseguir un miembro masculino y hacer de todo con él.

–No sé por qué, lo sospechaba –contestas–. Así que tengo que hacer de guarra.

–¿Y qué hay de malo en ser una guarra? ¿No crees que ese calificativo es muy machista? Si una guarra es una mujer que disfruta del sexo a tope, ojalá lo fuera yo.

Víctor te observa. Tú no le vas a dar el gusto de que te vea insegura o dubitativa. Sueltas su mano y echas a andar. Pero, a los pocos pasos, te alcanza.

–¿Con quién me toca esta vez? –preguntas sin mirarle a la cara.

–Con profesionales. Actores porno de primera categoría.

Te detienes bruscamente.

–¿Profesional-“ES”?

Víctor asiente.

–No debes tener miedo –se apresura a añadir–. Si en algún momento te sientes incómoda, no tienes más que hacerme un gesto y todo se detendrá. No te preocupes, están acostumbrados.

Esta vez sí que le miras a la cara. Sientes algo que hacía tiempo que no sentías: cabreo.

–¿Quién ha dicho que tengo miedo?

No volvéis a hablar. Camináis en silencio entre los árboles hasta llegar a un claro. El corazón te da un vuelco cuando ves allí a dos hombres.

Uno de ellos lleva una escopeta.

–Hola –saluda este con gesto amistoso.

A pesar de que te saca unos años, es atractivo. Se le adivina un cuerpo fuerte bajo las prendas rudas de cazador. Tiene el rostro bronceado por el sol y barba de varios días. Es el primero en darte dos besos.

–Ruth, Carmelo –os presenta Víctor.

El otro, mucho más joven y con unas gafas de pasta que le ocupan medio rostro, parece un estudiante que ha salido a dar un paseo dominguero por el campo. Se apresura a darte dos besos también.

–Jeremías, o Jeremy, como prefieras.

Notas que el rubor te sube a las mejillas. Alzas la barbilla y miras desafiante a Víctor.

–Bien, ¿qué dice el director?

–Ve a prepararte mientras yo saco el equipo –contesta, descolgándose la mochila de los hombros. Saca la cámara de vídeo y algunas prendas de ropa–. Toma, el vestuario. Por fuera, te vale lo que llevas.

Miras lo que tiende en su mano. Cómo no: un conjunto de ropa interior. Te sorprende que no sea un tanga, sino una braga tipo *culotte*, bastante inocente. Y el sujetador también. De color azul celeste, casi infantil. También te da un gorro de lana.

–¿Dónde está mi camerino? –preguntas mientras coges todo.

–Mira, un poco más allá hay unos arbustos muy tupidos –interviene el cazador–. Nadie te verá.

–Gracias –dices, y él te sonrío. Parece un tipo agradable.

Caminas hacia allí con paso decidido, pero casi no escuchas tus pasos, parece que llevas una locomotora en el pecho.

“¿Qué coño es esto?”. No te has visto en una situación más surrealista en tu vida. Vas a grabar una escena porno en mitad del bosque. ¡Porno de verdad! Tú, Ruth Mayo, la administrativa con la vida más anodina del planeta.

De pronto te asaltan tus inseguridades: “¿Mi cuerpo es suficientemente bello? ¿Se me verá celulitis? ¿Estoy bien depilada? Ojalá me hubiera echado más maquillaje...”.

Stop.

“Da igual lo que seas, o lo que tú creas que eres: actúa. Haz como si fueras la mayor estrella del porno mundial. Déjales boquiabiertos. Sobre todo a él”.

Llegas a un macizo de arbustos tupido como una pared. Vas a

rodearlo, pero encuentras un hueco y lo atraviesas. Al otro lado hay una pequeña pradera de hierba mullida totalmente rodeada de vegetación. Oculta para cualquiera que pasara a más de unos pasos de distancia.

Respiras hondo.

“Me llamo... Ross... Velvet. Desde pequeña descubrí que lo mío era el sexo. Lo practiqué gratuitamente con muchos de mis compañeros de instituto, hasta que descubrí que podía sacarle un mejor partido. Un día fui a una fiesta y conocí a Johnny Dick, actor y productor de cine porno, que quedó prendado de mí. Me propuso actuar para él, y desde entonces he hecho más de veinte películas y he ganado varios premios en festivales eróticos internacionales. Soy la más apasionada, la más caliente. Porque no actúo, disfruto del sexo en directo. Quiero más y más, hombres y mujeres. Nunca es suficiente para saciar mi ardor”.

Asientes. Tu respiración se va relajando y, con ella, los latidos de tu corazón.

Te quitas la chaqueta, y después la camiseta. Echas una mirada alrededor antes de desabrocharte el sostén. Instintivamente cruzas los brazos, te tapas los pechos con las manos y te encoges.

“Un momento. Pose. Posturas corporales”.

Estiras la espalda. Al máximo. Incluso la curvas un poco hacia atrás, sacando el trasero. Miras al frente, al infinito, y vas deslizand tus manos sobre tus pechos hasta que estos quedan al descubierto. Los sujetas por debajo y los elevas ligeramente. Sientes su peso, su tacto firme. Los juntas. Tienen el volumen perfecto para formar un incitante canal entre ambos. Acaricias tus pezones con el índice y el pulgar. Notas como se endurecen bajo tus dedos.

“Sí”.

Vas a ponerte el sostén que te ha dado Víctor, pero te lo piensas mejor. Dejas tus pechos al aire mientras desabrochas los botones del vaquero. Lo deslizas lentamente por tus muslos. Sensual. Llevas una mano atrás. Acaricias tu trasero sobre la tela de tus bragas.

Te descalzas. Sientes el frescor de la hierba bajo tus pies. El pantalón se desliza sin esfuerzo hasta el suelo. Y detrás van las bragas.

Vuelves a mirar alrededor pero, para tu sorpresa, esta vez casi deseando que alguien te vea.

“Posturas”.

Te tiendes en el suelo, totalmente desnuda. La hierba te recibe como un colchón fresco, limpio. Te llega su olor. Te acaricia la espalda con un suave cosquilleo. Pones las plantas de los pies en el suelo y, lentamente, abres las piernas. Más.

Muestras tu sexo al cielo. Sientes la brisa en el interior de tus muslos. Los separas más aún con tus manos. Las llevas hacia tu sexo y, suavemente, acaricias sus labios.

Adelantas el dedo corazón, que roza tu clítoris. Lo dejas allí, deslizándose adelante y atrás de forma que casi se introduce en tu vagina al retroceder. Lo acompañas del dedo anular. Notas que comienzas a humedecerte. Eso está bien.

Otra postura de apertura.

Te giras sobre ti misma en el suelo. Sientes el frescor de la hierba en tus pechos. Los elevas un poco, de forma que solo la rocen tus pezones. Te pones a cuatro patas. Curvas la espalda hacia abajo, la cabeza apuntando al cielo. Se te entreabre la boca. Separas las piernas y sacas más aún el culo. Está totalmente expuesto. Lo ofreces. “Quizá me están observando”. Llevas la mano a tu sexo y vuelves a acariciarte. Introduces los dedos en él. Está tan lubricado que entran sin ningún esfuerzo. Eso está bien.

Mueves la cadera arriba y abajo, arriba y abajo.

Suficiente.

Ha llegado el momento. Eres Ross Velvet, estrella mundial del porno. Que tiemblen esos dos sementales, los vas a dejar secos.

Vuelves a girarte y te pones el *culotte*. Te arrodillas y te abrochas el sostén. Te vistes rápidamente y te pones el gorro de lana en la cabeza.

Cuando llegas, los tres hombres te recorren con la vista. Descubres deseo en ellos. Aunque tu atuendo exterior no ha cambiado nada, tu mirada sí.

—¿Me guardas esto? —preguntas alargando la mano que lleva tu ropa interior.

—Claro.

Víctor la coge casi con reverencia y la guarda en la mochila.

La cámara está sobre un trípode. Víctor da instrucciones.

—El guion es el siguiente: Jeremías y Ruth son dos amigos que van de excursión por el bosque. Se conocen desde la universidad. Nunca han sido pareja, pero siempre se han deseado mutuamente. Tienen mucha confianza y

no quieren estropearla con sexo. Van charlando de sus parejas respectivas, que no han podido asistir a esta excursión. La conversación se va volviendo más morbosa. Ella reconoce que le gustaría hacerlo con dos hombres, pero que nunca se atrevería.

Víctor se detiene para tomar aire y señala a Carmelo.

–Entonces se encuentran con un cazador –continúa–. Les asusta un poco, va armado y allí no hay nadie en kilómetros a la redonda. A su pesar, se les une en el camino, y les cuenta que suele recorrer el monte en busca de alguna presa. Y que esta vez –mira libidinosamente a Ruth– ha encontrado una muy apetecible. Ruth se asusta y se protege detrás de Jeremías que, aunque acojonado, intenta defenderla. “¡No le haga nada!”, dice. Pero el cazador se echa a reír. “Yo no te voy a hacer nada. Vas a ser tú. Vamos, desnúdala”, dice apuntándoles con el arma. Jeremías se resiste, pero no tiene más remedio. Ella consiente, es el mal menor.

Víctor detiene su relato y recorre con la mirada a los presentes.

–Bueno, ¿qué os parece?

–Muy morboso –admite Carmelo, y se echa a reír mientras te pone una mano en la cintura y te atrae hacia él–, pero yo me llevo la peor parte. ¿No quieres hacer de cazador, Jeremías?

–No doy el tipo, lo siento –dice levantándose las gafas. Te coge de la mano.

–No, no sería creíble –coincide Víctor.

A ti te está excitando el que los dos hombres se peleen por ti. Ninguno de los dos te suelta. La mano de Carmelo ha descendido hasta tu cadera.

–Pero no nos has contado el final –dices.

Víctor te echa una mirada intencionada.

–Hay que dejar algo a la improvisación ¿no?

Asientes. Respiras hondo. La mirada decidida vuelve a tu rostro.

–Empecemos, pues –dice Víctor–. Jeremías, Ruth, colocaos ahí, este es el camino por el que venís andando. Yo os seguiré con la cámara. ¿Listos? ¡Acción!

Carmelo se separa. Miras a Jeremías. Este te sonrío. Os situáis hombro con hombro y comenzáis a andar.

–Y ¿cómo te va con Tomás? –pregunta él.

–Bien. Muy bien. La verdad es que tenemos muchas cosas en común. A los dos nos gusta el fútbol, así que nos hemos comprado el canal ese y nos

pasamos todas las tardes viendo partidos.

–Ya.

–¿Y a ti? ¿Qué tal te va con Marta? Parece muy maja.

–Sí, sí. Lo es. A veces demasiado. Siempre pensando en ONGs, animales abandonados y cosas del estilo. Es la leche.

Un silencio incómodo se instala entre vosotros.

–Quién lo iba a decir, ¿eh? –dice Jeremías–. Que después de tantos años estaríamos los dos aquí, dando un paseo solos por el bosque...

–Está bonito ¿verdad?

–Sí, muy bonito. Oye... te quería preguntar algo un poco personal.

Detienes el paso. Muestras una sonrisa tímida.

–¿Qué?

–Es sobre... ya sabes... el sexo. Tú...

–¿Sí?

–¿Llegas al orgasmo? Es que a Marta le cuesta bastante, y ya no sé si soy yo o es ella. A veces sé que lo finge para no cortarme el rollo, pero eso me corta más aún.

–Bueno... sí... No tengo ningún problema para llegar al orgasmo. Casi siempre que nos ponemos me corro yo mucho antes que él. Incluso me da tiempo a... ya sabes... tener varios.

–¿En serio? Qué suertudo este Tomás.

De nuevo un silencio expectante se instala entre vosotros. Jeremías lo vuelve a romper.

–¿Y qué te hace? Quiero decir, tendré que copiar de él.

Tú te ruborizas un poco.

–Bueno... lo normal. Me acaricia, me besa por todo el cuerpo... Lo principal es que no parezca ansioso por llegar a mi sexo. Bueno, salvo algunas veces en que nos da un arrebato. Pero, por lo general, que llegue a él poco a poco. Una vez ahí, puede variar la cosa: o bien me lo acaricia con los dedos o me hace... ya sabes... un *cunnilingus*.

Jeremías asiente, muy interesado.

–Podría llegar al orgasmo en ese momento, pero intento aguantar un poco para que el polvo dure más –sigues explicando–. Entonces le pido que me la meta. Me gusta sentirla dentro de mí. Podemos variar de postura, en plan calentamiento. Pero, para correrme, necesito estar yo encima. Ya sabes, controlar el movimiento. Tengo muy localizado mi punto G, y sé lo que me

apetece. Además, en esa postura también me gusta...

Dudas. Estás pisando un terreno demasiado personal.

—¿Qué? —te apremia Jeremías.

—Nunca he practicado sexo anal —dices finalmente—, me da miedo. Pero me gusta que me acaricien ahí con los dedos. Me pone muy cachonda.

—Joder —dice Jeremías, que a todas luces se está calentando—. ¿Y hay algo... alguna fantasía que aún no hayas realizado?

—Hombre, siempre queda alguna... Y quedará, porque al final no nos atrevemos a realizarla. Por ejemplo..., hacerlo con dos tíos a la vez.

Jeremías traga saliva.

—Yo... —empieza.

En ese momento un hombre sale de la espesura, asustándoos. Tiene aspecto desaliñado y debe ser un cazador, porque lleva una escopeta al hombro.

—¡Buenos días! —saluda.

Parece un poco raro. Su mirada febril en seguida se posa en tu cuerpo. Lo recorre libidinosamente y sin ningún disimulo. Te aproximas instintivamente a Jeremías. Este se interpone entre ambos.

—Buenos días —saluda Jeremías.

—¿Qué, dando un paseíto?

—Sí, eso mismo. Aunque justo ahora estábamos hablando de darnos la vuelta, que se ha hecho tarde.

—¿Tarde? El sol todavía está alto, y yo todavía no me he cobrado ninguna presa. Aunque estoy viendo una muy apetecible...

Vuelve a recorrerte con la mirada.

—Adiós —dice Jeremías, y ambos os dais la vuelta.

Pero escucháis un sonido metálico a vuestras espaldas. El hombre ha quitado el seguro de la escopeta.

—¡Alto!

Os detenéis en el acto. Tú te proteges con el cuerpo de Jeremías. Os dais la vuelta despacio y veis los cañones de la escopeta apuntándoos directamente.

—Tranquilo —dice Jeremías con la voz ligeramente temblorosa—. No haga una locura.

—Locura sería dejar ir una hembra como esa —dice el hombre llevándose la mano al pantalón. Un bulto delata su enorme erección.

Jeremías se adelanta un paso.

–¡No le haga nada!

El hombre se echa a reír.

–Yo no le voy a hacer nada, guapo. Vas a ser tú.

–¿C... cómo?

–¡Vamos, desnúdala!

–Pero...

–¿Eres maricón? Que la desnudes u os frío a tiros.

–¿Y después nos dejará ir? –intervienes, posando una mano en el hombro de Jeremías.

El hombre vuelve a reír. Una risa desquiciada, peligrosa.

–Si lo hacéis bien, sí.

Asientes, mirando a Jeremías. No os queda más remedio.

Jeremías alarga la mano y baja la cremallera de tu chaqueta. Tú le ayudas a quitarte las mangas. Te mira a los ojos antes de agarrar la parte de abajo de tu camiseta y sacártela por la cabeza. Tu inocente sostén queda al descubierto.

Jeremías mira al cazador. Este le apremia con un gesto.

–P... perdona –musita tu amigo, mientras te desabrocha el sostén.

Tus pechos quedan al descubierto. El cazador lanza un gruñido que bien podría haber sido de un jabalí.

–¡Vamos, cómeselas! ¿No has visto qué tetas? ¿A qué esperas, maricón?

Jeremías, agachándose un poco, acerca los labios a tus pezones y los besa. Al principio dulcemente, luego más fuerte.

–¡Vamos, magréala! Si sigues así de soso, tendré que hacerlo yo mismo.

–N... no... Ya voy. Perdona... –te dice Jeremías, empuñando tus pechos con las manos, masajeándolos mientras continúa besando tus pezones. Estos se ponen tiesos como el cañón de la escopeta.

–Así, así... ¿Ves qué bien? Si se está poniendo cachonda. Desabróchale el pantalón, anda. Quiero verle el felpudito –dice, restregándose el bulto bajo la cremallera.

–Pero...

–¡Ni peros ni hostias! –dice, amartillando el arma.

–Voy, voy.

Jeremías te mira como pidiendo disculpas, mientras te desabrocha los botones del pantalón. Se detiene cuando asoman tus bragas, pero el cazador le apremia con un gesto. Jeremías desliza el pantalón por tus muslos. Tú le ayudas quitándote las botas. El pantalón cae al suelo.

–Vamos, bájaselas.

Jeremías se arrodilla, te mira de nuevo como disculpándose, agarra tus bragas y te las baja poco a poco. Tu pubis queda al descubierto ante sus ojos. Ves cómo su nuez sube y baja mientras traga saliva. Te baja las bragas del todo.

–¡Dámelas! –dice el cazador.

Jeremías le lanza las bragas.

–¡Depravado! –dices tú, tapándote como puedes con las manos.

El cazador sonrío mientras se las lleva al rostro y las guarda en su bolsillo.

–¿Y tú, piensas quedarte vestido todo el día? ¿No te está entrando calor? –le dice a Jeremías.

Jeremías asiente, y se quita el jersey y la camiseta de un tirón. Su torso es perfecto. Musculado, fibroso. Al final de la tableta de chocolate de su abdomen se marca el inicio de su pubis como en altorrelieve.

–¡Venga, el pantalón! Muestra lo que tienes ahí debajo. Yo haré lo propio –dice, mientras a su vez se desabrocha el cinturón. Se baja un poco el pantalón y saca su miembro. Es tan grande que bien podría pertenecer a un oso.

Jeremías también lo hace. Su pene no desmerece en absoluto. Y lo tiene tan duro que parece a punto de reventar.

–¡Vamos, chica, acaríciala, chúpala! ¿No ves lo caliente que está? ¡Espabila! Si no me ponéis cachondo, iré yo.

–Jeremías... yo... –te excusas, mientras te agachas a la altura de su miembro.

–No te preocupes. Esto no saldrá de entre nosotros. Será como un sueño.

Tú asientes. Empuñas su pene y, acariciándolo suavemente, te lo metes en la boca. Jeremías gime.

–Así, ¿ves qué bien? –dice el cazador, mientras comienza a masturbarse.

Jeremías mueve las caderas. Tú mantienes la boca abierta para que te

la penetre una y otra vez. En cuclillas, te abres bien de piernas, mostrando tu sexo. Desciendes tu mano y lo acaricias. No eras consciente de lo húmedo que estaba. Tus dedos se deslizan por él con toda facilidad. Separas los labios y atacas tu clítoris.

–¡Eh! No os vayáis a correr todavía, que yo no he llegado –protesta el cazador al veros tan excitados.

Jeremías lleva la mano a tu mentón, para que te incorpores. Te levantas y él hace que te gires, dándole la espalda. Te agachas un poco, mostrando el culo. Ahora es Jeremías el que se arrodilla y empieza a lamerte.

–Dios, ese culo es para follarlo y no parar... –murmura el cazador, que acelera el ritmo con la mano.

A pesar de su rudeza, el sentirte tan deseada por esos dos hombres te excita más aún. Echas una mirada intencionada a Jeremías y te pones a cuatro patas. Quieres sentirle dentro.

Jeremías no se hace de rogar. Se arrodilla y apoya su glande en la abertura de tu vagina, buscando la entrada. Te preguntas por un instante cómo será sentir en tu interior un miembro tan grande, cuando Jeremías te lo introduce y obtienes la respuesta.

Gritas. De sorpresa. De dolor. De placer.

Empieza a moverse. Al principio suavemente, después con fuerza. Le miras, jadeante. Él empuja más fuerte.

Su miembro es tan grande y nudoso que, aun desde atrás, oprime tu punto G a cada entrada y salida. Y tú estás tan excitada que no vas a aguantar mucho.

El cazador se ha desplazado para ver tu rostro de éxtasis. Tiene la mirada desquiciada y su mano se mueve a toda velocidad. Va a correrse. Le miras y abres la boca, invitándole. No se hace de rogar. Se acerca y, sin parar de sacudirse, eyacula en tu cara. Es una corrida inmensa, y gran parte cae en tu boca.

Es la señal. Jeremías empuja más fuerte todavía, empalándote a cada sacudida, presionando ese punto. Sientes como el placer sube y sube.

–¡No pares! –gritas– ¡Sigue, sigue!

Una bomba de éxtasis estalla en tu cerebro. Gritas, jadeas, sigues gritando. Jeremías aguanta un poco más para que termine tu orgasmo, y entonces estalla también. Saca su miembro justo a tiempo para eyacular sobre tus nalgas. Sientes el líquido caliente chorreando sobre tu piel.

Ruedas sobre el suelo hasta caer tendida de espaldas, agotada.

El cazador se sube la bragueta.

—¿Veis qué bien? Ya se va uno más contento a casa.

Da media vuelta y se marcha con la escopeta al hombro. Jeremías y tú os quedáis mirándole, sin acabar de creeros lo que ha ocurrido.

Os miráis. Alargas la mano y acaricias el rostro de Jeremías.

—Se ha ido demasiado pronto ¿no?

Escuchas el canto de los pájaros, el viento que sopla entre las ramas. Hueles a hierba, a resina.

Entonces vuelves al mundo. Ves la cámara de video grabando, y a Víctor tras ella. La luz roja de la cámara se apaga, y él se aproxima.

No habla. ¿Qué estará pensando?

Te tiende un pañuelo de papel. Y algo más. Una pulsera. Una pulsera amarilla. Tú la coges a la vez que su mano. Y no la sueltas. Quieres que te hable. Que acerque tu rostro al tuyo. Que te bese.

Pero él se suelta y da un paso atrás. Recoge el equipo en silencio, y no habláis en todo el camino de vuelta. Tú, mirando por la ventanilla del tren, solo tienes una pregunta rondándote en la cabeza; pero no le vas a dar el gusto de pronunciarla en voz alta.

“¿Qué coño te pasa?”.

EL REGRESO DE RUTH

–Guau –murmuras mientras relees el ticket. Ya se te había olvidado lo caro que es el material.

Pero abres la bolsa y, solo con ver asomar los brillantes pinceles y los lienzos immaculados, se te pone una sonrisa en la cara. ¡Qué bien huelen!

Has decidido retomar la pintura. Ahora que Mark no está en casa, ha quedado hueco libre. Y no solo en tu piso, también en tu mente.

Estás deseando llegar. Caminas aprisa, o eso crees tú, pero un hombre mayor te adelanta por la derecha y sin intermitente. Le miras con sorpresa, y más aún cuando le reconoces.

–¡Papá! ¿Dónde vas, que pareces Fernando Alonso en la recta de Monza? –sabes que a tu padre le chifla la Fórmula 1– Pero él lleva coche.

–¡Anda! No te había visto. Pues ya ves, haciendo un poco de caso al cardiólogo. Me dijo que dejara el alcohol, el tabaco y que hiciera ejercicio. Ya que de los dos primeros consejos he pasado olímpicamente, al menos el tercero...

–Tienes que mover ese corazón.

–Ya. Lo mejor sería enamorarme otra vez, menos trabajoso, pero tu madre no me deja. Hablando de amor, he visto a Mark. ¡Me ha dicho que ha encontrado trabajo! En una tienda de videojuegos. Anda que vas a contarnos nada...

Te quedas de piedra. Mark, después de años sin encontrar (sin buscar) trabajo, ha conseguido uno. Además, en algo que le gusta de verdad. Quizá él también necesitaba una crisis. Estás a punto de decirle a tu padre que lo habéis dejado, que te importa un bledo lo que le ocurra, pero no te apetece dar explicaciones. Y, además, sería mentira. Todavía te importa un poco lo que le ocurra. ¿Qué es lo que sientes? ¿Rabia? ¿Celos? Esa Virginia ha conseguido en semanas lo que tú no has podido en años.

–Es que no me ha dado tiempo, ha sido hace nada. Y, cuando voy a casa, mamá no me deja hablar.

–Ya, eso me suena. A veces carga un poco ¿verdad? Al menos tú aún me mueves el corazón, princesita –parece que va a acariciarte, pero detiene el gesto a medio camino y al final se lleva la mano a la nariz–. Bueno, que pierdo el ritmo. Ya nos vemos en casa.

–Vale, hasta luego, papá.

Te quedas mirándole. ¿Cuánto tiempo hace que no te acaricia? Probablemente, desde que empezaste la adolescencia y contestabas con un “¡Quita!” cada vez que lo intentaba. Era como si te molestara su amor. ¿Por qué?

Sacudes la cabeza. Decides atravesar el parque, a la sombra de los árboles hará menos calor. Rodeas la fuente, donde un grupo de niños semidesnudos se está empapando. Vas a pasar de largo, pero algo te detiene.

Vuelves a mirar la escena. Hay niños y niñas, todos sin camiseta, algunos hasta se han quitado el pantalón. Han cogido botellas de las papeleras y las están usando para arrojarse agua unos a otros. Los más lanzados se han metido enteros en la fuente y salpican al resto.

Entonces te fijas en una niña. Sentada en un banco, vestida, observa a los demás con envidia, sin decidirse a participar. Llega uno de los chicos y amenaza con mojarla, pero ella le hace un gesto negativo y él se marcha. Hay una inequívoca tensión entre ellos. Atracción mutua. Pero la ocasión pasó, quizá para siempre.

Sin saber muy bien por qué, tú también te sientas en el banco sombreado que tienes al lado.

Sacas un lienzo y el lápiz blando.

Creías que tus manos se mostrarían torpes después de tanto tiempo. Pero es al revés. Es como si hubieran estado atadas con grilletas y, al soltarlas, volaran libres. Felices. Los trazos fluyen con soltura, el lápiz se desliza limpiamente de un extremo a otro del lienzo. Tienes muy claro el encuadre, el mensaje, todo. Para cuando la escena ha terminado y los niños se han ido corriendo a jugar a otra parte, tú ya tienes planteado el cuadro de sobra. Ahora tienes prisa por volver a casa y terminarlo.

Echas una última mirada atrás para retener los colores, el ambiente, y te diriges a tu portal. Saludas distraída a una vecina, intercambias dos palabras con ella en el ascensor y, al abrir la puerta en tu rellano, te paras en seco.

Hay un ramo de flores sobre tu felpudo.

Al momento piensas en Víctor. ¿Se habrá arrepentido de su estúpido comportamiento en la montaña? Coges el ramo con mimo y lo acercas a tu nariz. Huele maravillosamente. Escudriñas su interior hasta que encuentras un sobre. Vas a abrirlo, pero un ligero rumor te avisa de que tu vecina de

enfrente no pierde ojo frente a la mirilla, así que, haciendo malabarismos con la bolsa de pinturas y el ramo, rebuscas las llaves en el bolsillo, abres la puerta y te despidas de ella con un contundente portazo.

Dejas todo en la encimera de la cocina y abres el sobre, impaciente. Al instante reconoces la letra.

No es Víctor, es Mark.

“Hola, nena. ¿Recuerdas que día es hoy?”.

–Mierda.

Es vuestro aniversario. Tal día como hoy hace siete años os disteis el primer beso.

“Solo quería decirte que soy un mierda, pero te sigo queriendo igual que aquel día”.

Te quedas embobada mirando la nota durante un buen rato. Coges el ramo y abres el cubo de la basura pero, al final, lo vuelves a cerrar, echas agua en el único jarrón de la casa y pones las flores en él con todo cuidado.

Ellas no tienen la culpa.

Hasta te han traído una sonrisa.

COLLAGE

Hace dos días que no sabes nada de Víctor, es viernes, termina la jornada y no es probable que le veas el fin de semana. Empiezas a preocuparte. ¿Acaso hiciste algo que le molestara?

“Ni idea. A veces es tan hermético...”

Entonces vibra el móvil; un *WhatsApp*. No te gusta que te vean mirarlo en horario de trabajo, lo ocultas entre los papeles y lo enciendes con disimulo.

¡Es él!

–¿*Seguimos avanzando?* –pregunta.

Esperas un momento.

–¿*Sin mal rollo?* –preguntas tú.

Observas la barra de estado: “En línea... En línea... Escribiendo”.

–*Cero mal rollo. Siento que hayas pensado eso* –contesta al fin.

–*Perfecto. Sí, seguimos avanzando.*

–*Te envió un pequeño ejercicio. Lo tienes que completar antes del que te voy a proponer para el domingo por la mañana. ¿Puedes?*

¡Eso es novedad! Hasta ahora habíais hecho un paréntesis los fines de semana. Revisas mentalmente tu agenda. Tardas un segundo, está tan vacía como la biblioteca de tu barrio.

–*Sí, puedo.*

–*Bien. Te mando las instrucciones del ejercicio que tienes que hacer antes.*

Recibes una imagen. En ella aparece una mujer de pie en un alto, y un inmenso valle que se abre a sus pies. Ella mira al horizonte.

También contiene texto. En letras grandes, el título: “Explorando tu identidad deseada”. Debajo hay unas líneas en letra más pequeña.

–*Vale, esta misma tarde me pongo con él.*

–*Cualquier duda, pregúntame.*

–*OK.*

–*Que pases una buena tarde.*

–*Tú también.*

Te quedas de nuevo esperando. ¿Qué es eso? ¿No sois capaces de despediros? Parecéis dos adolescentes idiotas.

Apagas el móvil.

Cuando sales del trabajo y te diriges a tu coche te das cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, tienes muchísimas ganas de que llegue el fin de semana.

Abres la puerta de casa, dejas el bolso, te quitas los zapatos y la ropa. Te pones tu camiseta vieja y enorme de estar en casa, cortas unos trozos de sandía helada y te sientas en el sofá con el móvil en la mano, dispuesta a abordar el ejercicio. Abres de nuevo la imagen y la amplías para leer la letra pequeña:

“Ahora que ya has explorado tu identidad presente y comprobado que no es algo fijo ni definitivo, es el momento de explorar tu identidad deseada”.

“Basándote en la lista de tu identidad presente, anota las cualidades, habilidades, todo aquello que te gustaría incluir en ella, todo lo que te gustaría ser. Se trata de ensancharla. Escribe libremente, sin cortapisas”.

“Después piensa en algún personaje famoso que destaque por cada una de esas cualidades. Busca su foto en internet y pégala al lado. Será un bonito *collage*”.

“Échale una foto y envíamelo, por favor. Lleva la foto siempre contigo. Recuerda que en cualquier momento puedes actuar *como si fueras* uno de ellos”.

–Vale.

Abres la lista que tenías anotada en el móvil. La lees despacio.

–“Tímida, vergonzosa, miedosa, pesimista...”. Qué penosa –murmuras.

Te pones a escribir.

“Me gustaría tener mucho talento. Para cantar, o para pintar, por ejemplo. Un Picasso me podría valer”.

“También me gustaría ser valiente. Pero no del tipo de los que se meten a un incendio a salvar a la gente, sino alguien a quien que no le den miedo las circunstancias, los cambios. A quien no haya empresa que le parezca demasiado grande. Que se atreva a montar un negocio en el extranjero... Un Amancio Ortega... ¡No! Ya sé, el cocinero este que ha montado un restaurante en Londres... Dabiz Muñoz. Además, también tiene talento”.

“No tener vergüenza. Alguien que se atreva a ser espontáneo, a expresarse, cuando le está viendo un montón de gente. Podría ser un gitano”.

de esos que se animan a bailar donde y cuando sea ¡Cómo les envidio! O un presentador de televisión, un humorista... ¡Arturo Valls! Además, tiene buen humor y parece buena persona”.

“Buena persona. Me gustaría ser buena persona. Más altruista; no solo de carácter, sino de obra también. El primer personaje que me viene a la cabeza es la madre Teresa de Calcuta. Luego le daré alguna vuelta más”.

“Y sabia. También me gustaría ser un poco más sabia. A mi profe de Filosofía le encantaba Sócrates, que nunca adoctrinaba, solo hacía preguntas. Aunque Buda parece que también era la leche. Alguien un poco más cercano... ¿Algún científico? Stephen Hawking... No, no me refiero a ese tipo de sabiduría. Tendré que leer un poco más sobre ellos, a ver por cuál me decanto”.

La tarde se va escurriendo silenciosamente y, cuando te quieres dar cuenta, se han encendido las luces de la calle.

Miras la cartulina que tienes delante. Al final has preferido imprimir las fotos, recortarlas y pegarlas. Definitivamente, te van más los trabajos manuales que el ordenador. Has escrito la lista inicial en el centro, y después la has extendido hacia fuera, en forma de rayos, con las cualidades deseadas. Has pegado las fotos de los personajes que te inspiran en el exterior, con lo que has obtenido una especie de estrella, o flor, que puedes seguir ampliando en el momento en que lo desees.

Le echas una foto. Estás bastante orgullosa del resultado. Vuelves a mirarla antes de enviársela a Víctor.

Te quedas expectante, con el *WhatsApp* abierto.

“Qué tontería. No va a estar ahí pegado al móvil, esperando a que yo le mande un mensaje”.

¡Dos tics azules! Ya lo ha leído.

Aguardas la respuesta impaciente como una colegiala las notas de fin de curso.

–¡*Guau!* –escribe Víctor–. *Nunca había visto este ejercicio realizado tan artísticamente. Muy expresivo.*

Tú sueltas el aire y sonríes de oreja a oreja.

–*Gracias. ¿Y el contenido?*

–*¿Es tuyo? ¿Es sincero?*

Vuelves a mirar la foto. Aparecen algunos personajes que no conoce mucha gente, pero que te han marcado de alguna forma, bien porque

hablabais de ellos en casa, o porque has visto documentales sobre ellos, o...

–*Sí, es bastante personal* –contestas.

–*Entonces, perfecto. Has trabajado mucho, ahora descansa.*

–*Es un poco pronto.*

–*No digo que te vayas a la cama, jajajaja. Aunque tampoco es mala idea.*

Pensar en la cama mientras hablas con Víctor te trae asociaciones que no tienen nada que ver con descansar. Tardas un poco más de la cuenta en contestar.

–*Veré un rato la tele.*

–*Eso sí que desconecta. Yo me quedo catatónico. Mañana te enviaré una preguntilla, poca cosa ¿vale?*

–*Me la puedes enviar ahora. Estoy fresca.*

–*Pero entonces mañana no tendré ninguna excusa para escribirte.*

–*No la necesitas.*

Pausa. ¿Te has pasado?

–*Mañaaaana. Descansa, cabezota. Buenas noches.*

No quieres despedirte aún, todo el tiempo que estuvieses chateando con Víctor te parecería poco. Pero quizá él tenga algo mejor que hacer. Y tú no quieres parecer desesperada.

–*Buenas noches.*

Todavía te quedas un rato observando la pantalla, esperando que Víctor retome la charla con cualquier pretexto.

Pero no lo hace.

–Bueno, pues a lo mío.

Dejas el móvil tirado en el sofá y te levantas con la intención de prepararte algo de cenar, de pronto sientes hambre.

–¡Auuuhhh! –las piernas se te han dormido, quizá sí que necesitabas un descanso.

Te preparas un sándwich de pavo, queso y lechuga y te sientas de nuevo en el sofá, mientras lo devoras con fruición. No encuentras el mando de la tele, y no te apetece levantarte. Coges el móvil. No hay nada interesante en el *Whatsapp*, las típicas chorradas, muchas veces repetidas, de los diferentes grupos. Tampoco en *Facebook*. Te dispones a apagarlo cuando se te ocurre algo. Entrás al buscador de aplicaciones. Buscas “*Victoryou*”. Ahí está. Pocas descargas, aunque buenas valoraciones. Junto a ella aparecen

otras apps del mismo desarrollador. Te llama la atención una llamada “*Inside Hifly*”. La abres y te salta un aviso: “*Esta aplicación permanecerá en modo demo mientras no disponga de una clave de acceso, para configurarla como cliente pulse Registro*”.

–Modo demo, está bien.

Pulsas “Aceptar”. Te aparece un desplegable con siglas, que tú enseguida reconoces como números de serie de aviones. Eliges uno.

–Guau. Este tío es un genio.

En la pantalla se han abierto un montón de menús: “Seguimiento de intervención”, “Su Ingeniero”, “Documentación”, “Historial de mantenimiento”, “Visitas programadas”, “Consejos de mantenimiento”, “Resolución de problemas”, “Promociones”...

Curioseas por cada una de ellos. Es una maravilla, lo que todo cliente (sobre todo un ricachón que ha dejado a tu cuidado su aparato de millones de euros) querría tener. Te preguntas por qué Hifly no lo está utilizando.

–Demasiado moderno para el viejo Hidalgo –dices en voz alta mientras apagas el móvil.

Te quedas mirando al vacío. Tuerces la cabeza y echas una mirada al *collage* que tienes junto a ti.

De pronto te entran ganas de...

Dejas el sándwich en el plato y te levantas como un resorte. Entrás a la habitación de esos invitados que nunca tienes y coges un lienzo y el lápiz.

Vuelves al sofá y empiezas a dibujar. Te sientes febril, los trazos te salen sin planearlos, no puedes parar. No corriges, no borras, todo está en su sitio. Te levantas otra vez y vas al cuarto de pintura. Fijas el lienzo en el caballete y sacas los acrílicos, no tienes tiempo para el óleo. Haces la mezcla de colores a ojo, exprimiendo los tubos según te parece.

Y pintas. El pincel vuela suelto sobre el lienzo, haces trazos aquí y allá, rellenas, sombreas, añades brillos. Tu cara y tus manos se cubren de pintura casi tanto como el cuadro.

No sabes qué hora es pero, cuando por fin te separas del lienzo, el ruido del tráfico se ha apagado en la calle. Lo miras, orientándolo a la luz.

Girasoles.

Un gran campo de girasoles.

Algunos de ellos mustios, abrumados por el peso de su propia carga, incapaces de mirar al sol. Otros con enormes pétalos abriéndose anhelantes y

dorados desde su gran centro oscuro, buscando la luz. Todos intentando anteponerse a los demás, compitiendo por un rayo extra. Pero tu mirada se va a dos de ellos, semiocultos por la maraña. No son los más lozanos, algunos de sus pétalos se retuercen, otros clarean. Como si estuvieran ya maduros, o si la vida y los compañeros les hubiesen vapuleado un poco más de la cuenta.

Se están mirando entre sí.

“Es como si el sol de cada uno fuese el otro”.

Te sorprendes por el descubrimiento. Quizá lo pensaste fugazmente mientras los pintabas, o quizá lo hiciste del todo inconsciente.

Das un paso hacia el baño y te tambaleas. Te duelen las piernas y la espalda. De pronto sientes todo el cansancio de la semana sobre tus hombros. Vas a sentarte en el váter y te ves de reojo en el espejo.

—¡Dios!

Estás totalmente cubierta de pintura. Brazos, cara, pelo, camiseta. En los mismos tonos que los girasoles, claro. No puedes resistir la tentación de echarte una foto.

Te quedas mirando el móvil. Es muy tarde. Pareces una loca. Has desobedecido sus indicaciones.

“Enviar”.

—Buenas noches, Víctor —murmuras.

TU VIDA DENTRO DE DIEZ AÑOS

Despiertas encima de una cama sin deshacer. Ves algunos trozos de pintura amarilla dorada sobre la almohada. Te miras los brazos.

–¡Mierda!

La noche anterior te viene al cerebro como una bofetada. Caíste cuan larga eras sobre la cama, y ahí te quedaste, dormida como un lirón hasta las...

–¡Mierda!

Son casi las doce. Con todas las cosas que tienes que hacer.

Te metes a la ducha a trompicones. Pasas un buen rato frotando y frotando tu piel y tu pelo, y aun así sigues encontrando pizcas de pintura en el peine y tus brazos se han vuelto de un tono verdoso.

Te diriges a la cocina como un bólido, pero te detienes en seco delante de la habitación de invitados, sin creer lo que ves. ¡Está hecha un desastre! Parece que una banda de monos ha estado jugando con tu material. La paleta cubierta por una costra de un dedo de pintura seca, para tirar; la mesa pintarrajeada, tubos abiertos, algunos en el suelo, dejando un goterón de color sobre el entarimado...

Resoplas.

“¿Qué coño me pasó?”.

Entonces lo ves. El cuadro. Lo coges y lo apoyas sobre el caballete. A la luz del día te parece aún más hermoso. Los trazos son enérgicos y delicados a un tiempo. Con sentimiento. Los colores son perfectos, alegres sin pasar a lo estridente, cálidos y frescos a un tiempo. Te traen la brisa de una tarde de primavera. Casi puedes escuchar el rumor de las hojas, oler las pipas, saborearlas. ¿Cómo lo conseguiste con la poca luz que había?

Y, sobre todo, ¿cuánto tiempo hacía que no te pasaba esto? Un arranque de creatividad de esos que te arrebatan, te hacen perder la noción del tiempo y hasta de ti misma.

“Años”.

“Muchos años”.

Reaccionas. Es tardísimo, tienes que desayunar y hacer la compra de la semana. Y la comida, claro.

El resto de la mañana lo pasas en un torbellino, hay atasco en el centro comercial y unas colas larguísimas en todas las tiendas.

Cuando llegas a casa, te calientas una lasaña precocinada y te derrumbas en el sillón. ¡Qué ajeteo!

Y Víctor no ha escrito aún. ¿Qué habrá pensado del mensaje que le mandaste de madrugada?

“Que estás loca, qué menos”.

Entonces suena el móvil. Abres el *WhatsApp* en un segundo y, cuando miras el mensaje, se te pone una sonrisa de oreja a oreja. Es una foto de Víctor en su garaje, con ropa de trabajo y pringado de grasa hasta las cejas. El subtítulo dice “*Vaya par de guarros*”.

–*Yo tenía más colorido* –contestas.

–*Artísticamente sucia.*

Por alguna razón, te excita leer esas palabras de Víctor. “Sucia”.

–*¿Me vas a mandar el ejercicio?*

–*¿No ha llegado aún?*

En eso suena el timbre de la puerta. Un mensajero. Trae un sobre de tamaño grande. Le despides apresuradamente y abres el sobre. Solo contiene una hoja de papel gigante, cuidadosamente doblada. Tiene un dibujo en la parte superior, pero lo demás está en blanco.

–*Ha llegado un mensajero, me ha traído un papel.*

–*He visto que te gusta más que lo electrónico.*

Observas el papel más detenidamente. En la parte superior, de lado a lado, hay dibujado un camino en perspectiva, más ancho en el lado izquierdo y más estrecho en el derecho, como si se perdiera en el horizonte. Sobre él aparecen unos números, del cero al diez. Y un título: “Mi camino”.

Víctor envía por *WhatsApp* una imagen. Es la misma fotografía de la mujer en un alto, mirando al horizonte. Pero ahora hay más detalle del enorme valle que se extiende a sus pies. Está surcado por cientos de caminos. Aparece una frase: “*A quien no sabe dónde va, ningún viento le es favorable, Séneca*”.

–*El ejercicio es sencillo* –dice Víctor–. *Solo tienes que imaginar la vida que querrías tener dentro de diez años y dibujarla, con todo lujo de detalles.*

–*Bien.*

–*Después, tienes que ir retrocediendo en el tiempo. Para llegar ahí ¿qué ha tenido que suceder cinco años antes? Dibújalo. ¿Y nueve años antes? ¿Y diez años antes, ahora mismo?*

–Entendido. ¿Y qué pasa después de esos diez años?

–Jajajaja, “ni el halcón sabe dónde terminan todos los caminos”, Pequeña Saltamontes. No quieras saber más que él.

–Vale, solo preguntaba.

–Como siempre, sé sincera. El resultado es para ti. No hace falta que me enseñes el dibujo, si no quieres.

–OK. Voy a empezar.

–Vale, tómate tu tiempo.

–Te contaré.

–Ni lo dudes.

Apagas el móvil y coges tu tablero, tu lápiz de dibujo y una goma.

–Mi vida dentro de diez años...

Te asomas a la ventana. El horizonte está tapado por el edificio de enfrente. Miras hacia abajo, ves los coches pasar en un río incesante al ritmo de las luces de colores. Observas a la gente pulular como hormiguitas, ellas también tienen un destino aunque tú no lo adivines desde allí. Te vas a sentar en el sofá de tu pequeño salón cuando de pronto sientes calor, agobio.

Te enfundas la misma ropa que llevaste por la mañana y sales a la calle. Necesitas espacio abierto. Necesitas naturaleza. Recuerdas las palabras de Víctor, al final va a tener razón, la naturaleza nos produce paz, sosiego.

Ya sabes cómo quieres que sea tu vida en diez años. Al menos parte.

Te diriges al parque, lo más parecido a la naturaleza que tienes a mano. En la gran pradera junto al lago hace calor, prefieres perderte entre la arboleda. Por fin encuentras el rincón adecuado. Te sientas en la hierba, con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol, y empiezas a dibujar.

Te dibujas a ti misma sentada también al pie de un árbol, pero en medio de un paisaje abierto y rodeada de florecitas silvestres. A lo lejos, en lo alto de una colina, se ve una pequeña casita de piedra con chimenea. Estás muy a gusto, ¿estás de vacaciones? “No, vivo ahí”. Pero ¿cómo te ganas la vida? ¿Sigues en el mismo trabajo?

–No, por favor.

“Cómo querría que fuese mi vida... OK, me gustaría no tener que ir a trabajar. Pero ¿cómo?”. Solo ves dos opciones: o te haces rica, como Carla, o trabajas desde casa. Esta posibilidad no te parece mal. ¿En qué puedes trabajar? Miras el dibujo que estás haciendo, y piensas en el cuadro que pintaste anoche. ¿Te gustaría dedicarte a ello y ganarte la vida así?

“Me encantaría”.

Añades un pequeño caballete y un lienzo junto a ti, y dibujas un pincel en tu mano.

“¿Qué más? ¿Cómo sería vivir en un pueblo?”. Te imaginas a ti misma yendo a comprar por la mañana a la única tienda, o al médico, o a buscar al cartero porque esperas impaciente un paquete de Amazon.

“¡Wifi! Me tengo que poner wifi”. Dibujas una antenita en la casa. Hay cosas a las que no quieres renunciar.

Y hay algo más: en tu imagen no vas andando a esos sitios, demasiado lento, demasiado cansado. Tampoco en coche. Un artefacto contaminante que lo único que conseguirá es que te crezca el culo.

“Una bicicleta”. Sí, piensas ir en bicicleta a todas partes. Eso te obligará a hacer ejercicio. Vida sana. También comerás mejor, así que te mantendrás en forma. Ágil, activa y delgada.

Dibujas una bonita bicicleta roja apoyada en el árbol. Te aseguras de añadirle una buena cesta para cuando tengas que comprar la leche y el pan.

Te gusta el resultado, pero en el dibujo estás sola. Te parece muy triste.

Ahora estás dolida, y hay que reconocer que tu experiencia con los hombres no ha sido muy positiva hasta el momento, pero dentro de diez años... Sí, te ves con pareja. ¿Qué pareja? ¿Cómo debería ser?

“Alguien que me comprendiera. Que me conociera lo suficiente como para atenderme cuando lo necesito y dejarme espacio a ratos. Un fiero en la cama y un amigo cariñoso fuera de ella. Adulto. Estable. Generoso. Tranquilo y a la vez decidido”.

“¿Quién coño hay así? ¿Superman?”.

De pronto miras el papel. Al parecer tu mano ha estado dibujando sola mientras tú divagabas. Sentado junto a ti aparece un hombre. Lleva traje, pero ha tirado la chaqueta sobre la hierba, se ha quitado la corbata y los zapatos y remangado la camisa. Te mira. Sus ojos tranquilos y su pelo negro ligeramente ondulado no dejan lugar a dudas.

Es Víctor.

Te pones muy colorada. Coges la goma y te dispones a borrarlo, pero lo piensas un momento. “No hace falta que me enseñes el dibujo”, dijo.

Está bien. No lo harás. Te quedarás con el dibujo solo para ti. Es sincero ¿no? “Tan sincero que lo ha hecho mi subconsciente”.

Pero falta algo. Dentro de diez años tendrás cuarenta y uno. Edad más que suficiente para tener...

–Joder.

Niños. Sí, te gustaría tener niños. Al menos dos. O tres. Tu mano se pone de nuevo al trabajo, y al segundo aparecen sobre el papel tres niños jugando en la pradera con una cometa. No se distingue bien su sexo. Mejor.

Aún ves el dibujo un tanto vacío. Más gente. Quieres que aparezca más gente. Dibujas a tus padres. Han venido a veros y están jugando con los niños. Y tu hermano, con sus hijos. Aún falta alguien más: ¡amigos! Pero ¿quién? Dibujas a Carla, que se acerca desde la casa. También ha venido a visitaros. Sí, así está mejor. Ya no te sientes tan sola.

Separas el dibujo de tu rostro.

–Dios.

Sí, así es como te gustaría que fuese tu vida dentro de diez años. ¿Es un estereotipo? Te da igual. Es tuyo.

Te observas a ti misma: en forma, delgada, activa... sonriente, tranquila, sin miedos, sin vergüenzas. De alguna manera firme, has hecho tu camino y no te has dejado doblegar. Eres más madura, más fuerte. Tienes un trabajo que te apasiona y estás rodeada de gente que te quiere.

–No tiene mala pinta.

Ahora toca retroceder en el tiempo. ¿Qué has tenido que hacer antes para llegar a eso?

–Comprarme una bici.

Esa era la parte fácil. Te dibujas en la tienda de bicicletas, eligiendo la tuya.

“A ver, ¿cómo he conseguido vivir de mis cuadros?”. Eso no lo tienes tan claro. Hay mucha gente con más talento que tú que apenas sobrevive con lo que le da el arte. Quizá has ganado un concurso y te has hecho famosa. Difícil. O quizá haces retratos por encargo. No suena muy glamuroso, pero al menos es creativo y tú eliges tu horario. Te imaginas en un paseo marítimo, o en la Plaza Mayor, con un caballete y dos banquetas, dibujando retratos de niños en media hora. ¿Eres tan buena para eso? Y, sobre todo, ¿es eso lo que quieres?

“Quizá no esté tan mal mi trabajo, después de todo”.

Te detienes. Una cosa es imaginarte el mundo ideal y otra la realidad. Levantas la vista. Miras a lo lejos, estás en un alto y tienes una buena

perspectiva del lago, y detrás el *skyline* de la ciudad. Lo más parecido al horizonte.

El horizonte. Eso es. Necesitas un sueño, un ideal. Algo que te guíe, que te marque el rumbo. Es como escalar una montaña: tienes clara la meta, pero te tienes que preocupar de dónde pones el pie para el siguiente paso.

“No voy a rebajar mi ideal. Es mi faro”.

Se te ocurre una idea: ¿cómo hacen las marcas para vender, para poner algo de moda? Consiguen que una persona famosa los lleve. ¡Carla! Es rica y supersociable, seguro que tiene un montón de contactos entre la gente con pasta. Solo tienes que conseguir que ella cuelgue unos cuantos cuadros tuyos en su mansión y suelte comentarios del tipo “son de una artista muy prometedora, es la próxima Andy Warhol. Lo más *chic* del momento. Inversión segura”. Te los quitarían de las manos. Y a precios desorbitados.

“Perfecto”. Dibujas la escena de Carla mostrando tus cuadros a sus amigas.

“¿Qué más?”. Miras tu dibujo final, solo te faltan unos detalles nimios por atar: los niños jugando y ese hombre tan atractivo que tienes sentado al lado.

¿Cómo llegar ahí? Se te frunce el ceño. Creías que le gustabas, pero él no hace más que rehuirte en cuanto tú intentas acercarte.

“¿Será gay? O quizá está casado”.

En todo caso, el paso intermedio está claro: unos meses de noviazgo, vivir juntos mientras os vais conociendo... Tu mano dibuja una pareja de la mano con la torre Eiffel de fondo. “Ya que es mi sueño...”.

De nuevo alargas el brazo y sostienes el dibujo lo más lejos posible, para observarlo con perspectiva.

“No está mal. Ahora toca el ahora, o el futuro inmediato: mañana mismo. ¿Qué tengo que ponerme a hacer ya para que esto sea posible?”.

Ahora lo ves muy claro. Primero, investigar en internet los distintos modelos de bicicleta, características y precios, para elegir el más adecuado.

Segundo, recopilar tus cuadros y elegir cinco o seis para regalárselos a Carla. O, si no los encuentras entre los que ya tienes, pintarlos.

Tercero.

Tercero...

Vuelves a mirar al lago. Está atardeciendo, la luz se ha vuelto dorada y su superficie se ha sembrado de miles de diamantes. Una pareja pasea por

la senda que lo rodea. Van de la mano. Uno habla, el otro escucha. Sonríen. Se besan.

“Tercero, decirle a Víctor lo que siento”.

GYMKANA

Llega el domingo por la mañana. El ritmo de los domingos siempre es un poco más pausado, más perezoso. Pero hoy estás muy activa. Hasta un poco nerviosa. ¿En qué consistirá el ejercicio que te tiene preparado Víctor?

“Espero que no crea que hoy me voy a levantar también a las doce”, piensas, impaciente. Son las diez y ya estás desayunada y duchada. El color verdoso de tus brazos casi ha desaparecido.

Decides escribirle tú.

–*¡Buenos días!*

No pones nada más. No quieres parecer una ansiosa, ni presionarle demasiado. Quizá él sí que está durmiendo.

Miras la pantalla. Nada. Permanece inmóvil, como burlándose de ti y tu impaciencia.

Resoplas. Tiras el móvil al sofá.

–Mierda.

¿Ahora qué? A poner una lavadora y a hacer la cama y el baño. Vaya perspectiva.

–Bueno, al menos aprovecho el tiempo.

Ibas a meter el móvil en el lateral de tus bragas, pero no da para tanto. Es una simple tirita elástica. Se te caería. Además, no quieres estropear tus braguitas nuevas. Últimamente has renovado mucho tu vestuario interior. Cada vez que pasas por delante de un escaparate, no puedes evitar entrar a buscar un modelito nuevo. Quién sabe.

Así que dejas el móvil en la encimera de la cocina, mientras separas la ropa blanca de la de color.

Suena un pitidito. *WhatsApp*.

Tiras la ropa al suelo y te abalanzas sobre el móvil.

–*Buenos días, madrugadora. ¿Anoche no pintaste?*

–*No, anoche no. Ya había dibujado suficiente.*

–*Ajá, ¿terminaste el ejercicio?*

–*Claro.*

–*¿Ya ves a dónde quieres que te lleve el camino?*

Si él supiera.

–*Sí, más o menos.*

–Ahora toca empezar a andar. ¿Preparada para el ejercicio de hoy?

–Creo que sí.

–Pues venga. Quedamos a las once y media.

–¿Dónde?

–Jajajajja, ¿dónde va a ser? Donde empiezan todos los caminos.

Esperas alguna aclaración más. Como ves que no llega, insistes.

–¿En Roma?

–Nooo, más cerca. Pero no insistas, no te voy a dar la respuesta.

Forma parte del ejercicio.

–¡No fastidies!

–Te veo allí.

–¡Dame alguna pista!

Pero el cartel de “en línea” ha desaparecido.

–¡Capullo!

Ya son casi las once. No tienes mucho tiempo. ¿Dónde empiezan todos los caminos? Eso es una tontería. Normalmente un camino parte de otro camino, que a su vez parte de otro. Es una red infinita. ¿Dónde está el principio?

“Internet”.

Buscas en Google: “Principio de todos los caminos”.

–¿Camino de Santiago? ¿”Principios de Química: los caminos del descubrimiento”? ¿”Libros de la dignidad altissima de la Virgen sacratiss”?... Pero ¿qué es esto?

No puede ser. Es la primera vez que Google te falla. Pruebas con “Origen de los caminos”. Bien. Esta vez da resultados más lógicos.

–“Los primeros caminos: Entre los primeros constructores de carreteras se encuentran los mesopotámicos...”, “Calzadas romanas”, “... El Camino de Ickniel es un ejemplo de este tipo de origen donde humanos y animales seguían el mismo camino. A estos caminos se los denomina caminos del deseo...”.

Muy interesante, pero tú sigues sin respuesta, y son las once y diez.

–Donde empiezan todos los caminos... Donde empiezan todos los caminos...

De pronto te echas a reír.

¡Claro! El kilómetro cero, en la Puerta del Sol. Qué tonta eres.

Miras el reloj. Todavía te da tiempo a arreglarte y salir con calma.

Pero de pronto el teléfono empieza a sonar.

La pantalla se ilumina: “Mark”.

“Joder. Justo ahora. ¿Qué querrá? No me apetece hablar con él, pero tampoco me apetece que me llame dentro de un rato, mientras estoy con Víctor”.

A regañadientes, pulsas el botón verde.

–Hola.

–Hola, preciosa.

–No tan preciosa como Virginia, pero no estoy mal.

–Oye...

–No quiero saber más. ¿Qué quieres? Rapidito, que he quedado.

–¿Ah, sí? ¿Tan temprano? ¿Con quién?

Resoplas.

–No te importa. ¿Me vas a decir qué quieres o cuelgo? Tengo mucha prisa.

–Vale, vale. Que si me podía pasar a por mis libros, que todavía están en tu casa.

Miras la pila de libros que tienes escondida detrás del sillón. Estás deseando que te los quite de en medio, pero no quieres que suba a tu casa de ninguna manera. Cualquiera sabe lo que quiere en realidad.

–Yo te los llevo. En veinte minutos estoy en el metro. Si no estás cuando llegue, los dejo en las escaleras.

–Eh, entiendo que estés cabreada, pero...

–Veinte minutos.

Cuelgas.

Sonrías satisfecha. Hace un mes habrías sido incapaz de mantener una conversación así. Que se entere.

Te vistes a toda prisa. Un vestidito no muy descarado, pero con algo de escote y que deja lucir tus piernas. Un toque de tacón y quedará perfecto.

Te peinas con ayuda del secador. No hay tiempo para alisados ni fantasías, así que te lo dejas al natural, suelto. Tu mechón rebelde se descuelga hasta tu rostro. Perfecto.

Compruebas el bolso, echas el móvil, coges una bolsa de Mercadona y metes en ella los libros de Mark sin ningún cuidado.

“El Señor de los Anillos” queda encima. No puedes evitar recordar cuando se lo compraste para regalo en la Feria del Libro. Una edición

especial con ilustraciones de Alan Lee. Te costó un dineral.

–Qué gilipollas.

Sales pitando de casa. Cierras con llave y llamas al ascensor. Es de–ses–pe–ra–da–men–te lento. Cuando por fin sales a la calle, te da la sensación de que ya estás sudando. Caminas a toda prisa hacia el metro, recorres dos manzanas y allí están: el metro y Mark.

Lleva algo a la espalda. Cuando te ve, se dirige a ti y te lo ofrece. Es un ramo de flores. Otro. Ya son más que los que te había regalado en los últimos cuatro o cinco años. Entonces te das cuenta de la camiseta que lleva puesta: “I’M AN IDIOT”, reza en ella un gigantesco cartel.

Estás a punto de sonreír, pero te contienes. Respiras hondo.

–Lo siento. Soy un gilipollas –dice–. Y aunque nunca me perdones ni nunca me lo perdones, tenía que decírtelo: eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Casi escuchas cómo se resquebraja tu coraza. Siempre fue un tío encantador.

“Cuando quiere”.

–Muchas gracias –respondes sin coger el ramo–, pero tú eres lo peor que ha pasado en la mía.

Las expresiones en su cara se suceden a una velocidad de vértigo: sorpresa, disgusto, dolor y, por fin, una ligera sonrisa.

–Es verdad –admite. Mira el ramo de flores. No sabe qué hacer con él. Pasa una señora por su lado que va arrastrando un carro de la compra–. Tome, señora, regalo de la casa.

La señora lo mira sorprendida, después te mira a ti, que asientes. Coge el ramo y lo deposita con cuidado en lo alto del carro, con un simple “Gracias”. Tú piensas lo sabías que son las personas mayores: si la vida les ofrece un regalo, lo toman sin preguntar. Saben que no hay muchos al día.

–Entonces –continúa– de las dos invitaciones para el spa, ni hablamos ¿no?

Sueltas el aire en una sonrisa burlona.

–Toma, tus libros –dices, alargándole la bolsa–. Puedes quedártela.

–Gracias –duda un instante–. ¿Esto es un adiós?

–Sí.

Mark asiente. Abre la bolsa y se asoma al interior. Sonríe al ver el volumen de “El Señor de los Anillos”.

–Bueno, “El camino sigue y sigue desde la puerta” –cita, suspirando. Asientes. No quieres alargar más ese momento. Pero de pronto das un respingo.

–¿Cómo has dicho?

–Es un poema que aparece en el libro –dice mientras lo abre y pasa unas páginas. Lee–:

*“El Camino sigue y sigue
desde la puerta.*

*El Camino ha ido muy lejos,
y si es posible he de seguirlo...”.*

Ahora eres tú la que se echa a reír. Al fin y al cabo te va a sobrar tiempo.

–Mark, muchas gracias –dices y, ante su sorpresa, le das un beso en la mejilla–. Adiós.

Te das la vuelta y le dejas allí, mirando cómo te alejas.

–¡Hasta la vista! –escuchas a tu espalda. Y añade algo más, en voz casi inaudible– Por cierto, ya no estoy con Virginia.

No te giras.

Recorres el camino de vuelta a casa ligera como una pluma. ¡Lo ha dejado con Virginia! “¡Jódete, zorra!”. Y, aunque no lo ibas a reconocer delante de Mark, la verdad es que te ha encantado su detalle. Parece sincero. Quizá ha cambiado de verdad; necesitaba que alguien le sacudiera y le espabilara, y vuestra separación parece haber servido.

Cuando llegas a tu calle oteas alrededor. ¡Bingo! Hay un coche aparcado frente a tu portal que no estaba hace un rato. Un coche pequeño, un Smart. Y dentro te espera... Víctor. Está sentado en el asiento del copiloto, y te hace señas para que te acerques. Ni falta que hace.

Abres la puerta del conductor y te agachas, mostrando un poco de más el escote, pero él solo te mira a los ojos.

–Menos mal que adivinaste el acertijo –dice a modo de saludo–, aquí empezaba a hacer calor.

–Era obvio. ¿Dónde van a empezar todos los caminos? –respondes con aire de suficiencia– Donde estoy ahora. Bajo mis pies.

–Muy lista –dice con admiración–. Antes de nada: ¿hiciste los deberes? ¿Dibujaste dónde quieres estar dentro de diez años?

–Sí, señor.

–Sin contarme detalles, ¿cómo te viste?

Piensas un momento antes de contestar.

–Más tranquila. Serena. Sonriente. Sin miedo. Sin vergüenza. Valiente. Firme en mis decisiones. Autónoma, pero rodeada de seres queridos. Me vi viviendo en el campo: comida sana, vida al aire libre... Delgada y en plena forma. Trabajaré en algo mucho más creativo y motivador.

Víctor aguarda un momento, por si quieres añadir algo. Pero tú no piensas contar nada más.

–Suená bien –dice–. Y entonces empezaste a echar hacia atrás en el tiempo ¿no?

–Ajá.

–Hasta llegar a hoy.

–Exacto.

–¿Ves el camino?

–Sí.

Víctor muestra su sonrisa traviesa, saca una llave del bolsillo y la sostiene en alto.

–Entonces toca empezar a recorrerlo ¿no?

–¿Dónde vamos? –preguntas.

–¡Ja, ja, ja! ¿Y yo qué sé? Donde tú nos lleves.

Tú levantas una ceja.

–Vale –dices cogiendo la llave y acomodándote en el asiento del conductor.

Cierras la puerta. El interior del coche es una monada, con líneas sencillas, geométricas. Muy moderno. Miras hacia atrás. Te choca ver la luna trasera tan cerca.

–Con este coche puedes aparcar donde quieras. ¿Es tuyo?

Víctor niega con la cabeza.

–Alquilado. Un Smart de tres puertas. No lo he elegido al azar. Ahora que ya has vislumbrado tu destino en el horizonte y has trazado a grandes rasgos el camino que te llevará hasta él, toca ponerte hitos. Objetivos. Y estos objetivos deben ser SMART 3P.

Se queda callado, mirándote. Tú no quieres estropearle su presentación triunfal, así que preguntas:

–¿Qué quieres decir con eso?

–Que los objetivos que te formules deben ser (perdona que algunas siglas no encajen perfectamente, porque vienen del inglés): e**Specíficos**, **Medibles**, **Alcanzables**, **Realistas** y en el **Tiempo**.

–¿Y el 3P?

–En **Primera** persona, en **Positivo** y en **Presente**.

Asientes mientras repasas mentalmente lo que Víctor acaba de decir.

–Bien –dices de pronto–: voy a comprarme una bici. Ahora.

Víctor te mira sorprendido.

–¿Qué? –continúas– Es específico, medible, alcanzable, realista y en el tiempo, en primera persona, en positivo y en presente.

–Pues... sí, no hay duda. Solo que me ha pillado por sorpresa.

Tú no puedes evitar sonreír satisfecha. Te encanta darle una lección de vez en cuando.

–Espera –añade–, te voy a hacer unas cuantas preguntas, para que chequees si es una decisión correcta: ¿eliges en libertad o coaccionada por algún miedo?

Piensas un momento.

–En libertad.

–¿Te ofrece una satisfacción perdurable o transitoria?

–Perdurable.

–¿Esta decisión te aporta energía o te la quita?

–Me aporta mucha energía.

–¿Te conduce a lo excelente o a lo mediocre?

–A lo excelente. Hará que dentro de diez años me mantenga activa y en forma.

–¿Eliges desde el temor o desde el amor?

–Desde el amor. A mí misma, en este caso.

–Esta decisión ¿conserva tus dudas o prescinde de ellas?

–Prescinde de ellas. Las supera. De hecho, si me parara a pensar un poco, no lo haría: “un trasto más en casa, dónde la voy a meter, cómo la voy a llevar en mi coche...”. Calla, calla, no sigo.

Víctor asiente, satisfecho.

–¿Te acuerdas de nuestra cita en el fumadero? –dice. Tu asientes– Puedes ser cualquier cosa. Lo que quieras. Como quieras. Tus logros no solo dependen de tus cualidades innatas; hay otros factores. Conozco gente con cocientes intelectuales de vértigo que están trabajando de porteros de

discoteca, no encuentran el rumbo en su vida. No son capaces de acabar nada de lo que empiezan. Recuerda esto: “solo eres lo que acabas”.

“Solo eres lo que acabas”. Eso tiene sentido. Mucho sentido. ¿Cuántas cosas has acabado hasta ahora?

–¿Cuáles son esos factores? –preguntas con curiosidad.

–Pues yo diría que los dos más importantes son la voluntad y el foco. Piensa que todo es cuestión de energía. Ni se crea, ni se destruye. Tenemos una energía limitada (otro día hablaremos de cómo aumentarla); el caso es que si la malgastamos en una infinidad de pequeñas cosas, nos agotaremos y no conseguiremos nada. Es esa famosa sensación de “se me va el tiempo y no sé en qué”. Sin embargo, si la enfocamos, si la usamos solo en algo muy concreto, podemos lograr cosas muy grandes. Por eso es tan importante ponerte objetivos. Después entra el otro factor.

–La voluntad.

–Exacto. Toca cumplir los objetivos que te pongas. Aunque sean realistas, necesitarás fuerza de voluntad para hacerlo. Pero, sobre todo si son objetivos a medio o largo plazo, la emplearás de forma inteligente: como ya sabemos que la energía se agota, es temporal, no emplearás tu fuerza de voluntad en conseguir cosas, sino en adquirir hábitos. A partir de ese momento usarás la inercia, no la energía.

–No lo entiendo.

–Imagina que tu objetivo es adelgazar quince kilos. Tus hábitos de comida son malos, te encanta el dulce y las patatas fritas y el único ejercicio que haces es mover el pulgar para pulsar el mando a distancia de la tele. Tienes dos formas de afrontarlo: la primera, decidir que vas a comer más sano, imprimir una dieta que has sacado de internet y empezar a seguirla, y además salir a correr todos los días. ¿Correcto?

–Sí... Tiene buena pinta.

–¡Ja, ja, ja! Tiene una pinta horrible. No aguantarás más de dos semanas sin darte algún caprichito culinario o saltarte una sesión de *footing*. ¿Por qué? Porque usas tu fuerza de voluntad en enfrentarte *todos los días* al problema. Es muy duro. Antes o después, caerás.

Recuerdas la cantidad de veces que te has visto en esa situación. Lo de salir a correr es un clásico en tu vida.

–¿Entonces?

–Usa tu fuerza de voluntad, esa energía que tienes ahora, para adquirir

un hábito. Por ejemplo, para retirar de la despensa todo lo que no te ayuda: el chocolate, las galletas, las patatas fritas... e ir al supermercado a comprar fruta, verdura, leche desnatada y *muesli* integral. Y utiliza apoyos. Haz la dieta junto con una compañera de trabajo, o ve a un nutricionista, con ellos adquirirás más compromiso que si solo lo sabes tú. Lo mismo con el ejercicio, apúntate a un gimnasio, cuanto más caro mejor. Así te dolerá más cada vez que faltes. Piensa que solo necesitarás estos apoyos al principio, hasta que adquieras el hábito. Después, la inyección de voluntad necesaria será cada vez menor.

—¿Cuánto tiempo es necesario?

—Ya te dije, los expertos dicen que veintiún días. Tres semanas. Yo digo que depende del cambio.

—No es tan fácil. Yo me he propuesto muchas veces salir a correr a diario y no lo he conseguido más que durante unos días. No encuentro el hueco.

—Nuestras agendas están muy apretadas, si intentas crear un hueco variable en la mañana del día a día, no lo conseguirás. Te puede ayudar el añadir la nueva actividad detrás de un hueco que ya existe. Por ejemplo, todos los días duermes; puedes salir a correr justo al levantarte. Todos los días vas al trabajo: llévate la ropa de deporte y hazlo al volver. ¿Entiendes? Justo antes de empezar la siguiente actividad.

Nunca lo habías pensado. Y mira que era lógico. Este tipo de cosas son las que más te gusta descubrir, las que siempre han estado delante de tus ojos.

—Bueno, nos estamos enrollando y aquí hace calor. ¿Vamos a por la bici? —preguntas.

—¡Vamos a por la bici!

Arrancas. Te sabes de memoria el camino al centro comercial, pero con el Smart la sensación es distinta: es una maravilla conducir con él por la ciudad. Te permite colarte por huecos inverosímiles, y tiene potencia de sobra para acelerar cuando es necesario. Llegáis en un santiamén.

Entráis en la tienda de deportes. Hay muchos modelos de bicicletas, estás a punto de volverte loca y desistir, pero Víctor te ayuda. Al final te decantas por una híbrida, que te sirve tanto para la ciudad como para el campo. Es roja, como la de tu dibujo.

La dejas encargada para entrega a domicilio, te la llevarán a casa al

día siguiente.

Estás emocionada.

–Consumir da alegría ¿verdad? –comenta Víctor de vuelta al coche– Pero es de esas alegrías que no duran. Mañana, cuando la recibas, empezarás a ver los problemas, y ya no será todo tan bonito.

–¡Aguafiestas!

Vas a darle un cachete en el brazo, pero te contienes.

–Un poco, sí –contesta él–. Bueno, ¿dónde me llevas ahora?

Miras el reloj. Sacas las llaves del coche.

–Lejos.

Te mira a los ojos.

–Suena bien.

Arrancas y salís del centro comercial. Te divierte observar la cara de Víctor cuando ve que tomas la autopista. Y más aún cuando te acomodas en el asiento y coges velocidad de crucero, como quien tiene para rato.

–Lejos, lejos... ¿Cuánto de lejos? –pregunta al fin.

Te ríes. Hace tiempo que no lo hacías así.

–Se me ocurre una frase –dices–. “A quien no sabe dónde va, todos los vientos le son favorables”.

Víctor se queda callado, medítandola.

–Vaya, es mucho más profunda que la del amigo Séneca.

–Pues relájate y disfruta.

Sales de la autopista y tomas una secundaria, que transcurre entre bosques y colinas. No os cruzáis con un solo coche. Disfrutáis del paisaje, abrí las ventanas y entra el olor del campo. Pino, jara, lavanda. Pones la radio. “The dock of the bay”, de Otis Redding. Los dos la tarareáis.

–Jo, hay pocos momentos así –dice Víctor sin dejar de mover la cabeza al ritmo y sacando una mano por la ventanilla.

Tú asientes mientras cantas más fuerte el estribillo. Le miras, él ha cerrado los ojos, saboreando el instante. Es el momento de llevar a cabo tu tercer objetivo, de decirle lo que sientes por él.

Pero...

¿Y si rompes la magia del momento? ¿Y si te dice que no, que no puede, que tiene pareja? ¿O que, simplemente, no le gustas?

De pronto ves que te está mirando. Sin darte cuenta has dejado de cantar; al final has roto la magia del momento.

–No pienses, siente –dice Víctor, cerrando los ojos y tarareando de nuevo.

Tú subes el volumen. Y cantas más fuerte que él. Pero la ocasión ha pasado: en ese momento dobláis una curva y aparecen unas casitas ante vosotros.

–Aquí es.

Te das cuenta de que estás emocionada. Vas a mostrarle a Víctor una parte importante de ti. De tu intimidad.

Él abre los ojos y se inclina en el asiento, interesado.

–¿Dónde estamos?

–Es el pueblo de mis abuelos.

Víctor asiente y mira alrededor, absorbiendo toda la información. Mientras recorréis la calle principal, no deja de fijarse en cada casa, cada puerta.

–Buenos días –saluda a una señora que le hace un gesto con la cabeza, entornando un poco los ojos mientras busca en todos sus registros quiénes pueden ser esos forasteros. En cuanto identifique a la hija del Germán y la Cande, nacerá una nueva leyenda.

Antes o después, alguien le irá a tus padres con el cuento: “La vimos con su novio, ¿o es su marido? En un coche enano. No tienen hijos, ¿verdad? ¿Es que no quieren? Hoy en día la juventud es muy cómoda...”. Y ellos te preguntarán: “¿Y cómo es que se entera la Jacin de que has cambiado de novio antes que nosotros?”. Y tú tendrás que explicarles que no es tu novio, que solo es un compañero de trabajo. Y ellos no te creerán, porque ¿qué haces tú enseñándole tu pueblo a un compañero de trabajo?

“Bufff...”. Quizá no tenías que haber venido.

Pero ya es tarde. Aceleras un poco, con la esperanza de no encontrarte a nadie más. Sales a la antigua cañada y señalas con la cabeza la casita sobre la colina.

–Esa es. La casa de mis abuelos.

–Cómo mola –dice Víctor sin dejar de mirarla.

Entonces te das cuenta de que no tienes las llaves. Vas a tener que ir a casa de la vecina a pedir las llaves. Todo está perdido.

–Quédate aquí, anda. Tengo que pedir las llaves, y la vecina es muy pesada.

Víctor sale del coche mientras tú te acercas a la casa más cercana.

Afortunadamente solo está la nieta, que te da las llaves sin separar la mirada del móvil.

El corazón te late muy fuerte cuando giras la llave en la cerradura y entráis al patio.

–Está muy abandonada –dices, justificando todo a un tiempo: lo descuidada que está la casa y tu vida, tu pasado, tu historia, que le estás mostrando a un casi desconocido.

–¿Has vivido aquí?

–Desde niña hasta la adolescencia pasábamos aquí todos los veranos.

Víctor asiente, escudriñando cada rincón como si fuese un detective en busca de pistas. Hasta se diría que olfatea.

–¿Quieres ver la casa? En realidad lo que venimos a buscar está en el cobertizo –dices señalando la pequeña edificación al otro lado del patio.

–Después, si quieres... Soy muy curioso, ya lo sabes.

–Lo sé.

Os dirigís al cobertizo. A pesar de que has estado allí no hace mucho, casi te asusta el desorden que allí reina.

–Esto está hecho un desastre –dices, como si no lo pudiera ver él mismo.

–Caos creativo, lo llamo yo.

–Sí, bueno.

Esta vez sabes dónde está lo que buscas.

–¿Me ayudas? –dices, sacando dos lienzos y tendiéndoselos a Víctor– Llévalos al patio, por favor.

Víctor obedece y va entrando y saliendo del cobertizo con nuevos lienzos que tú le vas ofreciendo.

–¿Cuántos hay? –pregunta cuando lleva media docena de viajes.

–Más de los que creía, la verdad.

Cuando coges los dos últimos y sales al patio, te quedas asombrada de la cantidad de cuadros que tienes, como para montar una exposición. Víctor los ha dispuesto de pie contra la pared de la casa, unos encima de otros. Los contempláis en silencio.

–Oye, ¿sabes que están muy bien? –dice Víctor al fin.

Tú te sonrojas un poco.

–¿Ahora eres también un experto en arte?

–No, para nada. No tengo ni idea de arte, pero sé cuando una cosa me

gusta.

Se queda mirándote, y tú te sonrojas el doble. ¿Por qué no da un paso más? Te lo pondría mucho más fácil.

–¿Por qué hemos venido a por ellos? –pregunta Víctor señalando los cuadros con la barbilla.

–Por mi segundo objetivo –respondes tú, reponiéndote–: “Elijo los mejores cuadros y se los regalo a Carla para que ella los exponga. Esta semana”.

–Y esto te llevará a...

–A que dentro de diez años no tenga que depender de mi trabajo en la fábrica, sino que pueda dedicarme a algo más creativo y con un horario más flexible. Y que me haga rica.

–¡Ja, ja, ja! Aprendes muy rápido. Me parece perfecto. “¿Cómo comerte un elefante? Bocado a bocado”. Bueno, elige entonces.

Recorres uno a uno todos tus cuadros. A la luz del sol cobran nueva vida. Hay varios que te gustan mucho, los vas separando del resto.

Cuando crees que has elegido los suficientes, te apartas y los observas con los brazos en jarras.

–¿Qué opinas?

–Ummm... Perfectos. Y todavía te queda un buen arsenal.

–Bien, medio objetivo cumplido. Ahora falta meterlos en... ¡Dios! ¿Eso tiene maletero?

–¡Ja, ja, ja! Sí, tiene. Creo que cabrán todos. Espero...

Víctor va metiéndolos en el coche mientras tú recoges el resto y los tapas con una tela plástica. Ahora que piensas en ello como una profesión, te importa más el que no se estropeen. Quién sabe si valen una buena cantidad de dinero.

–¡Ya está! –dice Víctor– ¿Me enseñas la casa y nos vamos?

–Vale –respondes, no muy convencida–. Está hecha un desastre.

–¡Bah! Si vieras la mía...

Buscas la llave de la puerta de doble hoja. Entrás tú primero y echas un vistazo alrededor. Te avergüenzas un poco, de pronto lo ves todo muy humilde y destartalado.

Víctor se te une y le guías por el interior.

–El salón... la cocina, con su chimenea enorme... En invierno era el lugar de reunión de la casa, era donde se estaba calentito. El dormitorio de

mis abuelos. El de mis padres. El nuestro.

Víctor recorre con la mirada las paredes, cada póster, cada alfiler aún clavado. Tu armario, ahora lleno de ropa vieja, mantas y colchas. Tu mesilla, con la lamparita que alumbró tantas historias. Tu cama.

–Así que aquí dormías –dice apoyándose en ella–. ¿Puedo?

–Estará llena de polvo –adviertes, aunque Víctor ya se ha tumbado. Mira alrededor como si fuera a comprar la cama junto con la habitación.

Le miras. Él detiene sus ojos en los tuyos. Y ya no puede separarlos, ambos estáis como hipnotizados. Tu pulso se acelera. Es el momento.

Te agachas.

De pronto detectas la alarma en sus ojos. Se pone tenso y se levanta, esquivándote. En eso se oye una voz en la puerta de la calle.

–¡Hola!

–¡Hola! –responde Ruth recomponiéndose y levantando la voz.

Se escuchan unos pasos que se acercan. Víctor se pone en pie de un salto. Cuando llega la mujer todavía reina algo de agitación en el ambiente.

–¡Hola, Ruth! Y compañía –dice ella. Ya está entrada en años, y os observa con descaro– ¿Cómo tú por aquí?

–Hola, Luisa. Cuánto tiempo –dices dándole dos besos, intentando tapar su ángulo de visión. Pero ella ladea la cabeza para no perderse nada.

Víctor se acerca y también le da dos besos. Mejor. Así no da pie a situaciones más incómodas aún.

–Encantado –dice tranquilamente.

–Mucho gusto –dice Luisa mirándole de arriba abajo–. Creí que eran tus padres. ¿Están bien?

–Sí, sí, muy bien. Están a sus cosas, que si sus clases de baile, que si sus viajes...

Siguen unos minutos de charla que a ti se te antojan larguísimos. Luisa echa miradas de hito en hito a Víctor, que sonrío complaciente. Parece divertirse con el asunto. Pero a ti no te hace ni pizca de gracia. Estás segura de que la vecina llamará a tu madre esa misma tarde. Y ya tienen cotilleo en el pueblo para un par de semanas.

¡Maldita sea! ¿Cómo pudiste tener una idea tan estúpida?

Cuando al fin os despedís, cerrando la puerta en sus narices, entregándole las llaves y lanzando un último saludo desde el coche, resoplas.

–¡Mierda!

–¿Qué?

–Que esto no ha sido una buena idea. Voy a tener que dar muchas explicaciones.

–¿Por?

–¿Tú qué crees?

Víctor te mira divertido. Tú te estás enfadando cada vez más.

–Di la verdad ¿no? –dice él–. Que querías recoger algunos de tus cuadros y te ayudó un compañero del trabajo.

No contestas.

–Claro, como tú no tienes que dar explicaciones a nadie...

Víctor se calla. Su sonrisa se le borra en los labios, y es como si el sol se ocultara tras una nube. Al instante te arrepientes. ¿Por qué has dicho eso? ¿Y por qué se lo ha tomado así?

–Eh, ¿qué he dicho? –dices intentando arreglarlo.

–Nada.

Pero no vuelve a abrir la boca en todo el viaje. Solo mira por la ventanilla.

Al principio te preocupa, pero al cabo del rato te parece muy egoísta. Infantil. Tú no tienes la culpa de que sea tan hermético, así no puedes saber lo que le molesta y lo que no. Pero él sí sabe que te está haciendo sentir mal con su actitud.

Llegáis a tu casa. Víctor te ayuda a cargar los cuadros en brazos mientras se despide.

–Has hecho un buen trabajo –dice–. Sigue poniéndote objetivos. No demasiados. Escríbelos en una lista que contenga fecha y con quién te has comprometido. Según los vayas cumpliendo, los vas tachando. Eso da mucho placer.

Abre la puerta del Smart.

–¿Mañana nos vemos? –preguntas secamente.

Víctor te mira y asiente.

–Mañana nos vemos.

Sube al coche y arranca. Tú allí, con los cuadros en brazos, mirando cómo se aleja, se te antoja la escena más desoladora del mundo. Seguro que la gente te mira y se lleva un *kleenex* a los ojos. O se ríe.

–Mierda.

Te ha quedado un objetivo por tachar. Y de momento así va a seguir.

DE PICNIC

–Este café está mejor que el de la máquina ¿eh? –dice Víctor, removiendo el suyo con una ramita de vainilla.

–Ajá –respondes tú, tomándotelo de un trago, sin saborearlo.

Víctor te observa. Prueba el suyo. Sigue removiendo. Por fin, se lo toma también. Deja la minúscula taza con un golpe.

–¿Preparada?

Asientes. No sabes qué es lo que te espera, pero no vas a darle la satisfacción de verte dudar. Todavía estás molesta con él. Te da la sensación de que tú das más, él sabe todo de ti y tú nada de él. Si quiere ser hermético, tú puedes serlo también.

–Pues venga –dice, poniéndose en pie.

Te gusta su estilo. Te gusta su aroma. Te gusta su figura. Pero, sobre todo, te gustan sus ojos. A veces te parecen los de un niño ilusionado por un juguete nuevo. Y otras, los de un anciano. Como si soportaran una carga muy pesada. Esta vez es de esas.

Te levantas, mientras te bajas un poco la falda. Instrucciones claras de Víctor: para el ejercicio de hoy era imprescindible llevar falda.

–Una cosa antes de irnos –dice–. Por favor, ¿podrías ir al baño y quitarte las bragas?

–¿¿¿Cómo???

Víctor no añade nada. Solo te mira. Te molestan estas sorpresitas, a veces te sientes un monigote en sus manos pero, al fin y al cabo, estás ahí porque quieres. Además, tienes que reconocer que la petición te excita lo suyo.

Le lanzas una mirada de hielo, te levantas y te diriges al baño. Allí te quitas las bragas y las guardas en el bolso. Al salir te pones de puntillas y te miras en el espejo de encima del lavabo.

“Madre mía, qué vergüenza”.

La falda se ajusta bastante, se nota a la legua que no llevas bragas. Y el frescor que sientes al andar te hace sentir casi desnuda.

Cuando sales, Víctor te observa. Tu excitación se dispara. Sus ojos te recorren entera, y luego sonrían divertidos. Tú no paras de alisarte la falda, no se vaya a levantar ni un milímetro con el viento, aunque sea el del aire

acondicionado. Le lanzas una mirada de rencor.

–¿Algo más, amo?

Los ojos de Víctor brillan.

–Eso, otro día.

Se levanta y te tiende el brazo, para que te agarres a él. Tú lo rechazas. Que se fastidie.

Camináis unas manzanas uno junto al otro. Tienes la sensación de que todo el mundo te mira. Te parece ver a un hombre que se gira para mirarte el culo. “Joder, qué vergüenza. ¿Qué pensarán de mí?”.

–Solo que tienes un culo de escándalo –dice Víctor de repente.

–¿Cómo dices?

–Eso es lo que piensan de ti.

–Joder, ¿ahora lees también el pensamiento?

Él se ríe.

–La vergüenza –dice cuando se repone– es otro tipo de miedo. Es miedo social, miedo a que no te acepten, a que te echen del grupo. Se ve que la evolución ha pensado que tiene más posibilidades de quedarse en la tribu aquel que tiene un comportamiento más “normal”, sin salirse del tiesto. Tiene su lógica, podrían pensar que el otro está loco, o algo así.

Tú asientes con un breve gesto de cabeza. “Sigue”.

–Pero es uno de los frenos más potentes que tenemos –continúa–, un pedrusco de diez mil kilos sobre nuestras espaldas que no nos deja desarrollar nuestras potencialidades. Hay que desactivarla. O, al menos, controlarla. Afortunadamente, existe una medicina que la cura. Se vende en tabletas de 500 y 1000 miligramos.

–Dame la de 1000, por favor. ¿Cómo se llama?

–*Keleden*.

Al principio no lo coges, luego te paras y te quedas mirándole. ¿Está de coña?

–Muy gracioso.

–No es broma. Úsala.

“*Keleden*... Que te den a ti, cachondo. Y métete por ahí también tus bromitas”.

El caso es que, ya sea por el juego de palabras o por el cabreo que llevas, cuando pasáis por delante de una obra en la que tres hombres están metidos en una zanja de un metro de profundidad y se paran de pronto para

mirarte (para admirarte) piensas: “Que le den. Que lo disfruten si quieren”. Es más, desde ahí abajo es posible que se hayan dado cuenta de que no llevas bragas. Y en lugar de avergonzarte, te excita.

Va a ser verdad que funciona. Y se está más a gusto. La losa de diez mil kilos ha aflojado un poco.

–El tímido –vuelve a hablar Víctor– pone demasiadas expectativas en él mismo: tiene que ser el más guapo del local, el que mejor baila, sus chistes deben ser los más graciosos... Es mucha presión ¿no? Paralizaría a cualquiera. Pero ¿qué pasa, que los que no somos los mejores no tenemos derecho a vivir? Pues claro que sí. Y lo que piensen los demás es cosa suya. Keleden.

En eso, Víctor se detiene. Levantas la vista. Estáis ante las puertas de un local. Por lo que dice el cartel, se llama “Picnic”. Te llama la atención que esté abierto a esas horas, son las once y media de la mañana.

–“El miedo es la no aceptación de la incertidumbre”, decía Rumi, un tío muy sabio. Vamos a aprender a manejarnos en el no saber qué va a ocurrir a continuación.

Víctor te hace un gesto para que entréis. El guarda de seguridad de la puerta le saluda con la cabeza y sonríe.

Se trata de un bar. Bastante chic, pero un bar. Una barra con taburetes altos a la derecha y unas mesas al lado izquierdo. En ellas hay sentadas un par de parejas y, en la barra, dos tipos solos.

Víctor se dirige a la barra.

–¿Qué te apetece?

–Nada. Acabo de tomarme el café.

–Agua para los dos, por favor.

Casi no ha acabado de pedir cuando una de las parejas de las mesas se acerca a vosotros. Tendrán treinta y tantos. Los dos son bastante atractivos, y van vestidos como si fueran las dos de la mañana y estuvieran de fiesta. Ella lleva peinado de peluquería, y sus uñas parecen recién salidas de la manicura. Y tú te avergonzabas de tu falda: el escote de la mujer casi deja ver las areolas de sus pezones. Cuando ve que la estás observando, ella te mira a los ojos, sonriendo.

–Hola –saluda él– ¿Sois nuevos por aquí?

Víctor sonríe también.

–Sí, del todo.

–¿Necesitáis guía?

–Deja que exploremos un poco –rehúsa Víctor con amabilidad–. Me han dicho que hay unas salas estupendas.

–Ya te digo. Bueno, si os animáis, nos vemos dentro.

–Perfecto.

La mujer te sigue mirando, incluso cuando sus pies se giran para caminar hacia el fondo del local. Los dos desaparecen por una esquina tenuemente iluminada. Te preguntas qué habrá allí. Al principio creíste que serían los baños, pero ¿qué ha querido decir con “dentro”? ¿”Salas”?

Miras a Víctor, extrañada. ¿No será...?

–Es un local “liberal”. Intercambios de pareja, sexo en grupo, *voyeurismo*, *bondage*... Lo que quieras, dentro de unos límites. ¿Habías estado antes en uno?

–Ni de coña.

Mark era bastante tradicional para eso. Mira que en el *insti* se daba aires de Casanova, pero, al final, tuviste que enseñarle todo tú. Y no salía mucho de las cuatro posturas básicas. Habías oído hablar de esos locales, y siempre te habían provocado curiosidad, pero nunca tuvisteis el valor de probar.

–Empieza el ejercicio, Ruth.

Un chorro de adrenalina te revuelve el estómago. ¿Qué quiere que hagas? A tu pesar, tus zonas más íntimas empiezan a reaccionar.

–¿Ves ese hombre de la barra? No te ha quitado ojo desde que has entrado. Creo que le pones muy cachondo.

Te asomas un poco por encima del hombro de Víctor. Efectivamente, tienes que bajar la vista enseguida, porque el hombre te está mirando descaradamente.

–¿Te parece atractivo? –pregunta Víctor.

–No sé, ni me ha dado tiempo a verle.

–Mírale, por favor.

Al que miras es a Víctor. ¿Te va a pedir que lo hagas con un completo desconocido, en un local de alterne? Esta vez no son actores contratados.

–Solo mírale, anda. ¿Recuerdas a los obreros de ahí fuera?

Asientes. “Aquí nadie me conoce, aquí soy libre... Keleden 1000”. Te yergues y le miras directamente a los ojos. Él te mantiene la mirada, libidinosamente. Es guapo. Menos mal.

Víctor se retira un poco de la barra, para que te pueda observar mejor. El hombre recorre tu cuerpo con los ojos. Te devora. Sientes su deseo traspasándote. La situación te excita. Es un juego a distancia. Para tu sorpresa, te sientes muy segura. Tú manejas.

Víctor hace un gesto hacia tu falda. Entiendes.

Llevas las dos manos hacia ella y te la subes un poco. El hombre baja la mirada hacia tus muslos. No la separa de ahí. Subes la falda un poco más. Distingues la erección bajo su pantalón. Sus ojos siguen clavados en tus muslos.

Los separas un poco.

El hombre abre más los ojos. No pestañea. Su respiración se hace más fuerte, la escuchas desde allí. Separas los muslos un poco más.

Víctor asiente. Te mira satisfecho. Y tú le devuelves la mirada, desafiante. ¿Creía que no ibas a ser capaz? Entonces, sorprendiéndole, bajas la vista hacia su entrepierna. Alarma. Se retrae un poco, para que no puedas verla. Ahora eres tú la que sonrío.

Tú mandas.

Entonces ves al segundo hombre de la barra. Es más joven que el primero. Lleva una camiseta rota y unos vaqueros, rotos también. En cuanto ha visto que había pastel, se ha acercado como una mosca. Clava su mirada en tus piernas separadas, pero no puede dejar los ojos quietos. Te mira el pecho, la cara, de nuevo las piernas. Demasiado ansioso.

“Deberías haberte pajeado antes de venir aquí”, te sorprendes pensando. Y más aún cuando te imaginas a ti misma agarrándole el miembro y aliviándole. “Santo Dios, me he convertido en una viciosa”.

Víctor te hace otra seña. De acuerdo.

Abres las piernas del todo, y posas tu mano en la parte más alta del muslo. Aunque el local está sumido en sombras, estás segura de que se puede apreciar que no llevas bragas.

Los ojos de los dos hombres amenazan con salirse de sus órbitas.

Ahora es Víctor el que te sorprende. Su aroma te envuelve y de pronto notas sus labios en tu cuello. “Maldito seas...”. Ha hecho que cierres los ojos de placer. Le miras. Él te toma del brazo y te indica que le sigas.

Camináis despacio hacia el fondo de la sala. Sientes la mirada de los dos de la barra clavada en tu culo. Tu corazón late a mil por hora.

Dobláis la esquina.

–¡Guau!

Resulta que el local es enorme. Un pasillo ancho se extiende a un lado y a otro, y varias puertas se abren a él.

Un chico muy guapo os sonríe detrás de un mostrador. Lleva una camiseta con el logo del local, pero se la debieron dar de pequeño, porque ahora amenaza con reventarla con las cachas que tiene.

–¡Hola! –saluda, encantador– Soy vuestro orientador. ¿Habéis estado aquí alguna vez?

Víctor niega con la cabeza.

–Es sencillo –continúa el chico–. Todo vale, mientras haya consentimiento, ¿ok? Y todo es muy sutil. Si alargas la mano y alguien te dice que no con la mirada, tú te paras. Al más mínimo problema, avisadme. Aquí queremos que la gente disfrute. Nada más. ¿Queréis toalla? ¿Chanclas?

Víctor asiente. El chico os entrega dos toallas mullidas y dos pares de chanclas desechables.

–Tenéis vestuarios ahí –dice señalando una de las puertas.

Víctor vuelve a asentir, da media vuelta y camina contigo, pero pasa de largo la puerta del vestuario. Quiere darte antes una vuelta por el local.

La iluminación es tenue. Víctor señala los sillones del pasillo.

–En hora punta estarán repletos de parejas. O tríos. O grupos.

Tú te imaginas a gente haciendo el amor ahí, a la vista de todo el mundo. Alucinas. Pero sientes que el calor te sube a la cara.

Víctor abre una de las puertas. Te llega un olor característico. Cloro.

–¡Una piscina!

La única iluminación de la sala procede de las luces que hay bajo el agua, que crean figuras caprichosas en el techo. Está vacía.

–Luego venimos, si quieres –dice Víctor.

Ninguno lleváis bañador. Aunque Víctor ya te ha visto desnuda, tú te sonrojas solo con pensarlo.

Volvéis al pasillo. Víctor empuja otra de las puertas. Dentro hay una sala grande, con una enorme cama redonda y las paredes y el techo cubiertos de espejos.

Te das la vuelta avergonzada cuando ves que una pareja está haciendo allí el amor, pero Víctor te sujeta del brazo para que sigas mirando.

Reconoces a la parejita del bar. La mujer sigue llevando el vestido, aunque arrugado en su cintura, mostrando sus pechos y su culo. Tiene un

cuerpo de impresión. Está a cuatro patas. El hombre la está penetrando por detrás, y ella gime con cada embestida.

–¿Qué te parece? –susurra Víctor.

–Que es un corte. Ahí, a la vista de cualquiera.

–No solo a la vista. Puedes participar.

–¡Ni de coña!

–¿Por qué?

Lo analizas un instante. Ahí está: la vergüenza.

–Porque creo que no voy a estar a la altura. ¿Qué pensarán? ¿Y si se molestan? ¿Y si no les gusta?

–No sé... ¿Te das la vuelta y te vas? O te quedas mirando y te masturbas –Víctor te mira a los ojos–. Aquí nadie te conoce, no tienes etiquetas. No necesitas ser perfecta. Tienes permiso para fallar... y para follar. Enderízate –dice sujetándote por los hombros–, hombros atrás, cabeza erguida, brazos en jarras. ¿Recuerdas lo de la pose?

Asientes en silencio. La superheroína. Respiras. Al cabo de solo unos segundos te sientes más confiada, más segura. Es increíble.

De pronto la mujer entreabre los ojos y os ve. Te mira y sonrío libidinosamente.

Víctor te empuja suavemente.

–Libérate –susurra en tu oído.

Sientes la excitación crecer dentro de ti. Te acercas un paso. La mujer te mira con deseo. De pronto alarga una mano y la apoya en tu cintura. Tú no te apartas. Ella sigue mirándote a los ojos mientras jadea con cada embestida del hombre.

Lleva la mano un poco más atrás, hacia tu culo. Sus ojos destellan cuando descubre que no llevas bragas. Te atrae hacia ella, hasta que su rostro queda a la altura de tu pubis. Su mano se cuele por debajo de tu falda y se dirige hacia tu zona más caliente. Entonces ves que el hombre también te está mirando. El deseo se dibuja en su rostro. El provocar eso te excita. Te excita mucho.

Ahora sí, el ejercicio ha comenzado.

Sin separar la mirada de la del hombre, llevas una mano al tirante de tu camiseta. Lo bajas. Notas como embiste con más fuerza a la mujer.

Llevas un sostén translúcido. Dejas que asome para que el hombre lo pueda ver bien. Entonces bajas también el tirante del sujetador. Tu pecho

amenaza con salirse, pero tú lo mantienes al límite. La mirada del hombre se alterna entre tus ojos y tu pecho. Y sabes que en ese momento ya no está haciendo el amor con su mujer, sino contigo. Llevas las manos a tu espalda y desabrochas el sostén. Te lo quitas despacio por debajo de la camiseta y lo tiras al suelo.

Muy lentamente, te giras. Primero ves a Víctor, que observa la escena. Se tapa con las toallas para que no puedas detectar si tiene una erección.

Después, en el espejo, ves los ojos del hombre. Sigue mirándote.

La mujer te levanta más la falda, de forma que tu culo queda al descubierto. Ves como los ojos del hombre descienden hacia allí. Lo contempla con avidez y embiste más fuerte todavía a la mujer.

Miras a Víctor a los ojos mientras te inclinas hacia delante y arqueas la espalda, para exponer tu sexo ante el rostro de la mujer. Tu escote se abre, mostrando una bonita visión de tus pechos colgando.

Víctor te sostiene la mirada.

Sientes la mano de la mujer en una de tus nalgas, separándolas, y algo húmedo y suave que comienza a recorrer el canal entre ambas. Va descendiendo poco a poco hasta llegar a tu vagina. Notas cómo tus labios se abren a su contacto. El hombre ha ralentizado sus empujones, no quiere estorbaros.

La lengua de la mujer se abre camino. Se introduce en ti, explora tu interior. Después sale y vuelve a recorrer tus labios. Baja más aún. Roza tu clítoris. Electricidad.

Miras sobre tu hombro. La mujer lo nota y también te mira, jadeando. Ya no parece peinada de peluquería. Su pelo está revuelto, y sus ojos brillan de deseo. Verla así te excita sobremanera. Entonces notas que su mirada se desvía hacia la puerta.

Alguien ha entrado.

Es el hombre de la barra, el que te comía con los ojos. Ahora, a la vista de tus pechos y tu culo desnudo, parece que le vayan a estallar.

¿Va a quedarse a mirar? La verdad es que te corta un poco, ya habías cogido confianza con la parejita.

Entonces el hombre mira a Víctor. Está... ¡pidiendo permiso!

Víctor te mira. Después mira al hombre... y asiente.

Sientes tu clítoris palpitante.

El ejercicio continúa. Nivel dos.

El hombre se acerca a ti. Cuando se encuentra a un paso, alarga una mano. Agarra uno de tus senos a través del escote. Lo acaricia, lo amasa. Tú le mantienes la mirada. Él alarga la otra mano. Se agacha para besarte, pero Víctor le sujeta por el hombro. Tu boca no. Él asiente y te besa en el hombro. Entonces sientes de nuevo una lengua en tus otros labios.

Gimes.

El hombre comienza a desabrocharse la camisa, mientras sigue besando tus hombros. Entre botón y botón lleva una mano a tus pechos.

–Me vuelven loco –dice.

Agradeces el cumplido. Miras a Víctor a los ojos y, sin separarlos de él, te quitas la camiseta.

Notas como sus pupilas se agrandan.

El hombre vuelve a la carga, esta vez con ambas manos. Víctor parpadea. Algo cambia en su expresión, aunque al instante se recompone: ¿rencor? “Pues estás listo. Has sido tú el que me ha metido en esto. Así que, si no quieres participar, te va a tocar fastidiarte. Y bien”.

Dicho y hecho. Llevas las manos al cinturón del hombre. Este se endereza para ponértelo más fácil, pero sin soltarte los pechos. El pantalón le cae hasta los tobillos. Bajo el calzoncillo se adivina una erección de caballo. Tú se la acaricias sobre la tela. Él enloquece. Comienza a menearse y se aproxima más a ti. Le bajas los calzoncillos con ambas manos. Su miembro palpita ante tus ojos.

Una última mirada desafiante a Víctor y te lo metes en la boca.

El hombre gruñe de placer. Le sujetas el pene con una mano mientras entra y sale de tus labios. Después lo lames y es tu mano la que lo recorre de arriba abajo. Le acaricias los testículos. Levantas la vista hacia el rostro del hombre. Tiene los ojos cerrados, entregado al placer. Te sientes poderosa. Vuelves a atacar su pene con más ahínco.

La mujer sigue trabajando tu sexo con la lengua. Te tiene más que lubricada. Tu clítoris palpita, hinchado e hipersensible. Miras al espejo y te ves desnuda entre dos desconocidos. Te sientes depravada. Y caliente. Muy caliente. El placer comienza a crecer en tu interior...

Pero quieres alargarlo un poco más.

Te separas de la mujer y, dedicándole una libidinosa sonrisa, te das la vuelta. Apoyas las manos en la cama y la besas. Ardientemente. Escuchas el sonido del plástico al rasgarse. El hombre se está preparando y tú lo haces

también. Al instante sientes su miembro entrando en ti. Te acomodas y, jadeando, comienzas a mover las caderas.

Nuevas sensaciones. Tu clítoris está libre, y eso te da un respiro. El hombre embiste, adelante y atrás, adelante y atrás. Tú te mueves para que presione en el punto exacto. Se inclina sobre tu espalda y te agarra los pechos.

–Me vuelven loco –repite.

Aumenta la fuerza de sus embestidas. Ambos os miráis a través del espejo. Calor. La otra pareja también se acelera.

Entonces se vuelve a abrir la puerta.

Es el otro hombre de la barra. El joven. El ansioso.

Cuando ve la escena, se lleva la mano al pene. Lo acaricia por encima del vaquero. Se pasa la lengua por los labios. Mira a Víctor, inseguro.

Víctor asiente. Nivel tres.

El joven se quita la camiseta y los pantalones. Rápidamente se pone un condón. Nota que la escena está llegando al clímax y no quiere perder tiempo.

Se sienta en la cama, a tu lado. Se masturba mirándote. Se excita viendo tu cara de placer, tu boca semiabierta, y escuchando tus jadeos a cada embate. Lleva los dedos a tu boca. Los chupas como si fuera su miembro el que estuviese entre tus labios. Él se estremece. Luego lleva la mano hacia los pechos de la otra mujer, pero el hombre que está con ella le detiene.

“Se mira pero no se toca”.

Es todo tuyo. Te inclinas sobre él y te metes su pene en la boca. Sabe a goma. Con un gesto de desagrado lo sacas y le masturbas con la mano. Es grande. Tu mano no lo abarca.

De pronto quieres sentirlo dentro.

Echas una mirada al hombre que te está introduciendo el pene por detrás y te incorporas, haciendo que lo saque.

Miras al joven que, ansioso, se recoloca en la cama. Sin separar tu vista de la suya, te sientas encima de él y te encajas el tremendo miembro. Estás tan lubricada que entra sin problemas. Pero la presión aumenta. Y mucho. Además, en esa postura tienes más control. Eres tú la que maneja, y pronto encuentras el ritmo y el lugar. Así no vas a tardar en llegar al orgasmo.

Te echas hacia delante, obligando a que el joven se recueste sobre la cama. Tus pechos cuelgan sobre su boca y él te los chupa con fruición.

Entonces sientes algo húmedo por detrás. El otro hombre recorre con la lengua las cercanías de tu ano.

“Un momento, ¿no querrá...?”.

No, eso no.

Giras la cabeza hacia él, un poco asustada. Víctor lo detecta al momento y, tomándole por el hombro, le separa de ti. Él asiente.

Todavía en erección, se pasa la mano por los labios y se sube a la cama. Camina por ella hasta situar su miembro frente a tu rostro. Abres la boca y él te la penetra. Mueves la cabeza adelante y atrás, al compás que marca tu sexo, que ha vuelto a coger ritmo. De nuevo el placer te inunda, y esta vez piensas dejarlo correr. Los dos hombres lo sienten y aceleran. Te embisten cada vez más fuerte. “Me están follando dos tíos a la vez”. Te abandonas. Las sensaciones en tu vagina suben... suben... hasta llenarte entera, irrumpiendo en tu cerebro y provocándote el mayor orgasmo que recuerdas. Aprietas los ojos y, aun con la boca llena, gritas. Sigues moviéndote, no quieres que paren. El placer sigue... sigue... Parece no tener fin. Sigues gritando. Escuchas al joven rugir. Se ha corrido. El otro hombre se ayuda con la mano y, con el condón puesto, se corre en tu boca. Escuchas a la otra pareja. Ella también chilla. El tercer hombre saca el pene del interior de su mujer y esparce su semen sobre su culo.

Cuando abres los ojos el espejo te devuelve una escena que nunca creíste llegar a ver. Rodeada de hombres y mujeres que comparten tu placer, exhaustos, satisfechos. Como un equipo que ha hecho un buen trabajo. Te ríes. Algunos ríen también.

Solo uno permanece en silencio, al margen. Sus ojos intentan hablarte, pero en ellos solo ves oscuridad.

Se acerca a ti. Crees que va a acariciarte y tú te estiras un poco para recibirle, agradecida. Entonces ves que lleva algo en la mano, solo te lo está entregando: una pulsera naranja.

Abre la puerta y se marcha.

<<< >>>

Tú eliges:

Te estás volviendo loca. No sabes de qué va Víctor, está jugando con tus sentimientos. Cuando llegas a casa necesitas hablar con alguien, alguien a

quien conozcas de verdad.

- **Opción 1:** Solo hay una persona con quien puedas hablar de Víctor: Carla. **Ve a [LLAMAS A CARLA](#).**
- **Opción 2:** Aunque te resulte extraño, piensas en Mark. Hay pocas personas con las que tengas tanta confianza, al fin y al cabo. Y es un hombre, quizá pueda resolver tus dudas. Además, aunque ya no estés enamorada de él, no estaría mal recibir algún mimo, para variar. **Ve a [LLAMAS A MARK](#).**

LLAMAS A MARK

–¡Hola? –la voz de Mark tiene un tono incrédulo, como si fuera Shakira la que está al otro lado del teléfono.

–Hola, Mark. ¿Tienes un momento?

–Sí, sí. *Oye, tengo una llamada urgente, tardo un minuto.* Dime, ¿qué te pasa?

–Me gustaría charlar contigo. ¿Podrías, después del curro?

–Salgo a las nueve. ¿No es muy tarde para ti?

Al momento te vienen a la cabeza la de veces que le dijiste a Mark que no querías salir porque tenías que madrugar.

–Un poco, pero bueno. Encima que te llamo yo...

–Vale, pues sin problema. ¿Dónde? ¿Te paso a buscar?

–Como quieras. Podemos ir a algún bar de por aquí.

Mark hace una pausa, como si estuviera dándole vueltas a algo.

–Se me ocurre una idea mejor. ¿Gastamos las dos invitaciones que tengo para el spa? Incluye masaje y hasta una copa de champán. No cierra hasta las tantas –y añade, más bajito–; debe ser “de ambiente”.

Ahora eres tú la que duda. ¿Tú y Mark en bañador, en un baño de burbujas, con luz suave y una copa de champán?

–Es que...

–Venga, que me caducan este *finde*.

–Bueno –cedes al fin–. ¿Dónde es? Quedamos allí, que si no me voy a acostar a las mil.

Mark te dice la dirección, y quedáis a las diez menos cuarto. Cuelgas el teléfono y sacudes la cabeza. Te estás metiendo en un lío. Ya no estás enamorada de él, pero...

–Joder, son muchos años.

“Y sigue estando muy bueno”, salta una voz en tu cabeza. Al instante te sientes culpable, por Víctor. Pero luego recuerdas todas las ocasiones en que él te ha rechazado y la culpa se va al infierno. Solo falta que le tengas que dar explicaciones.

“Mark ya no significa nada para mí”, no dejas de repetirte en toda la tarde. Pero te depilas, te hidratas, te maquillas y perfumas como si fueras a acudir a una cita romántica. Cuando él te ve, lanza un silbido.

–Este tiempo te ha sentado genial, princesa –dice mientras te saluda con un solo beso en la mejilla. Un beso cálido.

–Gracias. ¿Entramos?

–Tienes prisa ¿eh? Recuerda que la que quería charlar eras tú.

Bajas los hombros y respiras. Tiene razón.

–Es verdad, tengo que relajarme un poco.

–¡Pues hemos venido al lugar adecuado! Venga, p’adentro.

El lugar es muy agradable. Son unos antiguos baños árabes, te imaginas la de veces que el negocio ha cambiado de manos hasta llegar a hoy en día. Un chico muy simpático os entrega una toalla, un gorro y unas chanclas. No puedes evitar pensar en el “Picnic”. Si Mark supiera...

Os cambiáis y os reunís en la primera terma. Es preciosa, la luz indirecta crea reflejos en la bóveda y resalta la antigüedad de los ladrillos que la sostienen. Te parece increíble, pero a esas horas el lugar está animado. Hay unas cuantas parejas, la mayoría gays.

–Guau, con ese gorro estás todavía más guapa –bromea Mark, mientras te mira todo menos el gorro. Tú le sueltas un cachete en el brazo.

Él, no sabes cómo, mantiene los músculos firmes que tenía cuando empezasteis a salir y que tanto te gustaban. Sigue marcando abdominales a pesar de las horas tumbado en el sillón. Los videojuegos deben quemar calorías, digan lo que digan. Sorprendes a una parejita mirándole y, a tu pesar, te sientes celosa.

–¿Vamos?

–Adelante, las damas primero.

–Pruébala tú, a ver si está fría.

Mark mete un pie en el agua. Su sonrisa se ensancha.

–Está muy buena. Vamos –dice ofreciéndote la mano.

Dudas un segundo, pero al final la aceptas. Os sumergís despacio en el agua caliente, y ya no sabes si el escalofrío que sientes es por el contacto del líquido o el de sus dedos. ¿Cuánto tiempo hacía que no sentías aquello con él? Es como si vuestra piel se hubiera vuelto de cartón con los años. Y ahora, justo ahora, vuelve a hacerse sensible. Hipersensible.

Os sentáis en un escalón sumergido, de forma que el agua os llega al cuello. Tu cuerpo se relaja al instante. Y más todavía cuando el chico simpático aparece con una botellita de champán helado y os lo sirve en dos copas de plástico.

–Por nosotros –dice Mark alzando la copa.

–Por la amistad –dices tú, chocándola. Mark te mira, sonrío y echa un par de tragos.

–Está rico. Aaaahhhh... podría acostumbrarme a esto –dice recostándose en el escalón. Como accidentalmente, su pierna roza la tuya. Tú la retiras–. Bueno, ¿de qué querías hablar?

De pronto te pones tensa. La conversación. Casi se te había olvidado. Ahora, cuando llega el momento, parece fuera de lugar.

–En realidad no era nada.

Mark te mira a los ojos.

–Ah, ¿entonces era una excusa para verme?

Pillada.

–No, tampoco es eso. Solo que ahora me parece una tontería.

–Anda, suelta.

No tienes escapatoria. Además, para eso has ido. Tienes que cumplir la misión.

–Es sobre un tío.

Mark se revuelve incómodo. La sonrisa se le ha congelado en los labios.

–Dime. Lo sé casi todo sobre tíos.

El champán empieza a subírsete a la cabeza. Los reflejos del agua en la bóveda se vuelven hipnóticos. Echas otro trago y lo sueltas:

–¿Hay alguna razón por la que un hombre que sabe que estoy dispuesta no quiera follar conmigo?

Mark baja la cabeza. Se queda unos instantes observando las pequeñas olas que acarician su barbilla. De pronto alza la vista y su mirada se clava en tus ojos.

–Solo se me ocurre una.

–¿Cuál?

–Está loco de atar.

No separa sus ojos de los tuyos. De nuevo ese escalofrío. No era el agua, al fin y al cabo.

–Déjate de tonterías.

Cambia de postura. Sus piernas vuelven a rozar las tuyas, pero esta vez no las retiras.

–Solo un loco no querría follar contigo.

No puedes desviar la mirada. Te tiene atrapada como a un pez en una red. Sacudes la cabeza.

–No está loco –dices.

Mark se recompone.

–Bueno, puede tener algún problema, un trauma o algo. Igual es impotente. O quizá tiene algún defecto físico que le avergüenza mucho. O es –baja la voz– marica y no lo reconoce.

Te quedas pensando. ¿Por qué no? Aunque no crees que sea gay, has leído el deseo en sus ojos muchas veces. Echas otro trago de champán.

–¿Por qué lo hiciste? –sueñas a bocajarro.

Mark cierra los ojos y, cuando los abre, vuelven a mirar las olitas que ondulan la superficie. Los levanta hacia ti como lo haría un perro al amo cruel que le está golpeando.

–Ya te lo dije. Porque soy un gilipollas. Cuando crees que tienes algo, no lo valoras. Solo me di cuenta cuando lo perdí. Y fue rápido; esa misma noche le dije a Virginia que lo dejábamos.

–¿Os habíais acostado muchas veces?

Duda.

–Varias.

Asientes. Sabes que fueron más que “varias”.

–¿Desde cuándo? ¿Cuándo fue la primera vez que os liasteis?

–¿Para qué quieres saber eso? Solo nos hace sufrir. A ambos.

–¿Desde cuándo?

Mark resopla y baja los ojos, avergonzado.

–Desde hace unos meses. Desde aquel partido España–Italia al que no quisiste venir.

–¿Dónde?

–En su casa. Me dijo que la acompañara hasta el portal...

Te paras. Es verdad, esto solo te hace sufrir.

–¿Quién ganó?

–Nadie.

–¿Fue un empate?

–En realidad perdió todo el mundo.

Levanta la vista y la clava de nuevo en tus ojos. De pronto se acerca y te da un beso. No te ha dado tiempo a reaccionar.

Se queda mirándote, a la espera. Está preparado para un bofetón o un

insulto. Pero, para tu propia sorpresa, no es esa tu reacción.

–No lo vuelvas a hacer. A nadie. No tienes derecho a hacer sufrir de esa manera.

Mark asiente. Vuelve a mirarte con esos ojos de perrito apaleado. Apuras la copa de champán, la arrojas fuera de la piscina y clavas tu mirada en la suya. Invitándole. Has hecho el amor con completos desconocidos, ¿por qué no lo vas a hacer con un amigo?

Os besáis. Apasionadamente, desesperadamente, como en los primeros tiempos. Como cuando aquellos labios sabían a futuro y a aventura. Como cuando teníais que demostrar lo mucho que sabíais de sexo, aunque solo lo hubierais visto en películas. Como cuando pedíais permiso para avanzar un centímetro más en la piel del otro.

Ahora no necesitáis permiso.

Los labios de Mark te devoran, y tú le devoras a él. Sabe a champán y a lujuria. Le deseas como nunca. Es a la vez un hombre nuevo y un viejo conocido; como volver a casa después de un largo exilio. Enlazas tus piernas con las suyas. Hacía tanto tiempo que no sentías correr la electricidad por tu cuerpo con él...

Sus manos recorren las zonas desnudas de tu piel erizándote cada vello. Pero pronto necesitan más. Se meten bajo tu bañador, abrazan tu cintura. Tú también quieres más. Te sientas sobre él para que lleguen más lejos. Te acarician el culo, te oprimen contra el bulto de su bañador.

–Ejem...

El chico simpático, con vuestras copas vacías en la mano, os observa desde el borde de la piscina. Y no es el único. Las otras dos parejas gays que la comparten con vosotros os miran con sonrisas entre divertidas y lujuriosas. Estás segura de que, si se lo hubierais propuesto, se habrían apuntado a una fiesta multitudinaria.

Pero Mark es solo tuyo. Le haces un gesto y salís de la piscina. Camináis hacia el vestuario, tan entrelazados que tropezáis continuamente. Echáis un vistazo alrededor y os coláis en el de chicas. Te quitas el gorro y Mark hunde sus dedos en tu pelo y su lengua en tu boca. Necesita estar más cerca de ti. Dentro de ti, fundirse contigo. Os quitáis a tirones la ropa mojada. Mark se embelesa ante la vista de tus pechos desnudos. Los acaricia, los aprieta, se los lleva a la boca y los devora con pasión. Tú le agarras el pene y lo sacudes arriba y abajo. Él enloquece: lleva sus manos a tus nalgas, las

separa y te acaricia el sexo con fuerza. Está muy húmedo, y no es por el agua de la piscina.

Te levanta en vilo y hunde su miembro en ti.

–¡Aaahhhh!

Te estruja contra la pared. Quiere llegar más dentro, y tú también quieres que llegue. Notas fugazmente el frío de los azulejos contra tu espalda, el olor a humedad que impregna su piel, el calor de su lengua. Pero todo cede ante el placer irrefrenable que brota como una fuente y va aumentando hasta desbordarte.

–¡AAAAAaaaaaaaaahhhhhhhh!

–¡AAAAAHHHH!

¡TOC, TOC, TOC! Alguien golpea la puerta, pero no le hacéis caso. Seguíis moviéndoos, empujando, recibiendo, arañando, hasta que el placer va diluyéndose y, poco a poco, siendo reemplazado por la realidad. Vuelves a sentir los azulejos clavados en tu espalda, la humedad caliente del vestuario y la que se desliza por tu muslo.

No dejáis de besaros mientras él sale de ti sin separarse un milímetro de tu piel.

–La echaba tanto de menos –dice recorriéndola con sus labios dulcemente–. Su calor, su olor. Su sabor.

Te lame el cuello. Lo besa con labios carnosos, que avanzan hasta llegar a tu boca.

¡TOC, TOC, TOC!

Os miráis conteniendo la risa.

–Mierda, mi ropa está en el otro vestuario –dice Mark–. A ver qué cara pone el chico.

–Toma, mi toalla. Tápate.

Mark se la lleva al rostro y aspira su aroma antes de echársela por los hombros, ponerse el bañador torcido y salir con un “¡Anda, si este es el de mujeres!”.

Tú te quedas dentro. Te sientas en el banco de madera, envuelta en la toalla de Mark. También te la llevas al rostro. Has tomado la costumbre de autoanalizarte, y eso es lo que haces sin pensarlo.

“¿Qué siento?”.

“Alegría. Serenidad. Paz”, te sorprendes respondiendo. ¿No era eso lo que buscabas?

Pero ¿y Víctor? “Emoción, excitación... Ansiedad. Confusión. Frustración”.

“Mierda”.

–He tomado una decisión.

Víctor y tú estáis sentados en una terraza, esperando a que os sirvan su “famoso *frappé* de café”. En lugar de responder hace un gesto con la cabeza, invitándote a continuar. Tú respiras antes de hacerlo.

–Dejo el *coach*.

Víctor te mira. No percibes reacción alguna en sus ojos. Demasiado frío, sabes que se está controlando.

–¿Por qué?

–Porque... –bajas la vista y la vuelves a alzar, con decisión– ya he encontrado lo que buscaba.

Llega la camarera y, sonriente, os sirve dos grandes vasos de *frappé* de café con una barrita de chocolate negro y una hoja de menta. El calor empaña el cristal en grandes gotas, haciéndolo parecer aún más refrescante.

–Que os guste –dice amable.

Víctor espera a que se aleje antes de responder.

–¿Y qué era?

–Al principio creía que era la felicidad. Ya sabes, sentirme bien todo el rato. Pero en realidad no era eso –te enderezas en el asiento–. Era fuerza. Fuerza para afrontar lo bueno y lo malo, para aceptar lo que viniera y tomar mis propias decisiones sin dejarme atenuar por el miedo.

Te quedas mirándole, esperando su respuesta. Pero él se toma su tiempo; sorbe un trago de café y se lleva la barrita de chocolate a la boca.

–Como esta.

–Eso es –dices reclinándote de nuevo en el asiento–. Una decisión como esta. Tuve muchas dudas antes de tomarla, pero hice lo que me enseñaste: pensaba en cada una de las posibilidades y analizaba la emoción que me despertaban. La mayoría de ellas estaban inspiradas por el miedo o la ambición. Las fui descartando, y al final supe lo que tenía que hacer.

–Dejar el *coach*.

Asientes.

Os quedáis en silencio unos segundos que se hacen eternos. No

adivinas qué es lo que está pasando por la cabeza de Víctor, se muestra tan hermético como siempre. Más aún. Frunce un poco el ceño antes de responder.

–En realidad era yo el que no estaba preparado.

–¿Cómo?

–No estaba preparado para iniciar el *coach*, y ahora no estoy preparado para dejarlo. Pero es cosa mía –dice, alzando una mano al ver que vas a protestar–. Debí saber que iba a ocurrir esto.

–Lo siento. Me has ayudado mucho.

Coges tu bolso.

–Dime cuánto te debo –te sorprende lo frías que suenan tus palabras. Parece como si te dirigieras a un electricista. O a un gigoló.

Víctor alza las cejas y, de pronto, se echa a reír.

–Es lo justo –insistes–. Tú has gastado dinero, tengo que devolvértelo.

–No. Ese no era el trato. “El diez por ciento de lo que aumentes tu patrimonio dentro de dos años”. Así que date un tiempo. Esa fuerza que has encontrado te hará conseguir nuevas metas. Así –dice sonriendo– ganaré mucho más dinero. No cejes. Hazlo por mí.

–Bien. Te llamaré.

Te mira a los ojos. Están ¿tristes?

–Te esperaré.

–Cariño ¿qué te pasa?

El teléfono se te ha caído de las manos. Te tapas la cara e intentas llorar, pero las lágrimas no te salen. Es demasiado terrible.

Mark recoge el teléfono del suelo.

–¿Carla? ¡Carla! ¿Qué es lo que pasa?

Mark asiente mientras escucha lo que Carla le cuenta. Se va poniendo cada vez más serio.

–Bien, muchas gracias. No hay nada que podamos hacer ¿verdad? – pausa– Vale, nos veremos. Te dejo, Ruth está muy afectada –pausa–. No te preocupes, no pasa nada.

Mark pulsa el botón rojo y te mira. Duda un instante antes de pasarte el brazo por el hombro.

–Lo siento. ¿Era muy amigo tuyo?

Asientes sin quitarte las manos de la cara. “Era”.

–¿Quién era Víctor? ¿Por qué nunca había oído hablar de él? –su voz, aunque controlada, tiene un deje de celos.

–Un compañero del trabajo. Aunque se fue de la empresa, seguíamos siendo amigos.

Mark asiente. Le gustaría saber más sobre él, interrogarte hasta sonsacarte toda la verdad, pero a la vez prefiere ignorarlo.

–No te convienen estos disgustos. Por ella.

Te besa la mejilla a la vez que lleva una mano a tu barriga. Como si supiera que estáis hablando de ella, Andrea te da una patadita. Mark lo nota, sonrío y te vuelve a besar.

–Voy a descansar un momento ¿vale? –dices.

–Claro, cariño. Yo acabo con esto.

Caminas hacia tu habitación. De pronto necesitas tumbarte en la cama. Pero, antes de hacerlo, abres tu armario, hurgas detrás de tu ropa y sacas una carpeta.

Dentro hay varios papeles, un cuadernillo y tres pulseras. Sacas los papeles y despliegas uno de ellos. Se titula “Mi camino” y contiene varios dibujos hechos por ti. El último de todos te representa a ti misma dedicándote a la pintura, viviendo en el campo junto a un hombre y vuestros tres hijos.

Miras al hombre. Cabello negro ondulado, traje... Definitivamente, no es Mark. Respiras hondo y miras a tu alrededor: sigues viviendo en tu piso de siempre y trabajando en el mismo lugar. Aquel camino que trazaste en tu imaginación se quedó ahí, en tu imaginación. Y ahora un terremoto lo ha partido en dos y ha hecho que termine en un precipicio.

–¡Ah!

Andrea vuelve a darte una patadita, parece saber que estás triste. La acaricias a través de tu piel.

La vida continúa.

FIN

Vuelve a [DE PICNIC](#).

LLAMAS A CARLA

Un tono... dos... tres... Si salta el contestador pulsarás el botón rojo al instante. Con rabia. Odias los contestadores. Nunca has sido buena para las exposiciones orales y menos así, sin preparación. Echas un trago de agua para aclarar tu garganta.

–¿¡Ruth!? ¿Cómo estás, cariño?

La voz alegre de Carla te reconforta. Ella es la única a la que puedes contar tus preocupaciones actuales.

–Hola, Carla. Estoy bien... creo.

–Uy, uy, uy... Cuéntame. ¿Llamaste al número que te di?

Pausa.

–Sí... Llamé.

–¿Y bien? ¿Ya conoces el método? –pregunta, interesada.

–Sí.

–Aaahhh... ¿Has empezado?

–S... sí.

–¡Bravo! Solo con eso has dado un salto en tu vida, ¿eh?

–Mmmm... –asientes, dando un rápido repaso a tu situación actual–
Ya te digo.

Te callas, y Carla también hace una pausa, intentando adivinar lo que pasa por tu mente. Has sido tú la que ha llamado pero, en el momento de la verdad, no estás tan segura de querer contarlo todo.

–¿Y qué te parece Víctor? –pregunta Carla al fin.

Retuerces el mechón que te cuelga sobre el rostro.

–Ese es el problema.

Casi oyes como Carla se endereza en su silla.

–¿No te gusta? ¿Ha hecho algo que te haya molestado?

Niegas con la cabeza.

–No es eso. Es justamente... lo contrario.

Carla se echa a reír, con tantas ganas que tienes que separar el auricular de tu oído.

–¡Aaahhh, pillina! Ya decía yo... Si es un encanto.

–Ya, y encima le veo todos los días. Trabaja en mi empresa.

–¡No jodas! Vaya casualidad. Así que ahí ha estado escondido estos

años... –y, bajando un poco la voz– Entonces te lo estarás tirando a saco. Porque cómo folla ¿eh? Solo él es capaz de...

Fijas la mirada en el suelo, mientras retuerces con más ganas tu mechón. Carla nota la interrupción y se calla.

–Ahí está la cosa –dices tú–. Es lo que te iba a preguntar, si Víctor lo había hecho contigo, pero ya me has respondido.

De pronto te has desinflado. Está claro, simplemente no le gustas. Quizá sea algo en tu físico, o en tu forma de ser...

–¿¿¿Quééé??? –de pronto es Carla la que parece preocupada.

–¿Qué pasa? –preguntas mientras exploras el fondo de tu vaso.

–¿Víctor no lo ha hecho contigo?

–No. De momento he follado con cinco o seis desconocidos, con él delante. Pero Víctor no ha participado.

Carla parece anonadada.

–No... mierda... no...

–¿Qué? –dices levantando un poco la voz. Empiezas a estar harta de la situación.

Carla habla como quien está comunicando la muerte de un ser querido.

–Nada. Que Víctor... se ha enamorado de ti.

EN CASA DE CARLA

–¿Y cómo estás tan segura? –preguntas mientras sorbes por una pajita el batido natural que os ha traído Mía, la asistente de Carla. Sentadas en un sofá de mimbre frente a la piscina, continuáis la conversación que empezasteis por teléfono. Carla ha sido muy amable al invitarte. Has aprovechado para regalarle tres de tus cuadros, con lo que mentalmente has tachado otro de tus objetivos SMART.

–Quizá se ha casado. O es gay.

Carla se echa a reír, tan explosivamente que el trago de batido que tenía en la boca sale despedido a los cuatro vientos.

–¿Gay? –dice cuando la tos le permite articular palabra– Puede que esté abierto a muchos tipos de experiencias sexuales, pero las mujeres le gustan, te lo aseguro. Y no le considero el tipo de tío que se casa con nadie.

–¿Entonces? Puede que no le guste yo físicamente, eso es todo –respondes tú, molesta–. Y ¿quién te dice que no está llevando una docena de *coachings* ahora mismo?

Carla pone una mano sobre tu brazo. Recorre tu cuerpo con la mirada y después te mira a los ojos.

–Le gustas, créeme.

–Pues no entiendo nada.

Mía vuelve a aparecer por las enormes puertas correderas. Se acerca con su paso elegante y no habla hasta encontrarse a una distancia que le permite hablar en un tono bajo.

–El señor Foguer está en la puerta. ¿Le hago pasar?

Tú das un brinco en el sofá. Carla se echa a reír de nuevo.

–Sí, por favor –dice al instante–. Y llévate el batido de Ruth. Estoy sola.

No sabes dónde meterte. Mientras Mía recoge tus cosas, tú miras a Carla con los ojos como el posavasos.

–¿Qué hago? –dices en cuanto Mía se va– ¿Estás loca? ¿Por qué no me has dicho nada?

–Calma, por fin nos vamos a enterar de qué es lo que pasa. Escóndete detrás de ese arbusto –dice señalando la frondosa azalea que crece junto al sofá.

–¿Quééé? Ni hablar. A Víctor no le gustaría que le espicara. Se cabrearía muchísimo.

–¡Déjate de pamplinas! En el amor y en la guerra, todo vale. Y no tiene por qué enterarse.

–Joder, joder, joder –murmuras mientras te escondes tras el arbusto.

–¡Toma! –te dice Carla lanzándote un cojín– Lo necesitarás.

Carla recoloca el resto de los cojines del sofá. Echa una mirada alrededor y, satisfecha, retoma su batido de frutas.

Tú, de rodillas detrás del arbusto, no ves nada. Aguzas el oído. Tampoco se oye nada. Solo los pajaritos que habitan el jardín. Estás a punto de preguntar a Carla pero, en eso, te parece escuchar la puerta corredera a lo lejos. Un crujido en el mimbre te indica que Carla se ha puesto en pie.

–¡Carla! Me alegro mucho de verte –dice Víctor.

–Y yo, Víctor... Maestro.

Se hace el silencio. Demasiado prolongado. ¿Se estarán besando?

–Siéntate, por favor –invita Carla por fin– ¿Un batido?

–Veo que sigues manteniendo tus costumbres alimenticias. Eso está bien.

–¡Ja, ja, ja! ¿Crees que esta figura puede salir de una barbacoa? Todo esto me lo enseñaste tú ¿recuerdas? Cuando me conociste era un desastre, pasto de hamburgueserías y kebabs.

–Es verdad. Y, aún así, eras una belleza... Pero has mejorado.

No puedes evitar sentir un ramalazo de celos. ¡Están coqueteando en tus narices! Esperas que Carla corte por lo sano.

–Tú sigues estando muy apetecible– responde ella, en cambio–. Más que este batido.

De nuevo silencio. ¡Seguro que se están besando! Esto es demasiado. Vas a levantarte. Pero, de pronto, continúan hablando.

–¿Por qué me has llamado? –pregunta Víctor.

–No es por mí, es por una amiga.

–Ya. Ruth.

Escuchar tu nombre en sus labios te eriza el vello de la nuca.

–¿Qué pasa con ella? –continúa Víctor.

–Está enamorada de ti.

Los ojos se te van a salir de las órbitas. Te pones roja como un tomate y encoges la cabeza entre los hombros. ¿Qué está haciendo Carla?

–Lo sé –responde Víctor–. Ha sido fallo mío.

–Todas estuvimos locas por ti en un momento u otro, pero creo que Ruth está colgada.

Silencio.

–Tengo que cortar el tratamiento –dice Víctor al fin. Y tú crees oír el suelo resquebrajándose bajo tus pies.

–Pero ¿por qué no follas con ella? ¿Qué ocurre?

Silencio.

–Pídeme uno de esos batidos, por favor –contesta Víctor.

Escuchas de nuevo el crujir del mimbre. Se han sentado. La voz de Víctor retoma el relato.

–Nunca le he contado esto a nadie, Carla. Es algo muy íntimo. Pero ya me pesa demasiado.

Tú aguzas el oído.

–Todos tenemos un maestro –continúa Víctor–. La mía se llamaba Elena. O Elena. Era una mujer increíble. Tenía una visión de la vida diferente de todos los demás. Trascendental, y a la vez mundana. Como su visión del sexo. Creía firmemente que a través de él se podía llegar a rozar la espiritualidad. Me enseñó todo –casi puedes ver a Carla asintiendo, interesada–. Aunque yo no lo aprendí todo. Creo que nunca llegué a captar la esencia, ni llegué a aceptar que ella lo practicara con otros hombres. Todo porque estaba enamorado. Perdidamente.

De nuevo los celos te atenazan. ¿Quién es esa Elena? Está claro que es la razón para que Víctor no se quiera acercar a ti.

–Pero Elena murió.

El corazón se te para.

–Un accidente –continúa Víctor–. Se electrocutó. Yo estaba con ella. Fue... lo peor que me ha ocurrido en la vida. Y lo más gracioso... es que ni siquiera sé si ella me quería.

Silencio. Te entran ganas de salir de tu escondite y abrazarle. Quizá sea eso lo que está haciendo Carla.

–Utilicé sus enseñanzas para curarme a mí mismo, y a otras personas. Es cuando más aprendí; cuando lo había perdido todo. Y es cuando te conocí.

–Lo hiciste muy bien.

–Gracias, Carla, me alegro de verdad. El ayúdaros me hacía mucho bien. Pero también dolía. El tuyo fue de los últimos tratamientos, después me

retiré.

–¿Y por qué aceptaste a Ruth?

Te inclinas aún más hacia delante, con toda la atención puesta en tus oídos.

–Porque necesitaba en serio mi ayuda... Y porque creí que sería sencillo no enamorarme de ella.

El corazón te da un salto en el pecho. Está a punto de estallar de alegría. Las lágrimas brotan de tus ojos y te llevas una mano a la boca para no gemir. Esas eran las palabras que estabas esperando. No lo sabías hasta ese instante, pero eran exactamente esas. Las que soñabas por las noches. Las que te susurraba la brisa, haciendo que te girases para ver quién las había pronunciado. Las que te volvían loca.

–Te voy a pedir algo –continúa Víctor–: no se lo cuentes, por favor. Quiero explicárselo yo mismo.

–Esto... creo que no va a hacer falta.

Escuchas el crujir del mimbre; rápidamente te frotas los párpados y te pones en pie. De pronto eres consciente de cómo te duelen las rodillas.

Carla y Víctor aparecen rodeando la azalea. Víctor abre mucho los ojos, mirándoos a ambas.

–Así que me he desnudado para dos –dice–. Sabía que te ibas a enterar, pero no tan rápido. Ni así.

–Fue idea mía –se apresura a explicar Carla–. Ella tampoco sabía que tú estarías aquí.

–Maquiavelo a tu lado sería un aprendiz.

–Lo siento –dice Carla encogiendo los hombros–. Mejor yo os dejo solos ¿eh?

Y, sin daros tiempo a replicar, se marcha hacia la casa a toda prisa.

Tú no sabes qué decir.

–Lo siento, de verdad. Ha sido una chiquillada. Una encerrona.

Víctor te observa en silencio hasta que, por fin, respira muy hondo y baja los hombros.

–¿Damos una vuelta? –dice, señalando con un ademán el inmenso jardín.

Asientes. Cualquier cosa para romper una situación tan tensa. Esperas no haberla fastidiado tan pronto.

Camináis callados por el impecable césped hasta alcanzar el

bosquecillo. Allí os sentís más a salvo de miradas y oídos indiscretos.

–Bueno –dice Víctor internándose entre los árboles–, ahora sabes por qué me he comportado como un gilipollas.

Te sale una sonrisa.

–Solo a ratos.

Él sonríe también. Una sonrisa tímida.

–Me alegro. No soy así, de verdad. O –una nube gris cruza su rostro–, al menos, no *era* así.

Se detiene y se gira hacia ti.

–Todavía no lo he superado, Ruth. Lo siento. Me gustaría poder entregarme cien por cien. Sin más. Pero no consigo pasar página por más que lo intento –dice sacudiendo la cabeza–. Supongo que yo también necesito un *coaching*. Más que nadie.

Tú te acercas a él. Muy despacio, como quien se aproxima a un animal salvaje y herido. Le tiendes la mano y acaricias suavemente sus dedos. Su calor se propaga al instante por todo tu cuerpo.

–Deja que yo sea tu *coach* esta vez.

Te pegas más aún a él.

–No quiero hacerte daño –dice Víctor, mirándote a los ojos.

–Dices que te has... enamorado. Quizá eso sea el principio de la recuperación, ¿no?

Víctor asiente. Tú te pierdes en el fondo de sus pupilas. Vuestros labios están tan cerca que casi se rozan al hablar.

–¿Y ahora qué, *coach*? –susurra Víctor.

–Ahora, esto –dices posando tus labios en los suyos. Leves, apenas una caricia.

Os miráis. Un nuevo brillo ha aparecido en sus ojos. Ahora es él el que te besa. Un beso ávido, desesperado; demasiado tiempo soportando el deseo. Sientes su sabor, su calor. La humedad de su boca mezclándose con la tuya. Le respiras. Su aroma te envuelve, te hipnotiza. Cierras los ojos y dejas que sus dedos se enreden en tu pelo, que acaricien tu nuca acercándose aún más a él.

Vuestros cuerpos se pegan. Se os hace insoportable la distancia. Vuestras manos no abarcan al otro, le quieren tocar entero para asegurarse de que es real. Abres más la boca; necesitas sentirle dentro de ti, fundirte con él. Notas su dureza y te aprietas contra ella. Él lleva las manos a tu culo para

juntaros más aún.

No recuerdas haber sentido nunca tanto deseo. Te aferras a su pecho, atravesarías la tela de la camisa con tus uñas. Apenas aciertas con los botones. Él te quita la camiseta. Te pegas a él y el calor de su piel te traspasa.

Has soñado muchas veces con aquel momento, ahora lo sabes.

Os miráis lo justo para comprobar que es real. Acaricias su torso desnudo, lo besas. Él te quita el sostén y hace lo mismo con el tuyo. Sus labios y su lengua lo recorren sin olvidarse un rincón. Tu cuerpo responde por sí solo. Cierras los ojos y se te escapa un gemido.

Os devoráis la boca, vuestras lenguas parecen batirse en duelo a muerte. Vuestras manos se vuelven torpes cuando se separan del cuerpo del otro, pero al fin los botones de los vaqueros ceden.

Sientes las manos de Víctor de nuevo en tu culo, pero esta vez bajo las bragas. Sus dedos arden. Como tú. Deseas que avancen, que se hundan en tu volcán para intentar apagarlo. Ellos te obedecen sin palabras. Te abres. Jadeas cuando se sumergen en tu humedad y acarician el centro de tu placer, la puerta al más allá.

No hay marcha atrás.

Sin separar vuestras bocas, os quitáis los pantalones y los arrojáis lejos. Vuestros cuerpos se pegan, vuestras manos buscan al otro con ansia. Las tuyas exploran bajo la única tela que queda. Acaricias la forma grande y nudosa, y a la vez suave y delicada. Víctor suelta un gemido ronco. Y jadea como un animal cuando tú comienzas a deslizar tus dedos arriba y abajo.

–Llevo un condón en el bolsillo –susurra, sin aliento.

Tú abres más los ojos y, con la mirada vidriosa por el deseo, contestas:

–No hace falta.

Es como si hubieras desencadenado un huracán. Víctor te baja las bragas y te eleva en el aire. Tú abres las piernas y las enroscas alrededor de su cintura. Al instante sientes el contacto de su glándula contra tus labios en flor, separándolos. Tu sexo está tan húmedo que crees que apenas lo notarás al entrar. Pero no es así.

Víctor te apoya en el suave tronco de un gran álamo y deja que tu propio peso lo vaya introduciendo, abriéndose hueco hasta dejarte ensartada, indefensa. Echas el aire. Jamás has sentido tanto placer.

Le besas. Le tragas. Le lames.

Desplazas las caderas. Tu peso sigue introduciendo ese miembro descomunal. Más adentro, más adentro... Sientes que te vas a desgarrar. Pero quieres más. En esa postura apenas te puedes mover.

Entonces sus brazos te elevan en el aire como si fueras de papel y camina sin salirse de ti, besándote con ansia. Tu boca se abre como todo su ser se ha abierto para él. Su lengua se traba con la tuya en otro abrazo.

Se sienta en un viejo tocón, contigo encajada. Con las manos ya libres, recorre tu espalda, acaricia tu culo, mientras chupa y muerde tus pezones duros como balas.

Te ha cedido el control. Le tienes entero para ti.

Cierras los ojos, dispuesta a sentir. La escalada hacia el clímax ha comenzado.

Mueves las caderas adelante y atrás. Sientes la presión muy dentro, muy fuerte. “Más rápido, más...”. Tus movimientos se aceleran, las aletas de tu nariz se ensanchan, tu respiración se convierte en un jadeo. Curvas aún más la espalda y sacudes la cabeza a un lado y a otro, sin poder ya contener lo que se avecina. Aprietas los ojos y, abriendo la boca, te corres entre convulsiones y gemidos desesperados. Es un orgasmo salvaje, animal. Te vacías. Una y otra vez. No puedes parar las descargas eléctricas que te sacuden. Víctor sigue moviéndose en tu interior, y la sensación continúa mientras cada punto de tu sexo llega a un nuevo clímax.

“Dios, ¿¿qué me está haciendo??”.

Abres los ojos, agotada, y te encuentras su mirada triunfante y aún febril.

Ha llegado la hora de la venganza.

Sin separar tus ojos de los suyos, acercas más aún tus pezones a sus labios y aceleras. Arriba y abajo, con ímpetu. Notas como su miembro entra y sale de ti en toda su longitud. Lo machacas, lo castigas. Víctor se muerde los labios. Ahora eres tú la jefa. Le tienes a tu merced.

Te detienes.

Víctor abre mucho los ojos.

—No, por favor...

Está a punto de llegar al clímax. Se mueve lo poco que puede, solo necesita unas embestidas más...

—Esto por Ismael.

Vuelves a moverte, voluptuosa. Él abre la boca. De nuevo se acerca el

clímax.

Te detienes.

–Eres...

Llevas un dedo a sus labios. Él te lo chupa.

–Esto por hacerme follar con cuatro desconocidos mientras tú solo mirabas.

Despacio, vuelves a arrancar. Poco a poco coges ritmo, usas la fuerza de tus piernas para meter y sacar su miembro de ti, desde la punta hasta lo más hondo de tu ser. Aceleras. Aprietas.

Coges su barbilla con la mano y le obligas a mirarte.

–Y esto por volverme loca de placer.

No dejas de mirarle a los ojos mientras él lanza un gruñido, alto y fuerte, que resuena en el silencio del bosque.

Mientras, en la sala de control de seguridad, Carla no separa los ojos de una de las pantallas. Se ha quitado las bragas, le estorban. Su mano se pierde bajo el elegante vestido. Tiene los labios entreabiertos y la mirada le arde en deseo. Solo se escucha el zumbido de los monitores y su respiración, cada vez más acelerada.

Su mano libre tantea a ciegas hasta dar con el botón adecuado. Se enciende la lucecita verde junto al micrófono. Su voz suena ronca cuando habla.

–Nacho, ven a la sala de control. Ahora.

EL ARCHIVO

–Estoy nerviosa –dices mientras Víctor recoge su portátil y se dispone a salir contigo. Esperas que te coja la mano, te toque, o algo. Pero no lo hace.

Estáis en su despacho, habéis hecho un pequeño repaso antes de la presentación de los resultados de la primera fase a tu departamento.

–Es normal –responde–. Pero ya sabes lo que tienes que hacer ¿no?

Respiras. Es verdad, ya se te había olvidado.

–Posturas de poder.

–Vale.

Víctor se sitúa frente a ti. Yergue la espalda, levanta el mentón, echa los hombros atrás y pone los brazos en jarras. Tú le imitas, como si fueses un espejo. Te hace gracia, te recuerda al coronel del sombrero vaquero en esa escena de *Apocalypse Now*, inmutable mientras caen los obuses a su alrededor. Pero lo mejor es que, al cabo de un rato, te sientes como él. Invulnerable.

–¿Mejor? –pregunta Víctor.

–Mejor.

–Una cosa, antes de bajar –dice él, extrayendo un objeto del bolsillo de su chaqueta–. El siguiente ejercicio.

–¿Qué es? –preguntas, observándolo con curiosidad. Parece una cápsula del tamaño de un pulgar.

–Un vibrador.

–¿Cómo? ¿Tan... pequeño?

–¡Ja, ja, ja! Sí, es para que lo lleves puesto. Funciona a través de esta *app*.

–No será tuya también.

–No, esta no. Cada vibrador lleva una clave y, si la conoces, lo puedes hacer funcionar a distancia.

–No me digas.

–Sí te digo. Por supuesto, yo la conozco. Y tú –sonrisa traviesa–, también la sabrás.

–Vaya, vaya. ¿Y cuál es la finalidad del ejercicio?

–Ya veo que vas aprendiendo el método. Esta vez se trata de que vayas tomando conciencia de tu yo interior.

–Ya –dices, sosteniendo el vibrador en alto–, interior. ¿Y qué tengo que hacer?

–Fácil; ponértelo y esperar. Yo lo haré funcionar en distintos momentos. Cada vez que vibre debes anotar tres cosas: cómo te encuentras a nivel físico (en qué postura estás, si tienes alguna molestia, etcétera), a nivel mental (en qué piensas) y a nivel emocional (cómo te sientes). Es para que compruebes cómo nuestro cuerpo y mente funcionan la mayor parte del tiempo en automático, sin que nosotros los contremos. ¿Qué te parece?

Das vueltas al artilugio entre los dedos.

–Me gusta –dices levantando la vista hasta encontrarte con sus ojos–. Así es como estar contigo cuando no estoy contigo.

Él evita tu mirada. ¿Por qué? ¿Se arrepiente de lo que ocurrió entre vosotros? Quizá necesita tiempo.

–Algo así –dice, esquivo–. ¿Vamos a la presentación?

–Vamos.

Cuando llegáis a tu planta, ya están todos esperándoos en la sala de reuniones. Han sido más que puntuales.

Mientras Víctor conecta el portátil al proyector, suelta su perorata. Él es mucho más experto que tú en eso. Respiras hondo y observas a tu auditorio. Felipe asiente a las palabras de Víctor, pero su actitud rezuma escepticismo. No cree en el trabajo que estáis haciendo, lo acepta porque son órdenes directas de Hidalgo pero, en cuanto expongáis las conclusiones, las enterrará en el cajón más oscuro y no volverá a acordarse de ellas. Y estará feliz de recuperar cien por cien a sus chicas.

Nina sonrío. Una sonrisa de serpiente, agazapada, la espalda erguida, impaciente, esperando el más mínimo fallo vuestro para morder y soltar su veneno.

El resto fingen interés en el contenido de la charla, pero en realidad solo les atrae el morbo del duelo entre Nina y tú. Pueden saltar chispas.

Te pones en pie. Víctor avanza la diapositiva. Aparece un intrincado flujograma que tú conoces bien.

–Bueno... –comienzas– La primera fase del proyecto consistió en representar nuestros procesos actuales. Y estos serían ¿veis? Por ejemplo, en el de recepción, tenemos varios casos...

Tu explicación transcurre mejor de lo que creías. Al principio algo dubitativa, pero poco a poco vas tomando confianza y las palabras fluyen sin

dificultad. Conoces bien la materia.

–... Y con esto ahorraríamos dos pasos en el proceso –terminas–, que ya sabéis que nos provocan retrasos de más de una semana si nos descuidamos un poco.

Aguardas la reacción de tu jefe y tus compañeras. Nina no tarda en intervenir.

–¿Pero están de acuerdo los de Administración? Porque son ellos los que lo piden. A ver si *vais* a meter la pata.

–Está acordado con ellos –respondes mirando a Víctor–. En realidad no usan el documento para nada, simplemente lo archivan. Pero como nosotros ya lo hacemos, no es necesaria una nueva copia de seguridad.

–Ya, eso era lo otro que os iba a decir: se os ha olvidado una parte del proceso ¿no? –Nina observa con evidente satisfacción tu rostro de incertidumbre–: el archivado.

Palideces. Es cierto. Se te ha olvidado representar el proceso de archivado. Solo se hace una vez al año, pero es importante. Obligatorio por ley, y responsabilidad de tu departamento.

–Es verdad, faltaría añadirlo –admites.

–Perfecto –interviene Víctor–, para eso están estas puestas en común. Sería aquí, tras esta fase del proceso ¿no?

–Exacto –afirma Nina con superioridad–, es básico.

–Muy bien, ¿solo eso? –pregunta Víctor– La verdad es que tenéis muchos procesos, y son complicados, pero ahora van a serlo un poco menos. Muchas gracias por vuestra atención. Os volveremos a avisar en breve.

Mientras Víctor apaga el proyector y recoge el portátil y los demás van saliendo de la sala, tú te acercas y le hablas en voz baja.

–Maldita sea, qué rabia me da que esta gilipollas nos haya pillado.

–Déjala, estos pequeños triunfos la mantienen inofensiva. Mientras está henchida de orgullo sus golpes son más flojos. ¿Qué es eso del archivado?

–Por ley, tenemos que guardar registro en papel de toda la documentación de la intervención durante cinco años.

–No fastidies. Como en el Archivo de Indias.

–Ya te digo, antediluviano, ¿no? Pues es así. Vamos almacenando la documentación en estos estantes –dices señalando al pasar unas baldas con carpetas A–Z– y, al final del año, las bajamos al archivo. Allí, despejamos la

parte que ha cumplido los cinco años y vamos rellenando con la nueva.

–¿Dónde está el archivo ese? Tiene que ser grande.

–En el sótano. ¿Nunca has estado?

Víctor niega con la cabeza. Una idea muy loca cruza por la tuya.

–¿Quieres verlo? –dices mirándole a los ojos.

Víctor duda un instante, pero finalmente asiente.

–Un momento –dices, dirigiéndote a tu mesa. Te aseguras de que las demás ya se han ido a tomar café. Sacas algo de tu cajón y haces una seña a Víctor para que te siga.

Entráis al ascensor. Pulsas el botón “–1”. Sonríes al ver el rostro expectante de Víctor.

–Creía que aquí solo había una sala de calderas o algo así.

El ascensor se detiene. La puerta se abre demasiado bruscamente. El sótano. Solo se ve hasta donde llega la luz de la cabina. Más allá la estancia está sumida en la penumbra.

–¿Seguro que es aquí?

Asientes en silencio. Sales del ascensor y Víctor te sigue, echando una última mirada atrás.

–¿No hay... no hay luz?

La puerta del ascensor se cierra.

–¿Ruth?

Al principio Víctor no ve nada, luego se percata de que la oscuridad no es total. Hay luces de emergencia diseminadas por el pasillo. Las justas para no tropezar. Aunque ahora que sus ojos empiezan a acostumbrarse a la oscuridad, es capaz incluso de distinguir siluetas. Una de ellas se mueve.

–¡Vamos!

Víctor da un brinco.

–Te gusta asustar al auditorio ¿no?

Tu venganza ha comenzado.

–¿Siempre que bajáis al sótano es así? –pregunta– Yo dejaría las cosas sin archivar.

–La luz no funciona. No sé por qué. Ven conmigo.

Das unos pasos por el pasillo. Normalmente estarías asustada, pero esta vez no. Esta vez notas la presencia de Víctor, muy cerca. Escuchas su respiración, el rumor de su ropa. Le hueles.

Alguna glándula malévolamente inyecta hormonas en tu sangre como una

loca.

Pero disimulas.

–Cada año –dices con voz neutra, profesional– dedicamos varios días a destruir la documentación obsoleta y a recolocar la pendiente.

Sacas un manojito de llaves y te diriges a una puerta. Introduces una de ellas en la cerradura, pero antes de girarla te das media vuelta.

Víctor está tan cerca que, aun en la penumbra, distingues sus pupilas de su iris oscuro. Son tan grandes que podrías hundirte en ellas.

Le besas.

Víctor saborea tus labios, pero al cabo de unos segundos da un paso atrás.

–¿Aquí? ¿No habrá cámaras?

Sonríes, malévola. Te divierte ver que ahora es él el inseguro. Acercas de nuevo tus labios a los suyos y le besas aún más ardientemente.

Te separas de él para girarte y abrir la puerta. Tiras de Víctor hacia el interior y echas la llave. En la penumbra del interior se adivina una hilera de estanterías atestadas de carpetas. Huele a polvo y a papel.

–¿Me echas una mano? –preguntas, inocente.

–Sí, ¿con qué?

–Con esto –respondes, alzando un objeto brillante y ovalado, del tamaño de un pulgar.

De nuevo ves esa sonrisa libidinosa en el rostro de Víctor mientras asiente despacio.

–¿Café? –te sobresalta la voz de Nina. Llevas un rato meneando el ratón sin hacer nada realmente en la pantalla. No das pie con bola, no puedes concentrarte, absorta en tus propios pensamientos.

–¡Claro! –respondes lo más animada posible.

Justo eso es lo que necesitas. Un rato de charla banal con las pécoras de tus compis. Si eso no te distrae, nada lo hará. Una a una, todas se levantan y dirigen sus pasos en procesión a la máquina de café, el punto de reunión, el altar.

Por el camino Nina suelta en plan confidencial:

–Me he enterado de una cosa...

Todas la miran con ojos ávidos. Pero ella hace un gesto negativo:

“Aquí no, esperad un momento”. Sabe crear expectación.

Cuando llegan a la máquina, todas la rodean al instante.

–¿De qué? ¿De qué?

Nina aguanta un instante recorriendo con la vista a cada una de sus compañeras.

–Rollito...

Te da un vuelco el corazón. Sientes que los colores te suben y la respiración se te detiene.

–¿Quién? ¿Quién?

–¿No se os ocurre nadie? –pregunta, y parece que te mira un instante más de lo necesario. Tú sigues sin respirar.

Todas hacen gestos negativos con la cabeza.

–Sara y... ¡Carlos!

Mientras las demás abren mucho los ojos y lanzan exclamaciones de sorpresa, tú sueltas el aire, cuidando de no hacer ruido. Nina es muy observadora, y no sabes si ya has metido la pata. Así que decides participar del cotilleo como la que más.

–¿Pero él no está casado?

–No, se divorció. Por un problema con el alcohol, el pobre. Pero ya lo ha superado, creo.

–Ah, por eso engordó.

–Pues ella es muy... –te interrumpes, con un sobresalto. Sientes un fuerte hormigueo, algo se mueve ahí... dentro. Al principio piensas en un insecto, hasta que te acuerdas del vibrador.

Todas te están mirando.

–Muy... mona –terminas la frase.

–Bueno, ahora ha echado un poco de culo, pero es guapilla de cara.

–Hombre, con todo lo que se maquilla... –continúan tus compañeras destripando a la pareja.

Tú, a tu pesar, te estás excitando. No tanto por la sensación física, sino por saber que Víctor está al otro lado, pensando en ti.

–En fin, que sean muy felices –dices intentando concluir la charla. Las demás echan a andar contigo hacia la oficina. Quieres meterte en el baño, vas a anunciarlo cuando la vibración cesa. ¡Maldita sea!

Con algo de decepción, vuelves a tu sitio. “¿Qué era lo que tenía que anotar? Estado físico, mental y emocional”.

Tomas un papel y apuntas.

–“Estado físico: bueno. Todavía relajada. Postura algo encorvada, molestia en la espalda”.

Te yergues.

–“En qué pienso: en Sara y Carlos, a los que han pillado enrollados”.

–“Estado emocional: miedo”.

Miras con temor hacia la entrada de la oficina. Solo faltaba que apareciera Víctor por la puerta y te echara una sonrisa más insinuante de la cuenta, ahora que tienen el tema fresco...

De pronto aparece Víctor por la puerta. Y te sonrío. No solo eso, sino que camina hacia ti, ignorando por completo al resto de tus compañeras.

Te hundes en la silla. Te quieres morir. Ves las miradas que se cruzan entre ellas.

–Buenos días, Ruth.

–Buenos días.

–Iba a mandarte un correo, pero ya que pasaba por aquí... Que he hablado con tu jefe, y tenemos formación la semana que viene. El martes. Todo el día. Ven cómoda, va a ser al aire libre.

Te atragantas.

Miras a tus compañeras, que guardan un atento silencio.

–¿El martes? –acercas un par de carpetas que tienes sobre la mesa– Pues no sé si me dará tiempo. La próxima vez avisadme con más antelación, por favor.

–Tienes razón. Si quieres lo dejamos para la semana siguiente.

–¡No! No hace falta, ya que lo habéis concertado... Me pongo a la tarea y a ver si acabo.

–Muchas gracias, Ruth. Nos vemos.

Y se aleja, como si nada. Tú te enfrascas en la pantalla para que las demás no vean lo alterada que estás. Pero al instante notas una presencia a tu lado.

Nina.

–Te está metiendo mucha caña este, ¿no? –inicia la conversación en plan colega.

–Bueno, un poco, pero de momento lo llevo bien. Al menos cambio de la rutina.

–Claro, eso sí. ¿Sabes? –dice levantando la voz para que todos la

escuchen— Mejías me ha ofrecido participar en un proyecto de Calidad. Le he dicho que me lo pensaré, aquí tengo mogollón de curro.

—¿Ah, sí? Eso está muy bien. ¿Qué es, un grupo de trabajo?

Nina se recuesta un poco en tu mesa.

—No, solo él y yo.

Le lanzas una mirada escrutadora. Mejías tiene fama de acosador. Cree que su posición de poder atrae irremisiblemente a las mujeres que trabajan con él. Pero Nina no muestra la expresión de repugnancia que esperabas. Solo decisión. Y orgullo.

“Que le aproveche”.

—Pues bien, así avanzaréis más rápido. Pobre Felipe, le están quitando a sus chicas.

—Es lo que tiene tener el mejor equipo de la empresa —dice riéndose—. ¿Qué es esto?

Coge algo de tu mesa, algo que ni siquiera habías visto, tan concentrada estabas en la pantalla. Una pulsera verde.

Tienes el móvil en la mano. Siempre sientes la apremiante necesidad de enviar o leer algo cuando estás en el ascensor, donde no hay cobertura. Esta vez también. El mensaje ya está escrito: “¿Te apetece cenar conmigo esta noche?”. Apenas puedes esperar a que se abran las puertas y te encuentres en el descansillo de tu casa, con la señal a tope. Tu dedo planea sobre el botón de “enviar”, pero el hormigueo que sientes en el estómago te hace dudar. Es a la vez placentero y doloroso: nervios, emoción, excitación.

Sacas las llaves y abres la puerta.

“Qué narices”, piensas, y pulsas el botón.

Cierras la puerta y te quedas mirando a la pantalla como una tonta. Apenas respiras.

“¿La habré cagado?”.

Dos tics azules. ¡Lo ha leído!

“En línea... En línea...”.

“¿Por qué no responde?”.

Al fin. “Escribiendo...”.

Un nuevo globo aparece en tu pantalla. Su respuesta. Tu corazón se detiene.

–Lo siento, esta noche no puedo, tengo un compromiso.

“NO”. Las dos letras brillan rutilantes ante tus ojos. Tus hombros caen hasta el suelo. Piensas en insistir, proponerle que se pase por tu casa después, o lo que sea.

Pero no. Te lo ha dicho claramente. Sería inútil, y quedarías como una tonta. Debes mostrar un poco de orgullo.

–OK, mañana nos vemos.

–Perfecto. Que pases una buena tarde.

–Lo mismo te digo. Hasta mañana.

“Que pases una buena tarde”... ¿¿¿Eso es todo??? Por la mañana habéis follado en el archivo, jugándoos el puesto, con más morbo del que tú has sentido en tu vida. Y ahora “Que pases una buena tarde”. Puaj. “¿Y qué es ese compromiso que tiene? ¿Le da miedo quedarse a dormir en tu casa? ¿O es que hay otra tía?”.

Arrojas el móvil contra el sillón; casi cae al suelo de rebote. Te sientes engañada, idiota. Eso de que se ha enamorado de ti... ¡patrañas! ¿Será uno de esos charlatanes que se dedican a engatusar a chicas necesitadas?

Coges de nuevo el móvil. Buscas en la agenda y marcas el teléfono de Carla. Te salta el contestador.

Vuelves a arrojar el móvil contra el sillón.

Vas hacia tu cuarto quitándote la ropa a tirones. Te desabrochas el sostén y te pones del revés la camiseta de estar en casa.

Estás enfadada... Y algo más. También sientes tristeza. Lástima. De ti misma. Y... miedo. A la soledad. Ahora que creías que tenías a Víctor...

Sacudes la cabeza. Necesitas dejar de pensar, de sentir. Necesitas... Necesitas...

De pronto te encuentras frente al caballete. No sabes bien cómo has llegado ahí, pero ahí estás. Con un lienzo en blanco delante. Empuñas el pincel. Aplastas el bote de azul, el de negro, algo de blanco. Mezclas sin cuidado y te pones a pintar. Con fuerza.

Las líneas brotan del pincel sin pasar por tu cerebro. Tu brazo solo lo sostiene, es él el que traza, arrastra, presiona. El que esparce la pintura a lo largo y ancho del lienzo. No sabes cuánto tiempo ha pasado cuando al fin te separas de este, como saliendo de un trance.

Ves lo que tu pincel ha dibujado. Un paisaje geométrico en tonos azules, grises y violáceos. Triste. Tiene cierta perspectiva, aunque algo

cubista. No sabes si te gusta. Entonces lo ves. Un cuadrado en gris, justo en el cruce de los tercios. Eso no va ahí.

Coges más tubos de pintura. Suelas nuevos pegotes en la paleta. Los juntas sin llegar a mezclarlos, dejando que formen hebras de colores. Y rellenas el recuadro con una especie de espiral de color amarillo anaranjado, luminoso, ardiente.

Esperanzador.

Tiras el pincel al suelo y te marchas. Necesitas tumbarte en algún sitio.

FIESTA DE EMPRESA

–Hola, ¿hay alguien?

De pronto despiertas de tu ensoñación. Nina está enfrente de ti, mirándote. Puede que hasta te haya hablado y tú ni te has dado cuenta.

–Perdona, ¿hablabas conmigo?

–Sí, no hay más Ruths por aquí ¿no?

–Dime, estaba concentrada con este certificado.

–Ya. Que si vas a ir sola a la fiesta.

Casi preguntas “¿Qué fiesta?”. Pero entonces caes en la cuenta. La fiesta. La fiesta anual de la empresa. Otras veces pasas semanas preparándola, este año ni te acordabas de ella.

–Sí, voy a ir sola.

Nina entorna los ojos. Te apresuras a darle una aclaración.

–Mi novio tiene la fiesta de su empresa el mismo día.

–Ah, ¿ya encontró trabajo?

“Maldita sea, ¿por qué le contaré mi vida a estas zorras? La estoy liando”.

–Sí, uno bastante majo. Una empresa de... de seguros. Seguros médicos.

–Ya. Bueno, entonces apunto una sola persona ¿no? Para el catering.

–Sí, una sola persona.

Mientras se aleja con su aire de superioridad, piensas lo que te gustaría poder decir a todo el mundo que tu novio es Víctor, ese jefazo tío bueno de la cuarta planta.

Pero ¿lo es?

La fiesta. Es este viernes, y tú no sabes ni qué ropa vas a ponerte. Tendrás que ir de compras. O mejor...

El logo de la empresa pende flamante en el salón de convenciones del Meliá. Camareros con bandejas repletas de exclusivos cócteles y manjares deliciosos no cesan de entrar y salir de la cocina. La gente luce sus mejores galas. Vestidos de diseño, tacones solo aptos para equilibristas, corbatas carnavalescas. Todos quieren llamar la atención. Saben que unos minutos de

charla informal acertada con un jefe pueden conseguir más que todo un año de trabajo duro.

Estos, con el señor Hidalgo a la cabeza y Mejías como perro faldero, dedican los primeros minutos a circular de un grupo a otro, para que nadie se sienta menospreciado, pero enseguida se reúnen en un rincón del salón y se ponen a hablar de sus cosas. Nina se mantiene cerca del selecto grupo, riendo como una loca las tonterías que le suelta Mejías, un tanto achispado ya a esas alturas de la fiesta. Ella lleva un vestido azul eléctrico con un escote por el que casi le asoma el ombligo. “Como Mejías siga asomándose, al final va a volcar”, parece pensar Víctor.

Este charla animadamente con el señor Hidalgo mientras echa miradas disimuladas alrededor, buscando a alguien. Su expresión cambia cuando por fin la ve. Tanto, que Hidalgo se gira con curiosidad.

Y no es el único. Docenas de ojos apuntan hacia la puerta, por donde acaba de entrar una mujer; no, una diosa. Alta como si volara un palmo por encima del suelo, lleva un vestido largo y vaporoso, casi transparente, por el que trepan los encajes como enredaderas para tapar lo justo, ni un milímetro más. Víctor no necesita usar su imaginación para saber lo que ocultan; los demás no pueden evitar hacerlo. Más de una mujer tira de la manga de su marido para que vuelva en sí.

A Mejías se le descuelga la mandíbula; ya no tiene ojos más que para Ruth, mientras los de Nina echan fuego. Por un momento Víctor teme que su chica quede reducida a cenizas.

—¿Quién es esa? —pregunta Hidalgo.

Víctor, sin separar los ojos de ella, responde como un autómata.

—Ruth Mayo, Almacén.

—¿Trabaja para mí? Imposible, la habría visto.

—Créame, trabaja para usted. Y muy bien, además.

Hidalgo entorna los ojos y asiente.

Nina cambia de expresión. Ensancha tanto la sonrisa que podría morderse los pendientes, y se dirige directamente a Ruth entre el gentío, interceptándole el paso hacia la zona vip.

—¡Ruth, qué alegría! Chica, estás fantástica. ¿De dónde has sacado ese vestidazo? ¿Y esos zapatos? Y tu peluquera ha echado el resto. Madre mía.

—Gracias, Nina, me los ha prestado una amiga. Tú también estás... cañón.

–Calla, calla, si casi no me he arreglado. A mí estas fiestas... ¡Camarero, aquí! –grita, y toma dos vasos de la bandeja– Este mojito está de vicio, ya verás.

–¿Así, para empezar?

–¡Estás de fiesta, chica! Las demás están por aquí, vamos a salvarlas del aburrimiento, anda.

Nina te arrastra de la mano mientras recoge al resto del departamento y os lleva hasta el rincón más alejado del salón. Tú lanzas miradas desesperadas, buscando al único que te importa de la fiesta. Pero no le ves.

Los chicos de otras secciones se acercan como moscas. Ya están alegres, y os lanzan cumplidos e indirectas como ametralladoras. Tú sonríes cordial, pero sin dar pie al más mínimo malentendido. Nada más peligroso que un compañero borracho y sin pareja.

Nina se ocupa de que siempre tengas una copa en la mano, sin embargo la comida no parece llegar a aquel rincón. Al tercer mojito la sala te da vueltas. Nina te lo quita de la mano y te da otro lleno.

–¡Que no pare la fiesta!

Tú le sonríes agradecida, con la mirada ya un tanto nublada.

En ese momento la música ambiente baja de volumen y un foco alumbra el estrado. El señor Hidalgo asciende los escalones, dispuesto a dar su arenga anual. Todos guardan silencio, resignados. Un cañón proyecta una serie de gráficas, y él habla de números y objetivos, gesticulando y mirando a su auditorio como le explicaron en el último curso de comunicación.

–Este año hemos llegado a un EBIT de ¡46 millones de euros! –se complace en anunciar, seguro de que está contagiando su entusiasmo hasta al último de sus empleados–, y en el 2018 está previsto un aumento de un 2,5% en las ventas y en el beneficio ¡de casi el 1,6%!

Se queda en silencio un instante más de lo necesario, hasta que Mejías inicia un aplauso decidido que rápidamente es secundado por todo el mundo. La sonrisa de Hidalgo se ensancha y sus ojos se iluminan. Su público está entregado. Normal, saben que tienen suerte de tener un director tan hábil como él en los tiempos que corren.

–Así pues, brindo por un 2018 cargado de retos desafiantes y nuevos logros que quedarán para siempre marcados en la historia de esta empresa. Nada de esto sería posible sin vosotros, cuento con todos y cada uno para llevarlos a cabo. Si alguno flaquea, que sepa que siempre tendrá la puerta

abierta... de mi despacho, para resolver cualquier duda o recibir una alentadora palmada en la espalda. ¡Feliz y productivo año!

De nuevo Mejías es el primero en aplaudir, y esta vez la gente le sigue con más entusiasmo, sobre todo por el alivio de saber que la charla ha terminado y pueden continuar con la fiesta. Pero Hidalgo no se baja del estrado. Hay una sorpresa más.

–Este año, como sabéis, se pone en marcha una nueva iniciativa de nuestro jefe de comunicación: un pequeño discurso de uno de los empleados. El elegido este año es –saca un papelito de su bolsillo y lo mira por la parte baja de las gafas– ¡Ruth Mayo!

Casi dejas caer el mojito de las manos. Nina sonríe diabólica y te dice:

–Te lo dije el otro día, ¿recuerdas? Aunque no me estabas haciendo mucho caso. Espero que te lo hayas preparado bien, preciosa –dice, dándote un empujón hacia el estrado.

La gente ya te ha formado un pasillo, bloqueándote la huida. Se ha creado un silencio sepulcral, todos están mucho más atentos a ti de lo que lo han estado a Hidalgo. Sin duda, el morbo de que hagas el ridículo. Y lo vas a hacer, de eso no hay duda. Sin preparación y medio borracha.

Los metros que te separan del estrado te parecen infinitos, entiendes de golpe lo que debe sentir un condenado al recorrer la milla verde. Caminas insegura, no sabes si te estás tambaleando por los nervios o por el ron. Echas una mirada fugaz hacia la puerta de salida, pero está totalmente tapada y todos los ojos fijos en ti.

Casi tropiezas al subir los dos escalones que te separan del estrado. Allí te aguarda Hidalgo, que te recorre con la mirada y te da dos besos babosos antes de cederte el micro.

El silencio es absoluto. Un foco te ciega. Sientes la presión de cientos de ojos observando hasta el último milímetro de tu cuerpo. Te gustaría taparte, pero el único objeto que hay allí arriba es un atril transparente.

Recorres con la vista los rostros que te observan. Te cruzas con la sonrisa de maligno deleite de Nina. Lo ha hecho todo a propósito. Y ha vencido.

–Bue... buenas noches a todos –empiezas. Tu voz te suena pastosa y tu cerebro funciona más lento de lo normal–. Como veréis, no tengo ningún discurso preparado, así que lo único que puedo deciros es...

Entonces sientes una mirada clavándose en la tuya. Levantas la vista esperanzada y ¡por fin!, ves a Víctor. Hace un gesto afirmativo con la cabeza, echa los hombros atrás y respira. Tú, inconscientemente, le imitas, y parece crecer en el escenario. Notas las pulseras de colores acariciando tu muñeca. Los pensamientos se suceden vertiginosos en tu cerebro. Te ves asomada a una ventana, a punto de saltar, y después en un barco, rompiendo las olas hacia el horizonte, abrazada a Víctor. Un intenso escalofrío te recorre.

–... todo el mundo habla de cumplir objetivos.

No sabes bien de dónde han salido esas palabras, pero no puedes detenerlas.

–“Debemos tener un objetivo claro”, “hemos cumplido nuestros objetivos”, “las personas sin objetivos no llegan a nada en la vida”... – vuelves a mirar a Víctor, Hidalgo está a su lado y arruga el entrecejo, intentando adivinar si estás atacando su discurso–. Pero ¿qué hay de los sueños? Los sueños son esas metas, esas quimeras, ilusiones, que no sabes muy bien de dónde vienen. No las has decidido después de un test ni un examen concienzudo. Simplemente están ahí. Unos sueñan con ser ricos, cantantes famosos, o futbolistas. Otros con tener un descapotable. Otros sueñan con conseguir el amor de su vida.

Tu mirada se vuelve a cruzar con la de Víctor, y esta vez el escalofrío llega hasta el último pelo de tu cabeza. Tardas un segundo en desviar la vista hacia el señor Hidalgo.

–Quiero hacerle una pregunta, señor Hidalgo –le sueltas de pronto–: cuando su abuelo, ese bigotudo que aparece en la foto que vemos todos los días al entrar en la empresa, la fundó ¿por qué cree que fue? ¿Tenía un objetivo? ¿Quería lograr 70,3 millones de pesetas haciendo lo que fuera? ¿Le habría dado igual vender chinchetas? ¿O tenía un sueño? Tal vez desde pequeño se quedaba mirando a esos trastos metálicos flotar en el aire, atravesar el cielo majestuosos, con una sonrisa tonta en los labios. Quizá, cuando fue mayor, quiso dedicar su vida a hacer que esos cacharros lograran el milagro de volar. Puede que, con las manos llenas de grasa, los mirase rodar por la pista de despegue, y el orgullo que sentía al verlos separarse del suelo fuese su mejor paga.

El auditorio te escucha sin pestañear.

–Así que preguntémonos ¿cuál es nuestro sueño? Seguramente esté enterrado en toneladas de rutina y no sea fácil de recuperar. Tomaos un

tiempo, dad un paseo por el campo, marchad a un retiro espiritual... Lo que os dé la gana. Pero dedicaos a esa tarea de desescombro. Cuando encontréis vuestro sueño y le sopléis el polvo, veréis que brilla como el primer día. Y después solo necesitaréis una cosa para llevarlo a cabo.

El pie derecho te falla y te tambaleas un poco. Cuando vuelves a situarte frente al micrófono, todo el público tiene los ojos muy abiertos, esperando la respuesta. Especialmente uno de ellos. Escuchas a tu voz pastosa decir una sola palabra mientras le miras.

–Valor.

Te separas del micrófono y te quedas allí, en medio del estrado, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Se oye un aplauso, después, otro, y otro, y cientos de ellos se le unen. Y no paran. Ves abrirse la puerta de salida y un vestido azul eléctrico que desaparece por ella como una furia. Tú sonríes agradecida mientras intentas no matarte al bajar los escalones. Muchas manos se ofrecen a ayudarte, pero solo una te hace sentir de nuevo ese escalofrío eléctrico. Levantas la vista y allí está él.

Ves algo nuevo brillar en sus ojos. Admiración. Y disculpa.

–Por lo que más quieras –dices tú–, tráeme una bandeja de canapés. Y unas deportivas de mi talla.

HOY

–¿¿¿A Valencia???

Víctor se divierte con tu reacción. En realidad lleva riéndose de ti desde que vio tu cara al llegar con su coche, un descapotable rojo antiguo que luego identificó como un Spider herencia de su padre.

–Ya te dije que la formación iba a ser al aire libre. Hazte una coleta – te aconseja mientras acelera por la A3. Tu pelo revolotea detrás de ti amenazando con salir despedido. Ahora entiendes a Ava Gardner, con su pañuelo y sus gafas de sol. No eran solo para huir de los *paparazzi*.

–¿No decías que te gustaba viajar?

–Sí, pero me gusta saber que lo estoy haciendo.

–Ya lo sabes. “El miedo es la no aceptación de la incertidumbre”. Se acabó el planificar. Que venga lo que venga.

–Ya, contigo parece que no tengo más remedio ¿no?

Hay un tono de reproche en tu voz, pero Víctor parece no reparar en ello. Has agradecido el que no hiciera ningún gesto cariñoso al recogerte en tu barrio, a la vista de los vecinos, sin embargo ahora te encantaría que te acariciara la mano. O algo.

Pasáis el trayecto hablando del *coaching*, de lo que vas escribiendo en tu agenda de la felicidad, de tus cuadros... Él evita descaradamente el tema de vuestra relación, y tú no lo vas a sacar. Poco a poco la mosca se te va subiendo a la nariz, y para cuando el tráfico se hace más denso, indicando que os acercáis a Valencia, tú ya estás en silencio y mirando el paisaje. Víctor tampoco habla, parece ensimismado en sus pensamientos.

“Vaya mierda”, piensas.

Atravesáis la ciudad, disfrutas de la panorámica completa que tienes desde el descapotable. El aire se hace más denso con la humedad, y el calor ya empieza a apretar.

–¿Dónde vamos, si puedo preguntar?

–Claro que puedes. Vamos al puerto.

En seguida ves los mástiles de los barcos apiñados, y te llega el inconfundible aroma del mar. Víctor aparca el coche dentro del náutico y te indica uno de los muelles.

Avanzáis entre los barcos amarrados a ambos lados. Los hay de todo

tipo, ostentosos yates a motor de formas agresivas, veleros tradicionales, de regata... Víctor se detiene delante de un bonito velero de madera de un solo palo.

–Este es. El *Hoy*.

Efectivamente, en la popa aparece pintada en letras doradas la palabra “Hoy”.

–Muy bonito –dices, admirada y un poco impresionada–. ¿Vamos a navegar?

–Exacto.

–No lo he hecho nunca en un velero, solo en algún *ferry*. ¿Se moverá mucho?

–Solo hacia el horizonte.

Sube él primero y te tiende la mano para que le sigas. La agradeces, porque la pasarela es estrecha y se bambolea un poco.

A bordo, te llama la atención la cantidad de cuerdas que hay por todas partes. Cada una debe tener su función.

–Menudo lío.

–Sí, en un barco es importante el orden. Bueno –dice sacando algo de su mochila–, ¿vamos con el ejercicio?

Le observas, intentando atisbar sus intenciones. Él vuelve a sonreír, disfruta de tu desconcierto. Pues no le vas a dar el gusto. Levantas una ceja y asientes con aplomo.

–Muy bien –responde–. Vamos a navegar. Queremos sentir el viento en la cara, superando las olas, avanzar hacia el infinito. Siempre adelante. Pero ¿qué nos lo impide?

–¿No hay viento suficiente? ¿No tenemos permiso del puerto? ¿No sabemos manejar el barco?

–Mmm... No. Ninguna de esas cosas.

Recorres con la mirada la cubierta. Claro.

–Las amarras.

–Eso es. El barco es el “hoy”, el muelle es de donde venimos, el ayer, el pasado. El mar es el futuro. ¿Qué nos impide disfrutar del *Hoy*?

–Nuestras ataduras al pasado –dices como recitando un mantra.

Víctor asiente. Ya no sonríe. Te tiende lo que ha sacado de la mochila: unas tarjetitas de papel reciclado y un rotulador.

–Escribe lo que te ata al pasado, lo que te impide avanzar hacia tu

futuro. Lo que, una vez te desprendas de ello, te liberará y abrirá el mundo ante ti.

En silencio, tomas los objetos entre tus manos.

–Piénsalo un poco –continúa Víctor–, pero no demasiado. Recuerda: lo perfecto es enemigo de lo bueno. Escribe cada cosa en un papel y dóblalo. Yo no necesito verlo. Sé todo lo concreta que puedas. Y que sean cosas sobre las que puedas actuar. No escribas “No me ha tocado la lotería”.

–Vale.

Te sientas en el banco de la cubierta y te giras para que él no pueda ver lo que escribes. No necesitas pensar mucho para escribir la primera.

“Mark”. De una forma u otra, todavía está presente en tu vida. Te acuerdas de él cuando menos te lo esperas, chafándote la diversión. Te gustaría pasar página del todo.

Doblas el papel y te paras a pensar un poco. Al principio cuesta, pero una vez que empiezas te van surgiendo las ideas a borbotones.

“Miedo al futuro, al cambio”.

“Sensación de que los demás valen más que yo”.

“Vergüenza de mostrarme como soy”.

“Querer complacer a la gente: a mis padres, a mis jefes, a mis vecinos...”.

“Miedo a fracasar, a que los demás piensen que mi obra es una mierda”.

“Miedo a realizar mis deseos”... Ibas a añadir “sexuales”. Pero casi mejor así.

Doblas todos los papelitos y te enderezas.

–Creo que ya está.

Ves que Víctor también ha escrito algo. Una sola nota, que acaba de doblar. Se levanta.

–Toma, engancha todas las notas a las amarras con estas pinzas.

Obedeces. Pronto las amarras parecen cuerdas de tender la ropa. Víctor también prende su nota entre las tuyas. Está serio. Cruza un momento la mirada contigo; dirías que tiene los ojos húmedos. Pero los aparta al instante.

–Ya casi estamos listos –dice, mirando hacia el muelle. Por allí se acerca un hombre. Lleva un polo gastado, bermudas y náuticos. Su piel bronceada indica que su casa está más en el mar que en tierra. Sonríe al ver a

Víctor.

–¿Qué hay de nuevo? –saluda con acento extranjero cuando está al alcance.

–Hola, René, viejo amigo.

El tal René atraviesa la pasarela y sube al barco. Víctor y él se estrechan las manos y se abrazan brevemente. Parecen viejos conocidos.

–Ella es Ruth –hace las presentaciones.

–Mucho gusto –dice René mirándola a los ojos justo antes de darle los dos besos de rigor. Sus iris de color claro relucen como los de un gato en medio de una piel tan morena. Parece unos años mayor que Víctor, o quizá sea que el aire libre ha curtido su piel más de la cuenta. Tiene un cuerpo fibroso, y movimientos serenos y a la vez seguros. Por la razón que sea, es de esos hombres que resulta atractivo desde el primer instante.

Tú miras a Víctor.

–René va a ayudarnos con las maniobras. Es un marino avezado.

Discuten un momento el rumbo a tomar cuando salgan del puerto. Víctor mira el reloj e indica hacia el sur. René asiente.

–¿Estáis listos para partir? –pregunta, poniéndose a la rueda del timón.

Tú dudas. Víctor responde por ti.

–Preparados y ansiosos. Ruth, ven conmigo. Tienes que largar amarras.

René enciende el motor. El barco da una leve sacudida. Víctor y tú os agacháis en la popa, donde están atadas las amarras.

–Llegó el momento –dice Víctor indicándote con un gesto la forma de hacerlo–. Suéltalas.

Respiras hondo. Agarras el cabo, lo desenganchas y lo arrojas al agua.

Las notitas quedan flotando en el mar. No aguantarán mucho, pronto el papel se habrá deshecho, la tinta borrado y no quedará nada de lo que Víctor y tú habéis escrito.

Os miráis a los ojos. Víctor alarga una mano, te acaricia el rostro, aproxima sus labios a los tuyos y te besa blandamente.

El barco parte.

Sopla una buena brisa, el barco atraviesa las olas con energía. Tú

cierras los ojos y disfrutas del viento y el sol en la cara. Es maravilloso.

–¿Qué tal, te gusta el *Hoy*? –escuchas la voz de Víctor, sentado a tu lado. Notas el contacto de sus piernas con las tuyas.

–Me encanta. ¿Dónde me lleváis?

–¿Qué más da? Eso es el futuro.

Asientes, sin abrir los ojos. Pegas más aún tu pierna a la de Víctor. Sientes su brazo deslizarse alrededor de tu cintura. Y, al instante, sus labios. Se posan en tu cuello, calientes. Trepan por tu mentón hasta tu oreja. Te hacen cosquillas mientras susurran.

–Te amo.

La sorpresa te hace abrir los ojos. Le miras. Él te mantiene la mirada. Parece haber dejado atrás sus dudas, sus preocupaciones.

Tú también.

Le besas. Un beso largo, apasionado. Ninguno queréis que termine. Al principio es casto, romántico. Pero poco a poco va aumentando de temperatura. Tu respiración se acelera. Aparece el deseo. Ojalá no estuvierais ahí, delante de René. De pronto, Víctor se separa y te coge la mano.

–Ven.

Se pone en pie y, agarrándose al marco con las dos manos, baja por la escotilla. Unos escalones muy empinados conducen hacia el interior del barco. Nunca habías estado dentro de un velero. Te encuentras en un saloncito muy acogedor, de paredes de madera, con una mesa y un banco acolchado. Incluso cuelgan cuadros de las paredes. A un lado hay una cocina y una mesa pequeña con instrumentos. Se ven tres puertas estrechas, cerradas. Víctor te conduce hasta la más alejada, la de proa.

Cuando la abre te quedas maravillada. Una gran cama con forma triangular ocupa casi todo el espacio del camarote. No tienes tiempo de decir nada antes de que la boca de Víctor ataque la tuya. A fondo.

Sus manos se apoyan en tu cintura y rápidamente descienden hasta tu culo. Tú te pegas a él. Notas su dureza y te desenfrenas. Su lengua invade tu boca sin dejarse ni un rincón por recorrer. Una de sus manos asciende por tu espalda y se enreda entre tu pelo para acariciarte la nuca y presionarte más contra él. Te mueves, te restriegas con su cuerpo. Desabrochas el botón de sus bermudas, él te arranca las deportivas de un tirón y te arroja de espaldas contra la cama. Te baja el pantalón y trepa de nuevo hasta tu boca. Tú intentas quitarle las bermudas, pero tus manos se encuentran con su pene y no

pueden evitar entretenerse. Está durísimo, parece de madera pulida. Empiezas a acariciarlo, pero pronto eso no es suficiente. Lo agarras con fuerza y lo mueves arriba y abajo. Víctor empuja con las caderas. También quiere más. Pero no tan rápido.

Se separa y su boca desciende deteniéndose en cada punto de tu cuerpo. Te quita la camiseta y el sostén. Sus labios se entretienen en tus pechos. Pero no se detienen. Continúan su exploración, llegan al ombligo y siguen bajando. Se encuentran con el borde de tus bragas, que interrumpen su avance. ¡Maldita sea! Quieres que esos labios lleguen más abajo, más lejos. Estás a punto de quitártelas tú misma, pero las manos de Víctor corren en su ayuda, bajándolas despacio, dejándolas deslizarse por tus piernas mientras él las besa. Llega hasta tus pies y vuelve a ascender. Poco a poco. Notas el calor de su aliento y la humedad de sus labios posándose en tu piel. Se te pone la carne de gallina. Cuando llega a tus muslos estos se separan como si tuvieran voluntad propia.

Víctor besa la cara interna de tus piernas. Poco a poco se va acercando a tu sexo. Lo sientes cada vez más cerca, más cerca... Se detiene... Avanza unos centímetros... Se vuelve a detener. Cada contacto es una corriente de placer que recorre tu cuerpo erizándote el vello. Pero es lento... demasiado lento para tu urgencia. Te estás impacientando. Quieres sentir su lengua, o mejor aún su pene. Con las manos en su pelo, tiras de él para acercarle más a tu sexo. Levantas el pubis hasta casi hundir tu vagina en su rostro, pero él se aparta. Está jugando contigo.

“¡Cabron!”.

Entonces, cuando te estás empezando a enfadar, sientes su lengua. En tu clítoris. Lo rodea, lo roza leve, lo lame. Te estremeces de placer.

–Sí...

Se introduce entre los labios de tu vagina, separándolos. Nunca los habías tenido tan sensibles. Entra en tu interior, se aleja un instante y vuelve a entrar, una vez, otra. Gimes y la aprietas más contra ti.

Pero Víctor se retira del todo.

Levantas la vista, desconcertada. Te toma de la cintura y te indica que te des la vuelta. Tú, ansiosa, lo haces sin rechistar. Te pones boca abajo y expones tu trasero. Apoyas las manos, miras por encima del hombro y ves el gesto deseoso de Víctor. Elevas un poco la cadera, invitándole.

Él aproxima su rostro. Notas el contacto húmedo de su lengua. Pero

no ataca tu vagina, sino que recorre el borde de tu ano.

¡Ese es el agujero prohibido! Nunca has tenido sexo anal, aunque has fantaseado con ello. Pero a Mark le daba asco, y a ti algo de miedo. Sin embargo ahora, tan excitada como estás, habrías podido hacerlo, estás segura.

Habrías deseado hacerlo.

Su lengua sigue trazando círculos. No duda, solo juega. Aguardas, expectante; sientes curiosidad. Entonces la sientes entrar. Suave y firme a un tiempo. No duele, es más bien... un cosquilleo. Placentero. Tus músculos se relajan y entra más profundamente. Se retira y vuelve a entrar.

“¡Me está follando el culo con la lengua!”.

Sigue haciéndolo lentamente mientras aproxima el pulgar a tu sexo. “¡Dios...!”. Está tan húmedo que se introduce en él sin esfuerzo alguno. Lo mueve dentro de ti. Toca un punto en la cara anterior de tu vagina que te provoca oleadas de placer. ¿Será el punto G? Has oído hablar de él, pero muy raras veces lo has llegado a localizar. Sin embargo Víctor lo tiene muy claro. Lo ataca una y otra vez. Y tú no aguantas más.

–¡Fóllame! –jadeas, fuera de ti.

Pero Víctor aún guarda una sorpresa. Hurga en un bolsillo de sus bermudas y extrae algo. Es de color rosa transparente.

“¿Qué es eso?”.

Te lo acerca a la boca para que lo puedas explorar. Es algo pequeño y con forma suave y cónica. ¿Un *dildo*? Lo pruebas. Silicona.

Víctor lo retira, abre un tubo de gel transparente y lo unta a conciencia. Vuelve a introducir el pulgar en tu vagina. ¿Entonces...?

¡Es un consolador anal! En otro momento habrías tenido reparos. Pero no ahora. Ni con Víctor.

Lo notas en la entrada. Intentas relajarte, Víctor presiona un poco y sientes como se va introduciendo en tu interior.

–Aaahhh...

Poco a poco se va acoplando en tu ano, mientras el pulgar de Víctor sigue haciendo maravillas en tu vagina. Es una sensación agradable, de plenitud. Gimes y te mueves con más fuerza.

–¡Fóllame de una vez! –exiges.

Esta vez Víctor te hace caso. Se quita las bermudas y los calzoncillos, se tumba en la cama con el pene en erección y tú, sin perder un segundo, montas encima de él.

Por fin...

Su miembro se abre camino en tu interior, llega mucho más adentro que su dedo, y su relieve estimula puntos distintos. Es grueso y está muy duro, tenso tras tanto calentamiento. Entre él y el consolador anal, te sientes repleta. Por un instante imaginas que es otro pene el que te llena por detrás. Te asalta la imagen que viste durante el ejercicio con el software. Verte atrapada entre dos hombres, empujando con fuerza, disfrutando de ti, te hace sentirte lasciva, obscena. Y poderosa.

En eso, Víctor se detiene. Te toma de las caderas para elevarte un poco y retirarse de ti.

—¿Qué pasa?

—Que el ejercicio no termina aquí. Hay que avanzar un poco más.

—¿¿Cómo??

Se levanta y, aún desnudo, abre la puerta del camarote y te indica que salgas.

—Pero... ¿Y René?

—Exacto.

Un poco avergonzada, sales del camarote. Miras hacia atrás mientras atraviesas el salón, pero Víctor te hace una seña con la cabeza. Quiere que vayas tú primero.

Por la escotilla ves a René al timón. Sabes lo que viene a continuación, y te excita. Es un hombre muy atractivo. Pero lo que más caliente te pone es que sea Víctor el que te ofrezca. Es un juego muy morboso.

Alzas la barbilla, te yergues y asciendes los escalones. Cuando René te ve aparecer, su expresión cambia. Desvía los ojos de la lejanía y los enfoca directamente en ti. Te recorre con la vista según vas apareciendo por la escotilla. Su mirada arde en deseo. Y a ti te excita mucho provocar esa reacción.

Sales a cubierta con Víctor detrás. Te acercas a René; este alarga una mano y te acaricia un pecho. Cierras los ojos. Sientes el contacto de Víctor por la espalda. Te sujeta la cintura y te besa los hombros. Se arrima a ti. Vuelves a notar su erección contra tus nalgas.

Tú alargas la mano y tocas el bulto que forman las bermudas de René. Su erección se hace aún más brutal bajo tus dedos. Sigue besándote el cuello y los pechos mientras sus manos sujetan el timón. Los labios de Víctor

descienden por tu espalda. Desabrochas las bermudas de René y dejas que caigan al suelo. Le bajas los calzoncillos a la vez que doblas la cintura y te agachas. Al instante sientes la lengua de Víctor introducirse en tu vagina. Tú agarras el miembro de René y te lo metes en la boca.

–*Mon dieu...*

Lo saboreas, lo recorres lentamente con la lengua, lo metes y lo sacas de tu boca húmeda, volviendo loco al francés. Él te acaricia el pelo con la única mano que puede separar del timón. Víctor vuelve a hacer de las suyas por ahí detrás. De pronto sientes mucho calor, y no es por el sol que ya flota alto en el cielo.

–Es el momento del piloto automático, ¿no, René? –dice Víctor.

Este asiento y, accionando un mando junto al timón, se separa de él. El barco se gobierna solo. Víctor tira de ti, guiándote hacia la proa por el estrecho pasillo lateral. Allí, sobre la cubierta, estáis a la vista de todo el mundo, solo la gran vela os tapa un poco. Pero, afortunadamente, no hay nadie entre vosotros y el horizonte. Solo el mar inmenso.

–Úsanos para tu placer –dice Víctor–. Haz realidad tus fantasías.

Y, acercándose a ti, te besa. Un beso dulce y apasionado a un tiempo. Tú lo aceptas con gusto y, cuando notas la presencia de René a tu lado, la presión de su duro pecho contra tu hombro y sus labios en tu cuello, tú misma aumentas la temperatura del beso. Tu lengua invade la boca de Víctor, igual que el morbo invade tu cuerpo.

René se coloca detrás y sigue besándote el cuello, muy pegado. Con un escalofrío de placer, tú te amoldas a él. Sientes su pecho musculado contra tu espalda, sus manos en tu cintura y algo duro, cuya imagen no puedes quitarte de la cabeza, en tu culo.

Víctor se agacha hasta que sus labios rodean tus pechos enhiestos. Las manos de René avanzan hacia delante, hasta acariciar tu pubis desde ambos lados. Los estímulos se multiplican sobre tu piel. Cuatro manos, dos bocas, dos alientos. Te sientes suavemente enredada en una maraña de sensaciones a las que apenas puedes dar abasto. Y que solo buscan tu placer.

Los besos de Víctor van descendiendo por tu vientre hasta que su boca se hunde en tu monte de Venus. René aprovecha para alzar sus manos y acariciar tus senos, sosteniendo su peso, envolviendo tus pezones con los dedos y presionándolos suavemente.

Gimes. Echas la cabeza atrás y cierras los ojos.

Las manos de René se deslizan suavemente por tus costados mientras él también se agacha. Su boca se detiene a la altura de tu trasero. Su respiración se acelera cuando ve el consolador anal puesto. Lo rodea con la lengua. Lleva las manos a tus cachas y las separa, con los dedos muy cerca de tu sexo.

Víctor está atento a tu rostro, alerta ante el menor signo de rechazo. Tú, totalmente desnuda entre esos dos hombres, le lanzas una mirada lasciva y le aprietas más aún contra tu pubis. Ya te has decidido, y no hay marcha atrás.

Quieres jugar.

Víctor asiente. Lentamente, recorriéndote con la lengua, vuelve a ponerse en pie. Te besa con lujuria. A él también le excita el juego. Tú empuñas su erección y, sin dejar de besarle, comienzas a moverla arriba y abajo. Sabes que René está detrás de ti, cada vez más caliente.

Al separarte de Víctor, estás jadeando.

Echas una última mirada a sus ojos antes de inclinar tu cuerpo hacia delante y meterte su pene en la boca, a la vez que ofreces tu sexo a René. Este no se hace de rogar. Arrodillándose, separa tus nalgas e introduce su lengua en él. Besa tus labios, roza tu clítoris. Lo recorre de nuevo hacia arriba y rodea con su lengua el contorno del consolador anal.

Gimes.

René vuelve a atacar tu vagina con la lengua mientras con una mano mueve el consolador, haciéndolo girar, presionando las paredes de tu ano. Lo sientes dentro, llenándote. Es una sensación maravillosa. Y te anuncia lo que vendrá a continuación.

Hoy es el día.

De pronto te entra la urgencia. Necesitas llenarte por completo. Sacas el pene de Víctor de tu boca. Jadeando y con ojos febriles, le miras antes de girarte y obligar a René a tumbarse en el suelo. Este obedece y te ofrece su gran erección. Te sientas a horcajadas sobre él y la introduces de golpe en tu vagina.

¡Sí!

Te mueves. Jadeas tan fuerte que brotan grititos de tu garganta. Vas a correrte. Pero entonces alguien tira del consolador anal y lo extrae. Miras detrás de ti. Víctor está de rodillas, su miembro apunta directamente a tu culo.

–Sí...

Víctor sabe que no tiene mucho tiempo. Tú detienes tus movimientos, atenta a las nuevas sensaciones que te lleguen desde detrás. De pronto lo notas. Algo enorme se abre paso. Abres mucho los ojos. Está entrando. Sientes cómo se desliza en tu interior, muy apretado. Te llena, amenaza con reventarte.

–¡Ah!

La sensación está muy próxima al dolor. Y al placer más salvaje.

–¡Aaaahhhhh!

Te mueves. Quieres sentirlo a tope. Notas cómo los dos miembros te penetran al tiempo, con fuerza. Gimes, ¿acaso tienes otro clítoris ahí dentro? Te sientes plena, no puede haber nada más allá.

Gritas.

Tu grito se funde con el océano. El rumor de las olas te envuelve, su vaivén te mece, como acunándote. El viento inunda tus pulmones, el sol acaricia tu rostro.

Por un instante, alcanzas el paraíso.

El sol ya declina, tiñendo el aire de dorado. Víctor y tú, ya vestidos, estáis sentados sobre la proa, abrazados. Mirando cómo el barco engulle las olas en su avance.

Te señala unos acantilados con enormes rocas esculpidas en formas caprichosas.

–¿Sabes cuál es la mayor fuerza de la naturaleza?

–Mmmm... ni idea. ¿El mar? ¿Un terremoto? ¿Un volcán? ¿El viento?

–Eso es cuando se pone espectacular. Pero hay una que ha modelado todo cuanto vemos, sin que nos demos cuenta. Que ha convertido la roca en arena fina, que ha cortado las montañas para que pasen los ríos.

–¿Cuál?

–La perseverancia.

Vuelves a mirar a los acantilados. ¿Cuántas olas han tenido que golpear sobre ellos para darles esa forma? ¿Y cuántas más tendrán que golpear para desmenuzarlos hasta convertirlos en una playa arenosa?

–Tú también puedes usar esa fuerza –continúa–. La perseverancia ha vencido más batallas que la genialidad o la fuerza bruta. El único enemigo es

el desánimo, y no se le vence de frente, sino ignorándolo. No importa lo grande que sea la empresa, con perseverancia todo se puede conseguir. Hasta el amor.

Te estrecha más fuerte entre sus brazos. Tú te estremeces.

–¿Sabes? –dices con la mirada perdida en el mar– Nunca había ni imaginado que podía existir algo así.

–¿El qué, navegar?

Le miras.

–Tú.

Víctor sonríe.

–¿Sabes? –contesta él– Necesitaba oír eso.

–Mark era tan celoso que ni me dejaba ponerme minifalda cuando salíamos por ahí. En cambio tú...

–Soy feliz si te hago feliz.

Cierras los ojos. Aprietas tu nariz contra su cuello. Aspiras. Ya no es su acostumbrado olor a colonia cara, está muy mezclado con el olor de su piel. Y te gusta más aún.

–Me haces muy feliz.

Os acercáis a tierra. No te apetece poner fin a ese maravilloso día. Te aprietas más aún contra Víctor.

–¿Es que no has aprendido nada? –dice.

Le miras, sorprendida. Otra vez te ha leído la mente.

–Vale, vale –protestas–. No me aferraré al pasado.

–Eso es. Saborea el presente –dice, y cuando te vuelve a besar sostiene algo entre sus labios: una pulsera de color azul.

La coges y te la pones en un solo gesto, no quieres obstáculos para enredar tu lengua con la suya y mordisquear sus labios.

–Está rico el presente.

Llegáis al puerto. Ayudáis a René a bajar las velas y a preparar el barco para el atraque. Navegáis entre un laberinto de muelles, para ti todos iguales. Pero René sabe muy bien dónde se dirige. Cuando os aproximáis al vuestro, marcha atrás, Víctor recoge las amarras. No queda nada de las notas que colgasteis, tan solo las pinzas mojadas.

Víctor te sonríe. Tú también lo haces, estás llena de dicha. Ligera como una pluma, sin esas cargas sobre tu ánimo. Libre.

Os despedís de René con lástima. Ha sido un día perfecto.

–Cuando queráis, tenéis mi barco a vuestra disposición –dice con total sinceridad.

Le besas rápidamente.

–Muchas gracias por todo, René.

El francés se os queda mirando mientras os alejáis por el muelle, abrazados.

El viaje de vuelta en coche es muy distinto al de esa mañana. Los silencios no son tensos, sino agradables, serenos. No necesitáis decir mucho. La mano de Víctor descansa largos ratos sobre la tuya. Y a veces entre tus muslos.

Tenéis que parar a mitad de camino. Hacéis el amor en un campo de girasoles y os lleváis una torta de pipas para el camino. Cuando llegáis a Madrid, las luces de las farolas ya llevan rato encendidas.

–Ruth –dice Víctor cuando circuláis por las calles cercanas a tu casa–, no es que me aferre al pasado ¿vale? Es que quiero exprimir a tope el presente, nunca se sabe lo que viene. ¿Te gustaría... te gustaría dormir conmigo esta noche?

UN CAMBIO LLAMA A OTRO CAMBIO

Qué distinto es despertar en los brazos de quien amas. Te da igual el calor, te da igual el sueño, te da igual el día de trabajo que tienes por delante. No te importa que el despertador haya sonado media hora antes porque él tiene que pasar por casa a por su traje. “Ojalá lo hubiera puesto una hora antes, así nos habría dado tiempo a hacer el amor dos veces”, piensas mientras le ves marchar.

El amanecer se ve precioso desde el coche. En la radio ponen tus canciones favoritas. Hasta el tráfico va mejor.

Flotas en una nube. Todos se dan cuenta en el trabajo, Nina te observa con mal disimulada envidia. La imaginas cociéndose lentamente en su salsa venenosa y, para tu sorpresa, te da lástima.

“Pobrecilla”, piensas. “Cuánto debe sufrir, quizá algún día sea feliz y pueda dejar de odiar”.

Tú lo que no puedes dejar de hacer es pensar en Víctor, y sabes que él también piensa en ti, porque el vibrador que te pusiste para jugar durante el día no para de funcionar. Te estremeces y te imaginas irrumpiendo en una de sus reuniones para hacer el amor con él sobre la mesa, a la vista de todos.

Tu mente se ha vuelto muy calenturienta. ¿Tendrá razón y eres una especie de *superwoman* del sexo? Tú te limitas a disfrutar. Desde que te obligó a derribar tus tabúes no hay nada que te parezca fuera de tu alcance. Mientras a ti te agrada, te excite, y no haga daño a nadie, ¿por qué no?

“¿Por qué no?”, es su frase favorita. Y ahora es la tuya.

En los días siguientes hacéis el amor en todas las habitaciones de tu casa, en el baño de dos restaurantes, en los probadores de El Corte Inglés, hasta en un coche que os dejaron de prueba en un concesionario. “Mmmm...”.

El sábado por la mañana te despiertas en su lado de la cama, buscándole en sueños. Abres los ojos lo justo para confirmar que no está.

—¿Víctor?

Silencio.

Te levantas preguntándote dónde habrá ido tan temprano; probablemente a hacer ejercicio. No sabes de dónde saca tanta fuerza de voluntad, con lo bien que se está en la cama. Coges el teléfono de la mesilla y

arrastras los pies hacia el baño. Te lavas la cara, te frotas los ojos con la toalla y te miras al espejo. Tienes pelos de loca. Loca desenfadada. Te viene a la mente la noche de pasión que has pasado con Víctor.

Sonríes. “Cómo puede cambiar la vida”. Por eso sientes un escalofrío cuando, justo en ese instante, suena tu teléfono: Carla.

–¿Hola?

–Hola, Ruth, cariño. ¿Cómo te va?

Sonríes sin querer.

–Bien. Genial.

–¡Cuánto me alegro! Pues prepárate. Mejor siéntate en algún sitio.

–¿Qué pasa?

Carla hace una pausa teatral, que provoca que tu corazón amenace con salirse por tu boca.

–¡Habla!

–¿Te apetecería... ir a vivir a Nueva York?

<<< >>>

Tú eliges:

¡Santo Dios! Carla te ofrece irte a vivir unos meses a Nueva York. Un amigo suyo es dueño de una pequeña galería de arte muy de moda en el Soho. Vio tus cuadros y le encantaron, dice que tienen “fuerza e inocencia a un tiempo, y una visión superoriginal de la composición”. Quiere montar una exposición monográfica, pero no le basta con que vayas a la inauguración, él dice que lo importante es que estés disponible para pintar un par de cuadros a la gente influyente que pasará por allí. Vivirías en un estudio que tiene en Greenwich Village, todo para ti.

- **Opción 1:** ¡Aceptas! Cómo no, es tu sueño y una oportunidad como esta no volverá a llamar a tu puerta. Víctor podría venir contigo o, en el peor de los casos, esperarte unas semanas ¿no? Él es el primero que lo entenderá. **Ve a [NEW YORK, NEW YORK](#).**

- **Opción 2:** ¿Justo en este momento? ¿En serio? Eres feliz como nunca imaginaste que pudieras. ¿Qué pasará si desapareces durante meses? ¿Estará Víctor ahí cuando vuelvas? Este viaje a Nueva York

tampoco te asegura que vayas a tener éxito en tu carrera como pintora. Sería arriesgar lo que tienes por una simple posibilidad. Decides rechazar la oferta de Carla. **Ve a [DESPACITO](#)**.

NEW YORK, NEW YORK

–Tienes que ir. Punto. Es la oportunidad de tu vida.

Víctor te mira muy serio. Sus palabras no admiten discusión. Y menos ahora, frente a la entrada del control de seguridad del aeropuerto. Lo habéis hablado durante días, y él en ningún momento albergó la más mínima duda.

Tú sí.

–Pero... estábamos tan bien ahora... ¿De verdad no podrías venirte conmigo? Pide una excedencia en el trabajo, tú no tendrás problemas a la vuelta.

Su cara seria se relaja hasta dejar asomar una sonrisa. Te estrecha entre sus brazos.

–¡Qué fácil lo ves todo! ¡Ja, ja, ja! Quién te ha visto y quién te ve – dice señalando las pulseras de colores que adornan tu brazo.

Tiene razón. Hace unos meses no te habrías atrevido ni a planteártelo. Te habría parecido una locura. Ahora, aunque llena de dudas, has dado el paso.

Sí, has cambiado.

–¿Ves? “Si quieres un alud, lanza unas cuantas piedrecitas” –continúa Víctor–. El que está quieto esperando a que le sucedan cosas, no consigue nada. El que hace cosas, aunque sean pequeñas, puede que un día forme algo grandioso e imparable.

–¿No podrías dejarte de frasecitas por un rato? Nos estamos despidiendo, no nos vamos a ver en MESES.

–Vale, vale. Lo siento, deformación profesional. Además, tú sigues siendo mi alumna. Todavía te faltan algunas pulseras –dice acariciándote el brazo desnudo. A ti te da un escalofrío.

–Este no era mi camino.

–¡Ja! Eso era hace unos días. Los caminos de la vida son como las escaleras de Hogwarts, se mueven y retuercen, y están llenos de pasadizos secretos. Si ahora repitieras el ejercicio de “Cómo te ves dentro de diez años”, dibujarías otra cosa. Hay que ser flexible. “*Be water, my friend*”.

“Mierda, tiene razón”. Qué lejano ves ya todo. Y aún no te has ido.

–Me llamarás, ¿verdad?

–Verdad. Para eso está *Skype*. Para hablar a distancia. Y para hacer

otras cosas a distancia...

Tú le golpeas el brazo. Él, en respuesta, te abraza más fuerte y te besa con pasión. Poco a poco va aflojando el abrazo y separándose de tu boca. Te muerde el labio inferior y te susurra:

–Te quiero. Va a ser duro, pero merecerá la pena. ¡Y ahora, vete! Vas a perder el avión.

Es cierto. El embarque está anunciado para dentro de quince minutos y la terminal es enorme.

–¡Adiós! –pronuncias a duras penas, dándote la vuelta.

Las lágrimas no te dejan ver. Mientras el encargado de seguridad examina tu tarjeta de embarque, aprovechas para restregarte los ojos. Te giras y allí está Víctor. Te saluda con la mano.

–¡Hasta pronto!

Por una vez en la vida no hay cola en el control y, antes de que te des cuenta, estás al otro lado. Demasiado rápido. El arco de seguridad parece una barrera infranqueable, la puerta de un castillo defendido por cien arqueros. Ya no hay marcha atrás.

Le miras por última vez. Te lanza un beso con la mano y hace el signo del teléfono. Las lágrimas brotan con más fuerza. Le devuelves el beso y, tirando de tu maleta, te vas.

Nueva York es enorme. Los edificios son tan altos que al segundo día tienes la “tortícolis del turista”, de tanto mirar hacia arriba. Recorrer de un extremo al otro del mapa te podría llevar varios días. Pero, de la mano de Peter, no parece un lugar tan inhóspito. Es un encanto. Desde que te recogió en el aeropuerto no te ha dejado sola ni un minuto. Te lleva a los lugares de los neoyorquinos. Te da un paseo por los rincones más bonitos de Central Park, te invita al “mejor *hot dog* de Manhattan”, te lleva a cenar a un restaurante familiar de Brooklyn. Casi crees que va a aparecer Woody Allen por la puerta.

En realidad se llama Pedro, es cubano e hizo mucho dinero en Miami. De hecho todavía tiene allí varios restaurantes, que son los que mantienen su fortuna, pero lo que realmente le gusta es el arte. Por eso se trasladó a Nueva York.

Lo que Hollywood es a los actores, Nueva York lo es a los artistas. La

Meca. La tierra prometida. Hay fiestas todas las noches. En ellas se reúnen pintores, escultores, músicos, fotógrafos experimentales... Y lo más importante: mecenas. Gente con dinero dispuesta a gastarlo en sus obras. Por toda clase de razones. A veces, las menos, literalmente “por amor al arte”; la mayoría, buscando oportunidades de aumentar sus fortunas invirtiendo en algún valor en alza; y otras, porque se encaprichan de algún artista joven y guapo.

Al principio te escandalizas. La cocaína corre con toda naturalidad entre los invitados. Igual que el sexo. Nadie cierra la puerta de las habitaciones, y ves escenas que solo podrías imaginar en el “Picnic”. Desde el primer día te hacen todo tipo de proposiciones, pero tú les mantienes a raya. Has visto a Peter besándose con otros tíos, eso te tranquiliza. No te gustaría estropear una bonita amistad liándola con sexo.

–Van a pensar que soy una estrecha. Ni me drogo, ni follo con ellos, ni nada –dices a la pantalla de tu móvil.

Al otro lado está Víctor, en camiseta de tirantes. Acaba de hacer su tabla de ejercicios y está sudoroso y apetecible. Todavía jadea a través de sus labios entreabiertos. Sin querer, llevas tu mano libre hasta la cara interna de tus muslos. Vas en bragas y con una camiseta corta, que muestra tu ombligo y te marca descaradamente los pezones. Muy preparada para una agradable sesión de sexo a distancia. Pero aún no. Primero necesitas hablar.

Hablar con él te mantiene centrada, es una ligadura a tu vida anterior, a tu vida “real”. Te pasa lo mismo con tus padres, aunque ellos piensen que te has vuelto loca: “dejar un trabajo con los tiempos que corren”. O que tienes un lío y no se lo quieres contar. Tuviste que explicarles lo de Mark, claro, y eso reafirmó su teoría. Y en realidad tienen parte de razón. Aunque tu nuevo amor no está en Nueva York, está muy cerca de ellos. Y muy lejos de ti.

Le echas mucho de menos, por eso te asombra su respuesta.

–Ruth... Pasa de las drogas, te joden el cerebro y te hacen dependiente. Pero folla con ellos, si quieres. Sé que no significa nada. Tu cuerpo y tu mente tienen apetitos, es así. Mientras sigas teniendo ganas de volver conmigo, a mí me basta.

Te quedas mirándole, moviendo la cabeza de un lado a otro. No te lo puedes creer.

–¿Qué me estás diciendo, que tú te estás tirando a alguien a ese lado del océano?

–No he dicho eso.

–Pero no pasaría nada si lo hicieras, ¿no?

–No tendría por qué, no. Pero no te has enterado de nada; lo que quiero es que te relajes y disfrutes de tu estancia, si ocurre yo no le voy a dar importancia.

Resoplas. A veces le odias cuando se pone en plan maestro zen.

–Vale. Mañana hablamos, ¿OK? Estoy muy cansada, voy a echar una siesta para estar más fresca en la fiesta de esta noche.

Él acusa el golpe.

–De acuerdo. Pásalo bien.

Os despedís con un frío gesto de la mano. Qué distinto a tus conversaciones anteriores.

–Mierda. *Fuck*.

–¿Qué te pasa esta noche, cariño? –te pregunta Peter– Estás muy apagada. ¿Te aburre la fiesta? ¿Echas de menos el hogar? –y, con un guiño intencionado– ¿Echas de menos... otras cosas?

Haces el esfuerzo de sonreír para él.

–Supongo que un poco de todo eso –contestas.

–¡Ah, no! ¿Qué pasa, que has dejado un novio allí? ¡Pero él está muy lejos! Lo que pase en New York se queda en New York. Tómate un buen ron cubano –dice acercándose a la mesa donde se apilan docenas de botellas y sirviéndote un vaso enorme–, verás cómo el calorcito vuelve a tu corazón.

–Gracias, Peter –dices y, sin pensártelo, le echas un par de tragos como si fuera agua.

–¡Así me gusta! Pronto las penas se habrán marchado –dice él cogiéndote de la cintura y poniéndose a bailar. Suena música de salsa–. ¡Eso!

Te arde todo el camino desde la garganta hasta el estómago. Qué sensación más horrible, parece que te va a abrir un agujero. Pero al poco el calor se va extendiendo a todo tu cuerpo. Tus brazos se sienten ligeros, tus piernas se mueven al son. Echas otro trago y la risa te sale sola.

–Tenías razón –dices.

–A un cubano no le puedes enseñar nada sobre la pena y la alegría.

Te hace girar como una peonza. Nunca habías bailado salsa, pero con Peter te sale natural. Solo tienes que seguirle. Es un baile alegre y sensual,

Peter se pega a ti y tú se lo permites; el que sea gay es una gran ventaja. El caso es que hace tiempo que no tienes a un hombre tan cerca, y el notar sus dedos cálidos a través de tu vestido y su paquete pegado a tus caderas, sin querer está haciendo mella en ti.

El *dj* os pone varias piezas más en honor a vosotros y a unas cuantas parejas más que se han animado al veros. Hace un rato que se vació tu vaso, pero no habéis querido parar a rellenarlo.

–Ahí viene algo mejor –dice Peter. No sabes si se refiere a un chico jovencito muy atractivo o a la bandeja que trae.

Le hace una seña y, sin soltarte la cintura con una mano, con la otra esnifa una raya de coca. Tú le miras con reparo. Las palabras de Víctor resuenan en tu cabeza. Ves su bella cara y su cuerpo sudoroso y atlético y, sin saber cómo, te sientes cabreada. Muy cabreada.

Coges el canutillo e, imitando a Peter, sorbes por la nariz.

–¡Ah, qué cosquillas! –dices frotándotela con fuerza.

–¿Es tu primera vez? –pregunta él sin terminar de creérselo.

Asientes. Le sostienes la mirada orgullosa: “¿Algún problema?”. Pero algo ocurre. Toda la sala se desdibuja, solo le ves a él. Sigues bailando y te sientes eufórica, como nunca antes. Las sensaciones se multiplican. Notas el contacto de sus manos, sus caderas, su paquete sobre tu piel como si estuvieras desnuda.

Le miras a los ojos, le sostienes la mirada un segundo y le besas. Con pasión, desenfrenadamente. Crees que te va a rechazar pero, para tu sorpresa, él te besa a ti con pasión redoblada.

–El baile es la antesala del sexo –consigue decir en los escasos segundos que libera su boca de la tuya.

Lleva las manos a tu culo y te pega más aún a él. Su paquete está muy duro. El compás del baile te sugiere otra actividad donde el ritmo es importante. A él le pasa lo mismo. Se separa un momento y te arrastra de la mano hacia las habitaciones. Abrís una puerta entornada y os encontráis a dos parejas follando juntas. Una de las chicas se muerde el labio y os hace un gesto indicándoos que entréis. Peter sonrío encantado. Dándote un giro de baile, te arroja sobre la cama.

–Te voy a mostrar el último truco cubano para sentir calorcito.

–¿Cómo está? –preguntas a la pantalla de tu móvil.

–Aparentemente bien... –responde Carla, tan hermosa y exultante como siempre– Pero en realidad está hecho una mierda.

Te levantas y caminas por el salón de tu *loft* hasta los enormes ventanales. Qué distinto es Nueva York nevado. Te arrebujas en el jersey de lana que Peter te regaló.

–Todo se ve diferente desde allí ¿verdad? –dice Carla.

Asientes. Al principio echabas de menos a Víctor como si te hubieran arrancado tu mano derecha, en cada gesto. Luego empezaste a manejarte sola, a hacer amistades, a descubrir todo lo nuevo y deslumbrante que tu nueva vida te ofrecía. Tu exposición fue un éxito y, aunque a veces no lo quieras reconocer, sabes que en ello tuvo tanto que ver tu arte como las desenfundadas fiestas a las que asistías cada noche. El caso es que no has parado de trabajar, y tus cuadros se venden como rosquillas. Rosquillas de oro macizo.

–Sí, es difícil de imaginar.

–Quién sabe...

Miras a la pantalla del móvil.

–¿Quién sabe qué? –preguntas al rostro de Carla, que se ha quedado callada en mitad de la frase.

–Cómo terminan las cosas.

Has triunfado. Has conseguido el éxito, vives de tu pasión, y muy bien además. Has cumplido el sueño de tu vida. Entonces, ¿por qué... por qué no eres feliz?

Viene a tu mente un dibujo; en él apareces tú con un pincel en la mano, sentada al pie de un árbol. A lo lejos se ve a tres niños jugando y, junto a ti, un hombre. Se ha quitado la chaqueta del traje. Tiene el pelo oscuro y ligeramente ondulado, y sus ojos castaños te miran con pasión.

–Ni siquiera el halcón ve cómo terminan todos los caminos –recitas como en un mantra, mientras acaricias las pulseras de colores que adornan tu muñeca.

La nieve se amontona en las aceras. Ves a la gente resbalar mientras entra y sale de la “Ninette boulangerie”. Ninette en realidad es de Texas, pero hace un pan delicioso. A veces llega su olor hasta tu ventana. La luz de la lavandería, eternamente encendida, ya empieza a proyectar sombras sobre el asfalto.

FIN

Vuelve a [UN CAMBIO LLAMA A OTRO CAMBIO.](#)

DESPACITO

–Carla, ahora mismo es imposible. Estoy mejor que nunca con Víctor. No quiero estropearlo.

–¿Estás segura? Él lo entenderá.

–Sé que lo entenderá. De hecho, sería el primero en animarme. Por eso no voy a decirle nada –inspiras–. No quiero arriesgar lo que he conseguido; es demasiado bueno.

Carla se queda callada. Cuando vuelve a hablar notas en su voz un tono de ¿envidia?

–De acueeerdo. De todas formas, no le contestaré aún. Tienes unos días para pensarlo ¿vale?

–Vale. Muchísimas gracias por todo, Carla. Te quiero.

–Y yo, pochola. Un beso.

–Muack.

Cuelgas el teléfono. Dejas caer el brazo y te quedas mirándote de nuevo en el espejo. Estás a punto de tirar una gran oportunidad a la basura. Por Víctor. Y, hablando de Víctor, ¿dónde narices está?

Echas una mirada en el salón, vas hasta la cocina y te encuentras una nota gigante con forma de corazón en la nevera: “Llámame cuando te despiertes”.

Sonríes. Todo va bien. Tienes que respirar y concentrarte en que no se te escape nada de tu conversación con Carla. La tienes demasiado en la cabeza.

Marcas su número. No termina de sonar el primer tono cuando escuchas su voz al otro lado.

–¡Buenos días, marmota!

–Buenos días, *estresao*.

–Oye, no podemos pasar la mañana juntos, tengo que resolver un asunto. Nos vemos esta tarde, ¿vale?

Tú no puedes más que aceptar, claro, pero no sin protestar.

–¿No puedo ir contigo?

–No, señora. Aprovecha para hacer las tareas que tienes atrasadas, que seguro que son unas cuantas –echas una mirada a la pizarra que tienes colgada en la cocina, donde ya no caben más notas.

Te fastidia, pero tiene razón. Hace días que no ves a tus padres. Por no hablar de la casa, está hecha unos zorros. Y la nevera parece un solar abandonado, hace eco cuando la abres. Y...

–Vale, te lo iba a proponer yo –mientes–, que te estás acostumbrando mal. Me llamas, ¿OK?

–OK.

Cuando Víctor cuelga suspiras muy hondo. Maldita sea, eres tú la que se está acostumbrando demasiado a su presencia. Ya casi no recuerdas cómo era tu vida antes de que irrumpiera en ella como un vendaval.

–¡Bueno, al ataque!

Lees todas las notas de la pizarra. Casi te atragantas. ¡No tienes tiempo! Te preparas un café instantáneo, tienes demasiada prisa para uno de verdad. Un biscote de bolsa con un poco de mermelada bastará para engañar al estómago mientras organizas todo, limpias la casa, haces la compra, devuelves el libro caducado a la biblioteca, pides cita para el dentista, visitas a tus padres y haces la comida. Aunque también tienes que cortarte el pelo, apuntarte al gimnasio, ir a la piscina y comprar más pinturas.

Te enfundas de un tirón los vaqueros cortos, coges la primera camiseta que encuentras y te dispones a echar una foto a la lista con las cosas que hay que comprar, cuando te llega un *WhatsApp*.

–Ahora no.

Pero ves con sorpresa que se trata de Víctor. ¿Ya te está echando de menos? Sin embargo, no es un mensaje de amor. Es una de sus leccioncitas.

–No te ataques, tómate un minuto para leer tu lista de tareas y hacer otra más pequeña con las que son inaplazables y realmente te da tiempo a hacer esta mañana. No te exijas demasiado, si te sobra tiempo, ya añadirás alguna después.

–Vale, don Listillo. Luego hablamos –contestas, pensando que, cuantas menos tareas hagas esta mañana, más te quedarán para otro día y te atacarás más aún.

–No me vas a hacer ni caso.

–Síííí, claro que sí. No me hagas perder más tiempo.

–Muack.

A veces se hace un poco pesado con sus “lecciones”. Pero bueno, lo has prometido. Miras el reloj de la cocina. ¡Un minuto!

Lees la lista de tareas:

“Recoger y limpiar la casa”. “Bueno, no va a venir nadie hasta la tarde, lo puedo hacer después”.

“Compra: leche, yogures, fruta, verdura”. Inaplazable, necesitas de todo. Tenías intención de coger el coche e ir al supermercado del centro comercial pero, bien pensado, te basta con la tienda de al lado. Tardarás menos.

“Devolver libro a la biblioteca”. Te pilla al lado de la tienda, y es solo echarlo a un buzón. Decides hacerlo.

“Pedir cita en el dentista”. Te molesta una muela desde hace más de una semana. Si no vas pronto, al final va a ser peor. Coges el teléfono y marcas el número mientras recoges los restos del desayuno. Hay suerte y te dan cita para el martes.

“Bien, una menos”, piensas mientras la tachas de la pizarra.

Sigues repasando la lista.

“Compra: carne, pescado, pollo”. “Impepinable, si no quiero volver a comer sándwich de pavo”.

“Ver a mis padres”. No es imprescindible, puedes ir otro día. Ellos van a seguir ahí. Pero entonces recuerdas tu gráfico de dedicación de tiempo diario. ¡Tienes que verles! Si no, tu vida estará vacía, será un sinsentido.

Entonces miras el teléfono en tu mano. Marcas el número de tus padres.

–Hola, mamá.

–¡Hombre! ¿Qué es de tu vida?

–No seas teatrera, que hablamos anteayer. Oye, voy a ir a comprar y luego pensaba pasarme a veros. Pero, ya que el médico le ha dicho a papá que está gordo y que tiene que hacer ejercicio, y a ti también te viene bien, ¿por qué no os venís conmigo? Así charlamos por el camino y os ayudo a cargar la compra.

–El caso es que iba a ir al mercado, necesito carne y pescado. Y fruta.

El mercado también pilla cerca de la tienda y la biblioteca. Te vale. Además, la fruta es mucho mejor. Por no hablar de la carne...

–Venga, pues quedamos en el mercado. A mí también me viene bien llenar un poco la nevera. ¿En media hora? Venga, hasta luego.

Resoplas. Borrás a la vez lo de “ver a tus padres”, “hacer la compra” y “devolver libro a la biblioteca”. ¡Qué eficiencia!

Decides dejar el resto de tareas para otro día. No te da tiempo ni loca.

Como sabes que tus padres no son muy puntuales, aprovechas para recoger la habitación y limpiar lo más gordo. Coges tu carro de la compra plegable y sales pitando.

Efectivamente, cuando llegas al mercado tus padres todavía no están allí. Te impacientas, tantas prisas ¿para qué?

“Pues voy haciendo mi compra”, piensas, dirigiéndote al puesto de fruta. Pides la vez y esperas tu turno. Miras el resto de puestos. ¿Por qué perder tiempo?

–¿Me guarda la vez, señora? –dices mientras te diriges a la carnicería y coges turno. Haces lo mismo en la pollería.

–Vaya, si aquí ya me va a tocar.

Esperas un momento, mirando con impaciencia cómo avanzan las colas de los otros puestos. En la pollería solo tienes una señora delante, va a ser rápido.

Pero la señora en cuestión pide de todo: pechugas fileteadas muy finas, muslitos, un pollo entero, arreglado, por supuesto... ¡Hasta patas de pollo! No te extraña que haya dado tiempo a que lleguen tres personas más detrás de ti.

En la carnicería ya están atendiendo al señor que te dio la vez. Estás a punto de gritarle a la señora de las patas de pollo.

Ves como el señor de la carnicería saca la cartera. “¡Mierda, ya va a pagar!”. La señora de las patas de pollo parece que va a acabar también.

–Pues yo creo que ya está. ¿Cuánto es?

–Un momento... Treinta y dos con cincuenta.

–¡Ay! Casi se me olvidaba. Ponme también huevos. Una docena. Con lo que le gustan a Gaspar...

Te dan ganas de matarla. Ya están preguntando quién sigue en la carnicería. Te diriges al de la pollería.

–Perdona, ¿me puedes poner cuando acabes con la señora dos pechugas fileteadas superfinas? Es que me toca en la carnicería.

–Cómo no. ¿De las normales o las especiales?

–¡Las que quieras! –gritas desde mitad del pasillo.

Una señora muy avispada ya se está colando en la carnicería cuando irrumpes como un elefante.

–¡Me toca!

–Uy, hija, qué modales. Como te habías ido...

–Pero ya estoy aquí. Ponme cuatro filetes para plancha. Muy finos.

Entonces llega tu madre y, dándote un beso, se pone a mirar la carne del mostrador y a comentar todo lo que va a pedir. Notas en tu espalda las punzadas de odio de todos los de la cola. Qué vergüenza.

–Hola, mamá. Un poco tarde, ¿no? –susurras.

–Hija, ya sabes cómo es tu padre hasta que sale.

–¿Así los filetes, guapas? –os interrumpe el carnicero.

–Sí, así están bien. Pícame trescientos gramos de esta, también. Y sácame la nota. Mientras atiendes a mi madre voy a pagar el pollo.

–Cómo no, guapísima.

El del pollo te ha preparado una bolsa, que está apartada a un lado del mostrador. Ya está atendiendo a otra señora.

–Tus pechugas, niña –te dice al verte, y echa una sonrisa picarona–. Son siete cincuenta.

–El caso es que también quería alitas –dices.

–Pues espera un momentito que acabe de atender a la señora y te las pongo.

La señora en cuestión es aún peor que la primera. Habría terminado antes si le hubiera pedido el puesto entero. Mientras aguardas golpeando el suelo con el pie y controlando el puesto de fruta, llega tu padre.

–¡Hola, hija! –dice, y te da un beso del que apenas eres consciente– ¿Qué, comprando víveres?

–Sí, que luego decís que no me cuida. Papá, estás más gordo todavía.

–Gracias, hija, tú también estás muy guapa.

–En serio, te tienes que poner a dieta.

–Deja, deja, eso es para los enfermos o los que tienen que ligar. Yo ya...

–Oye, me va a tocar en la fruta. Pídeme medio kilo de alitas y una docena de huevos. Luego te pago.

–Me encanta charlar contigo –dice mientras te alejas por la galería.

El puesto de fruta es tu favorito. Tantas formas y colores te alegran la vista. Y te incitan a comprar. De hecho, compras demasiado; el carro amenaza con desarmarse. Vas a pagar cuando aparece de nuevo tu madre.

–Hija, ¿dónde estabas?

–Pues aquí.

–Ponme dos kilos de reinetas, Miguel, que voy a hacer tarta –dice ella

dirigiéndose al frutero.

–¡Señora, que se está colando! –grita alguien en la cola.

–¡Es mi hija, señora, que me ha pedido la vez! Qué gente más grosera.

–Mamá, por favor...

–Sinvergüenza...

Eso es demasiado. Un resorte salta en tu cerebro y tienes que intervenir.

–¡Eh, eh! Cuidadito con lo que le dice a mi madre, si no quiere tenerla.

–Hija, déjala, que es alcohólica. Ponme tomates también, dos kilos.

–¿Usted qué dice, cotilla? –salta la señora, esta vez enfadada en serio.

Se sale de la fila y se abalanza sobre tu madre. Tú te tienes que interponer. Mantienes a la fiera a raya con el carro mientras la otra no deja de soltar improperios. Tu madre, entre tanto, termina de hacer su pedido, paga tan tranquila y se despide del frutero.

–Vamos, hija, yo también tengo que comprar pollo. ¿Tienes la vez?

–¡Ah, no! Coge tú la vez, mamá. Bastantes movidas tengo yo en mi trabajo para que el fin de semana me la lées tú también. Casi me araña la bruja esa. Tengo las pulsaciones a mil.

–“El que se mantiene sereno, gana la pelea”.

–Sí, mientras no te descalabren con un bacalao. Mira, yo pago mi pollo y me voy para casa. Ya os veo un día de estos ¿vale?

–¡Pues vaya charla que hemos tenido! Para eso no vengo hasta aquí.

–La culpa es tuya. Si hubieras llegado puntual no habría pasado nada de esto.

–¡Vaya, lo mismo pensé yo cuando llevaba ocho horas en el paritorio porque a la señorita no le daba la gana salir!

–Ya estamos, ¿siempre tienes que ganar?

–¿Qué pasa, ya estáis liadas? –interrumpe tu padre, que trae la bolsa de la pollería.

–Como siempre –dices, cogiendo la bolsa y mirando la cuenta–. Joder, papá, te dije alitas, no muslitos.

Tu padre esconde la cabeza entre los hombros.

–Uy, perdona. No me acordaba.

–Da igual. Toma, quince euros. Me voy para casa.

–No, no, yo te invito.

–¡Que no, que lo cojas, coño!

Has contestado demasiado bruscamente. Te arrepientes al instante, pero el daño ya está hecho. Tu padre te mira en silencio mientras coge el dinero.

–Venga, voy a veros esta semana ¿vale? –dices dándoles un beso rápido.

Cuando vas a irte, tu padre te agarra de la mano.

–¿Te acuerdas de cómo arreglábamos nuestros enfados cuando eras niña? Con una pelea de cojines –dice, y te tira una hoja de lechuga.

Tú la coges al vuelo. Resoplas y se la devuelves.

–Tu niña ya se hizo grande, papá.

Te alejas por la galería, tirando de tu carro y sacudiendo la cabeza.

No querías que la mañana acabara así.

No te sientes orgullosa de ti misma. Cuando ves a Víctor le cuentas en seguida el episodio, para descargar tu conciencia. Hablar libera, como él te dijo. Y es cierto, una vez que se lo has contado, te sientes mucho más tranquila.

–Bueno, ya lo arreglaré –concluyes–. Al fin y al cabo, los padres son “los que siempre están ahí”.

Víctor te mira en silencio; parece que va a decirte algo, pero finalmente solo asiente.

–Creo que el ejercicio de hoy te va a venir muy bien –dice.

–¿Ejercicio? –respondes, y tu libido se dispara al instante. Sabes muy bien en lo que consisten los ejercicios de Víctor.

–Sí. Equípate para una sesión “sexy”, por favor.

Le miras a los ojos. Tu pulso se ha acelerado más aún. Asientes en silencio y te metes en tu cuarto. Abres tu armario y sonríes; te habías preparado para la ocasión. Te pones un conjunto interior nuevo: sostén y tanga negros, y medias ajustadas al muslo a juego. Por último, un vestido corto rojo y tacones de aguja. Víctor se volverá loco. Pero ¿qué se traerá entre manos esta vez?

Te gustaría haber grabado su cara cuando apareces en el salón. Casi se le cae la mandíbula hasta el suelo.

–Guau. Esto sí es prepararse.

–¿Te gusta? –preguntas, dando una vuelta sobre ti misma.

–¿Que si me gusta? Te haría el amor sin parar hasta caer muerto – responde él rodeándote con los brazos por detrás y besándote el cuello.

–¿Y “por qué no”?

Llevas tu mano hasta su muslo. Él se retira al instante.

–Porque tenemos trabajo. Ponte el pañuelo en el pelo, vamos en mi coche.

–¡Con lo bien que me había peinado!

–No te preocupes, aunque estuvieras calva hoy nadie se fijaría.

Coges el bolso, un pañuelo y las gafas de sol. La gente te mira por la calle. Más bien, te admira. Hace un tiempo te habría resultado incómodo, pero hoy, con tu ración diaria de Keleden 1000, te da lo mismo.

Subís al coche. Víctor conduce hacia el norte. Según os alejáis de Madrid, las montañas se van haciendo más altas y el paisaje más verde. Tú disfrutas del viento en la cara, tratando de no pensar en lo de esa mañana ni en lo que vendrá a continuación. Pero no es fácil. Estás demasiado “*excited*”.

Salís de la general y discurrís durante un rato por una carretera secundaria. Aprovechas para quitarte el pañuelo y dejar tu pelo volar libre. Víctor te rodea los hombros con el brazo y lo acaricia. Tú le respondes con un beso cálido en el cuello.

Hace unos kilómetros que dejasteis atrás el último pueblo. Un tupido bosque de robles flanquea la carretera. De pronto, Víctor toma un camino de tierra que aparece a un lado y se interna entre los árboles. La sombra es allí tan espesa que tienes que quitarte las gafas de sol para ver algo. Conduce lo que a ti se te antoja una eternidad, cada vez más lejos de la carretera, hasta que una casa de piedra aparece ante vuestros ojos.

–Sería el lugar ideal para un asesinato –dices sin querer.

–O para una cita romántica ¿no?

Asientes. Aunque, al apagar el motor y escuchar el silencio que os rodea, te afirmas más en la primera opción. Y sobre todo al comprobar que tu móvil se ha quedado sin cobertura.

Víctor saca una llave de la guantera y abre la puerta. La casa está decorada de forma sencilla, pero con gusto. A todas luces, ha sido preparada por alguien antes de vuestra visita. Las persianas están abiertas y sobre la mesa baja del salón, de acero inoxidable, hay una botella de champán en una cubitera.

–Perfecto –dice Víctor.

Tu excitación aumenta por momentos.

–¿En qué consiste el ejercicio? –preguntas, impaciente.

–Tch, tch, tch... –niega Víctor con la cabeza–. Va justo de esto. ¿Has oído hablar del movimiento *Slow*?

–Nnn... No.

–Está formado por gente que se ha cansado de ir atacada a todas partes. De correr sin saber muy bien por qué.

–¡Eh, eh! Yo no soy así –protestas.

–Me acabas de contar cómo te has peleado con tus padres después de una buena ración de estrés.

–¡No ha sido por eso! –protestas–. Es que, a veces, son muy pesados. Víctor te mira, sonriendo.

–Vale, vale –admites por fin–. Iba un poco más atacada de la cuenta. Pero han sido ellos los que me lo han provocado.

Víctor se dirige a una cómoda y abre un cajón. De él saca una venda negra.

–Sea como sea, a todos nos viene bien entrenar la paciencia. De vez en cuando hay que saber echar el freno. ¿No has conducido nunca de noche? Las distancias parecen hacerse más largas.

Se sitúa detrás de ti y te besa en el hombro. Toma la venda con ambas manos y la posa sobre tus ojos. Tú te dejas, en parte incómoda y en parte más excitada aún. Cuando termina de atarla no ves absolutamente nada. Estás a su merced. En esa cabaña aislada podría hacer lo que quisiera contigo. No sabes si es el morbo o la inquietud los que te provocan un nudo en el estómago.

Víctor se separa de ti. Privada del sentido de la vista, agudizas los demás. Te sientes desorientada. No oyes nada, pero te llega el aroma de él, y al instante sientes el tacto de sus labios sobre tu hombro. Se te eriza el pelo de la nuca. Vuelve a separarse. Giras la cabeza, buscando. Escuchas un leve sonido un poco más lejos. ¿Qué hace? El rumor de su ropa te advierte que se está acercando. De pronto algo roza tus labios. Es húmedo. Frío. Y dulce.

–¿Melón?

–Premio.

Abres un poco la boca. Primero recibes un beso húmedo y, después, una bolita de melón frío.

–Ummm... Qué rico.

–A veces merece la pena aceptar lo que te toca en suerte ¿no? Abre la boca otra vez, por favor. Estás preciosa.

Tú sonríes. Pasas la lengua por tus labios de forma muy sensual y los separas un poco. De nuevo algo los roza. También es frío y húmedo, pero sabe distinto.

–Mango.

–Correcto.

–Me encanta.

–¿Estás aquí? –pregunta Víctor.

Asientes.

–¿Del todo? ¿No hay nada más en tu mente?

Niegas con la cabeza.

–Mientes. Pero pronto estarás más centrada –dice introduciendo otro pedacito de melón en tu boca–. El orgasmo es algo en lo que es difícil no estar al cien por cien ¿verdad?

Asientes, mientras masticas la bolita de fruta. Agradeces su dulzor y su jugo. Te das cuenta de que tienes sed.

Como siempre, parece que Víctor lee tu pensamiento. Escuchas el tintineo de los hielos en la cubitera, el crujir de un papel de aluminio e, instantes después, el “¡pop!” del tapón de champán y su sonido burbujeante.

–¿Ya has cerrado la boca? –pregunta.

–Ahora mismo la abro. Para ti.

Inclinas la cabeza hacia atrás. Víctor posa el borde de la copa en tu labio inferior y vierte un poco de champán en tu boca. Después del dulzor de la fruta te sabe amargo, pero lo agradeces. Víctor inclina un poco más la copa y unas gotas de champán rebosan por la comisura de tus labios y se deslizan por tu barbilla. Sientes el impulso de apartarte, pero Víctor te sujeta y mantiene tu cabeza inclinada hacia atrás. Deja que el champán corra por tu cuello, se hunda en el hueco entre tus clavículas y discurra hacia el canal entre tus pechos. Pero antes de que llegue, sus labios lo interceptan. Sigue besándote mientras asciende por tu cuello, lame tu barbilla y finalmente hunde su lengua en tu boca.

–Ummm... es bueno –comenta–. Y más en esta copa.

Prolonga el beso profundo, saboreando cada rincón de tu boca.

–Pero no me gustaría manchar este vestido tan bonito –dice.

Tú asientes. A ti también te está empezando a molestar.

Te gira. Besa tu nuca. Sus labios recorren tu columna hasta llegar a la cremallera. Un ligero forcejeo y esta cede. Sientes frescor en tu espalda a medida que desciende. Muy despacio.

Los labios de Víctor acompañan su recorrido. Cada milímetro, hasta llegar al borde del tanga. Allí se entretiene. Muerde el elástico. Juguetea con él. Sin dejarlo, notas que sus manos rozan tus hombros. Empujan los tirantes del vestido hacia fuera, despacio, hasta que se precipitan por el abismo de tus brazos y el vestido cae al suelo.

Levantas un pie, luego el otro, liberándote de él. Te imaginas tu propia visión, allí de pie, en ropa interior y tacones, con los ojos vendados. Aguardas la reacción de Víctor. Escuchas su respiración, que se hace más fuerte. Sabes que está excitado. Y eso te gusta.

Tiene la cara a la altura de tu culo. Esperas de un momento a otro sus labios o su lengua rozándote. Ahí están. Te besa. Se separa. Te besa. Se separa. Sus besos se van acercando a las zonas más íntimas. Notas su aliento, su calor. ¿Qué hará? ¿Continuará con la lengua? ¿Utilizará sus dedos?

Nada de eso. Aún no.

Sus dedos aferran la goma del tanga, tiran de él hacia abajo, lo deslizan por tus muslos. Quiere quitártelo, le estorba. A pesar de la escasa tela que tenía, notas el frescor en tu sexo húmedo. Sigue bajándotelo, muy despacio. Llega a tus rodillas. Se desliza fácilmente sobre el tejido de las medias, pero Víctor lo baja desesperadamente despacio por tus pantorrillas y tobillos. Levantas un pie. Luego el otro. El tanga se enreda un poco en los tacones, hasta que por fin sale.

Víctor se separa de ti. Te quedas de pie, aún más desnuda, oteando alrededor. No sabes qué viene a continuación. Entonces notas su mano, que toma la tuya. Quiere que avances. Te guía hacia alguna parte.

–Cuidado con las rodillas –dice–. Detente y tatea con las manos.

Haces lo que dice. Sientes la presión de algo duro y frío en las rodillas. Es la mesa baja de acero. Te agachas y palpas su superficie con las manos. Ya no está sobre ella la cubitera con el champán.

–Súbete.

–¿De pie? Me voy a matar.

–Eso no. Mejor de rodillas. A cuatro patas.

–Eso me gusta más.

Subes una rodilla. Luego la otra. Tanteas los bordes para situarte lo

más centrada posible. Plantas las manos.

–¿Así?

–Perfecto.

Estás a cuatro patas encima de la mesa, sin bragas y con los ojos vendados. Sabes lo que viene a continuación. Ojalá la parte *Slow* del ejercicio haya terminado, empiezas a estar ansiosa. Desearías que Víctor te tomara por detrás, con fuerza. Después de tanta lentitud, necesitas marcha.

Estás a punto de decírselo, cuando escuchas sus pasos. Se alejan de la mesa. Abre un cajón. Vuelve hacia ti. ¿Qué se traerá entre manos?

De pronto notas algo, suave y firme a un tiempo, alrededor de tus muñecas. Textil. Víctor se entretiene un momento abrochándolo, y luego a las patas de la mesa. Y en un momento, estás maniatada.

–Eh, ¿qué es esto? ¿Estoy detenida? ¿Me vas a torturar?

Víctor ríe. Oyes sus pasos en torno a la mesa. Va hacia tus pies. En un momento te ha atado también los tobillos.

–¿Estás cómoda?

–Bueno, he estado mejor. Me parece que en este ejercicio no voy a llevar yo la voz cantante ¿no?

–En esta parte vamos a entrenar la aceptación.

–¿La aceptación?

–Sí. En algunos textos la llaman directamente “rendición”.

–No suena muy bien.

–Desde luego. En occidente nos educan desde pequeños en que rendirse es malo. Numancia es un ejemplo a seguir porque nunca se rindió. Disney nos dice que no debemos rendirnos jamás; que, si deseamos algo con la suficiente fuerza, al final se cumplirá. Pues ¡sorpresa! No es así. Hay cosas que, por mucho que hagamos o deseemos, no tienen solución. Lo único que podemos hacer con ellas es aceptarlas.

–Pufff... Eso sí que cuesta aceptarlo.

–Añadimos mucho sufrimiento a nuestras vidas por no aceptar la realidad. Te voy a contar una historia. Es de una tía mía, ya mayor. Tenía tres hernias en la espalda. Y cada vez que le preguntabas cómo estaba, te decía lo mismo: “Fatal, tengo unos dolores terribles, pero el lunes voy al médico, a ver si me cura y me deja como antes”. Eso era imposible pero, por más que se lo decían, ella no quería creerlo. Un día un traumatólogo del hospital la cogió de la mano y la llevó a ver a otra paciente suya. Era una mujer de su edad, y

estaba mucho peor que ella. Su columna estaba doblada y retorcida como una caracola. Y sin embargo sonreía. Saludó a mi tía desde la altura de su ombligo y le preguntó por su dolencia. Ella le habló de sus hernias y de cuánto le dolían. La otra la escuchó y asintiendo le dijo: “¿Sabes cuál es el truco para que deje de dolerte? Ríndete”. Y se fue a seguir ayudando a otras pacientes en su rehabilitación.

Tú te quedas en silencio.

–Bonita historia –dices al fin–, aunque me suene un poco rara aquí, atada a una mesa y desnuda para ti. Entonces, ¿dejo de lamentarme y me pongo a la tarea?

–¡Ja, ja, ja! Eso es. Lo has captado muy rápido.

Separas un poco más las rodillas y sacas el trasero.

–Está bien, aceptaré lo que venga.

–Así me gusta.

Te sientes rara, sin libertad de movimientos. Pero a la vez te da mucho morbo el encontrarte totalmente a merced de Víctor. Eres toda suya, ahora sí que puede hacer lo que quiera contigo.

De nuevo escuchas abrirse un cajón. Víctor se entretiene, ¿qué estará haciendo? Entonces te toca de nuevo. Pone una mano en tu trasero. Luego la otra. Separa tus nalgas y notas el tacto de algo pequeño, duro y pringoso. Un dedo, untado de lubricante.

Acaricia el contorno de tu ano, extendiéndolo, hasta que se desliza en su interior, sin dificultad. Tu respiración se entrecorta. Así que es eso. Ahora que ya has probado el sexo anal, sabes que no hay nada que temer. Y te da morbo. Lo deseas. Llevas demasiado tiempo conteniéndote y te apetecen sensaciones fuertes.

El dedo entra y sale varias veces, muy despacio. Y cada vez más profundo. De pronto se sale del todo. Escuchas el tubo de lubricante al ser exprimido. Notas de nuevo el contacto, pero ahora es más de uno. Dos dedos juntos hacen círculos con las yemas en la entrada de tu ano. Cuando te quieres dar cuenta, están dentro.

–¡Ahhh!

–¿Duele?

Niegas con la cabeza. No duele. Es muy placentero.

Mientras, con la otra mano, Víctor acaricia tus pechos sobre el sostén. Te resulta extraño que no te lo haya quitado aún. Tampoco ha tocado aún tu

sexo. Lo ha evitado a propósito, sabe que si no habría sido imposible prolongar tanto tu placer. Está tan sensible y húmedo que piensas que en cualquier momento va a empezar a gotear sobre la mesa. Pero empiezas a desesperarte. Deseas con toda tu alma sentirle dentro. Necesitas saciarte. Dejar salir la lava que empieza a borbotear en tu interior.

–Por favor, fóllame... –susurras.

Víctor se acerca a tu oído.

–¿Crees que ya has practicado suficiente la paciencia? Bien, entonces mereces tu premio.

Él se detiene y tú jadeas, preparándote para recibirle. Anticipando las sensaciones, casi sintiéndole abrirse camino dentro de ti.

Pero, para tu sorpresa, se vuelve a apartar de la mesa. Escuchas sus pasos alejarse hacia la puerta. Oyes el picaporte. ¿Se va a marchar, dejándote así?

Entonces oyes de nuevo los pasos acercándose. Pero algo te desconcierta. Los pasos no suenan igual. Estos suenan a suela de goma, como de unas deportivas. Un momento... ¡más pasos! ¡Y más!

Giras la cabeza a un lado y a otro, intentando captar qué es lo que ocurre. Te encoges un poco. ¿Qué está pasando ahí?

Notas varias presencias a tu alrededor. Escuchas respiraciones distintas. El tintineo de un cinturón. Una bragueta bajándose.

–¿Víctor...?

–Estoy aquí, cariño.

Escuchas su voz tranquilizadora junto a tu oído. Su mano se posa en tu cintura.

–Son de confianza. No tengas miedo. Solo siente. Yo estaré aquí en todo momento, disfrutando de tu placer.

“Maldita sea, ¿qué ha preparado?”. Te imaginas a varios extraños mirándote, ahí, casi desnuda, a cuatro patas, expuesta como un trofeo. O más bien como un festín ante el que afilan sus dentaduras. ¡Y sin poder moverte!

¿Cómo serán? Si piensas en un grupo de vagabundos, malolientes, barbudos y sin dientes, te dan ganas de echar a correr. Si pudieras. Pero Víctor no te haría eso ¿no? Seguro que son tipos atractivos, atentos y expertos en el arte del sexo. Estarán mirándote con deseo, recorriendo tu cuerpo con los ojos y pensando qué es lo que te van a hacer para que goces como una posesa.

¿Verdad?

Sin saber por qué, de pronto notas la presión de las cinco pulseras que llevas en la muñeca. Ves sus colores nítidamente a través de la venda que cubre tus ojos: blanco, amarillo, naranja, verde, azul.

El miedo se va.

Las dudas se marchan.

Eliges la segunda visión, al fin y al cabo te va a dar lo mismo. No hay escapatoria, no vas a hacer la espantada del primer día.

–Ríndete –escuchas el susurro junto a tu oído.

Asientes. Rendición. Aceptación.

–Sí.

Te dispones a disfrutar. Sin límites. Sin tabúes. Sin culpa. Sexo desenfrenado solo buscando placer. Con Víctor.

Levantas la cabeza. Sacas la lengua y recorres con ella tus labios. Muy lentamente.

Es la señal.

Al instante notas el contacto de algo duro y grande en tu mejilla. Inevitablemente, te llega su olor. Afortunadamente huele a limpio, a jabón. La imagen de los vagabundos se aleja de tu mente. Giras un poco la cabeza y abres la boca. Un pene de buenas proporciones se introduce en ella. No es el de Víctor. Moviendo tu cuello, haces que entre y salga, al principio despacio, luego a buen ritmo. Se acabó la lentitud. Todo el deseo acumulado brota como el agua de la manguera de un bombero. A presión.

Otro miembro está pidiendo su turno. Abandonas el primero y atacas el segundo, con fruición. Es más pequeño, sin embargo está más duro. Tampoco es Víctor.

Escuchas las respiraciones de los hombres, se están acelerando. Tú te alegras y chupas con más energía. Ellos responden moviendo sus caderas adelante y atrás, acompasándose al vaivén de tu boca.

De pronto tu atención se desvía. Unas manos están palpando tu culo. Por el ángulo, adivinas que el hombre no está de pie, sino de rodillas. Te preparas para sentir el contacto de su lengua...

Ahí llega. Suelas el aire, dejando escapar un gemido.

La lengua entra en tu sexo. Sale. Lo recorre arriba y abajo. Se detiene en tu clítoris inflamado. Te enloquece.

Atacas con más energía el pene que tienes en tu boca. El hombre

gruñe. Por la voz, parece joven. Te lo imaginas guapo y musculado, muy excitado al ver tu desnudez e indefensión.

Más manos. Esta vez acarician tus senos a través del sostén. Se impacientan y, con dedos hábiles, lo desabrochan. En seguida se posan sobre ellos. Los acarician con fuerza, con deseo.

Solo te quedan las medias y los tacones. Y la venda sobre los ojos. Los embates de los hombres se aceleran. El que lamía tu sexo se separa, y a continuación escuchas el inconfundible sonido del papel de un preservativo al rasgarse.

Chupas con más energía, mientras te preparas para recibirle. Lo estás deseando.

Ahí viene. Notas la presión sobre tu sexo y...

–Aaahhhh...

El miembro se abre paso en tu interior. Tiene buen tamaño. Podría ser Víctor... o no. Comienza a moverse adelante y atrás. Tú te acompasas a él con las caderas. En seguida le demandas más fuerza, y él responde sin dudar.

El contacto sobre tu boca te recuerda que te has distraído de los hombres que tenías enfrente. Abres la boca y chupas con ganas. Sin embargo, no puedes separar tu atención de las sensaciones que te llegan desde tu sexo. El hombre que está detrás de ti empuja con energía y, a la vez, con gran habilidad. El ángulo y la presión son los justos para irte acercando poco a poco al clímax.

Pero falta uno. ¿Será Víctor? ¿Quizá se contente con mirar cómo esos tres extraños follan contigo?

Entonces todo se detiene. Sin una palabra, los tres hombres se separan de ti. Escuchas a alguien reptar sobre la mesa. Te obliga a separar un poco las piernas para pasar, y sigue retrepano hasta que escuchas su respiración frente a la tuya.

Te llega su inconfundible aroma. Víctor. Sus labios se posan en los tuyos. Los toma con ansia. Te agarra por la cintura y hace que te sientes sobre él. Buscas su miembro enhiesto. Lo encuentras. Con un movimiento brusco, te lo introduces hasta el fondo.

–¡Aaahhh!

Empiezas a moverte. Con fuerza. Alguien te toma por la barbilla y te guía hacia su miembro. Tu boca vuelve a estar ocupada. La mueves adelante

y atrás al compás de tu propio placer. Se turna con su compañero penetrándote la boca.

Te imaginas la escena que debéis formar los cuatro alrededor de la mesa. Digna de una película porno. Y tú eres la protagonista.

Te sientes lasciva, y te excitas aún más.

Pero aún no ha llegado todo. Falta el cuarto hombre.

Apenas te ha dado tiempo a echarle de menos, cuando sientes su contacto por detrás.

–Sí...

Eso será lo máximo. Lo quieres. Lo necesitas. Deseas estar llena, no dar más de ti, para llegar al clímax más total.

Frenas tus movimientos y te echas un poco hacia delante para ponérselo fácil. Víctor te muerde los pechos con ansia; cuanto más caliente estás tú, más lo está él.

Notas el cuarto miembro a la entrada de tu ano. Por el pringue que deja en tus nalgas, lleva puesto un preservativo bien untado de lubricante.

–Vamos, empuja...

Ahí va. Sientes como entra en ti sin dificultad, aunque apretado. Muy apretado.

–¡Aaahhhhh!

Retomas el movimiento con frenesí. Ahora sí estás a tope. Llena. Te sientes la reina del sexo entre esos cuatro hombres, dando y recibiendo placer. Y sabes que a Víctor le gusta.

Gritas.

El éxtasis llega en una gran ola. Y otra. Sigues gritando, nadie os escucha allí.

–Sí... Sí, goza, nena –escuchas lejana la voz de Víctor.

Cuando parece que el orgasmo va a remitir te llegan de nuevo las sensaciones desde tu sexo y tu ano, y vuelve. Una vez más. Otra ola de placer inunda todo tu cuerpo. Te desborda. No puedes abarcarla. Te sacudes como una posesa, sin control.

Apenas eres consciente del fluido caliente que te llena la boca. Te giras y recibes otro baño en la cara. Ellos también se están corriendo.

–¡Aaaaaaaahhhhhhhhhhh!

Un nuevo clímax. El último. Poco a poco sientes como se va diluyendo entre espasmos aislados. Vas frenando tus movimientos. Jadeas

como un animal. Caes en brazos de Víctor, agotada. No puedes más. El hombre que tienes detrás saca su miembro de ti, más flácido. También ha terminado.

Besas a Víctor. Besos blandos, casi caricias.

–Ha sido increíble –susurras.

Sus labios se estiran en una sonrisa.

–Algunos dicen que es la experiencia más cercana a Dios.

–Estoy de acuerdo.

Te besa de nuevo.

Notas movimiento alrededor. Los hombres se están retirando. Escuchas sus pasos alejándose. Cuando Víctor te quita la venda de los ojos ya es demasiado tarde. Se han ido. Nunca sabrás quiénes eran.

Víctor te desata. Te duelen las rodillas. Te derrumbas cuan larga eres sobre el sofá. Estás rendida.

–¿No podías haberlo hecho sobre la cama? –le reprendes mientras le azotas suavemente con tus ataduras.

–¡Ay, si pudiéramos controlar las circunstancias! Pero tú has sido toda una campeona de la aceptación –ríe–. Te has ganado esto de sobra.

Te tiende una nueva pulsera. Marrón, con arabescos en beige. Bella, como todas las anteriores.

Te la pones junto a las otras.

–¿Y ahora qué? –preguntas con los ojos cerrados mientras Víctor, tumbado junto a ti, te besa suavemente.

–Ahora, tenemos esta casa para nosotros todo el fin de semana. Vamos a disfrutarla. Y a disfrutarlos.

Sonríes. Te parece un buen plan. Pero entonces ves la venda sobre la mesa y se te ocurre uno aún mejor.

PRÁCTICAS

–¿¿Cómo que se han acabado las lecciones?? Me falta una pulsera.

Víctor te mira a los ojos.

–El cinturón negro no se gana en clase, sino en combate.

–¿Cómo que en combate? ¿Voy a tener que pegarme?

Víctor asiente sin despegar su mirada de la tuya.

–Sí. Con la vida.

No quieres darle más importancia, pero esa noche te quedas dando vueltas a sus palabras. “¿Y ahora qué?”, piensas, observando las seis pulseras de tu muñeca. Se acabó el *coaching*. No sabes qué viene a continuación. Si Víctor ya no es tu *coach*... Un escalofrío te recorre la espalda, y tienes que alargarse la mano para comprobar que él sigue ahí, a tu lado, en la cama.

–Ahora, las prácticas –responde él por la mañana haciendo un gesto que abarca el mundo entero. Estáis desayunando antes de ir al trabajo. Incluso a esas horas hace calor y Víctor tiene el torso desnudo–. Tú nunca dejarás de aprender, soy yo el que me tomo un descanso de enseñar.

–¡Ha sido demasiado corto!

–¡Ja, ja, ja! Tranquila, hay artes marciales en las que el negro no es el último cinturón, ya daremos alguna otra clase particular –dice con su sonrisa traviesa–. Cuando consigas el negro.

Tú te quedas mirándole.

–Entonces... ¿nosotros?

Víctor observa su taza de café como si algo sumamente interesante estuviera ocurriendo en ella.

–¿Tú... te sientes bien estando conmigo? –pregunta a su vez.

–Sí –le miras a los ojos somnolientos. Él te mantiene la mirada–. Muy bien.

–Yo también. Contigo he encontrado la paz que no tenía hace mucho tiempo. Con eso debería bastarnos –mira al suelo antes de continuar–. Solo tengo un miedo...

–¿Cuál?

–Que te apegues demasiado a mí. Sé lo que es eso –dice levantando un poco la mano cuando ve que tú vas a protestar.

–Tuviste mala suerte. Eso no tiene por qué volver a ocurrir.

–Nada permanece. Nada.

–Nos adaptaremos. “*Be water, my friend*”.

Víctor sonrío y sacude la cabeza.

–Ya me das lecciones. ¿Qué pasa, eres de las que les ponen los profes? ¿Ahora que no soy tu maestro ya no te gusto?

–¡Idiota! –dices golpeándole en el hombro.

–¡Ay! Te denunciaré –dice él sujetándote la mano y acercando mucho su rostro al tuyo. Aguantáis así unos segundos y luego te besa ardientemente. Tú lo aceptas de buen grado.

Deslizas una mano por su pecho y la vas bajando hacia su abdomen. Tocas su erección y él resopla. Los dos miráis el reloj al mismo tiempo.

–¿En la ducha? –decís a la vez.

Una hora después los dos estáis llegando al parking de la empresa, cada uno por su lado. Y tarde.

Vas corriendo a tu oficina y, mientras te sientas y enciendes tu pc, ves que hay alguien reunido en el despacho de Felipe. “¿Tan pronto?”.

–Son los de Daegon –das un brinco en la silla cuando escuchas ese nombre. La última bronca que recibiste fue por ellos–. Están con Hidalgo y Mejías. Y Nina. La cosa va mal. Creo que están a punto de romper con nosotros, dicen que les damos un servicio horrible, que nunca saben en qué situación están sus aparatos y que, cuando se enteran, es porque hay algún problema. Es verdad, no cumplimos una. Somos un desastre –añade tu compañera, sacudiendo la cabeza.

Daegon es uno de vuestros clientes más importantes, tiene una flota enorme de aviones para ejecutivos. Si lo perdéis significará puestos de trabajo. Miras al interior del despacho. Se ve a las claras que la reunión va por mal camino. Uno de los representantes de Daegon muestra un informe en alto, muy enfadado. Y Mejías no le tranquiliza precisamente, le está contestando de malas maneras. Nina, a su lado, solo asiente a todo lo que él dice, justificándolo e irritando más aún a los clientes. Entonces lo ves claro: seguro que la última metedura de pata ha sido de ella, y Mejías la está defendiendo.

“Todo por un polvo más”.

Si esto sigue así, los vais a perder. Pero ¿qué puedes hacer tú?

–¡Claro! –exclamas golpeándote la frente.

“La *app* de Víctor”. Coges el teléfono para llamarle, pero escuchas

voces en el despacho. El tono de la reunión está subiendo. Los dos representantes de Daegon hacen gestos airados. Uno de ellos levanta un dedo amenazante y Mejías se encara a él. Los dos hacen ademán de levantarse de la mesa.

No hay tiempo.

<<< >>>

Tú eliges:

- **Opción 1:** No hay otra opción. Tienes que entrar a la reunión e intentar salvar tu empresa, aunque mueras en el intento. **Ve a [ENTRAS A LA REUNIÓN CON DAEGON](#).**
- **Opción 2:** No sabes de qué va la reunión, y ya recibiste una bronca por ellos, quizá hasta se acuerden de ti y empeores la situación. Lo más inteligente es dejar que las cosas sigan su curso. **Ve a [NO ENTRAS A LA REUNIÓN CON DAEGON](#).**

NO ENTRAS A LA REUNIÓN CON DAEGON

¿Qué puedes hacer tú? Desesperada, terminas de marcar el número de Víctor, pero no ha sonado aún el primer tono de llamada cuando los dos directores de Daegon se levantan de la mesa. Están tan encolerizados que ni miran atrás al salir. Solo dicen en voz lo suficientemente alta como para que se les escuche en toda la oficina:

–¡Ni se les ocurra volver a dirigirse a nosotros! Antes mando mis aviones a China que volver a tratar con ustedes.

Pisan tan fuerte que el suelo de la oficina tiembla. Dentro de la sala de reuniones, Hidalgo trata de calmar a Mejías, aún más enfadado que los de Daegon, para que no salga tras ellos. Solo conseguiría agravar la situación.

Se quedan aún un buen rato hablando. A través del cristal observas la cara falsamente airada de Nina. Estás segura de que solo es una actitud de defensa; mejor eso que admitir su culpa. Cuando salen y Mejías se mete al despacho de Hidalgo, Nina se dirige a vosotras.

–¡Es increíble, chicas! La gente se cree que porque es cliente puede pisotear a los demás. Pues van listos.

–¿Qué ha pasado? –preguntáis cerrando el corro en torno a ella.

–Pues nada, un pequeño error en un certificado, que podían haber arreglado ellos mismos en su taller de línea. Pero no, prefieren venir aquí y montar el lío con el director general. La gente echa mucho teatro, seguro que quieren un nuevo descuento.

–No sé –dices tú–. A mí me parecían cabreados de verdad.

–Tú no los conoces, pero yo, que trato cada día con ellos, los tengo más que calados –os mira a todas y hace un gesto con la mano como quitándole importancia–. Ni caso.

Pero no transcurre ni una semana cuando el taller recibe orden de terminar cuanto antes las reparaciones en curso de los aviones de Daegon y no lanzar ninguna intervención más. Los aparatos que se encontraban en espera en el hangar son retirados; se dice que los llevan a Alemania, a la competencia.

La satisfacción de ver como Nina tiene que tragarse sus palabras esta

vez no consuela a nadie. Los aviones de Daegon significan casi la mitad de la carga de trabajo del taller. El comité de empresa convoca una asamblea de trabajadores, en la que os informan de que habrá pérdida de puestos de trabajo. Un treinta por ciento de vosotros irá a la calle. Intentarán que suceda de la forma menos traumática posible, etcétera, etcétera.

Son semanas de gran incertidumbre. Los jefes están reuniéndose, elaborando la lista de “prescindibles”. Nina se siente a salvo bajo la protección de Mejías, por eso se queda de piedra cuando este anuncia que se marcha de la empresa.

–Era lógico –le dices tú–. ¿Quiénes son los primeros que abandonan los barcos?

Nina, por una vez, está de acuerdo contigo. Mejías la ha engañado, utilizado y tirado a la basura como a un vulgar *Kleenex*.

–Las putas ratas –responde, y acto seguido levanta el móvil y lo agita en el aire–. Pero va listo si se cree que se va a ir de rositas. A ese yo le hundo la vida.

Sacudes la cabeza. Traición, venganza, rencor, servilismo... En la empresa se respira un ambiente de lo más insano. Esas semanas de incertidumbre están sacando lo peor de la gente. Hasta ese momento se consideraban compañeros, incluso amigos. Pero, ahora que está en juego su puesto de trabajo, solo son rivales.

Todo el mundo está muy preocupado, especialmente aquellos con familia.

–Es muy duro quedarse sin trabajo a mi edad y con tres hijos que mantener –te dice Pepe, el carretillero. Tiene más de cincuenta años, su mujer no trabaja y él no tiene formación para optar a otro puesto.

Por las noches te revuelves inquieta en la cama. Hablas del tema con Víctor, pero él no tiene mucha más información que tú.

–Podemos esperar o tomar alguna iniciativa –te dice–. Como Mejías.

Tu expresión cambia solo con oír ese nombre. “Qué asco de tío”. Pero las palabras de Víctor se quedan resonando en tu cabeza.

Por eso, a la mañana siguiente, sin decir nada a nadie, subes despacio las escaleras del edificio de oficinas hasta el departamento de Recursos Humanos. Llamas a la puerta del jefe y le sueltas antes de que puedas arrepentirte:

–Pueden contar con mi puesto. Hay gente que lo necesita más que yo.

Él asiente, mirándote a los ojos.

–¿Estás segura? Todavía estamos negociando las condiciones de despido, no sé...

–Estoy segura. Anote mi nombre, por favor.

Al salir del despacho te sientes liberada, como si te hubieras quitado una gran carga de los hombros. Aunque tu boca no lo haga, tus ojos sonrían. Víctor, mientras tomáis un café junto a la máquina, lo detecta al instante.

–Lo has hecho.

–¿Qué?

–Tomar la iniciativa.

Asientes.

–Y me siento bien.

Víctor te mira a los ojos y, sorprendiéndote, te besa en los labios. Todos los rostros de la oficina se quedan petrificados, con los ojos muy abiertos, mirándoos, para volver a dirigirse a sus pantallas y papeles en cuanto os separáis.

–Estoy orgulloso de ti.

Esta vez sonrías con todo el rostro.

Un delicioso olor te recibe en cuanto abres la puerta. Víctor está en la cocina, de espaldas, con el delantal de cerditos que le regalaste, haciendo la mejor tortilla de patata del mundo.

Le abrazas por detrás. Él se relaja en tus brazos.

–¿Qué tal, amor? ¿Cómo se ha dado el día?

–No ha estado mal. Dos retratos, un abuelo con su nieto (precio especial) y una niña que no paraba quieta. La he tenido que atar a la silla.

–¡Guau! Has ganado más que yo hoy. Y sin tener que aguantar jefes pelmazos.

–Y encima, con mayordomo que me tiene preparada la cena al llegar.

–¡Eh, eh! Yo no trabajo gratis, guapa –dice deslizándose sus manos hasta agarrar tu culo.

–He dicho “mayordomo”, no “esclavo”. Deja que me duche y enseguida recibirás tu paga.

Víctor se pone tenso.

–Solo si me ducho contigo.

–Ningún problema, precisamente te iba a decir que se me ha acabado el jabón.

Víctor sonrío y, acercándose muy despacio, te muerde los labios. Sus manos se cuelan por debajo de tu ropa buscando lugares prohibidos.

–De todas formas –dices, interrumpiéndole–, he pensado que un día de estos, en lugar de cenar en casa...

–¿Qué?

–Podríamos ir de pícnic.

FIN

Vuelve a [PRÁCTICAS](#).

ENTRAS A LA REUNIÓN CON DAEGON

“Tengo que ir yo”.

Sientes el rubor extendiéndose por tu cara. El corazón te empieza a latir a mil por hora. La respiración se te altera. Te falta el aire.

“No puedo”.

Bajas la vista. Entonces ves las seis pulseras. La voz de Víctor resuena en tus oídos: “Nunca digas ‘No puedo’”. Coges la pulsera marrón, la estiras y la sueltas de golpe. El dolor te hace reaccionar. ¿No has hecho con Víctor cosas mucho más difíciles?

Respiras hondo, yergues la espalda, bajas los hombros, extiendes los brazos. “Postura de poder”. Al instante notas como tu respiración se relaja.

“Puedo hacerlo, puedo hacerlo”.

Te levantas. Avanzas hacia el despacho. Tus compañeras te miran alucinadas, y más cuando, en el momento de máxima tensión, golpeas la puerta y dices con voz templada:

–¿Me disculpan un momento? Creo que tengo la solución.

Todos los rostros se vuelven hacia ti. Notas la presión de sus miradas en tu cabeza, en tu pecho; todo tu cuerpo parece empequeñecer. ¿Cómo habría actuado Víctor? Vuelves a erguir el mentón.

–Su problema –continúas– es la falta de visibilidad del avance de su producto ¿no es cierto?

–Aparte de los fallos de calidad, en las fechas de entrega y la total pérdida de confianza en su equipo, sí –responde uno de los de Daegon, el de más edad. Nina se revuelve en la silla y Mejías va a contestar, pero Hidalgo le sujeta el brazo. El director te hace una señal con la cabeza para que continúes cuanto antes.

–Pues bien, desde hace un tiempo estamos trabajando en algo que creo que será de su interés. Está totalmente enfocado a ustedes, que son nuestro cliente más importante.

–Pues cómo tratarán al resto...

–Somos conscientes de que hemos tenido fallos –respondes en un tono conciliador–, pero la empresa está poniendo los medios para que no vuelva a suceder. Miren esto.

Levantas tu móvil mostrándoles la pantalla. Todos la observan con

curiosidad.

–Se llama *Inside Hifly* y es lo más parecido a tener un representante aquí, en la planta, cada minuto del día, todos los días del año. Pero mucho más barato y en la palma de su mano.

Te acercas a la mesa y posas tu móvil sobre ella, entre los dos de Daegon.

–Pueden probarla. Aún está en desarrollo y los datos no están actualizados, pero ya pueden comprobar sus funcionalidades. Su manejo es muy intuitivo.

El más joven de los de Daegon alarga la mano y toca la pantalla.

–Ummm... Esto es un listado de nuestros aparatos por número de serie ¿no?

–Exacto. Cada cliente tendrá una clave que les da acceso solo a sus productos, por supuesto.

–Y pulsándolo...

–Eso es. Tiene nueve opciones: –observas la cara de interés de tus dos interlocutores– seguimiento del estado de su proceso de mantenimiento, con fecha prevista de entrega e incidencias. Documentación descargable a PDF. Historial de mantenimiento de su aparato, con costes y principales piezas incluidas. Próxima visita. Consejos de mantenimiento en línea. ¡Hasta promociones aplicables! Y lo mejor de todo: a un click de distancia de su ingeniero asignado. Sí, el de la fotografía. Cualquier cosa que quieran comunicarle, pulsando este botón lo pueden hacer, por escrito o como mensaje de voz.

El hombre continúa con el ceño fruncido, pero asiente con la cabeza.

–Esto está a años luz de lo que tenemos ahora. ¡Cuántos problemas, incluido el que nos ha traído aquí hoy, nos habríamos ahorrado si hubiéramos tenido esta herramienta!

Tú sonríes complacida. Ojalá lo viera Víctor. Hidalgo, aliviado, se apresura a tomar las riendas del asunto.

–Estamos trabajando a toda prisa para que lo tengan disponible cuanto antes. No queríamos publicarlo hasta que estuviera a punto, pero creo que ha sido un acierto mostrarles nuestros avances –Hidalgo te dirige una mirada de reconocimiento y tú te sonrojas. Ves por el rabillo del ojo a Nina retorciéndose de rabia–. En esta fase, si lo desean, pueden aportar sus sugerencias para terminar de afinar la herramienta y adaptarla totalmente a

sus necesidades. Por supuesto, para ustedes será gratuita.

–Pero –interviene Mejías– ¿y el asunto de la no conformidad de calidad? Todavía no está resuel...

–Ya está tratado –le interrumpe Hidalgo–. Nuestro cliente tiene razón y lo corregiremos de inmediato. Nina y tú, id a encargarnos de ello. Mientras tanto, si les parece, daremos un repaso a las funcionalidades de la aplicación.

–Voy a avisar a Víctor Foguer, su creador –dices tú. Hidalgo abre los ojos, sorprendido–. Será muy bueno que escuche todas las mejoras que nos proponga nuestro cliente para realizar las modificaciones necesarias.

–Por supuesto. Mientras llega ¿les apetece un café?

Han sido más de dos horas de reunión, en la que Víctor ha tenido que explicar con pelos y señales el funcionamiento de su aplicación, y en la que los representantes de Daegon no han parado de poner pegos hasta que, poco a poco, han ido ganando confianza. Víctor es un interlocutor mucho más accesible que Mejías, y en el fondo están orgullosos de que se les tome en cuenta a ellos para el desarrollo de una nueva herramienta que utilizarán el resto de clientes.

–Los clientes son como los niños: lo que más les gusta es que les prestes atención –os dice Hidalgo una vez se han marchado–. Habéis hecho una gran labor hoy. Puede que hayáis salvado la situación con Daegon. Víctor, muy buen trabajo. ¿Cómo no me habías enseñado esa aplicación, hombre de Dios? Te habría puesto esos ayudantes que necesitas hace meses. Por fin un sistema para nuestros clientes, no para mirarnos un poco más el ombligo. Pero –se dirige a ti con los brazos abiertos, como si fuera a darte un abrazo– muchas gracias especialmente a usted, señorita: hace falta valor para hacer lo que usted ha hecho.

–No es para tanto...

–Sí lo es. ¿Cuál es su puesto actual? ¿Lleva alguna cuenta de cliente?

–No, no. Yo trabajo en Almacén. Hago un poco de todo, ya sabe: recepción de material, aduanas, preparación de certificados...

Hidalgo te mira sorprendido, como si te viera por primera vez. Cosa que más o menos es cierta.

–¿Somos idiotas? ¡Está totalmente desaprovechada en su puesto actual! Necesito gente como usted, gente que comprenda las necesidades de

los demás, especialmente de nuestros clientes. Con capacidad creativa para buscar soluciones imaginativas para ellos –se detiene un momento para pensar sus siguientes palabras–. ¡Y con cojones, qué narices! Pásese mañana por mi despacho, por favor. Tendré una propuesta para usted.

Abres mucho los ojos, sin creerte lo que estás escuchando. Víctor te da un golpecito en la espalda para que reacciones.

–Por supuesto, señor Hidalgo. Mañana a primera hora estaré en su despacho.

–Así me gusta. Sigán trabajando.

Se aleja por el pasillo con esos pasos que retumban en toda la oficina. Víctor y tú os miráis. Te dan ganas de abrazarle y dar saltos de alegría. A cambio, te da un casto golpecito en el hombro.

–El trabajo empieza a dar sus frutos. Sabía que lo conseguirías. Ahora, a lo nuestro o no saldremos de aquí hoy hasta la noche –te dice guiñándote un ojo.

Es cierto. Todo ha sido fantástico, pero aún tienes que entregar dos certificados completos o los clientes empezarán a chillar. La maquinaria debe seguir funcionando.

Pasas el resto del día enfrascada en tu trabajo, reclamando documentos a todas las áreas y resolviendo los problemas que traen para poder reunirlos en el dossier final. Por fin, a las siete de la tarde, entregas el último en Calidad. Ves luz en el despacho de Mejías, pero ni te acercas por allí.

Sin embargo, cuando entras en el ascensor, en lugar de pulsar el botón de la planta baja pulsas el de la cuarta, la de Víctor. ¿Todavía estará allí? Hace un buen rato que no establecéis contacto, tan ocupados habéis estado.

Se abren las puertas. Todo está en penumbra. Recorres el pasillo solitario y te recuerda a aquella primera vez en su despacho, cuando aún no os conocíais. Casi te desmayas de la atracción que sentiste por él. Y ahora...

La luz está encendida. En efecto, no se ha marchado aún. Te acercas silenciosamente y golpeas con los nudillos la puerta abierta.

–¡Hola! –dice Víctor con una sonrisa– ¡Qué sorpresa! Y de las buenas.

Se levanta, echa una mirada detrás de ti y te da un beso en los labios. Demasiado corto; los dos os quedáis con ganas de más.

–¿Cómo vas? –preguntas–. Aún no hemos podido comentar nada de

lo de esta mañana.

–Terminando. Acabo de enviar un correo de esos ineludibles y ya puedo ir cerrando –se te queda mirando a los ojos–. No te he dicho que estoy orgulloso de ti.

Te sonrojas. Viniendo de Víctor, eso significa mucho.

–¿Por qué? El trabajo ha sido tuyo.

–Sí, y se habría quedado en un cajón si no llegas a entrar en esa reunión. Esos son los momentos que marcan la diferencia.

–También lo he hecho gracias a ti.

–¡Ja, ja, ja! –ríe Víctor, pasando a tu lado para coger la chaqueta. Su solo roce te hace estremecer– Está muy bien ser agradecida, pero no te quites mérito, guapa. Yo no he sido el que se ha jugado el tipo saltando al ring en mitad de un combate de pesos pesados.

Apaga la luz. El despacho se sume en la penumbra. Os entretenéis un momento más de lo necesario para salir. Os acercáis mucho, os rozáis. Sientes su mano en tu cintura y sus labios leves en tu cuello.

–Vayámonos –dices, recomponiéndote–. Es tarde.

–Sí, demasiado para gastarlo en el trabajo. Aunque a veces el trabajo puede ser muy placentero...

Desandáis el pasillo. Víctor va detrás de ti. Pegado. Tu corazón late más fuerte de lo normal. Ver la oficina tan solitaria te está haciendo subir las pulsaciones. De nuevo la mano de Víctor en tu cintura. Sus labios en tu cuello.

Te detienes. Cierras los ojos. Sus besos te producen un estremecimiento que te llega hasta los pies. Notas el calor de su mano. No se mueve de tu cintura, pero tú lo sientes cada vez más cerca de tu pubis. Víctor se pega a ti.

Sus labios. Cálidos, húmedos. Eléctricos.

Te coge de la mano. Te agarras a ella con fuerza, necesitas el contacto de su piel. Te arrastra y tú te dejas. Entráis en una sala de reuniones y cerráis la puerta. Por fin tus labios saborean los suyos. Sus manos te recorren, ansiosas. Las tuyas aprisionan su culo y lo aprietan contra ti. Los dos empezáis a jadear. Muy bajo.

Víctor se quita la chaqueta. Cuando se vuelve hacia ti, se le ocurre algo. Una sonrisa traviesa se dibuja en su cara mientras pone el móvil a grabar.

–Es peligroso.

–Es nuestro.

Te besa con fuerza. Te levanta y te lleva en volandas hasta la gran mesa que casi llena la sala. Te tiende sobre ella. Sujeta tus manos sobre tu cabeza y te sigue besando. Tú separas las piernas. Al instante sientes la presión de su miembro en tu sexo. Un nuevo escalofrío te recorre y tus caderas responden solas.

Deseas sentirlo dentro de ti.

–Fóllame... Rápido... –susurras.

Víctor no necesita que se lo repitas. Junta tus piernas y te baja las bragas antes de que te des cuenta. Las deja en la mesa, a tu lado. Vuelve a separar tus piernas y se desabrocha el pantalón. Vislumbras su pene enhiesto un segundo antes de notarlo. Estás tan húmeda que entra en ti sin apenas esfuerzo. Ahogas un gemido.

Entonces se enciende la luz.

Víctor sale de ti, te tapa y te pone en pie en un segundo, mientras se gira para que no se le vea a él. Pero es tarde.

Os han pillado.

Te encuentras cara a cara con los rostros de Mejías y de Nina. Esta casi salta de júbilo.

Mil pensamientos se agolpan en tu mente: “Se acabó todo... Nos van a echar... Con lo bien que iba el día hoy... Qué vergüenza... Mañana lo sabrá todo el mundo... Se acabó... Se acabó...”.

Víctor se recompone. No se le ve sonrojado, como sin duda estás tú.

–Buenas tardes, ¿teníais reunión aquí? –dice.

Entonces caes en la cuenta: ellos venían a lo mismo. Trabajan en otra planta, estaría allí la chica de la limpieza y saben que por esta ya ha pasado. Seguramente no es la primera vez que lo hacen.

Pero da igual. A los que han pillado ha sido a vosotros. Ves tus bragas encima de la mesa. Alargas la mano y las coges, veloz como el rayo. Tu gesto no pasa inadvertido para ninguno de ellos. Detectas el brillo en sus ojos: malicia y deleite en los de Nina y... ¡lujuria! en los de Mejías.

“Un momento –piensas–. Quizá todavía haya una posibilidad”.

Miras de reojo el móvil de Víctor, disimulado entre los pliegues de su

chaqueta. Ellos no lo han visto.

Con tu mirada más sensual, caminas lentamente hacia Mejías. Este no se mueve.

–Bueno, una reunión de cuatro siempre es mejor que una de dos ¿no? –dices, separando tus ojos de los suyos solo para lanzarle una mirada descarada a su paquete. Su erección se hace más patente.

Nina protesta, viendo la situación.

–Nosotros solo veníamos a repasar unos temas...

–Ya, y se os han olvidado los papeles. Me da igual a lo que vinierais, solo sé que el destino ha puesto en nuestras manos una oportunidad única –dices, acercándote mucho a Mejías y casi susurrádoselo al oído– Un buen líder sabe reconocer una oportunidad cuando se le presenta ¿verdad?

Mejías parece dudar un instante, pero al momento alarga los brazos y te sujeta por la cintura. Víctor se adelanta hacia Nina, bloqueando la puerta antes de que pueda escapar por ella.

–Siempre quise tratar contigo algunos temas – le dice Víctor al oído.

–¡Eduardo, vámonos! –exige ella.

Pero Mejías no parece estar muy dispuesto. Y menos aún cuando tu mano se posa sobre su paquete.

–Nina, no seas tonta... –dice con voz ronca– Esto crea lazos entre departamentos. Hay que olvidar pequeñas rencillas.

Tú no pierdes el tiempo. Le besas, mientras desabrochas su cinturón. Su beso es ansioso, casi te mete la lengua hasta la garganta.

Víctor se pega a Nina por detrás. Le retira un poco el pelo, dejando su oreja y su hombro al descubierto. Víctor le susurra.

–¿Sabes que tienes un cuerpo de vértigo? No es Mejías el único que te desea aquí.

Nina cierra los ojos. Por un momento pierde la noción. Pero al momento se repone.

–Eduardo, deberíamos...

Mejías alarga una mano hasta su barbilla y la interrumpe, en un tono que no admite contestación.

–Nina, cariño, relájate. Estamos todos en esto. No pasa nada. Disfruta.

–Bien dicho –contestas–. Disfrutemos todos. Nuestros cuerpos están hechos para el placer. Mañana será otro día.

Vuelves a besarle y le desabrochas el pantalón. Víctor besa a Nina en

el hombro.

–Quizá no sea tan malo –le susurra.

Apoya las manos en su cintura. Nina se rinde. Cierra los ojos. Las manos de Víctor descienden por sus caderas hasta llegar al bajo de su vestido. Lo levantan poco a poco. Una de ellas se adelanta hacia su pubis; ella se contrae, y su trasero se encuentra con la dureza de Víctor. No se retira, se oprime contra ella. Los dedos de Víctor llegan al borde de sus bragas y exploran por debajo. Se sumergen en su sexo húmedo. Ella se retuerce de placer. La otra mano de Víctor levanta más aún el vestido, dejando al descubierto su trasero. Lleva un tanga muy escueto, solo tiene que retirar un poco la tira y al instante su pene se hunde entre sus nalgas.

Nina gime. Víctor le desabrocha vestido y, de un gesto brusco, se lo baja junto con el sujetador, dejando al descubierto sus enormes pechos. Se los amasa con lujuria justo enfrente del objetivo del móvil.

Mientras, tú no pierdes el tiempo. Bajas el pantalón de Mejías y sus calzoncillos hasta las rodillas. Su miembro es mucho más pequeño que el de Víctor, y está extrañamente torcido. Lo coges con la mano, lanzas a Mejías una mirada lujuriosa y te agachas. Él resopla como un toro. Le vuelves a mirar a los ojos y abres un poco la boca, mostrándole la lengua. Mejías ya no puede más. Te sujeta la cabeza por detrás y va a arrimarla a su pene cuando, alarmada, te levantas.

–¿Habéis oído? –dices.

–¿Qué? –dice Mejías, abrochándose a toda prisa el pantalón.

–¡El ascensor! Debe ser el de seguridad.

–Mierda, mierda...

–¡Bajad por la escalera, rápido!

Nina intenta recolocarse el vestido.

–¡Eduardo, ayúdame! –susurra. Pero Mejías tiene bastante con preocuparse por su bragueta y su reputación. Abre la puerta y, tras echar una ojeada al exterior, sale a toda prisa.

–Tú espera un poco –le dice.

–¡Y una mierda!

Nina le sigue como puede. Les ves perderse escaleras abajo. Tú te acercas sigilosamente al ascensor y pulsas el botón para que se ponga en marcha.

Cuando vuelves al despacho, Víctor te sonrío admirado. Tiene el

móvil en la mano. Te besa largamente.

–Eres maquiavélica –dice–. Un genio.

Te muestra el video que se ha grabado. En él se ve en primer plano a Mejías y a Nina desnudos y en actitudes inequívocas, mientras Víctor y tú aparecéis de espaldas o medio tapados. Con una pequeña labor de edición, los tenéis en vuestras manos.

–Estos dos no van a volver a dar problemas –dice, y te besa de nuevo–. Nos has salvado. Yo ya lo daba todo por perdido.

–El partido no acaba hasta el pitido final, amigo. Ahora vámonos, no sea que venga de verdad el de seguridad –resoplas–. Yo ya he tenido suficientes sobresaltos por hoy.

–Sobresaltos sí. Premios, no –dice, sosteniendo algo en alto con dos dedos–. Te la has ganado. En combate.

Miras el pequeño objeto y sonrías. Alargas la mano, te lo pones y muestras con orgullo tus siete pulseras.

LOS QUE SIEMPRE ESTÁN AHÍ

–Tranquila, todo llega –dice Víctor dándote un disimulado beso en la mejilla.

–Es que estoy deseando no tener que estar escondiéndonos.

–En Jamaica no creo que tengamos que hacerlo ¿no?

Agita ante tus ojos el sobre que os acaban de dar en la agencia de viajes. La reserva de vuestros vuelos y hoteles. Alguien ha debido anular repentinamente las tuyas, porque no vuelve a haber hueco hasta septiembre. Diez días de vacaciones en Jamaica, y a muy buen precio. Pero aún faltan dos semanas; de pronto te ha entrado la impaciencia.

–¡Es que en Madrid no hay quien esté con este calor!

–¡Ja, ja, ja! Hace unos días te daba igual.

–¡Pero ya no! Quiero estar en la playita, tumbada a la bartola, o nadando entre pequeños y encantadores tiburones.

–¿Tan pronto se te ha olvidado la lección de la paciencia y la aceptación? Vaya timo de *coaching*.

–Tendremos que repetir la clase... –dices con una mirada traviesa.

De pronto suena una melodía. Tu teléfono. ¿Quién narices será? Lo sacas de tu bolsillo, dispuesta a apagarlo. En la pantalla unas grandes letras anuncian que es Iván, tu hermano. “¿Qué favor querrá esta vez? Nunca llama si no es para pedir algo”.

Pero un oscuro presentimiento te hace pulsar el botón verde.

–Hola, Iván. ¿Qué pasa por ahí?

Escuchas su voz entrecortada, no sabes si porque le falta cobertura o porque está sollozando.

–Ruth... ¿Dón... dónde estás?... Ven... ven rápido.

–¿Qué pasa?

–Papá...

Un infarto. Una simple tubería que se obstruye y tu padre ya no está.
Ya no está.

Se acabó el pasar por delante de su casa y pensar si vas a ir a verle o no. Ya no podrás. Ya no verás más su sonrisa infalible al abrirte la puerta.

Ahora te das cuenta de que su corazón, ese corazón que le ha matado, saltaba de alegría cuando pulsabas su timbre.

–Y yo... yo le regateaba visitas. Siempre había algo más importante que hacer.

–Todos lo hemos hecho –responde Víctor estrechándote entre sus brazos.

Estáis en el parque, mirando el lago. Hace calor, pero no te apetece permanecer en un sitio cerrado. Te recuerda a su ataúd, mientras descendía hacia ese lugar oscuro y frío. Cuando los operarios comenzaron a enterrarlo en paletadas de tierra con ese gesto tan rutinario, el mismo que usarían si las estuvieran echando en una hormigonera, Ruth, la mujer valiente e independiente, desapareció. La que quedó arriba era la niña que su padre tanto echaba de menos. Una niña encogida, que no sabía qué hacer más que llorar y abrazar a su madre y a su hermano pequeño. No te había dado tiempo a acurrucarte en los brazos de tu padre una vez más y decirle “tu niña está aquí. Siempre lo estará”.

Besas a Víctor en la mejilla y te sientas entre sus piernas, como envuelta en una cálida concha. Él aspira el aroma de tu pelo. Podrías quedarte así toda la vida. Querrías quedarte así toda la vida.

Tiempo. Siempre es eso lo que falta.

–Ha muerto demasiado pronto –dices cuando los sollozos te lo permiten.

En unas pocas semanas has llegado a conocer a Víctor tan bien que sabes lo que te va a contestar antes de que mueva los labios: “Siempre es demasiado pronto”. Sin embargo, no lo hace. Permanece en silencio y te estrecha más fuerte. Tú lo agradeces. No son palabras lo que necesitas en ese momento.

–Nunca me has hablado de tus padres –dices tú, cayendo en la cuenta de repente.

–Siempre tuvimos otras cosas de las que hablar. O no hablar –sonríe.

–¿Cómo son? ¿Dónde viven?

Víctor mantiene la sonrisa en los labios, pero desvía la mirada. La pierde en el infinito, para dirigirla luego al cielo.

–Mi padre es un loco de la mecánica. Supongo que donde esté seguirá comprando cacharros viejos y haciéndolos funcionar. Y mi madre le seguirá ciegamente a donde sea. Hasta el infinito.

–¿Cómo? ¿No sabes dónde están? No entiendo...

Víctor te mira a los ojos. Dirías que están empañados.

–Se despeñaron por un precipicio en uno de los coches de mi padre cuando yo tenía quince años.

Abres los ojos, horrorizada. ¿Cómo no te había contado eso? ¿Cómo no se lo habías preguntado? Te sientes muy egoísta. Abrazas sus piernas muy fuerte. Por un momento parece que su cuerpo encogiera hasta convertirse en el de aquel muchacho que se quedó solo en el mundo cuando apenas iniciaba la adolescencia.

–Aprendemos a base de golpes –dice casi susurrando–. Yo no quería que tú aprendieras así. Pero ya sabes, planificar es de ilusos.

–¿Qué es lo que aprendiste? Dime.

–Demasiadas cosas para un chaval de quince años –dice con esa sonrisa triste que te enamoró.

–Aceptación.

Asiente. ¿Qué otra cosa puedes hacer ante la muerte?

–Y, lo más importante –añade señalando tu colgante del *yin* y el *yang*–. Nada va a estar siempre ahí. Ni tus padres, ni tus amigos, ni siquiera el agua que sale del grifo. No puedes dar nada por hecho. Todo cambia, todo se mueve. Ninguna ola del mar es igual a la anterior. Aunque creas que siempre vas por el mismo camino al trabajo, no es así: no pisas el mismo suelo, no te cruzas con los mismos coches, no ponen las mismas canciones en la radio, no respiras el mismo aire. Cada vez es la última. Todo es una constante pérdida. Ya no volveremos a estar juntos en este parque llorando la muerte de tu padre. Nunca.

Hace una pausa, para asegurarse de que lo captas. Pero al momento continúa.

–No intentes prepararte para la pérdida, porque es inútil. Pero piénsalo a menudo: “puede que sea la última vez que vea a esta persona, puede que sea la última vez que vea este paisaje, puede que sea la última vez que respire”. Te ayudará a sacarle más partido a lo que vivas.

Alejas tu mirada hacia los diamantes que destellan en el lago. Una lágrima resbala por tu mejilla. No te molestas en secarla. Dejas que caiga al suelo, entre tus piernas. Observas cómo se desliza por una brizna de hierba hasta desaparecer. Casi sientes cómo empapa la tierra, para alimentar a esa misma hierba. Cómo se evapora en parte para llegar de nuevo a tu nariz. El

yin y el *yang*.

–¿Quizá nos reencontremos con ellos algún día?

Víctor se encoge de hombros.

–Puede ser. Mientras tanto, disfrutemos de los que quedamos aquí.

Asientes despacio. Tus ojos siguen sin querer el vuelo rasante de las gaviotas. ¿De dónde habrán salido? Por un momento sus chillidos te transportan a un lejano puerto marinero.

–No puedo ir a Jamaica –dices–. Necesito estar más cerca de mi madre. Y de mi padre.

Víctor tarda un instante en asentir.

–Yo me ocupo de anularlo.

–Pero tampoco quiero quedarme en Madrid... ¿Te importa que vayamos unos días a mi pueblo? Es paleta, pero...

–En absoluto –te interrumpe–. Me encanta tu pueblo.

Vuelves a perder la mirada en los reflejos del sol sobre el lago. Cuando hablas, tus labios parecen moverse sin que tú se lo ordenes.

–Es curioso. Creí que quería un trabajo mejor, nuevas experiencias, más pasión en mi vida... pero con tus brazos rodeándome nada de eso me importa –respiras hondo antes de continuar-. No quiero perderte a ti. Sin ti no soy nada, una cáscara vacía. Si tú murieras... yo me suicidaría.

Víctor te sujeta por los hombros y te obliga a mirarle.

–No digas eso. ¡Nunca más! Puedes vivir sin mí, puedes vivir sin tu padre. Somos solo la guinda del pastel. El pastel eres tú. ¡Tu vida! Yo lo superé, y tú también podrías hacerlo. Prométeme que no vas a volver a pensar eso. No quiero que me necesites... demasiado.

–¿Y qué quieres que haga? –sueñas, repentinamente enfadada– Estoy harta de chorradas y de frasecitas zen. ¡Siento lo que siento!

Os quedáis mirándoos. No sabes bien lo que lees en sus ojos. Preocupación, duda... Por fin, suspira y baja los hombros. Tú aún mantienes su mirada unos segundos antes de volver a dirigirla a lo lejos. Notas sus dedos acariciando las pulseras de tu muñeca.

–¿Ves? –murmura– Las lecciones no terminan nunca.

Víctor hunde su nariz en tu pelo. Te estrecha con todo su cuerpo. Muy fuerte. No sabes por qué, pero, en lugar de calor, sientes un ligero escalofrío.

PÉRDIDA

Aprietas la ropa un poco más en tu maleta para poder cerrar la cremallera. No quieres llevar mucho equipaje, pero al final siempre te pasas. Y eso que llevas las pinturas en una bolsa aparte.

–Por fin –dices resoplando.

Estás lista. Incluso tienes la bici ya colocada en la baca del coche. Miras el reloj del móvil y frunces el ceño: pasan diez minutos de la hora. “Qué raro, Víctor nunca llega tarde”. Justo entonces suena un mensaje de *WhatsApp*. ¿Le habrá pasado algo?

Lees el mensaje. Te fallan las fuerzas y te tienes que sentar en el sofá. Vuelves a releerlo. Un terror ciego se instala en tu corazón a medida que vas pronunciando en voz alta las palabras de Víctor:

–“Es un error. Lo he hecho todo mal. Quería que aprendieras a vivir por ti misma y lo único que he conseguido es que cambies de muleta. Hemos ido demasiado lejos. Lo siento”.

Lo lees una y otra vez. ¿Qué quiere decir eso? ¿Realmente va dirigido a ti, no será un error? Contestas pulsando la pantalla a toda velocidad.

–*No te entiendo. ¿Qué es esa cosa? ¿Dónde estás? Hablemos.*

Espacias los mensajes cada vez más en el tiempo. Ni siquiera aparecen los dos tics grises. No los está recibiendo. Le llamas al teléfono, pero te salta el contestador.

Coges las llaves de tu coche y conduces hasta su casa. Llamas al portero automático una vez, dos, diez. Miras a sus ventanas. Tiene las persianas bajadas. Te cuelas en su parking. Su coche no está. La idea que ha ido creciendo en tu mente se convierte en certeza.

“Se ha marchado”.

“Se ha marchado”.

“Sin mí”.

Te niegas a creerlo. Ibais a iros esa misma tarde a tu pueblo. Le ha debido ocurrir algo. Algo grave. Quizá ha tenido un accidente mientras iba a buscarte y su teléfono ha quedado destrozado. “Pero ¿y ese mensaje?”. Una confusión de última hora. Quizá iba dirigido a otra persona. “¿A quién, idiota?”. Hay una algarabía de voces dentro de tu cabeza. Unas te dicen que no, que Víctor nunca te dejaría. Otras, que lo sospechabas desde el principio.

Que solo se ha aprovechado de ti. Otras, que has sido víctima de los experimentos de un chiflado, que no eras más que su conejillo de indias. Incluso ahora.

Entonces caes en la cuenta. Ya sabes dónde está. ¡Jamaica! El avión salía a las ocho, por muy previsor que sea quizá todavía no esté en el aeropuerto, o al menos no haya pasado el control.

Sin saber muy bien por qué, coges tus maletas, las echas al coche y sales a toda velocidad hacia Barajas. La M-40 va cargada, vas haciendo zigzag entre los coches. Recibes varias pitadas, pero tú solo ves la carretera y las indicaciones hacia la terminal. “Salidas Internacionales”. Allá vas. Ves un hueco frente a las puertas y dejas el coche allí tirado. Sabes que cuando vuelvas probablemente estará en el depósito, aguardándote para que pagues la multa, pero te da igual. Quién sabe dónde estarás tú en unas horas.

“Jamaica, Jamaica...”. Buscas desesperada en los paneles, hasta que ves el vuelo. “Puerta H”. Corres con tus maletas siguiendo las indicaciones hacia allí. ¿Por qué está tan lejos? El aeropuerto es gigante, no haces más que correr, ya estás sin resuello, y ni siquiera has llegado al control.

Por fin ves la familiar cola que se forma delante de los controles, con todo el mundo quitándose cinturones, relojes y sacando de sus maletas ordenadores, *tablets*, colonias y pastas de dientes.

Y le ves a él. Tu corazón da un salto. Está en la fila, guiando su equipaje sobre los rodillos, ya próximo a los agentes que miran con aire rutinario el aparato de rayos X.

Te abalanzas hacia él, pero un hombre alto de uniforme te corta el paso.

–Tarjeta de embarque, por favor.

–No la tengo, la tiene ese hombre...

–Sin tarjeta de embarque no se puede acceder a esta zona.

La maleta de Víctor ya está siendo engullida por la cinta transportadora. Él va a pasar por el arco de seguridad. Una agente le hace una señal para que avance.

–¡Víctor! –gritas.

Él se detiene. Se gira bruscamente. Parece que va a dar un paso hacia ti. Pero se frena. Mira al suelo, luego a ti de nuevo, aprieta los labios... Y cruza el arco.

Le ves durante unos instantes más, mientras recoge sus cosas al otro

lado, luego toma uno de los pasillos y desaparece.

Te quedas ahí, esperando.

Esperando.

Pasan cientos de viajeros a tu lado. Algunos lloran al despedirse. Otros ríen de emoción ante el inicio de su aventura. Otros se apresuran, o se pelean. O se ignoran.

Tú no separas la vista del arco del control. Esperas ver el rostro de Víctor aparecer de nuevo, salir corriendo, abrazarte. Sostenerte en el aire mientras te da vueltas y más vueltas. Besarte hasta quedaros sin aire.

–Señorita, el vuelo a Jamaica ya ha salido –interrumpe tus pensamientos el hombre alto que te cortó el paso. Ves una mezcla de simpatía y lástima en su mirada.

–¿C... cómo?

–Iba a Jamaica ¿verdad? Yo revisé su tarjeta de embarque. El vuelo ya ha salido. Si quiere, puede ir al mostrador de la compañía y preguntar si él lo ha tomado. Sabe su nombre ¿verdad?

–S... sí.

–Pregunte en los mostradores. Ellos le informarán.

Te quedas mirándole. ¿Cuánto tiempo llevas allí, en el control, esperando como una tonta? Lees el reloj del móvil y palideces: casi dos horas.

–Gracias –consigues pronunciar.

Coges tus maletas y das media vuelta. Notas la mirada del hombre clavada en tu espalda durante un buen rato, hasta que eres engullida por el gentío.

Preguntas por los mostradores de la compañía. Vuelves a iniciar tu peregrinaje por el aeropuerto hasta llegar a ellos. Tras unos largos minutos de espera en una nueva cola, una señorita muy amable te informa de que, en efecto, Víctor Foguer está entre el pasaje. Rumbo a Jamaica.

–Gracias.

–¿Está bien, señorita? –algo ha debido ver en tu rostro para preguntarte eso. Levantas la mirada y compones tu mejor sonrisa.

–Sí, muy bien, gracias.

Coges tus maletas y caminas despacio, sin rumbo. Miras al frente, pero no ves. Decenas de rostros se cruzan contigo. Rostros que no significan nada. Solo uno te devolvería a la vida. Pero ese ya no está.

Se ha ido.

Vuela lejos. Lo más lejos posible de ti. Donde no puedas alcanzarle.

Vagas por los interminables pasillos del aeropuerto hasta el lugar donde dejaste el coche que, por algún extraño milagro, aún sigue allí.

Arrancas y conduces. Simplemente conduces. Huyes del tráfico, no puedes detenerte. Si te detienes, estás muerta. Sales de una carretera y tomas otra, y después otra, hasta que, no sabes cuánto tiempo después, apareces en la calle de entrada de tu pueblo.

Es de noche. El crujir de las ruedas sobre la tierra retumba en el silencio. Tus faros alumbran las ventanas de las casas bajas, seguramente despertando a sus dueños. Un par de ojos curiosos se iluminan en mitad de la calle y se apartan justo antes de que los atropelles. Esquivas los baches hasta que el coche se detiene.

Sacas las llaves del bolso, pero cuando vas a abrir la puerta de tu casa te das cuenta de que no estás allí. Como despertando de un sueño, reconoces la verja alta sin candado que cierra el cementerio. La que chirrió como nunca la noche que, con tus amigos, apostasteis a que erais capaces de pasar la noche dentro. La que atravesaste tantas tardes aburridas para acompañar a tus padres a llevar flores a las tumbas de tus abuelos. La que marcó el “no hay vuelta atrás” el día del entierro de tu padre.

Enciendes la linterna del móvil. Sigues la senda que se adentra entre cruces de piedra y lápidas de mármol. Rodeas el casi panteón de los Gómez-Rovira, que han decidido que es esa la mejor forma de demostrar que son los más ricos del pueblo. Por fin, enfocas el haz de luz hacia una sencilla inscripción en una lápida nueva: “Germán Mayo Rojas, 1952–2017”.

Un nombre que desearías que, como todos los demás del cementerio, no te dijera nada. Pero te dice demasiado.

Caes de rodillas. Te dejas deslizar hasta que tu rostro toca la piedra. Tus lágrimas la empapan formando un pequeño charco. Sollozas en silencio.

–Lo siento, papá –susurras.

Lloras por la niña que ya no se dejaba mecer por el hombre que más la quiso. Por la que nunca volvió a decirle “te quiero”. Por la que solo veía en él al pesado que no la dejaba divertirse con sus amigos.

Por la niña que ahora está sola.

La que desearía acurrucarse entre sus brazos por última vez.

No sabes si te despierta primero la luz del sol, el frío o el dolor. Es como si un torturador te hubiera golpeado con un martillo en cada uno de tus huesos. Abres los ojos y al principio no sabes dónde estás. Después distingues las cruces, y las letras de la lápida sobre la que has pasado la noche. Y recuerdas.

Ves el rostro de Víctor desapareciendo por el control de seguridad del aeropuerto. Un nuevo dolor se añade a todos los demás. Más adentro.

–¿Por qué? –dices sacudiendo la cabeza.

Te levantas tambaleándote. Caminas insegura hacia la verja, la atraviesas dejándola abierta y te derrumbas en tu coche. Tienes escalofríos. Estás empapada por el rocío, y allí en la sierra sí refresca por la noche.

Arrancas y conduces hacia la casa de tus abuelos. Te cruzas con un pastor de cabras que te busca los ojos para saludar, pero es inútil, los llevas perdidos en el vacío.

Entras en la casa, caminas hasta tu habitación, retiras la colcha polvorienta y te tumbas sobre el colchón sin sábanas. Te cubres hasta la cabeza y te encoges. Recuerdas las noches de invierno en que la cama helada tardaba horas en templarse y te encoges más aún. Te abrazas las piernas y vuelves a llorar.

Cuando sales de la cama el sol está declinando. No sabes cuánto tiempo ha pasado, si un día o varios. Solo sabes que tienes que ir al baño.

Vuelves tambaleándote. Te llega una sensación rara del estómago. No es hambre, es más bien un hueco, un vacío que te revuelve. Hurgas en tu mochila y encuentras lo que llevabas para el viaje: un bocadillo de jamón y una ensalada de pasta en un *tupper*. Todo grande, para compartir. Ya no tendrás que compartir nada.

Te llevas un trozo de pan a la boca y no te entra: está duro, seco. No tienes saliva para tanto. Abres el grifo de la cocina y dejas correr el agua. A pesar de ello, cuando la bebes te sabe a hierro. Bebes directamente del chorro durante un buen rato, solo te retiras cuando parece que el agua te va a rebosar por la garganta.

Te derrumbas sobre el sofá. El polvo que levantas te hace toser. Los tosidos van convirtiéndose en sollozos y, al rato, estás llorando de nuevo.

Víctor se ha marchado. No te quiere. Él tampoco.

Es lógico.

No vales nada.

Abrazas tus rodillas y te balanceas. No eres consciente de cómo va cambiando la luz que se filtra a través de las cortinas. Cómo pasa del blanco al dorado, después al naranja, al rojo, y finalmente desaparece. Te parece escuchar golpes en la puerta, pero son muy lejanos. Nada que importe.

Cierras los ojos. Estás en el mar. El agua está fría, la humedad te cala hasta los huesos. Víctor te mira desde la orilla. Tú intentas salir, pero la corriente es muy fuerte y te arrastra mar adentro. Gritas pidiendo ayuda. Víctor ve cómo te alejas sin hacer ningún gesto.

Abres los ojos. Víctor aún no ha vuelto.

Te levantas para ir al baño de nuevo. Es de noche. Cuando vuelves al sofá, tropiezas con una bolsa y caes de rodillas.

–Eres una torpe, Ruth –dices en voz alta, frotándotelas. Tu voz suena rara, como si no fueras tú la que hablara, como si fuera tu profesora de gimnasia en una de esas pruebas de habilidad que suspendías una y otra vez. Esas en las que tus compañeras de rítmica observaban desde la fila sonriendo con suficiencia.

Notas como las lágrimas acuden de nuevo a tus ojos. Intentas retenerlas. Se te forma un nudo en la garganta, un nudo que duele. Hasta que no puedes más y, con rabia, las dejas correr. Sientes el cosquilleo en tu mejilla, mientras la gota pende un segundo antes de caer al suelo.

“¡Clanc!”.

No ha sonado a baldosa. No ha sonado a la tela de la bolsa. Ha sonado a lata. Tanteas en la oscuridad hasta que la encuentras. Es una caja plana y rectangular.

Tu caja de acuarelas.

Entonces recuerdas. Echaste en una bolsa todos tus trastos de pintura: pinceles, botes, tubos, espátulas, paletas... Lienzos.

Luz. No hay luz. ¿Por qué no hay luz? “Es de noche”. Te levantas y pulsas el interruptor, pero la lámpara no se enciende. Lo pulsas varias veces, ¿se habrá estropeado? Entonces caes en la cuenta: no has conectado la corriente.

Das unos pasos tanteando las paredes. No quieres volver a tropezar. Llevas la mano al bolsillo de tus vaqueros cortos. “¿Dónde está mi móvil?”. Echas de menos su linterna. Por fin, tras casi tirar un plato de cerámica que

está colgado al lado, localizas el cuadro eléctrico. Levantas todas las llaves, se oye un chasquido y te llega la luz desde el salón. Un ruido en la cocina te anuncia que la nevera se ha puesto en marcha.

“Mis pinturas”.

Allí están, en una gran bolsa de supermercado, medio desparramadas por el suelo después del tropezón.

Rebuscas entre ellas con movimientos bruscos. Tomas un lienzo, un pincel grueso y pintura negra. Te dejas caer en el sofá y, con el lienzo sobre tus rodillas, te pones a pintar con tanta fuerza que temes taladrar la tela.

No sabes qué es lo que estás representando, al principio crees que no haces más que untar tinte sobre el tejido. Pero, poco a poco, va tomando forma. Hay una silueta fantasmal en el centro. Un hombre. Mira al frente, pero tú sabes que justo un segundo antes te estaba mirando a ti. No sabes si es tu padre o Víctor. Está a punto de entrar en una cueva, y de pronto sabes que esa cueva es la boca del infierno. Aparece una mano en primer plano, abierta, desesperada. Le está avisando. Es tu mano.

Escuchas tu grito.

Escuchas golpes en la puerta. Alguien está llamando.

Sales como de un trance. Casi caes al suelo al levantarte: tu pierna izquierda está totalmente dormida, no sabes cuántas horas llevas en la misma posición. La luz del salón sigue encendida, pero el sol ya entra por la ventana.

Cuando abres la puerta, cojeando, la cara de tu vecina te dice que algo va mal.

–Hija, ¿estás bien? –dice Luisa, alarmada.

–Sí, ¿por qué?

–Escuché un grito. ¿Está tu madre? –pregunta, sin dejar de recorrerte con la mirada. Necesitas un espejo.

–No, he venido sola.

Echa una ojeada detrás de ti, al interior de la casa. Tú no te interpones. Esto parece tranquilizarla.

–¿Has desayunado? Estaba haciendo café –dice.

Por un momento piensas en decirle que no has comido nada desde hace horas, que estás hambrienta, pero no te sientes con fuerzas para una conversación más larga con ella. Aún no.

–Hace un rato. He dormido fatal, ya sabes, extraño la cama.

Ella asiente, no muy convencida. Será de pueblo, pero no tonta.

–Bueno, aquí estamos para lo que necesites. ¿Te cojo el pan?

–No hace falta, Luisa, ya me arreglo yo. He venido para pintar, estaré muy liada.

–Vale, ya lo pilló: que no te dé la tabarra. Saluda a tu madre de mi parte.

La mujer se retira discretamente y tú cierras la puerta tras ella. Quizá has sido un poco brusca, pero es mejor así. Tampoco tienes tacto para regalar en ese momento. Solo hay una persona con la que quisieras estar, y no es ella.

Al pensar en Víctor parece que te falta el aire.

–¡Cabrón! –pronuncias, entre la rabia y el llanto.

¿Por qué te ha hecho esto? ¿Por qué se ha ido? ¿Te ha estado engañando desde el principio? ¿O de verdad creía que se había enamorado de ti, cuando aún seguía amando a un cadáver?

“Nunca te quiso, jugó contigo”.

Llegas al salón y tomas otro lienzo más grande. Empuñas de nuevo el pincel y te pones a pintar. Con desesperación.

Le necesitas. Su calor, su olor, su sonido. Pero él ya no está.

Tus trazos son violentos, toscos, casi animales. En seguida se salen de la tela. Te pintas en los brazos, en el torso y, con lágrimas en los ojos, apartas el lienzo y continúas pintando en la pared. Agotas un tubo de pintura tras otro. Exprimes el último y lo extiendes con los dedos. Miras a tu alrededor, con angustia. Entonces recuerdas el cobertizo.

Sales al patio y tienes que cerrar los ojos porque la luz te ciega. Casi tropiezas con el puchero que te han dejado en la puerta junto con una barra de pan. Das gracias por la gente desobediente. Te sientas allí mismo, sobre el escalón, y lo devoras con las manos. Nunca has probado nada tan bueno.

Te limpias en la ropa mientras te diriges a grandes pasos hacia la puerta metálica. Bajas el picaporte con fuerza y la puerta se abre con un chasquido. Tu mirada recorre ansiosa todos los cachivaches que hay allí esparcidos hasta que se posa sobre lo que busca: pintura. Grandes botes de pintura. Pintura negra para las rejas, blanca para los techos, verde para la mesa del patio... Otra vez ese nudo en la garganta al recordar todas las chapuzas que hizo tu padre, incapaz de tirar nada. También hay brochas de varios grosores, algunas tan endurecidas que cuesta distinguir el mango de las cerdas.

Cargas todos los botes que puedes y vuelves al salón. Miras la pared y

de pronto tus trazos anteriores te resultan ridículos: tan finos, tan débiles. No expresan el fuego que llevas dentro y que amenaza consumirte. Mezclas la pintura en la lata más grande, mojas una brocha gruesa y vapuleas la pared. Apartas todo lo que te va estorbando: cuadros, fotografías, cerámicas. Pintas como si repartieras mandobles a enemigos imaginarios. Y cuando ya has llenado de trazos las paredes y el techo, continúas por el pasillo.

Vas dejando un reguero de objetos a tus pies: percheros, espejos, cortinas... Todo lo que se interpone entre la imagen que dibujas y tú. El comer te ha renovado la energía y no te detienes hasta que, ya de madrugada, te quedas dormida sobre el suelo de madera del desván. E incluso entonces, en lugar de películas, sigues soñando escenas pintadas. Tus demonios te asaltan con más fuerza. Te agarran, te zarandean, te ahogan. Despiertas sudando y con la respiración agitada. Empuñas tu espada y sigues defendiéndote de ellos.

Cuando vas al cobertizo en busca de una escalera, te encuentras de nuevo comida en la puerta. La engulles como lo haría un animal salvaje y sigues en tu lucha particular. Te subes a lo más alto y, desde una algarabía de crujidos de madera, empiezas a cubrir el exterior de la casa con las imágenes que vomitas.

Continúas día y noche, no necesitas más claridad que la de las estrellas para pintar lo que te sale de dentro. Hasta que, un amanecer, se te acaban a la vez la pintura, las paredes y los demonios.

Desciendes despacio de la escalera, atraviesas el patio y sales por la puerta de la calle sin echar una mirada atrás. Caminas siguiendo el margen del río, que a esas alturas del año es apenas un reguero. Ves a lo lejos el puente. Trepas a la parte superior entre piedras y zarzas, lo recorres hasta el centro y te asomas.

Hay mucha altura.

Entre las piedras redondeadas del fondo discurre un hilo de agua. Observas el cambio de color que marca el nivel hasta el que llega en primavera. Entonces hay gente que salta desde donde tú te encuentras. Te ríes. Parece un chiste: “No se fijó en que estaba seco”.

Te sientas en la baranda de piedra y sacas las piernas por fuera. Las apoyas en una pequeña cornisa semiderruida. Vas a seguir pintando. Esta vez en rojo.

Desde allí sientes más la brisa en la cara, en el torso. Te sientes

extrañamente en paz. Los demonios se han ido. Tu padre, Víctor, tu futuro, tus errores... Ya nada importa. Has rendido cuentas. Miras por última vez al horizonte, por donde ya ha asomado el sol. Miras de nuevo hacia abajo, al lugar en el que vas a caer.

Entonces ves algo que se mueve. Un animal sigiloso va a beber agua al riachuelo. ¡Un zorro! En tu vida habías visto uno. Y justo se coloca debajo de ti. Si saltaras, lo aplastarías. No es justo. Él no tiene la culpa de tus desdichas. Puede que haya robado comida, matado gallinas y asustado a inocentes corderitos. Pero merece vivir.

Merece vivir.

Le miras fijamente y él, como notándolo, levanta la cabeza. No se asusta. Se te queda mirando también. El brillo de sus ojos te deja prendada. No dice nada. No hay temor, ni furia, ni alegría... Nada. Solo vida.

Solo vida.

El zorro agacha de nuevo la cabeza, termina de beber y, tan sigilosamente como vino, se vuelve a internar en la maleza.

No sabe lo que ha hecho.

Una lágrima resbala por tu mejilla y cae, muchos metros más abajo, para mezclarse con la escasa agua del río.

“Merece vivir”.

Haces fuerza con los brazos para volver a sentarte en la baranda. Pero, al apoyar el peso en la cornisa, esta cede.

–¡Aaaahhhhh!

Tu grito resuena entre las piedras. Nadie, salvo quizá el zorro, lo oye.

Qué ironía. Ahora que habías decidido vivir, vas a despeñarte. “No merece la pena planificar mucho”, suena en tu cerebro la voz de Víctor.

–Hijo de puta –susurras mientras tratas de asirte con una mano a la baranda. Las piedras se mueven, pueden ceder en cualquier momento, pero algo es algo. Solo tienes apoyado un pie, y parece a punto de escurrirse.

Casi ves la cara de la muerte, sonriendo, disfrutando del momento.

¡Zas! El resbalón. Notas la arenilla bajo tu suela y, de golpe, caes. Tu mano se agarra desesperada, pero la piedra que elige se suelta.

Se acabó.

Te golpeas en los codos, en la cara, entrelazas las manos para protegerte y, de pronto, te encuentras suspendida en el vacío.

Un último saliente, un adorno a modo de gárgola, resiste tu peso.

Miras hacia abajo y ves las piedras muy lejos. El vértigo te marea. Y a la vez te anima. Te da las fuerzas para balancear las piernas y enganchar de nuevo un pie en la cornisa. Te agarras a los resquicios con las uñas. Te izas penosamente, arañándote el rostro, hasta que logras echar la barriga sobre la baranda. Entonces te dejas caer al otro lado, sobre el puente.

Te quedas tendida boca arriba, sollozando. Podría ser de miedo o de dolor; tus uñas sangran, tu rostro y tus rodillas también. Pero no.

Es de alegría.

RESURRECCIÓN

No sabes cuántas horas seguidas has dormido. Despiertas un buen día, a media tarde, con el estómago rugiendo de hambre. Te asomas a la puerta de la calle con la esperanza de encontrar allí algún regalo de tu vecina. ¡Bingo! El pisto frío y el pan duro que te comes allí mismo, sentada en el escalón, te parecen el mejor plato que has probado en tu vida.

Vas al baño y, mientras te lavas las manos, te miras al espejo. Das un respingo.

–Dios...

La chica que te mira de frente no eres tú. Quizá una vagabunda, una pintora callejera que vive con su perro en un cubo de basura. Tu pelo es una maraña informe, parece de alambre. Tu piel está totalmente cubierta de pintura, como tu ropa, y luces un bonito moratón en la mejilla. Levantas el brazo y te hueles.

–Ufffff....

Buscas tus maletas. Allí están, en el suelo del salón, cerradas tal y como las dejaste. Abres una, coges una ropa interior demasiado sexy, camiseta y pantalones. Echas encima el neceser y abres el grifo de la ducha. Pasas un buen rato bajo el chorro caliente, frotando con una esponja áspera como una lija, hasta que casi consigues que se vaya la pintura.

Cuando sales del baño oliendo a jabón, eres otra. Echas a la basura la ropa que llevabas y vuelves hacia el salón.

Entonces ves el desastre.

El suelo está lleno de trastos: cuadros, espejos, percheros, relojes de pared. Todo amontonado aquí y allá, como si una banda de ladrones hubiera desvalijado la casa buscando una caja fuerte.

Pero eso no es lo peor. La pared. El techo. Todo está cubierto de pintura. Has pintado la casa entera, hasta el último milímetro. La recorres sin poder creer lo que ves. Abigarradas escenas de paisajes, símbolos, figuras geométricas, objetos retorcidos. Pero sobre todo retratos. De Víctor. De frente, de espaldas, de perfil. Su torso, sus glúteos, sus piernas. Su miembro. Hay escenas de amor y otras de sexo muy explícito. En pareja y en grupo. Con humanos y con seres medio animales.

–Dios...

Qué va a decir tu madre. Tienes que borrarlo todo.

De pronto caes en la cuenta de algo. Con pasos rápidos, sales a la calle.

–Oh, no...

Los muros de la casa están igualmente cubiertos de pintura. Desde el suelo hasta el alero del tejado. No has dejado ni un hueco. Has representado una gigantesca planta enredadera y entre sus hojas, como si de un pequeño vecindario se tratara, escenas humanas con todo tipo de personajes: niños, ancianos, jóvenes... mezclados con monstruos y demonios salidos de no sabes dónde. Y siempre en poses inequívocamente eróticas.

Unos chicos están echando fotos con el móvil.

–¡No! ¿Qué hacéis?

Pero ya es tarde. Tus dibujos están volando por Instagram, Facebook y una docena de redes que no conoces. Lo que te faltaba: ser la loca del pueblo.

Entras en la casa. Vas a tener que ir a alguna tienda grande a por kilos de disolvente o algo para borrarlo todo. Pero primero vas a colocar de nuevo todas las cosas que descolgaste de las paredes. Casi no puedes pasar.

Tardas un par de horas en remediar el desastre. Pones toallas en el baño y sábanas limpias en tu cama. Sacudes los almohadones del sofá, barres el suelo y quitas unas cuantas telarañas de los rincones. Deshaces las maletas, colocas tu ropa en el armario y tu cepillo de dientes en el baño. Cuando paras, miras a tu alrededor satisfecha. Ya se puede vivir allí. Aunque echas algo en falta...

–¡El móvil!

Hace días que no lo miras. No sabes ni dónde está. Acabas de darle una vuelta a toda la casa y a tu equipaje y no lo has visto. Sales al coche. Tampoco está allí. ¿Cuándo fue la última vez que lo usaste? Lo traías a tu lado, en el asiento del copiloto, desde Madrid. Entonces fuiste a... Sí. Al cementerio. Usaste la linterna para llegar hasta la tumba de tu padre. Y te quedaste dormida encima de ella. Se debió quedar allí.

–Qué desastre.

Bajas la bici de la baca del coche y pedaleas a toda prisa por la cañada, atrayendo unas cuantas miradas curiosas. “Estos de ciudad...”.

Te detienes casi derrapando, bajas de un salto, atraviesas la verja del cementerio y, a pesar del respeto que te inspira el lugar, corres hasta la tumba

de tu padre.

El móvil no está.

–Joder.

–Sin pecado concebida.

Te das la vuelta. Un hombre joven con un alzacuellos te observa con una sonrisa divertida en los labios.

–Perdone, padre, no sabía que estaba usted aquí.

–¡Ja, ja, ja! Tú has visto muchas películas de la posguerra o algo ¿no? Ya nadie nos llama “padre”. Soy Samuel –dice tendiéndote la mano–. Y tú eres Ruth, ¿verdad?

–Sí, ¿cómo...?

Entonces le recuerdas. Claro, es el cura que ofició la misa por tu padre. Un cura nuevo que había llegado al pueblo, alguna amiga de tu madre comentó algo, pero tú no estabas para esas historias.

–Toma, esto es tuyo –dice sacando tu móvil del bolsillo– ¿Has venido a pasar unos días al pueblo? Ahora hay un poco más de gente, se acercan las fiestas. Por cierto, quería proponerte un pequeño negocio –alza las cejas–. He visto tu casa.

Tú enrojeces en el acto.

–Yo... no...

–Es una auténtica obra de arte. Eres profesional ¿no?

–Pues...

–¿Querrías acompañarme, por favor? –te interrumpe, y se echa a un lado para que te pongas a su altura.

–Eh... vale.

Durante el paseo no te habla, quiere conservar la intriga. Camina con pasos enérgicos, desde luego no tiene nada que ver con el antiguo párroco, el otro solo corría si se le enfriaba el puchero. Abre la vieja puerta de madera de la iglesia para que pases y te guía por el pasillo central hasta detrás del altar. Allí se detiene delante de un muro enorme de un blanco immaculado.

–¿Qué te parece? –pregunta.

–Recién pintado ¿no?

–En efecto. Todavía huele ¿verdad? Quería tenerlo presentable para las fiestas, la pared estaba amarillenta y toda desconchada. Pero, ahora que está tan liso y tan limpio... lo veo vacío. ¿No opinas lo mismo?

Sin querer, levantas una mano y tocas la superficie. Al instante ves

sobre ella una imagen: una montaña con un camino que asciende en zigzag, formando varios niveles, sobre los que se van desarrollando distintas escenas. Encima del todo, en lo alto, ves una cruz.

–Yo creo que las cosas no pasan por casualidad –continúa, sacándote de tu ensoñación–. Yo creo que tu móvil llegó a mis manos por algo, y que fui a tu casa pero no te interrumpí por alguna razón. Y que justo terminaron de pintar esta pared la tarde anterior a que tú aparecieras porque así tenía que ser.

Se queda mirándote, con los brazos en jarras.

–¿Qué me dices? ¿Te animas a pintarla? No te puedo pagar mucho: los materiales, la comida y un pase gratis a todas mis misas.

Miras de nuevo la pared, te das cuenta de que no has separado tu mano de ella.

–¿Puedo pintar lo que quiera? –preguntas.

–¡Ja, ja, ja! Yo había pensado en el viacrucis. El camino del sufrimiento tiene mucho que enseñarnos ¿no crees? Además, como que es muy pictórico.

Sientes un escalofrío. Es justo la imagen que habías visto en tu mente. Oyes un “clic” en tu mente; las piezas comienzan a encajar.

Retiras la mano del muro y la alargas hacia el cura. Él también tiende la suya y te la estrecha con alegría.

–La fiesta grande es en dos semanas –dice con una sonrisa de oreja a oreja.

–¿¿¿Cómo???

Sin perder la sonrisa, saca un manojito de llaves y lo hace tintinear ante tu rostro.

–Sube a la furgó, te llevo de compras.

Te sube a una Citroën C15 llena de bollos, y en seguida adivinas de dónde provienen. El cura conduce como un loco, pasas el viaje a Talavera de la Reina agarrada al reposabrazos de la puerta como si lo quisieras arrancar. Entra a ochenta por hora en un centro comercial atestado de gente. Le quita el aparcamiento a un señor con bigote que, al ver el alzacuellos, suelta un “me cago en Dios” de lo más natural.

Sale y echa a andar sin siquiera molestarse en cerrarla con llave. Tú le sigues hacia una gran tienda de material de construcción.

–Sírvete tú misma –dice al entrar–. Tenemos andamio, lo demás hay

que comprarlo.

–No sé bien las cantidades...

–El Señor te guiará. Tenemos ciento cuarenta euros.

Adiós a la policromía. Cuando ves los precios de las pinturas, decides comprar solo negro y un azul eléctrico que se encuentra de oferta por estar a punto de caducar. Brochas, cubos...

–Creo que ya está.

–Pues hala, que vas tarde.

Salís con el carro cargado de grandes latas de pintura. Han sobrado veinticinco euros, que te gastas en una linterna frontal que ves al pasar por una tienda de deportes.

El viaje de vuelta lo pasas sufriendo por el material que lleváis en el maletero. No quieres ni imaginar lo que pasaría si se abriera alguno de los botes de pintura en uno de esos giros a 3 g que hace el cura en cada curva. Pero, por obra y gracia de Dios, todo llega en perfectas condiciones.

–El espíritu va bien ¿verdad? Estamos animados –dice–. Pero el cuerpo ya pide alimento. Vamos a ver con qué nos ha provisto hoy el Señor.

Te hace señas para que le sigas hasta la residencia parroquial. Entráis a la cocina, el cura levanta la tapa de una olla que está sobre el fogón apagado. Aún humea.

–Ummmm... El Señor nunca me falla. Habrá bastante para los dos, porque aquí creen que zampo como el cura anterior. Pero por si acaso...

Entra un momento a la despensa y sale con un queso, un chorizo y un salchichón caseros. Coméis con ganas, no te habías dado cuenta de que estabas tan hambrienta. Pero, en cuanto has saciado tu estómago, te entran las prisas.

–Samuel, tengo que empezar a pintar. Si no, no va a estar de ninguna forma en dos semanas.

–¡Adelante, pues! Te voy montando el andamio. Mira, en este libro salen las catorce estaciones del viacrucis, por si te inspira. Pero tú a tu bola. El Señor guiará tu mano.

Te maravilla la confianza que tiene Samuel en el Señor. O quizá es otra forma de decir “qué más da, ningún camino es mejor que otro”, o “tú tira p’alante, que ya saldremos”.

Lleváis todo el material a la iglesia y, mientras el cura con un par de recias feligresas montan el andamio, tú, encaramada a una escalera, trazas en

lápiz grueso las líneas maestras. Para cuando empieza a faltar la luz y te ves obligada a encender tu frontal, el boceto está terminado.

–Gracias a Dios –se te escapa, ante la risita de Samuel–. No podía dibujar las líneas generales con este trocito de luz. Ahora sí puedo continuar con las figuras de detalle.

Dicho y hecho. Abres la primera lata de pintura negra, mojas el pincel y haces el primer trazo, con mucho cuidado. De pronto, Samuel te interrumpe.

–¡No, no, no, no, no! –exclama retirando tu mano de la pared– ¡Así no! ¿Qué crees que estás haciendo, pintando el altar de la catedral de Burgos? ¡Dale caña, a tu estilo! El Señor te ha dado un don, sácalo para él. Sin miedo. Como pintaste tu casa.

–Bueno, es que mi casa no la iba a ver nadie...

–¡Ni esto tampoco! Si a la mitad de las misas vienen solo la Adela y la Carmen, que ven menos que un topo viejo. Incluso –dice bajando la voz– puedes meter alguna escena picante, a ver si alguien se da cuenta. Es la mejor forma de crear expectación. Los relieves góticos están llenos, menudos picaruelos. Claro, no existía el Playboy.

–¿Seguro?

–¡Seguro!

Inspiras hondo. Antes tienes que hacer algo. Algo que, entre la actividad y el temor, has estado aplazando.

–Un momento, antes de embadurnarme –dices sacando el móvil.

–¡No me digas que eres como esos jovencitos de ahora, que no dejan ese cacharro ni nadando en el río!

Niegas con la cabeza. Con gesto grave, enciendes el móvil. Trazas sin pensar la clave y pulsas el icono de *WhatsApp*. Samuel te observa. Ve como tu gesto cambia de la ansiedad al desánimo. De nuevo las lágrimas pugnan por salir de tus ojos, pero tú te das la vuelta antes de que Samuel las pueda ver.

Tomas una brocha más gruesa. La mojas en pintura y atacas la pared blanca como si, derribándola, todos tus males se pudieran arreglar.

Samuel te toca levemente el hombro. Tú no te giras.

–Todos tenemos nuestro propio viacrucis –dice.

Escuchas sus pasos alejarse por la nave. Agradeces el que te deje sola en ese momento. Y también agradeces que te haya regalado ese muro. Por un

instante vuelves a sentir el vértigo de verte suspendida en el vacío, colgada del puente. Sacudes la cabeza.

Estás viva.

Van pasando los días y el mural avanza a marchas forzadas. Aunque Samuel te ha dejado un colchón en el suelo de la iglesia, varias veces te has despertado en el andamio, tapada con una manta sin duda por él. Has cambiado ya dos veces las pilas del frontal, y has seguido pintando mientras el cura te protegía de las tormentas de verano y las goteras con un paraguas raído. ¡No puedes parar en mitad de una escena!

Te vas acostumbrando al grupo cada vez mayor de curiosos que se arremolinan para verte pintar. Se quedan un rato, hacen unas cuantas fotos con el móvil y se marchan. “Es normal, tampoco hay mucho más entretenimiento en el pueblo”. Aunque te choca la pinta de turistas que tienen algunos.

–Bueno –grita Samuel una tarde desde el pie del andamio, con el sol entrando a raudales por la cristalera de enfrente–, mañana es la fiesta. Esto está casi ¿no?

Tú estás sentada en lo más alto, dando pinceladas cada vez más espaciadas. No contestas inmediatamente; te quedas observando la cruz que acabas de perfilar, echas una última mirada a las estrellas que asoman entre las nubes sobre el Gólgota, y empiezas a bajar.

–Está terminado –dices al tocar el suelo. Tienes un aspecto agotado pero feliz. Samuel no puede evitarlo y, a pesar de las manchas de pintura sobre tu ropa y tu evidente necesidad de una buena ducha, te abraza, te levanta en vilo y te gira en el aire.

–¡Yupiiii! Por fin tengo una iglesia chula. Ahora me toca quitar el andamio a toda leche.

–Lo siento, ojalá hubiera terminado con más tiempo.

–Eso mismo decía Miguel Ángel. Pero aún no hemos terminado, falta algo...

Saca un objeto del bolsillo del vaquero.

–¡Un móvil? ¿No los cargaba el diablo? –dices tú, riendo.

–La ocasión lo merece. Sonríe.

Con dedos torpes, hace unos cuantos *selfies* de los dos posando ante el

mural.

–Ya me dirás cómo se envían. Ahora tira para casa, a descansar. Mañana tienes que estar guapa para la inauguración.

Él avisa a sus incondicionales y se quedan retirando el andamio. Tú les ayudarías, pero estás hecha polvo. Montas en tu bicicleta roja y vuelves a casa, llevas días sin pasar por ella. Necesitas dormir en una cama. Por no hablar de la ducha...

Abres la puerta que no cerraste con llave, entras arrastrando los pies pero, en lugar de ir directamente al baño, sin saber por qué te diriges a la mesa del salón. Encima de ella hay algo que atrae poderosamente tu atención: una carpeta de plástico cerrada con una goma. La abres. Dentro hay varios papeles y un pequeño cuadernillo: “Agenda de la felicidad”, reza la portada. Tus trabajos del *coaching*. Examinas cada uno de ellos: el collage con tus personajes modelo, objetivos SMART 3P, “Mi camino”... Te detienes ante el precioso dibujo que representa como sería tu vida dentro de diez años: la casa de campo, tú pintando, tu bicicleta... Todo parece que se ha ido cumpliendo. Todo... excepto ese hombre que aparece a tu lado. Y esos tres niños que vuelan alegres una cometa.

Te quedas pensando un momento y, de pronto, coges la carpeta, abres la puerta de nuevo y echas a andar hacia el río con ella bajo el brazo.

Las últimas tormentas han hecho que el caudal aumente y el agua resuena al correr alegre entre las piedras. Llegas hasta el puente, justo al lugar donde el zorro se puso a beber. Te sientas sobre una roca plana, abres la carpeta, sacas las hojas y, una por una, vas haciendo con ellas barquitos de papel que echas a la corriente.

Te quedas mirando cómo, tras atascarse en uno u otro punto, detenerse y girar en un remanso, volcar y volver a enderezarse, todos los barquitos van desapareciendo de tu vista, río abajo. Hacia lo lejos. Hacia el mar.

Ya ha anochecido. Regresas a casa al límite de tus fuerzas, deseando dejarte caer sobre tu cama. Pero aún te espera una sorpresa. Un cochazo, un todoterreno negro junto al que el tuyo parece de juguete, está aparcado frente a tu puerta.

Al verte, una mujer joven y elegante baja de él y, con gran habilidad para los vertiginosos tacones que lleva, corre hacia ti y te abraza con todas sus fuerzas.

–¡Ruth, cariño!

–¡Carla! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has sabido...?

Carla se separa de ti la distancia de sus brazos, te mira incrédula, hurga en su bolso para sacar su enorme móvil última generación y pone delante de tu cara una noticia de Facebook reenviada muchos miles de veces. Al instante reconoces la foto de tu casa, pintada de arriba abajo, y de ti encaramada sobre el andamio pintando el altar de la iglesia. Lees el titular: “La nueva Miguel Ángel vive en Toledo”.

Abres mucho los ojos.

–¿No lo sabías? –pregunta Carla– Pues yo he venido corriendo para ser la primera en encargarte que pintes un fresco gigante en la pared de mi salón. No quiero que se me adelante alguna de las pécoras de mis vecinas. Creo que se va a poner muy de moda entre “la alta sociedad de principios del siglo XXI”.

No contestas. Estás anonadada. Aturdida. La noticia es demasiado buena, te supera. Carla se te queda mirando mientras una lágrima echa a correr por tu mejilla. Entonces te estrecha muy fuerte entre sus brazos.

–¿Qué ha pasado? –pregunta junto a tu oído.

–Se marchó –contestas al rato, cuando el nudo de tu garganta te lo permite.

Te abraza más fuerte aún.

–Gilipollas.

Después de un rato, no sabes cuánto, Carla te coge de la mano y te guía hacia el interior de la casa. Te dejas hacer mientras te arrastra hasta el baño, te desnuda, te mete en la ducha, te enjabona y te aclara empapándose ella misma.

Te seca el pelo y te mete en la cama. Sin separarse de tu lado, se desnuda también y, con un gesto, te pide espacio. La cama es pequeña incluso para uno, pero esa noche ninguna de las dos la habría cambiado ni por la del rey de Arabia.

El timbre de la puerta te sobresalta. Estás en tu nuevo estudio, una gran nave diseñada por el arquitecto de Carla en la que tienes espacio para desatar tu creatividad. Como pasas un montón de horas allí, tiene cocina y baño, y unas escaleras en voladizo llevan a un precioso dormitorio abierto.

Pero lo mejor de todo es la luz. A cualquier hora del día, la luz que inunda el estudio es suave, cálida y reconfortante. Te da paz.

Tu madre se ha instalado en la vieja casa de tus abuelos, a un paso. “¡Tendré que cuidarte! Que si no, te vas a alimentar a base de colines”, dice. A ti te parece bien, así la ves todos los días y te quitas una preocupación de la cabeza.

Últimamente has viajado mucho: París, Londres, Nueva York... Tus clientes no paran de encargarte trabajos. Ninguno quiere ser menos que sus colegas ricachones y tú, aconsejada por Carla, les cobras unos precios desorbitados. “A esta gente lo que le gusta es la exclusividad. Cuanto más caro, más exclusivo. Dales gusto, nena”.

A todos menos a Samuel, claro. Para él sigues manteniendo la misma tarifa: comida y misas gratis, más algún paseo por el monte. Ya casi has terminado de pintar todos los muros de la iglesia. Para ti es un descanso, un retiro entre trabajo y trabajo.

Carla también te aconseja en temas financieros. Desde que inviertes donde su asesor te dice, has multiplicado tus ganancias por tres. Has cambiado de coche (“es imagen”, como dijo tu amiga). Estás pensando en comprar *lofts* en zonas de moda en Madrid y alquilarlos a gente vip. O adquirir algo en la costa... Cuando tengas tiempo. Ni siquiera lo has tenido para rehacer tu vida amorosa. O quizá es que no quieres. Sigues teniendo encuentros, por supuesto, pero ninguno ha quedado grabado en tu corazón. Todavía se puede leer en él un nombre, aunque no quieres pronunciarlo.

Desapareció del mapa. Dejó el trabajo, alquiló su casa, anuló sus cuentas en todas las redes sociales. No volvió a contestar a ese móvil. “¿Qué habrá sido de él?”, te preguntas aún de vez en cuando.

–¡Cartero, correo certificado! –anuncia una voz amortiguada tras la puerta. No es la conocida voz de Mateo, el cartero del pueblo.

Te limpias las manos y abres. Todavía no has perdido la costumbre madrileña de cerrar la puerta. El nuevo cartero se queda mirándote un segundo más de lo necesario. Seguramente te encuentra sexy en pantalón corto y con esa camiseta de tirantes que te marca perfectamente los pezones. El hombre, haciendo un esfuerzo para mirarte a la cara, te indica que firmes en una pantallita y te entrega dos cartas.

–Esta es la certificada –dice–, pero tenía usted esta también.

–Gracias –respondes, extrañada–, buenos días.

Con la espalda todavía apoyada en la puerta, abres las cartas. Primero la certificada: la renovación de tu excedencia. Ya casi no te acuerdas de la oficina. El señor Hidalgo te llamó en persona la primera vez que la pediste, quería saber por qué dejabas el trabajo, ahora que te había dado un nuevo puesto mucho mejor. Tras hablar con él durante un buen rato lo entendió, y acabó llamándote a las pocas semanas para que pintaras un mural en su casa de campo. Después viste una foto suya delante de tu obra durante una cacería; el que posaba junto a él era el rey Felipe.

La otra carta te intriga más. No trae remite, pero la letra con la que está escrito tu nombre y dirección hace que tu corazón dé un salto en tu pecho. Casi notas como se inflama la palabra que llevas grabada en él.

–Víctor.

Pasaste muchos días con el móvil junto a la almohada, esperando su mensaje. Después te hiciste a la idea de que nunca llegaría. Y ahora...

Las manos te tiemblan. Tanto, que al abrir el sobre se cae algo de su interior.

Una pulsera. Roja.

Dentro del sobre queda una nota. Al instante reconoces el papel sobre el que está escrita: es el dibujo de “Tu vida dentro de diez años”.

–Pero si lo tiré al río...

Todavía se ven los dobleces del barquito de papel. Y la tinta con la que tú dibujaste está corrida en algunas zonas. En un hueco aparece su letra en otro color.

“¿Recuerdas nuestro contrato? Quiero mi diez por ciento”.

–Hijo de puta.

Solo quiere cobrar sus honorarios. Y tú que te habías hecho ilusiones. Notas como la ira crece en tu interior. Te cabrea que aún tenga el poder de seguir haciéndote daño. Aun así, continúas leyendo.

“Pero no en dinero. En luz, en aire, en calor. Lo que a mí me ha faltado en estos meses.

No quería que tu felicidad dependiera exclusivamente de mí. Quería que aprendieras a encontrar la sustancia de la vida por ti misma, y yo ser solo un complemento, la guinda del pastel... No lo conseguí y tuve que impartir una última lección. Al final el ser humano solo aprende sufriendo.

Aunque no solo has sufrido tú. Yo apenas he podido vivir sin ti. He pasado noches enteras dando vueltas en mi cama vacía. Como vacío quedó

mi corazón. He estado mil veces a punto de llamarte, de ir a buscarte... pero aún no era el momento. Ahora que ya no me necesitas, que casi ni me recuerdas, te puedo hacer esta pregunta:

¿Me dejas pasar el resto de mi vida contigo?”.

<<< >>>

Tú eliges:

- **Opción 1:** Has sufrido demasiado. Y todo por su culpa. ¿Puedes volver a confiar en alguien capaz de hacerte eso? No tenía derecho a tomar esa decisión por ti. Aunque fuese cierto que él también ha sufrido ¿está en su sano juicio alguien dispuesto a hacer tanto daño a la persona que quiere? Ahora que has reencontrado el equilibrio, no estás dispuesta a perderlo.

Coges tu móvil y le mandas un *WhatsApp*: “*Ahora te toca a ti recibir tu lección: busca la sustancia de tu vida en otro lado, en Nepal, por ejemplo*”.

Y, sin esperar a ver los dos tics azules, lo apagas, coges tu lápiz y retomas el boceto que estás haciendo. Trazas de un gesto la línea del horizonte. ¿Qué se ocultará detrás?

–¿Y qué coño importa? –dices en voz bien alta.

- **Opción 2:** Víctor. Víctor. Amante, pero primero, maestro. Capaz de destruir su vida por dártela a ti, aunque sea haciéndote sufrir como no creías que fuera posible. El único que ha seguido ocupando tus sueños mientras los ibas cumpliendo. Aunque no lo sabías, ha permanecido siempre a tu lado. Te ha visto cuando tirabas barquitos al río para olvidarle, cuando pintabas grandes obras para clientes ricos... cuando te acostabas con otros hombres.

Coges tu móvil y le mandas un *WhatsApp*: “*Voy a pagarte tu diez por ciento, soy una mujer de palabra. El resto de nuestra vida, si te parece, lo decidiremos cada día*”.

Y, sin esperar a los dos tics azules, te cambias de camiseta y sales a la calle. De alguna forma sabes que, sentado en una piedra junto al río, bajo el puente, mirando las caprichosas figuras que forma el agua al correr hacia la lejanía, te espera alguien.

FIN

BLOG DE ELENA FRIGITT: LA FELICIDAD SE ENTRENA

“No soy feliz”, “Me siento insatisfecha con mi vida”, “Me veo gorda y sosa”...

El ser humano parece que solo es feliz siendo infeliz. Si ya lo decían en Matrix.

¡Pues no! Queremos sentirnos bien, leñe. Plenos. Satisfechos con nosotros mismos y nuestras vidas. Es nuestra aspiración.

Lo primero es bajaros las expectativas: la felicidad no es esa descarga de adrenalina que te da cuando te tiras en el Dragon Khan o cuando te enamoras por primera vez. La felicidad no es euforia.

Pensad más bien en la felicidad como un bienestar, una ausencia de conflictos interiores. Tranquilidad contigo mismo y con el mundo. Armonía, que dirían algunos más finos.

¿Y cómo se consigue eso, lista? Bueno, traigo una buena noticia. No es genético. Todos podemos conseguirlo. Vale que hay gente con más facilidad, como hay gente con más facilidad para tener un cuerpo Danone pero, entrenando, todos podemos mejorar el nuestro.

También podemos entrenar nuestra felicidad.

Los científicos gafotas han demostrado que a lo largo de toda la vida seguimos generando neuronas y creando nuevas conexiones entre ellas. Sorpresa, sorpresa... ¡El cerebro es moldeable! Igual que si corremos mucho en la cinta y hacemos muchas abdominales algún día podemos tener una tableta como la de Cristiano Ronaldo, podemos crear las conexiones neuronales que nos interesen para ser más felices.

¿Cómo? Vamos a aprovechar una cualidad que tiene el ser humano. Y es que, cuando imaginamos algo, nuestro cuerpo reacciona como si lo estuviésemos viviendo de verdad. ¿Quién no ha hecho el amor en sueños con Richard Gere o Claudia Schiffer? Y ¿a que vuestros cuerpos han reaccionado como si estuvierais en ello?

Pues ahora se trata de ponernos en una situación imaginaria que sea buena para nuestra felicidad. Esto hará que nuestras neuronas fabriquen, como las hormigas construyen caminos a base de pisar y pisar con sus

pequeñas patitas, las estructuras necesarias para que nos sea más sencillo sentirla en el futuro.

Por ejemplo, vamos a fomentar el sentimiento de amor altruista (que dicen que es cojonudo para ser feliz).

Buscamos un lugar tranquilo, nos relajamos un poco y empezamos a imaginar. Primero pensamos en un ser querido. Un hijo, un amigo, tu pareja. Le imaginas viniendo hacia ti sonriendo, le abrazas y haces fluir hacia él tu amor, tu ternura, tu cuidado incondicional, a la vez que le deseas todo lo bueno: “que esté saludable y sea feliz en la vida”. Siente este amor en tus carnes, deja que llene todo tu ser.

Después ve extendiendo ese sentimiento de amor a otra gente: familia, amigos, compañeros de trabajo... Sigue extendiéndolo, más allá, a los extraños. Ellos también desean ser felices, aunque estén desorientados y no sepan bien cómo lograrlo.

Más chungo: extiéndelo a los que alguna vez actuaron erróneamente contigo, a los que causan daño a otras personas. No para que continúen actuando mal, sino para que su odio, su avaricia, su crueldad, se apaguen. Son enfermos a los que hay que curar.

Y, por último, extiéndelo por todo el planeta, a los animales, a las plantas, al aire, a las estrellas, al universo entero.

Bufff... ¿Qué es eso que quemas, Elena? No es incienso, ¿verdad?

Jajajaja, a veces me pongo un poco mística, pero no hay más remedio si de verdad funciona. Esto que os he contado se llama meditación, y es el mejor entrenamiento mental que hay. Existen muchas diferentes y para fomentar un montón de sentimientos, o para observar tu mente, o para liberarte de una obsesión, o para... Para todo, vamos.

¿Y cuántas horas de meditación se necesitan? Pues os contesto: ¿cuántas horas de gimnasio se necesitan? Unas cuantas, y cuanto más regulares, mejor. Mejor quince minutos al día que una hora a la semana.

Y os prometo que seréis... más felices.

Besos y roces.

Elena Frigitt

BLOG DE ELENA FRIGITT: LADRONES DE ENERGÍA POSITIVA

Hola a todos. Hoy os voy a contar una historia de vampiros. Sí, de vampiros. Porque existen. No te chupan la sangre (sería demasiado descarado), te chupan la energía. Y no andamos sobrados de ella, os lo aseguro.

Un ejemplo:

Tú te levantas contento. Ya es jueves, queda menos para el fin de semana, las cosas se están dando bien en el trabajo, tienes un buen plan para cuando salgas y recibes un *WhatsApp* de un amigo al que hace tiempo que no ves.

Llega la hora del café. Te juntas con un compañero (con el que te une una cierta amistad) y empieza a criticar a otro compañero (“¿Has visto? Fulanito se quedó ayer hasta las mil, es un pelota empedernido”), a la empresa (“Ayer tuvimos otra cagada, lo mal que funciona todo, no sé cómo no hemos quebrado ya”), al país (“Otro caso de corrupción, los españoles no tenemos remedio, está en nuestra cultura”), o al mundo (“Mira lo que pasa y nadie hace nada, si es que el ser humano es lo peor”).

A los cinco minutos te despides y entras al baño. Mientras orinas te paras un momento y te das cuenta de que llevas el ceño fruncido, la espalda encorvada y que tienes un inexplicable mal humor.

¿Qué ha ocurrido?

Un vampiro disfrazado de compañero majete te ha robado la energía. Él ha soltado lastre, se siente un poco mejor, y a ti te ha jodido.

¿Tiene derecho alguien, por muy amigo, familiar o pareja que sea, a hacerte eso? Tanto yoga, mindfulness, meditación, dieta equilibrada, ejercicio... ¿para arruinarlo en cinco minutos?

Ah, no, no, no. Si quiere estar mejor, que haga él también el esfuerzo. Que no se dedique a repartir su mierda. Ser buenos sí, gilipollas no.

¿Has aprendido ya a reconocerlos? Son esos que, cuando a ti se te ocurre una gran idea, te la chafan: “Eso es muy difícil”, “Ya lo intentó Menganito”, “¿Has pensado en este problema?”, “Mejor lo malo conocido...”. Otros van disfrazados de víctimas: “¡Ay, hijo, me duele todo!

Lo mal que estoy” (y eso que estaba viendo la tele tan tranquilo hasta que llegaste). Otros viven chismorreando, suelen empezar con “Yo no me lo creo, pero dicen que...”. Extienden la cizaña como si fuera la peste negra. Y luego están esos que, si les cuentas inocentemente que has estado en la playa de vacaciones, ellos han estado en un hotelazo junto al mar con spa y a pensión completa (eso sí, se les suele olvidar comentar que fue solo un fin de semana). O lo cuelgan en Facebook. ¡Ojo con Facebook, es la mansión de los chupasangres!

“Elena, ¿hay alguna defensa contra ellos?” ¡Claro! Ponte una ristra de ajos alrededor del cuello. Lo malo es que no solo alejará a los vampiros. Ahora en serio, os voy a decir una serie de trucos que os ayudarán:

El primero y el mejor: sal corriendo. Pon cualquier excusa y aléjate lo que puedas. Si te da un poco de pena, piensa que no le estarías haciendo ningún favor reafirmandole en ese comportamiento. “Es por su bien”, te dices. Y por el tuyo.

“Pero Elena, ¿y si es un familiar con el que convivo, o el compañero que se sienta enfrente de mí? No puedo salir pitando”. Eso es cierto, una gran putada. Bueno, ahí van otros dos truquitos.

Recárgate de energía. Airéate cada cierto tiempo, sal a charlar con otros que sean positivos, que te cuenten anécdotas divertidas o documentales interesantes, que compartan su saber y sus buenas experiencias.

Y otro más: el búnker de espejo. Si no te puedes librar del vampiro, protégete. Imagina que estás envuelto en un cilindro hecho de espejo, de forma que el vampiro se refleja en él (vale, ya sé que los vampiros no se reflejan en los espejos, pero para que lo entiendas). Toda la energía negativa que te envíe le rebotará y a ti no te afectará. Esto vale también contra los males de ojo (no me refiero a orzuelos). A veces yo prefiero imaginar que toda mi piel es de espejo, al estilo *Silver Surfer*. Es más chachi.

Bien, espero que esta entrada os haya servido de algo. Si no, ¿qué narices hacéis leyéndome? Ocupad vuestro tiempo en algo más productivo. Hacer el amor, por ejemplo. Ese era el cuarto truco, se me había olvidado.

Recuerda: si alguien te impide avanzar (¡aunque sea tu padre!) dale un codazo y apártale de la pista. Sin lesionarle, claro.

Para hacer feliz a los demás, tienes que ser feliz tú.

Besos y achuchazos.

Elena Frigitt

BLOG DE ELENA FRIGITT: CÓMO CONVERTIR LOS SENTIMIENTOS NEGATIVOS EN TU MOTOR

Acabo de volver de Nepal y me han dicho mis amigos budistas que hay cinco venenos principales para la mente: el deseo, el odio, la confusión, el orgullo y los celos.

Otro día hablaremos de eso del deseo como veneno (¡interesante cuestión!), pero hoy nos vamos a centrar en el odio. Por “odio” se entiende al deseo de perjudicar a otro, de que al otro le vayan mal las cosas, de hacerle más infeliz. Vamos, de putearle. Justo lo contrario del AMOR (veis que lo pongo con mayúsculas para distinguirlo del equívoco y maligno *enamoramiento*, que tiene más que ver con ese “deseo” o avidez).

El sentimiento de odio, cuya manifestación más aguda es la ira (como todas las emociones, menos duradera), crea en nosotros un malestar profundo. A veces pensamos que desatándola nos desahogaremos y así se nos pasará, que actuará como válvula de escape. ERROR. Lo dicen los expertos, pero no tenéis más que analizaros a vosotros mismos después de un enfrentamiento con alguien al volante. Si un imbécil, perdón, una persona sumida momentáneamente en la confusión, el orgullo y el odio, os pita porque habéis tardado tres segundos en arrancar cuando el semáforo se pone en verde, tenéis dos opciones: mirarle por el retrovisor y extender con convicción el dedo corazón (o, si es verano, hacerlo a través de la ventanilla bajada, que se ve mejor) a la vez que le lanzáis imprecaciones, o bien dejarlo correr con un par de insultos en voz suficientemente baja para que solo los escuchéis vosotros mismos (eso ayuda, no os quepa duda), pero sin cebarnos.

¿Cuál de las dos situaciones se os olvida antes?

Pues de eso se trata. De que las emociones negativas no dejen marca en nuestra mente. ¡Por Dios, no somos la culata de un revólver ni la barra de un bar!

¿Y qué hay que hacer para eso? Ni reprimirlas, ni expresarlas incontroladamente. Estos budistas, que le han dedicado siglos al tema porque no tienen nada mejor que hacer, nos indican varios métodos, que por desgracia exigen bastante entrenamiento mental.

Uno es usar antídotos: si sientes odio hacia el imbécil, perdón, hacia ese prójimo confuso, cámbialo por un sentimiento de amor, por ejemplo pensando en ese amigo del que hacía tiempo que no sabías y que de pronto te ha llamado para tomar una cerveza. Dos sentimientos opuestos no pueden sentirse al mismo tiempo. ¡Daos cuenta! INFO IMPORTANTE: Las emociones nacen de los pensamientos, no al revés, así que las podéis manejar a vuestro antojo (increíble).

Otro método es darte cuenta de que la emoción en sí no es nada de nada. Es como un pistacho vacío. Presta atención a tu cabreo (no al imbécil) y al rato te darás cuenta de que el cabreo en sí mismo ¿qué coño es? Solo una reacción de tu cuerpo, seguramente muy útil cuando estábamos en la jungla, pero que aquí nos juega malas pasadas.

Y el tercer truco es “ya sé que la emoción no es nada en sí misma, y que es negativa, pero voy a aprovecharla”. Guau... Para maestros. Las emociones negativas nos joden vivos, pero van acompañadas de ciertos componentes que nos pueden ser útiles. Por ejemplo la cólera incita a la acción, a la claridad, a la eficacia. Cuántas decisiones pospuestas (cambiar de curro, por ejemplo) se han llevado a cabo solo cuando nos hemos cabreado lo suficiente. La cólera nos da fuerzas. El deseo va acompañado de cierta dicha (ya te digo). El orgullo, de confianza en uno mismo. Los celos provocan determinación a actuar.

Si sabes todo esto y les das a las emociones la importancia que tienen (ninguna), eres el puto amo. Como un surfista que cabalga sobre olas de veinte metros. ¡Pero ojo! No te apegues, que son como una droga. Sobre todo, el deseo...

Bueno, ya he escrito demasiado. Me está atacando la pereza, otro mal del que otro día hablaremos.

Mucho amor y toqueteo.

Elena Frigitt

BLOG DE ELENA FRIGITT: PARA QUÉ SIRVE LA VERGÜENZA

Hola, amigos y amigas, aquí estoy otra vez tecleando lo que ardo en deseos de contaros. Y es que el otro día vi a un chaval que perdía la oportunidad de su vida (bueno, solo era un álbum de cromos, supongo que se repondrá) porque tenía VERGÜENZA de acercarse al repartidor. Y me acordé de mí misma y las oportunidades tiradas a la basura (Jason, machote, si todavía estás ahí escíbeme) por el mismo problema.

Y me pregunté: ¿qué narices es la vergüenza? ¿Para qué sirve? He aprendido que nada sobrevive a la selección natural porque sí, alguna razón habrá, pero ¿¿¿cuál??? Si la vergüenza no hace más que jodernos la vida.

Pues resulta que no. Que también tiene su utilidad. Al final la selección natural lo que quiere es que folles (y nosotros luchando contra ella ¡ja!). ¿Y quién folla más? ¿El que tiene un poquito de vergüenza o el desvergonzado total? Un momento, no estoy segura. Bueno, parece ser que folla más el que tiene un poquito de vergüenza, la justa para que los que tiene alrededor no le manden a freír monas.

La vergüenza es una emoción social. Sirve para evitar el rechazo de los demás. Pensemos en los trogloditas: si a uno lo echaban de la tribu, moría en dos días entre las fauces de algún bicho. ¡Y adiós continuar sembrando semillitas!

Ahora bien, la vergüenza en exceso es una mierda como una torre. Y es que a la evolución solo le preocupa que sobrevivamos, nuestra felicidad le trae al paio.

La vergüenza surge de la presión social y provoca ansiedad. Ansiedad por hacerlo bien.

No hay más que mirar un corro de chavales de quince años en pleno cortejo. El que sabe hacer volteretas, las hace. El que sabe bailar o rimar rap, lo hace. ¡Hay que lucirse, que huele a hembra! Pero hay alguno que se está quieto en un rincón, con media sonrisa estúpida en la cara. ¿Qué está pasando por la cabeza de ese muchacho? “No soy tan gracioso como Fulano”, “no bailo tan bien como Mengano”, “no quiero que me mire el corro”, “lo voy a hacer mal”, “mejor me quedo quieto”.

Bueno, no es que pase nada ¿no? Todos tenemos un poco de miedo a hacer el ridículo. Pero para la persona que tiene excesiva vergüenza hay solo un paso hacia “no hago nada bien”, “no valgo nada”, “no soy nada”.

La vergüenza está muy cercana al miedo. ¿Y cuál es el mayor temor de estas personas? El abandono. Creen que nadie les puede querer por tener tantos defectos ¡cuando en realidad no los tiene! Pues ellos piensan que los demás les van a abandonar en cuanto se den cuenta de que no son perfectas. Por eso para ellos es tan doloroso algo tan tonto como que un conocido se olvide de su nombre. “No soy nada, no valgo nada...”.

¿¿¿Os dais cuenta de la presión que eso significa para un chaval???

Los adultos lo vamos superando (yo siempre recomiendo KELEDEN en tabletas de 500 o 1000 miligramos). Pero de vez en cuando asoma. ¿Nunca habéis visto a alguien al que su jefe le llama la atención por algo nimio (ha llegado tarde a una reunión, faltaba una diapositiva en la presentación) y se molesta enormemente, como si hubieran herido el orgullo de su familia? El hambre de aceptación, el miedo al abandono, están ahí. Esa persona piensa “mi jefe ha descubierto que soy un fraude”, “no me valora”, “no debería trabajar más aquí”. Porque no es perfecto, piensa que no vale nada.

Este miedo es muy difícil de curar. Está agarrado a lo más profundo de nuestro ser. La persona está convencida de que algo está básicamente mal en él. Y que los que están a su alrededor piensan lo mismo. ¿Cómo no va a llevar esto, en ocasiones, al suicidio? Es terrible.

Algunos síntomas (por si los reconocéis en alguien querido o en vosotros mismos):

Alejamiento. Puede ser físico (“prefiero estar solo”, “no necesito a los demás”, “no quiero ir al parque”) o emocional. A veces construyen máscaras que ocultan su indeseada personalidad (sonríen mucho, aparentan seguridad...). Siempre tratan de complacer a los demás. Y eso les aleja de sí mismos y sus sueños. Sienten una profunda soledad e insatisfacción.

Perfeccionismo. “Si nunca cometo un error, no tendré que pasar vergüenza. Los demás no me odiarán”. No soportan fallar, y menos que se lo señalen. Y también evitan ser el centro de las miradas, por si la cagan.

Ira. La mejor defensa es un buen ataque. Ante la humillación, agresión. “Pues tú llegas tarde todas las mañanas”, “mi jefe es un gilipollas”, “este no tiene ni puta idea”... Destacan las cagadas de los demás, disfrutan con ellas. Normal. Les alivia momentáneamente de ser los más gañanes del

universo.

¿Cuándo son felices? ¿Cuándo están totalmente relajados? Cuando están entre amigos, entre gente que les quiere. No les van a atacar. Se sienten aceptados tal y como son, no tienen que disimular.

¿Cómo curarlo?

Verbalizando. “Si lo hago mal, ¿qué es lo peor que me puede pasar?” “Yo lo hago porque me apetece, no porque sea el mejor del mundo”, “No soy perfecto, ni vosotros tampoco”, “No se puede caer bien a todo el mundo”.

Mediante ejercicios de autoestima. Apuntad a vuestros hijos a cosas, hasta que descubran alguna que se les dé bien. En un momento de bajón, sentaos con la persona y haced este ejercicio juntos: cada uno en una hoja, escribid tres cosas que no os gustan de vosotros mismos y tres cualidades. Y escribid también tres cualidades del otro. Repetidles incansablemente que os gustan tal y como son, que no necesitan cambiar nada.

También viene bien frecuentar a diferentes personas que te quieran, con las que te sientas a gusto y valorado.

Poco a poco conseguiremos hacer lo que realmente deseamos, arriesgándonos al rechazo.

¿Cómo dices? ¿Que esta entrada me ha quedado un poco larga?

¡KELEDEN!

Muack muack

Elena Frigitt

BLOG DE ELENA FRIGITT: “AQUÍ Y AHORA”

Hola amigos y enemigos (sé que también me leéis), aquí estoy para contaros más cosas curiosas sobre esa gran desconocida que llevamos sobre los hombros, a veces con gran esfuerzo de nuestras cervicales.

¿Cuántos de vosotros os habéis apuntado (u os habéis sentido tentados de hacerlo) a un curso de *Mindfulness*? ¿”Mainquééé”? Preguntaréis el resto. Pues es ni más ni menos que la expresión occidental y empalagosa del famoso adagio oriental “Aquí y ahora”, o del que nos comunicaban nuestros profesores (acompañado de un pescozón, que ayudaba lo suyo), el “Estate a lo que estás”.

Fijaos lo cabrona que es nuestra mente. Resulta que esa hija de la gran zorra, especialmente el hemisferio izquierdo, está continuamente creando pensamientos. Paraos un momento y fijaos. Cerrad los ojos. Imaginad el espacio de vuestra mente como un escenario, como la pista de un circo. De momento está vacía ¿no? Pues atentos: a ver cuánto tiempo pasa hasta que se cruza algún pensamiento. ¿Diez segundos? ¿Veinte? Puede ser desde algo que nos preocupa a una imagen de ese tío tan bueno que nos tiene locas. O un “que no se me olvide comprar leche, que me queda medio cartón”.

El caso es que la mente no para de crear pensamientos. Algunos hasta dicen que nosotros no pensamos, que es la mente la que piensa por nosotros.

Ya para nota es fijarse en que a cada pensamiento le acompaña una emoción. Si pensamos en que nuestra hija va a empezar el instituto y tiene que ir sola y a ver qué compañeros le tocan, surge la *preocupación* (una forma de *miedo*). Si pensamos en el tío bueno aparece la *alegría* junto con el *deseo*.

Como ya os he dicho en otras entradas, las emociones son provocadas por los pensamientos, y no al revés. Así que, si sois capaces de controlar los pensamientos, tenéis el poder.

La jodida-mente no quiere parar, siempre anhela acción, marcha, emociones, aunque sean inventadas (de eso viven los autores de cine, los escritores y demás sabandijas; desde que el hombre es hombre, allá en las cavernas, se inventaban historias para crear emociones y que la gente les

aplaudiera, o golpeará con las cachiporras en las paredes).

Entonces, con este torbellino de ideas revoloteando y armando jaleo en el interior de la jaula de grillos que es nuestra cabeza ¿quién narices es capaz de centrarse en lo que está haciendo? Bueno, espero que el cirujano que me va a operar el riñón la semana que viene sí.

Pues la respuesta es que cualquiera. Pero entrenando.

¿Cuál es la mejor forma de dejar de pensar? Sentir. Imagina que estás fregando los platos; déjate inundar por el olor del jabón, el tacto áspero del estropajo, el suave del cristal, la temperatura del agua, la presión del suelo en tus pies, el tintineo de la vajilla al dejarla en el escurrerplatos...

Aquí y ahora.

Si te das cuenta, solo existe el aquí y el ahora. El pasado ya se fue y el futuro aún no es. Darle vueltas al pasado genera depresión, al futuro, ansiedad. Así que ¡Estate a lo que estás! (colleja).

Hasta pronto. Sed malos.

Elena Frigitt

Si vienes de [ACEPTAS LA PROPUESTA](#), puedes volver pulsando aquí: [Aceptas la propuesta](#). Si no, aquí termina la historia.

AGRADECIMIENTOS

“¿Te has vuelto loco? Después de diez años escribiendo literatura juvenil, ¿¿¿ahora saltas con un libro erótico???”. Como diría nuestra protagonista, versionando a Séneca: “A quien no sabe dónde va, todos los vientos le son favorables”.

Tengo que dar las gracias a Catherine, por su “¡Jajajajjjja, te vas a forrar!” cuando le conté mi idea. Eso anima mucho.

A Cecilia Pérez y sus *Divinas Lectoras*, por la increíble acogida que me han dedicado en su familia numerosa. Somos más de 32.000 y Cecilia sigue contestando inagotable nuestros más inagotables aún mensajes. Y con una sonrisa. Gracias, Cecilia, por tu generosidad.

A mis lectores (esta vez, casi todo lectoras) cero, por prestarme su tiempo y sus ojos para mirar a mi retoño, que gracias a ellos y sus sugerencias ha salido mucho más guapetón. A Laura, Cristina, Clara, Alma, Silvia, Mónica, Pablo, Pili y los demás. Gracias.

Y en un libro como este no puedo por menos que dar las gracias a unas personas que, como alfareros del corazón y del seso, me han traído a ser lo que soy: mis maestros. A todos ellos porque, incluso de los malos, aprendí.

Hay algunos que dejaron un surco más profundo en mi alma. Aquellos que, a menudo y muchas veces sin darse cuenta, se saltaban la clase para enseñarnos algo que no aparecía en el plan de estudios y que, sin embargo, ellos consideraban importante. Vienen a mi memoria Pedro con su bufanda y su *Margarita la Ternera*, don Ángel con su natural elegancia incluso dando tobas, Pepe y cómo nos tuvo engañados durante un año entero pensando que era un supervillano de película, Ángel Abajo (“de ángel nada, de abajo mucho”)... Y da la casualidad (¿o no?) de que también fueron los mejores impartiendo sus materias. A todos, gracias.

También a Ana Nieto, de la que he aprendido todo lo que sé sobre autopublicación, automarketing y autotodo.

A Elena, mi yoga master, y a mis compañeras por su apoyo y su ejemplo.

A Mariana *Supercoach*.

A mi fiel grupo de comida, que me inspira todos los días.

Y, por último, a aquellas personas de las que he aprendido a base de

proximidad, de verles enfrentarse a las vicisitudes de la vida, penas y alegrías, lluvia y viento, frío y calor:

A mis padres, que, queriendo y sin querer, me hicieron lo que soy.

A mis hermanos, con los que aprendí a luchar, a compartir, y que reír y llorar todos juntos es mejor que hacerlo cada uno en su rincón.

Y, por último, a las tres personas de las que más he aprendido en mi vida: mi mujer y mis hijos.

Pili, gracias por descubrirme el brillo del mundo. El que emprendimos juntos ha sido el viaje de autoconocimiento más largo y fructífero que nadie pueda desear. Juntos aprendimos... todo. No me podía haber tocado mejor compañera de clase (gracias a ti también, Destino).

A Nico y Ángela, gracias por enseñarme lo que es el AMOR. Del que tanto había oído hablar y nunca llegué a entender hasta que os conocí. Y por darme mucho más de lo que os doy.

Y seguimos aprendiendo. Porque “el mejor maestro no enseña nada, solo sostiene la linterna”.

EL AUTOR



Nací hace poco en Madrid (España). De niño, gracias a que Nintendo también era joven, fui lector compulsivo. Así que descubrí el sexo leyendo. La última página del As, los Entreviús que hojeaba como al descuido mientras esperaba turno en la peluquería...

Pero la mejor parte vino después.

Y no me refiero a la práctica, que tardaría un poco más, sino a las tertulias. Aquellas reuniones que comenzaban con un tema banal (el resultado del último partido, lo injusto de una regañina...) hasta que alguien pronunciaba las palabras mágicas: “¿Sabéis?...”.

¡Ah! Entonces el corro se cerraba como una concha. Ríete tú de la masonería o de la mafia italiana. Aquello sí que era secreto.

Porque el sexo, amigos y amigas, al cabo de dos millones de años, sigue siendo un misterio. Como todo aquello en lo que participa la mente humana.

Después de escucharme en psicoanalistas, practicar yoga y meditación durante más de diez años y engullir toda la literatura de autoconocimiento que ha llegado a mis manos, ¿cómo no iba a acabar escribiendo sobre él? Y sobre el sentido de la vida.

Y ¿sabéis? Creo que podré seguir escribiendo sobre ello hasta que ya no tenga sentido.

Índice

PRÓLOGO

7 años después

TÚ

EQUIPO DE TRABAJO

CARLA

VISITAS A CARLA

QUE CORRA EL AIRE

UN BAÑO CALIENTE

CARLA TE DA UN NÚMERO DE TELÉFONO

NO LLAMAS AL TELÉFONO MISTERIOSO

SOLO HAY UNA SOLUCIÓN

LLAMAS AL TELÉFONO MISTERIOSO

SALES AL PASO DEL HOMBRE DE LA BARBA

ESQUIVAS AL HOMBRE DE LA BARBA Y HUYES

EL HOMBRE MISTERIOSO ENTRA EN LA LIBRERÍA

SEXÓLOGA EN LA ONDA

ACEPTAS LA PROPUESTA

TRAS EL “SÍ, QUIERO”

COMIENZA LA FORMACIÓN

EL CURSO SE PONE INTERESANTE

REFRIGERIO CALIENTE

EL CAMARERO

SALES CORRIENDO

SALES A CORRER

ESA NOCHE, EN CASA

AL DÍA SIGUIENTE, EN EL TRABAJO

BUSCANDO RESPUESTAS

VUELVES AL COACHING

REGRESO AL OLIMPO

LUZ EN LA OFICINA

CLARIVIDENCIA

SHEREZADE

[LA MONTAÑA](#)

[EL REGRESO DE RUTH](#)

[COLLAGE](#)

[TU VIDA DENTRO DE DIEZ AÑOS](#)

[GYMKANA](#)

[DE PICNIC](#)

[LLAMAS A MARK](#)

[LLAMAS A CARLA](#)

[EN CASA DE CARLA](#)

[EL ARCHIVO](#)

[FIESTA DE EMPRESA](#)

[HOY](#)

[UN CAMBIO LLAMA A OTRO CAMBIO](#)

[NEW YORK, NEW YORK](#)

[DESPACITO](#)

[PRÁCTICAS](#)

[NO ENTRAS A LA REUNIÓN CON DAEGON](#)

[ENTRAS A LA REUNIÓN CON DAEGON](#)

[LOS QUE SIEMPRE ESTÁN AHÍ](#)

[PÉRDIDA](#)

[RESURRECCIÓN](#)

[BLOG DE ELENA FRIGITT: LA FELICIDAD SE ENTRENA](#)

[BLOG DE ELENA FRIGITT: LADRONES DE ENERGÍA POSITIVA](#)

[BLOG DE ELENA FRIGITT: CÓMO CONVERTIR LOS SENTIMIENTOS
NEGATIVOS EN TU MOTOR](#)

[BLOG DE ELENA FRIGITT: PARA QUÉ SIRVE LA VERGÜENZA](#)

[BLOG DE ELENA FRIGITT: "AQUÍ Y AHORA"](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[EL AUTOR](#)